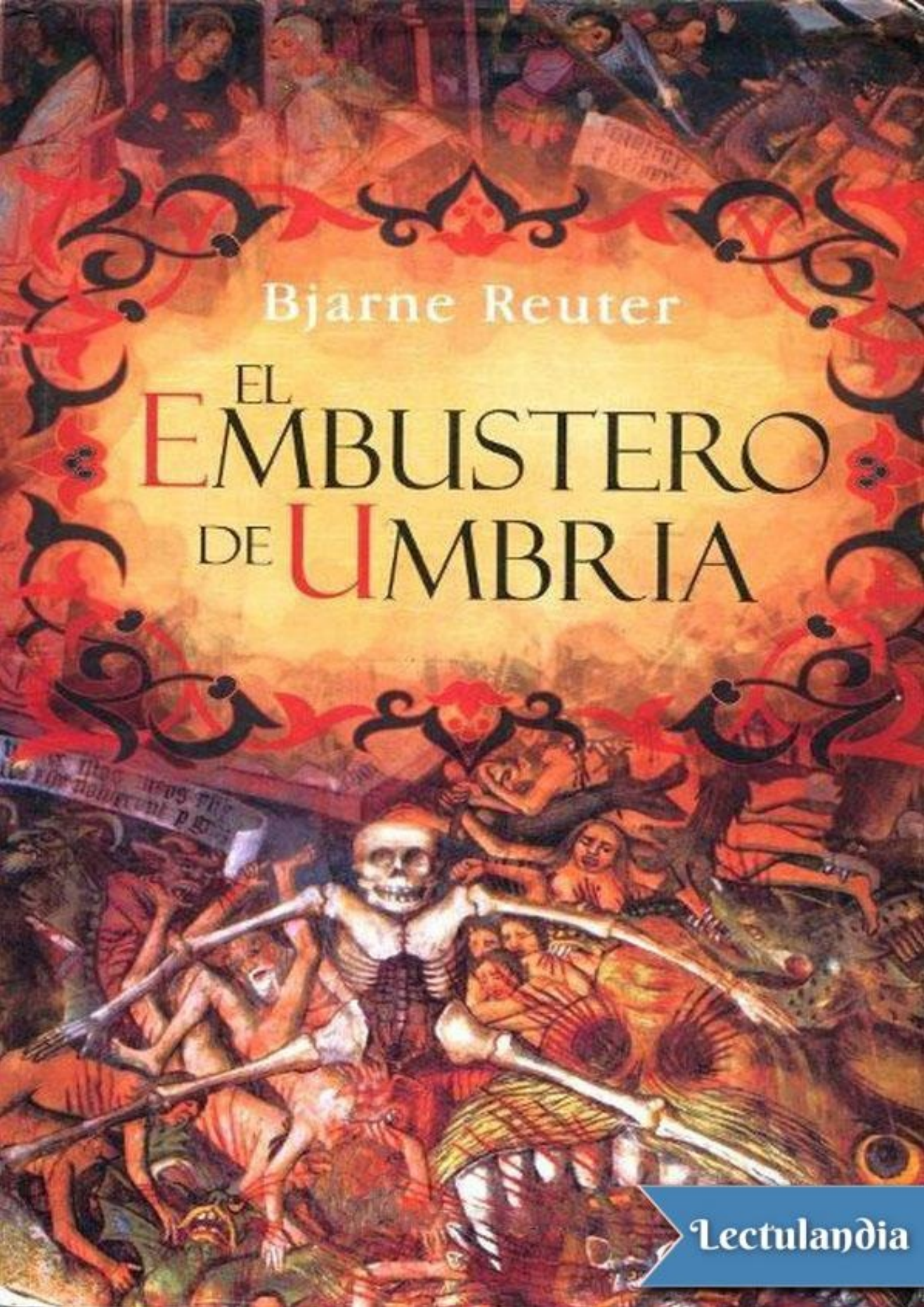


The book cover features a complex, multi-layered illustration. At the top, a scene depicts people in historical or biblical attire, possibly a church or a public square. Below this, a decorative border of red and black floral motifs separates the top scene from the main title. The title itself is set against a warm, orange-yellow background. The bottom half of the cover is dominated by a large, chaotic scene of a battle or a massacre. In the center, a skeleton is depicted with its arms raised, holding long bones. Surrounding the skeleton are various figures in a state of distress, some appearing to be in pain or death. The overall color palette is dominated by reds, oranges, and browns, creating a sense of intensity and horror.

Bjarne Reuter

EL
EMBUSTERO
DE UMBRIA

Lectulandia

Huyendo de una de las peores epidemias de peste que asolan Europa, una desvencijada carreta cargada de pociones y ungüentos milagrosos atraviesa los campos de Umbría durante la primavera de 1348. Giuseppe Pagamino, veterano embaucador, herborista y saqueador de tumbas, recalca en Florencia, que más que la metrópoli tan cantada de otras épocas se le aparece como una ciudad vacía y maloliente. Allí, en una casa señorial abandonada, descubre a Arturo, un jovenzuelo a quien no duda en reclutar como ayudante y discípulo. Juntos encaminarán sus pasos hacia Lucca, donde Maese Giuseppe espera hacer realidad su sueño máspreciado: conseguir el elixir de la inmortalidad. Sin embargo, los planes de Giuseppe toparán con el obispo y sus esbirros, que lo acusarán de brujería y lo encerrarán en una mazmorra. Ante tan comprometida situación, para volver a su vida errante y aventurera, donde le espera un sinfín de episodios rocambolescos en compañía del fiel Arturo, el pícaro herborista deberá hacer gala de su formidable capacidad para sacar el mejor partido de las circunstancias más adversas.

Lectulandia

Bjarne Reuter

El Embustero de Umbría

ePUB v2.0

jubosu 10.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Løgnhalsen fra Umbrien*

Bjarne Reuter, 1ª edición, mayo de 2006.

Traducción: Juan Mari Mendizábal Sarasua

Diseño/retoque portada: Detalle del infierno de *El juicio final*, de Giovanni Canavesio / Charles & Josette Lenars / CORBIS

Editor original: jubosu (v2.0)

ePub base v2.0

PRIMER LIBRO

En defensa y apoyo de los amantes, voy a contar novelas, fábulas, parábolas, historias o como quieran llamarse; entre esas historias se encontrarán vivencias, algunas divertidas y otras serias, así como vicisitudes del destino, tanto del presente como del pasado, en que mis lectores puedan hallar distracción y orientación útil, en la medida en que pueden aprender qué deben evitar o imitar y de ese modo, al mismo tiempo probablemente olvidarán su propia adversidad.

GIOVANNI BOCCACCIO

*En que Giuseppe entra en la ciudad apestada
y encuentra su destino en forma de carcoma*

La historia de Giuseppe Emanuele Pagamino comienza en 1348, año del Señor, cuando partió del reino de Nápoles rumbo a la sede episcopal de Lucca.

Por aquel entonces no podía decirse gran cosa sobre el mercachifle y herborista Pagamino; además, la historia del mundo tenía otras cosas de que ocuparse. Si se daba el caso de que alguien tuviera interés en su vida y milagros, debía recurrir directamente a él, que era tan poco fiable como la historia del mundo.

Una noche de primavera entra con su carro en Florencia.

No parece nada sospechoso. El carro de dos ruedas, el asno de patas torpes, el cochero jorobado. El vehículo atraviesa traqueteando las puertas de la ciudad, proyectando una sombra oblicua en la bóveda encalada. El viento empuja una campana solitaria y su eco se expande ciudad adentro.

Giuseppe está tiritando y se pone la capucha, mira en derredor y masculla una maldición, pero se aguanta. Ya lo han engañado con anterioridad, aunque es demasiado viejo para dejarse tentar.

¿Lo habían tentado a ir allí? Sí, lo habían tentado.

¿La belleza o la corrupción?

Ambas cosas. Pero media verdad era también media mentira.

«No hay ciudad más bella sobre la verde tierra del Señor, te lo dice alguien que lo ha visto todo.»

Eso fue lo que dijo la luna junto a las aguas verde grisáceo del Arno, y Giuseppe fue a descansar bajo la bóveda del cielo y soñó con las frescas galerías de Florencia, sus bellas mujeres, la vida ajetreada y el animado comercio. Pero ¿qué estaba encontrando aquella noche dejada por las estrellas? Un vacío que atravesaba hasta el tuétano. La imagen pálida de una ciudad fantasma, abandonada. Aunque más adentro de aquella metrópoli tan cantada en otra época se oía el eco de los borrachos, que no se refrenaban en tomar el pelo al más introvertido de los astros. Pero las groseras voces no hacían sino aumentar el vacío, y sus risotadas no tenían nada que ver con la diversión, pues al reír lamentaban su propio destino.

—¡Humor patibulario! —gritó, y agachó la cabeza por el eco.

Suspirando para sí, pasó junto a las tabernas desiertas, donde antes habían resonado la música y la conversación sin tapujos. Ahora sólo se oían los gemidos de los gatos ahitos, que habían desistido de lamerse el morro para quitarse la sangre de

la carroña.

—Los gatos y las putas son parientes —murmuró, dando un golpe de rienda—; sobreviven a todo, tanto en tiempos de opulencia como de escasez. Cuanto mayor es el hambre, más gordas son las prostitutas. Pero en Florencia se han adornado con sangre coagulada; en la capital del florín no se nota la diferencia.

Ni en sus más locas fantasías se había imaginado la gravedad de la situación, pues cuanto más se acercaba al centro de la ciudad, más nauseabundo se tornaba el olor a cadáver. Era un tufo pegajoso de gusanos y podredumbre que le producía pena, porque allí no olía a muerte, sino a epidemia. La peor epidemia de todas. La que en primavera convirtió Florencia en un cementerio abandonado por todos los seres vivos, si se exceptuaba a los borrachines, los encargados de transportar a los apestados y los que estaban demasiado enfermos para partir.

Aquella noche despiadada en que se daban cita la belleza y la depravación, el castigo de Dios era como una costra ante las paredes encaladas. Montones de cadáveres; personas y cerdos apilados juntos.

—Es terrible, entristecedor y provocador —susurró mientras guiaba el carro por una calleja estrecha, pues, aunque el olor era rancio y la noche bochornosa, reparó en que las puertas del vecindario estaban ostensiblemente abiertas. Ni siquiera habían cerrado las contraventanas. Las prisas eran evidentes. Los pocos que aún no tenían hemorragias en la nariz y bubones como huevos habían huido precipitadamente. ¿Quién se preocupaba por el dinero cuando la muerte le pisaba los talones? Sólo el piadoso abad, que se apresuraba hacia las puertas de la ciudad con los candelabros escondidos bajo la túnica, mientras rezaba sus oraciones y daba manotazos al novicio, porque el rapaz había olvidado el vino y las copas altas de cristal.

La peste bubónica procedía de Oriente. No había médico ni medicina que pudiera hacer nada contra ella. La enfermedad se contagiaba de madre a hijo y de animal doméstico a amo. Se sabía que tras sólo tres días el enfermo solía morir, y los encargados de recoger a los apestados se lo llevaban, cuando no lo depositaban en la calle junto al resto de los cadáveres, como en los barrios pobres. Tan grande fue la saña del cielo que entre marzo y julio murieron más de cincuenta mil personas en la ciudad más bella del mundo.

Giuseppe dejó descansar un rato al asno y bajó con dificultad del pescante. En el carro iba la farmacia de Pagamino. Había allí ungüentos para las heridas y polvos contra el estreñimiento, recetas contra la melancolía y prescripciones para los fallos de la memoria.

—Me presentaré —murmuró, y echó un escupitajo—. Una farmacia y una universidad apiñadas en esta carreta, que está a punto de consumirse a causa de la vejez, y también debido a una alimaña que devora constantemente. Y es que llevamos

la muerte con nosotros allá donde vamos; siempre llega a la carne, aunque para ello tenga que adoptar la apariencia de una carcoma. Y un buen día, cuando ha engullido la madera y digerido el último nudo, arremete contra la carne del propietario del carro. Cuánto desaliento ofrece la noche.

Se detuvo frente a una casa de postigos recién pintados y con la cal del muro aún húmeda. El umbral de la puerta estaba barrido, y al otro lado de la rejilla se veían vasijas, grandes y pequeñas, colocadas en torno a un estanque con nenúfares. La casa de un pudiente.

Giuseppe emitió un silbido contenido para alegrar el aire, se desperezó y encontró un trapo, lo empapó en vinagre y puso manos a la obra.

«Cada moneda tiene su cruz —pensó—, y la mía huele a vinagre y lleva el sello del ladrón de cadáveres.»

Una hora más tarde estaba nuevamente sentado al pescante. Parecía que el rodeo por Florencia iba a ser lucrativo. Porque ¿quién se preocupa por el dinero después de morir? La tumba, como le dijo a la carcoma, no obtiene placer del oro y las piedras preciosas.

—*Menudo paraíso para un profanador de tumbas* —cuchicheó una voz conocida.

Giuseppe se estremeció e hizo caso omiso, aunque sabía perfectamente que aquella voz jamás desaparecería, pues siempre le hablaban al oído dos voces: la defensiva y gimoteante llamada *Seppe*, y el acusatorio trompetazo apocalíptico de nombre *Rinaldo*.

—*Es una tragedia ver a todos esos muertos* —dijo *Seppe*—, *es completamente absurdo*.

—*Menuda hipocresía, pero si ya has empapado el trapo de vinagre, preparado para empezar a trabajar*.

—*De algo hay que vivir*.

—*No sé qué es peor, si el crimen o la hipocresía*.

—*Sólo voy a Lucca*.

—*¿Y qué va a hacer en Lucca un profanador de tumbas?*

—*Hallar su destino, y eso no te incluye a ti, Rinaldo. Vete a mear a otra parte*.

—*Lo único que te espera es el infierno, Seppe. Sea aquí o en Lucca*.

—*Entonces nos encontraremos, Rinaldo*.

—*Estate seguro de ello, y antes de lo que imaginas. Pero ponte a cubierto, que va a abrirse el cielo*.

Giuseppe se estremeció y alzó la mirada a la amarillenta capa de nubes. La primera gota le dio en la nariz. Al cabo de un momento caía el agua en forma de largas cortinas verdes.

Condujo el carro a un sitio cubierto, bajo un balcón rosa pálido. No recordaba

cuál era la última vez que había visto llover tanto. La humedad arrastraba un aroma a nuevo día. A la ciudad le iría bien. En las callejas estrechas, el agua gorgoteaba y formaba pequeños ríos que llevaban de un lado a otro los cadáveres hinchados, hasta que los detenía un carro, una estatua o una escalera, para volver a partir inmediatamente.

Giuseppe se puso la capucha, pues se dio cuenta de que el chaparrón iba para largo. Tronaba y retumbaba, pero no era más que el principio: pronto empezó a oírse el fragor de los truenos, uno detrás de otro; las casas se estremecían y los árboles se removían en sus raíces.

Estaba empapado de pies a cabeza, pero por lo demás se sentía a gusto. *Bonifacio* pareció disfrutar el baño involuntario. Al asno le había puesto el nombre del Papa número ciento noventa y dos. Sostenía que había cierta semejanza entre ellos.

Se sonó la nariz con los dedos y calibró la situación: una casa grande, abandonada por sus ocupantes. Enteramente vacía. Más fácil, imposible.

—Además, está lloviendo —musitó.

Abrió un postigo con cuidado y llamó a los habitantes de la casa, pero como era de esperar, no recibió respuesta. Penetró en el interior.

—Qué maravilla —murmuró, y se quitó las sandalias.

Una vivienda con varias salas contiguas de paredes altas, brillantes corredores llenos de mármol y mosaicos, una orgía para la vista y una delicia para sus pies descalzos. Una cortina separaba el cuarto de estar de la zona de los dormitorios, donde el olor a cadáver era más penetrante.

Los muertos yacían en sus camas, pulcramente colocados con las manos juntas sobre el pecho. Los adultos, un padre joven y una madre más joven aún, estaban separados. Los niños, tres en total, se hallaban juntos en un camastro estrecho, bajo un móvil hecho con corcho y cuerda. Valiéndose de su profundo conocimiento sobre la muerte en general y la peste bubónica en particular, Giuseppe calculó que la familia aún estaba viva la semana anterior. Gente de alcurnia, personas honorables. El padre y el hijo tenían los mismos rasgos nobles. La nariz ligeramente aguileña, como la gente de Toscana, el rostro estrecho y el cuello largo, en contraste con los napolitanos, más rechonchos.

Giuseppe se acercó más y en ese momento un rayo iluminó la estancia. El trueno que lo siguió sacudió los cimientos, y los muertos se movieron en sus camas. Las sombras vacilaron en las paredes encaladas.

Allí estaba ocurriendo algo. Tal vez fuera la violencia de la tormenta lo que infundía respeto, o tal vez las circunstancias, la familia noble, todo aquel orden.

—Aquí no yace ningún ratero, ningún embustero ni ningún ladrón de cadáveres; esta familia nunca ha hurgado en la tierra en busca del oro de los muertos. Ésta es gente honrada.

—Al contrario del ladrón.

—Descubro piadosamente la cabeza. Si no hubiera sufrido tanto en la infancia, jamás habría robado ni una manzana. Ya lo sabes, Rinaldo.

—Mientes más que hablas. Naciste bribón, un andrajo, un zángano y un bufón. Mira la bolsa que llevas al cinto. Llena hasta el borde de florines, ganados por la laboriosidad de otros. Pero los dineros del sacristán cantando vienen, cantando se van.

—No hables con tanta dureza a un pobre chalán. ¿No encendí acaso miles de cirios en otros tiempos?

—Por tu desconfianza hacia Dios has adorado a los santos de todo el mundo. Si conocías a un marinero árabe, venerabas a Alá, y si podías vender unos polvos a gente de Oriente, invocabas a los dioses de ocho brazos de la India.

—Mira, Rinaldo, cuando tienes a Dios de tu lado, que les den viento a los santos.

—Contén la lengua, chalán.

—Dios da nueces al desdentado.

Giuseppe agachó la cabeza. Las duras palabras resonaban aún en el aire. Pero aquello no podía afectar a los muertos. Sin embargo, allí sucedía algo. Había llegado el momento de salir de aquella ciudad fantasma.

Se puso la capucha, y estaba a punto de irse cuando reparó en una figura que lo observaba desde el corredor.

Retrocedió un paso. ¿Era tal vez un miembro de la familia que había sobrevivido a la tragedia? Al menos, aquello explicaría que los muertos estuvieran tan pulcros en la cama, lavados y peinados.

Los ojos que lo observaban eran vivos e ingenuos, grandes como los de un animal, pero dulces como los de un niño; los dedos eran largos y cuidados, pero no se distinguía si era un niño o una niña.

—He entrado en busca de cobijo por la lluvia —dijo Giuseppe, empleando el tono engolado que tan bien se le daba—. Estoy de paso y no he cogido nada que no fuera mío. Me llamo Pagamino, soy erudito en medicina y aceites balsámicos. Maese Emanuele Pagamino. He estudiado en la Universidad de Salerno, con el famoso Edward Lacarte.

Entornó los ojos y dio un paso adelante para poder apreciar mejor al desconocido. Un jovencito de unos catorce años con el pelo cortado a la romana, ojos negros y piel blanca. Durante un breve instante creyó que el rapaz le estaba tomando el pelo, pues, aunque tenía las pupilas dilatadas y temerosas, se entreveía una mueca irónica en torno a los labios pálidos. Pero no. Giuseppe respiró, aliviado. Después de todo la suerte no lo había abandonado, porque aquel mozalbete, para empezar, no estaba contagiado: no tenía la piel descolorida, tampoco bubones y, además, resultaba evidente que era idiota.

—¿Sabes hablar? —preguntó, cambiando de tono.

El chico asintió con la cabeza.

—¿Vives aquí?

—Sí, *signore*.

—Entonces, ¿los muertos son familiares tuyos?

—No, *signore*.

Giuseppe suspiró. Ya se las había visto antes con idiotas. Sus dolencias podían variar, naturalmente; algunos podían ser bastante despiertos, mientras que otros deambulaban por su propio mundo sin preocuparse de otra cosa que no fuera el tamaño de su ombligo. En Arabia no los consideraban retrasados, sino clarividentes. Incluso los escuchaban cuando se trataba de adivinar el porvenir. Pero según la experiencia de Giuseppe, lo mejor era hablarles con dureza, para enseñarles quién era el señor y quién el siervo.

—Deja que te vea bien. Vaya, descalzo pero bien vestido. ¿Quién te ha dado esa ropa?

El chico apuntó hacia los muertos.

—O sea, ¿estás empleado en la casa?

—Sí, *signore*, en la huerta. Pero mi patrón, el jardinero mayor, ya no está.

Giuseppe le tomó la mano.

—Nunca había visto un escardador con dedos tan delicados.

—Trabajaba sobre todo en la cocina, *signore*.

—¿Eres acaso tú quien ha colocado a la familia en el sepulcro?

—¿En el sepulcro, *signore*?

—¿Tal como están alineados, vestidos con sus mejores galas?

—Sí, *signore*. Yo y el jardinero mayor, pero él no está.

—Sí, ya lo has dicho. —Levantó la túnica del muchacho y le inspeccionó las piernas—. Qué extraordinario, es blanco como la leche, no tiene ni una mancha. ¿Habrás protegido Dios a los idiotas de esta ciudad? ¿Es así como quiere que sea el mundo? Mírame, chico. ¿Cómo es que toda la familia está amortajada mientras que tú te has librado?

—¿Librado, *signore*?

—De la peste bubónica, cretino.

—Ah, sí, la peste bubónica. —Calló mientras se mordisqueaba el pulgar—. A lo mejor es porque... yo y el jardinero mayor... comimos *Antioraria rusticana*.

—¿Rábano picante? —dijo, entornando los ojos.

El chaval asintió con la cabeza, vehemente.

Giuseppe se acercó a la ventana y se quedó mirando la neblina. Por el este asomaban ya los primeros rayos de sol, se oía un gallo solitario. Conocía aquella raíz de sabor fuerte de su época en Lombardía; los pelirrojos del norte la llamaban raíz de

brujas. Buena contra la tos crónica. Efectiva contra los bubones.

—Contra los bubones —susurró, volviéndose hacia el joven—. De modo que comisteis rábano picante. ¿Cuánto tiempo llevas de aprendiz con ese jardinero?

El muchacho contó con los dedos.

—Seis años, *signore*.

—O sea que casi has terminado el aprendizaje.

—Sí, *signore*.

—*Artemisa dracunculus*. ¡Dime lo que sepas!

El chico adoptó una expresión apurada. La pregunta exigía su total concentración.

—Tallos superficiales con raíces fibrosas; bueno contra el dolor de muelas. En Oriente, donde lo emplean contra las picaduras de serpiente, lo llaman *tarhun*. Nosotros lo llamamos estragón, pero no tenemos en el huerto.

Giuseppe asintió en silencio con aire aprobatorio.

—Para ser un idiota eres bastante espabilado. ¿Piensas quedarte en la ciudad?

—No sé si el jardinero mayor va a volver.

—No creo. Cuando alguien escapa a la muerte negra, no vuelve. Piénsalo bien, porque podrías hacer compañía a un auténtico maestro en cuestiones de farmacia. Mi carro está fuera. Es humilde, pero menos es nada.

Guió al muchacho hasta *Bonifacio*, que pateaba la tierra. El asno nunca había olido bien, pero tras las horas de chaparrón olía peor aún, que ya es decir.

Giuseppe dio unas palmadas en la tabla que servía de pescante.

—Hay sitio para dos, y maese Pagamino no es ningún pelagatos, sino un hombre acomodado que conduce su propio carro con todo tipo de elixires, aunque nunca he sido esclavo del dinero y mis propiedades son lo que ves.

—Pero ¿adónde viajaremos, *signore*?

—Por el ancho mundo. Viajo en misión secreta, no puedo decir más.

—¿Una misión, *signore*?

—Efectivamente, una misión, y no me llames *signore*, no es lo propio. Llámame maese, como la gente que me conoce.

—Pero, *signore*, tengo que esperar.

—¿A qué?

—Al que ha de venir a buscarme.

—¿Va a venir a buscarte alguien?

—Sí, *signore*, el jardinero mayor me lo profetizó antes de irse.

Giuseppe puso los ojos en blanco.

—Ay, Señor, y dulce Virgen Santísima —murmuró—, lo que hay que oír.

—Tal vez sea usted la persona que mencionó el jardinero mayor antes de partir. Yo estaba triste porque iba a quedarme solo, pero él me dijo que tendría otro jardinero mayor. ¿Tal vez sea usted?

Giuseppe miró de reojo a uno y otro lado, y respondió en voz baja con aire cómplice:

—Por supuesto que soy yo. ¿Quién iba a ser si no?

El chico lo agarró del brazo.

—Pero, *signore* —susurró—, ¿es usted el que habrá de salvar el pellejo tres veces, rescatar a un bebé de morir ahogado, conocer a una chica tanto entre los vivos como en el reino de los muertos, encontrarse con la peste en Londres y Marsella, y finalmente atravesar el océano sin más posesiones que una cadena de plata hecha para un rey, regalada a un emir y robada a una prostituta?

Giuseppe se enderezó mientras se rascaba las costillas.

—Muchas cosas de una vez, ¿no? —masculló.

—Pero ¿es usted?

Giuseppe entrecerró los ojos.

—La profecía es completamente cierta, he conocido a muchos adivinos, varios de ellos hasta sobrios, y puedo confiarte que ya he escapado a la muerte, la enfermedad, la peste y la lepra tantas veces que los números no bastan. Y en cuanto a los viajes al extranjero, tienes ante ti a un hombre que ha huido de los mongoles en Bagdad; y en cuanto a putas y ramera, he conocido a más de una. ¿Quieres saber algo más antes de que empiece la aventura?

El chico miró a la casa de la que había salido.

—No pienses más en ellos —dijo Giuseppe—. Están con Dios, si es que crees en esas cosas.

Pero de pronto el muchacho volvió corriendo al interior.

—*Momento, signore* —gritó—. *Momento!*

Giuseppe sacudió la cabeza y elevó la mirada hacia el sol blanquecino. Hacía una mañana magnífica, absolutamente maravillosa para salir de Florencia, que por una parte había sido un espectáculo sombrío y por otra había ayudado a llenar su carro hasta reventar. «La gente —pensó— no está nunca satisfecha sólo con el dinero. Si das tu cama a un mendigo, querrá pagarte con un piojo. No, una mano vacía nunca es lamida; y ahora, encima, cargo con un idiota. Claro que ya he llegado a esa edad en que no es apropiado que un hombre erudito haga su propia sopa.»

El joven salió corriendo de la casa. Tras él, lenguas de fuego asomaban por puertas y ventanas.

—Pero ¿qué diablos has hecho, mozo?

—¡Vamos, *signore!* —gritó—. Vamos, que sólo estoy siguiendo las instrucciones que me dieron.

Giuseppe vaciló un breve instante, pero después hizo restallar el látigo sobre la cabeza del borrico.

Salieron de la ciudad zumbando, tan rápido como podía un asno recién lavado.

Subieron y bajaron por estrechos callejones, torcieron por esquinas, llegaron a la plaza y atravesaron el mercado, donde los pordioseros y las gallinas se apretujaron contra las paredes de las casas.

—¡No mires atrás! —gritó Giuseppe cuando atravesaron traqueteando la puerta norte de la ciudad—. Yo jamás lo he hecho.

El muchacho se aferró al pescante.

—¿Es de verdad el principio de una aventura? —preguntó.

—Si Satanás logra lo que quiere.

—Pero ¿adónde nos lleva el viaje, maese?

—Hasta la catedral de Lucca, donde el cielo y el infierno han encontrado el mismo señor. ¿Cómo dices que te llamas, chico?

—Arturo. Me llamo Arturo.

*Acerca de la calleja de Damasco y la receta apócrifa.
Al final, se habla del médico de la corte de París
y del entierro de un perro*

Giuseppe y Arturo llegaron al anochecer a un prado rodeado de melocotoneros. Durante el viaje el maestro entretuvo a su alumno habiéndole de su vida, pero se le desató la lengua y se dejó llevar por la elocuencia. Resultaba que había nacido en Túnez, donde su padre servía en la corte del sultán, pero cuando la mente de Giuseppe sintió la llamada del mar, se alejó de la costa natal y desembarcó en Trípoli, donde encontró una caravana con la que atravesó el desierto interminable.

Mas el relato se detuvo allí.

Giuseppe mira fijamente ante sí. La expresión satisfecha es sustituida por una mirada introvertida. De pronto, el tono audaz y la escasa relación con la verdad son vencidos por el silencio.

—¿Ya ha acabado la aventura, maese? —pregunta Arturo.

—¿Acabar? No; está lejos de acabar, pues en el desierto oí hablar por primera vez de una fórmula singular. Y por eso nos dirigimos a Lucca.

Arturo se le acerca.

—¿Qué vamos a hacer allí, maese?

—Lucca es el final de todos los arcos iris —susurra Giuseppe—, porque en Lucca voy a cumplir un sueño que nació entre la arena del desierto. Tienes ante ti a un hombre que ha estudiado plantas, recetas, farmacia y medicina, aunque lo que lo ataba al pupitre en Salerno era el sueño de una fórmula concreta. La fórmula de todas las fórmulas. Los beduinos me hablaron de ella en las ilimitadas arenas heladas, en una carpa tan negra que ni siquiera el sol del desierto llegaba a su interior. Aquellas empobrecidas personas, que no tienen tierras, alimentan su mente estudiando las estrellas, pues sólo viajan de noche, dan a luz en la arena y entierran a sus muertos allí mismo, no saben leer ni escribir; pero lo que no poseen en tierras y riquezas se lo ha otorgado su dios en sabiduría. *Quinta essentia*.

—¿*Quinta essentia*, maese?

—Exactamente —dijo Giuseppe, echando la cabeza atrás para observar el cielo nocturno—. Y tú, cretino, eres la única persona a quien he iniciado en esto porque sé que no entiendes de esas cosas. —Suspiró y encontró una ramita que masticar—. Llegué hasta Siria porque los beduinos me habían susurrado al oído que en Damasco, en el barrio de Salihye, entre sus cúpulas amelonadas, en el zoco más recóndito,

donde los tenderetes están cubiertos de toldos y todo reluce en tonos amarillo mostaza, naranja, rojo oscuro, añil y verde, puede comprarse de todo, desde esclavos hasta marfil; allí encontré la calleja y sus tiras de color herrumbre, y oí hablar por primera vez de la *lacrima del diavolo*, la lágrima del diablo. —Miró a Arturo, cuyos ojos se habían vuelto negros como el carbón—. El elixir que te brinda la vida eterna —explicó—. Los árabes lo han conocido durante milenios, y había llegado hasta el bazar de las telas deshilachadas. El anciano y yo estamos bajo el toldo. El boticario tiene la boca roja por las hojas que está masticando. Me arrastra al patio trasero, donde huele a orines de mono y mango podrido. «*Lacrima del diavolo*», susurra el anciano, y me entrega una cinta de tela. Me aprendí de memoria el texto. La fórmula no era complicada, puesto que los ingredientes, helenio, ruda y angélica, resultaban fáciles de conseguir para un principiante. Pero el texto decía que había que añadir una pizca de uña del Príncipe de las Tinieblas, y era precisamente ese suplemento el que había convertido la fórmula en legendaria, por ser necesario para que surtiese efecto. En Damasco dejé mi fortuna, todo cuanto poseía y algo más. En aquel zoco estrecho, mi vida cambió de destino. «*Mabruuk*», dijo el anciano cuando lo abandoné con una tira de tela en la mano y una expresión demente en la mirada. *Mabruuk* significa «felicidades» en árabe. Pero nunca se sabe qué podrá significar en Damasco. —Suspiró y cerró los ojos—. Por eso, y sólo por eso, ha de ir tu maese a Lucca, pues bajo su catedral espera la última pizca, el último ingrediente inalcanzable. —Miró de reojo a su alumno, que observaba fijamente la noche—. Entiendo tu reacción, cretino, pero no pongas esa cara tan triste.

—Es que no lo comprendo, maese.

—Claro que no lo comprendes. Pero aleja de ti todos esos espíritus malignos, olvida lo que he dicho. Hay que expulsar la tristeza. —Giuseppe se incorporó—. Voy a contarte mis aventuras en el desierto de África. Luché durante cuarenta días contra la tormenta y el frío, porque si hacía calor de día, por la noche hacía un frío que pelaba, y finalmente tuve que matar al camello para buscar abrigo en su piel. Aunque estando como estaba a gusto en la tripa del animal, fui atacado por ladrones, y no se conocen peores bárbaros que los que deambulan por el desierto. Luchan con cimitarras y se comen crudo el corazón del enemigo al que acaban de degollar. Pero los vencí a todos y seguí viajando hasta Sicilia, y después a Calabria, hasta que llegué a la corte de Roma, donde la gente come doce veces al día para pasar la noche en el retrete. Aquella opulencia era indescriptible. Pero, aunque el dinero y la enfermedad sojuzgan a los hombres, yo quería estudiar, o sea que viajé al sur para empezar mis estudios en Salerno. Al poco tiempo no había quien supiera más de medicina que el joven Pagamino, y su fama llegó hasta Francia, donde la reina yacía en su lecho de muerte, aquejada de tedio vital y reumatismo. Entonces llamó a maese Pagamino, quien viajó en carroza real hasta París, donde hablan una lengua dura e inaccesible, y

donde los hombres visten medias de seda y las mujeres llevan el pecho descubierto. Llevaba conmigo un extracto hecho a base de cáscara de naranja agria, nuez moscada y mucha perspicacia. Junto al lecho, en torno al cual se congregaban setenta cortesanos, pronuncié las famosas palabras: *Omnis qui bibit hanc aquam, si fidem addit salvus erit*, «Quien beba de esta agua y crea en ella se curará», que con el tiempo se convertiría en mi lema. Tres gotas en la boca de la reina, y el reumatismo desapareció, pero la melancolía no abandonó el ánimo de la soberana hasta que prometí ser su médico de cabecera hasta fin de año. Así fue como volvió a cambiar el destino para aquel hombre tan joven aún, que, en el año que siguió, salvó a la mayor parte de la familia real y a parte de la nobleza de graves enfermedades y, en un caso concreto, de infertilidad.

—Es un hombre famoso, maese —susurró Arturo.

—Podría seguir contando, pero la modestia me impide continuar. —Se dijo a sí mismo que la autoalabanza exagerada dejaba un regusto metálico en la boca, y habría agradecido un poco de menta—. Pero dime, aprendiz de jardinero que deseas aprender con el gran Pagamino: ¿qué tal te arreglas con los muertos?

—¿Con los muertos, maese?

—Exactamente, con los muertos. Diría que el contacto que has tenido con tus anteriores señores ha sido de lo más cabal. Muchos, sobre todo los jóvenes, retroceden ante la muerte; pero a ti eso no parece molestarte.

Arturo miró con aire inquisitivo a su maestro.

—Si te lo pregunto es porque a menudo he de investigar a los muertos a fin de saber más acerca de los vivos. ¿Comprendes adónde quiero llegar? No, ya veo que no se te mete en la mollera. Lo que quiero decir es: ¿te cuesta soportar la putrefacción que siempre afecta a quien lleva tiempo muerto? Porque resulta que he amasado gran parte de mi fortuna devolviendo a la luz lo que estaba destinado a la oscuridad.

—Perdone, maese, pero no lo entiendo.

Giuseppe suspiró y alcanzó la cantimplora con el brebaje contra el desaliento. Tomó un buen trago y se puso a cavilar mientras contemplaba el cielo estrellado.

—La muerte tiene la llave del tesoro del avaro —dijo suspirando—. Toma buena nota de ello, jovencito, pues es la primera lección de tu formación permanente, que empieza ungiendo aceite en un bubón y termina dando la vida eterna al herborista.

Arturo se sentó a su lado.

—¿Desea que robemos a los muertos, maese?

Giuseppe miró a su alumno con aire de amonestación.

—¿Tengo pinta de canalla? —gimoteó—. ¿Acaso debería el sabio pasar el tiempo entre lombrices y gusanos, cuando podría estar bebiendo vino en la corte francesa? ¿Es ésa una pregunta que pueda hacerse a un maestro en una noche como ésta?

—Perdone, maese, lo que quería decir es que no tengo nada en contra de cavar la

tierra, y si es necesario lo ayudaré de todo corazón, tomando de quien se ha quedado en piel y huesos.

—No me digas, cretino.

—Sí, maese; el jardinero mayor siempre me decía: «No temas a los muertos, Arturo, es de los vivos de quienes debes guardarte.»

Giuseppe pidió a su alumno que fuera a buscar el cepillo, para que lo peinara. No le quedaba mucho pelo, y lo poco que tenía estaba dispuesto como una corona de color ceniza sobre el pálido cráneo.

—La tumba es la caja fuerte de los pobres —murmuró—. Pero tu maese no se ocupa de la profanación de tumbas, sino de la ciencia. Claro que de algo hay que vivir, y mañana llegaremos a Lucca. Magnífica ciudad, ya lo creo. Rica, sumamente rica. Se dice de los habitantes de Lucca que no existe gente más generosa, pues entierran a sus familiares con todos los bienes terrenales que poseyeron en vida. Quizá sea una exageración, aunque las sepulturas de Lucca son espléndidas, están llenas de placas pulidas y figuras de mármol. Llegó a mis oídos que una señora mayor que había perdido a su perro lo metió en un ataúd con herrajes de plata y lo acompañó a su morada eterna junto a dieciséis curas y veinte monaguillos, así como un largo séquito formado por todos los que habían conocido al cuadrúpedo. En cuanto a los curas, probablemente cobraron bien, pues al chucho lo enterraron en tierra consagrada, rodeado de rubíes y esmeraldas, que enriquecerían su vida allí a donde iba. No sé si existe un cielo para los chuchos, pero sí que sé una cosa: para cuando había oscurecido sobre la sepultura, los dieciséis curas estaban con el culo en pompa, cada uno con su pala, lo que me recuerda al sultán de Babilonia. Despliega las orejas, cretino, porque ahora empieza la lección. Aquel sultán se instaló en Ravena, donde hay tantas iglesias como días tiene el año, y como era un hombre extremadamente rico, siempre había clérigos entrando y saliendo de su casa. Las veladas se sucedían una tras otra porque, aunque el cura tenga la Biblia en una mano, en la otra lleva el cucharón. De modo que tras diez meses rodeado de insaciables, el sultán dispuso que estrecharan la puerta de entrada a su casa, para que por el hueco resultante sólo pudieran pasar personas delgadas. Después organizó una fiesta porque era su cumpleaños, y él era, como se sabe, un hombre desprendido. Volvió a verse a monjes y curas llegando temprano por la mañana para asegurarse los mejores bocados de la opulencia babilónica. No contaban con que las dimensiones de la puerta habían cambiado, ni habían previsto que el hueco estaba calculado precisamente para ellos; el caso es que ni un solo monje accedió al banquete, celebrado con toda pompa y esplendor, y los gordos tuvieron que quedarse con las ganas. Y en Lucca, querido discípulo, está la catedral de San Martino, que casi puede compararse con la residencia del Papa. Una fortaleza y un monasterio con quinientos monjes y una guardia ecuestre que recauda a punta de espada lo que no logran los

rezos y la mendicidad. Eso sí que es riqueza. En cuanto a Roma, la época de las indulgencias ordinarias pasó hace tiempo. Y es que había mucho dinero en la hipocresía, y eso le fue muy bien a la Iglesia, naturalmente. Ahora el Papa se halla en Aviñón, y el ambiente de Roma está demasiado cargado. Nuestro último tribuno, Cola Di Rienzo, terminó como es sabido en una hoguera de ortigas el año pasado. Yo mismo fui testigo de ello: chillaba como un lechón, y el olor era el mismo. Pero quizá al próximo Papa haya que encontrarlo por estos lares, porque estos días toda Toscana viene hacia aquí; se dice incluso que el obispo de Lucca, el venerable padre Agostino, ha hecho una captura que puede llevarlo a la silla papal. Claro que se oyen muchas cosas, y las historias pocas veces van a menos a fuerza de contarlas; pero allí abajo, en el reino de Nápoles, se habla de las celdas de Agostino, donde una madre y su hijo esperan su fin. Me imagino que los colgarán del cuello o algo peor, pues Agostino es conocido como hombre despiadado. Ciertamente que ningún señor de la guerra tiene más sangre en sus manos que la Iglesia, pero en cuanto al obispo, gobierna con tal crueldad que a su lado los mongoles son unos angelitos. —Giuseppe se rascó la entrepierna y se encogió de hombros—. Cuenta una anécdota que, siendo Agostino un joven novicio, salió en viaje de penitencia, y en el camino topó con un anciano que le pidió algo de pan y una gota de agua. Agostino, que viajaba con un gran séquito, le dio lo que deseaba, pero en cuanto sació la sed, el desconocido preguntó si tenía quizá algún remedio para las llagas de sus manos y pies. Agostino volvió a compadecerse, abrió el cofre de los ungüentos y dejó que el hombre se frotara los pies doloridos. Entonces el anciano le dio las gracias y se presentó por fin. Porque el que había recibido comida, bebida y alivio para sus heridas era ni más ni menos que Dios Todopoderoso. Cuando Agostino lo oyó, le entregó el resto del ungüento, pero le pidió que lo empleara con sobriedad. —Emitió una risa ahogada mientras echaba una mirada de reojo a su alumno, que lo observaba con los ojos como platos—. Vaya, esta historia no te ha divertido —suspiró—. No; eres demasiado idiota para entender de esas cosas. Pero ahora se abre el cielo a la oscuridad. Me alegro de que no hagas ascos al trabajo físico, y si por casualidad diéramos con la sepultura donde la vieja ha enterrado su perro, no necesitaremos herramientas para cavar. Alcánzame la manta y apaga el fuego.

La oscuridad se cierne sobre los melocotoneros, donde las brasas del fuego refulgen en la noche oscura. Sobre los dos viajeros, que ya han cerrado los ojos, las estrellas parecen esperar; y en efecto, pronto se oye la voz del discípulo, que está totalmente despierto.

—¿Qué es eso de los dos desgraciados que están en la cárcel de Agostino, maese?

—Ya lo veremos. Si no es antes, cuando los quemen. De hecho, consiste en conseguir pruebas, y hasta la Inquisición ha llegado a Lucca. Pero eso son

pequeñeces, porque el hombre de quien trata la historia no ha llegado aún. — Giuseppe se permitió una tenue sonrisa misteriosa.

—Pero ¿qué han hecho los acusados para que los encierren?

—La mujer ha tenido un hijo fuera del matrimonio —respondió ahogando una risita; después se volvió del otro costado, dando la espalda a Arturo.

—Pero ¿por eso también te meten en la cárcel, maese?

—Tiene narices esa ansia tuya por saber. Que te encierren depende de con quién te hayas acostado.

—No lo entiendo, maese.

Giuseppe agarró a Arturo de la oreja.

—No, no entiendes gran cosa, pero la mujer ha fornicado con el mismísimo Satanás, o sea que el hijo resultado de la relación es ni más ni menos que hijo de Lucifer. ¿Comprendes ahora por qué tu maese viaja a Lucca? No, no lo comprendes, y tanto mejor, porque tu cabeza no está preparada para tal cosa. —Se echó sobre el costado sobre el que solía dormir—. Cuando pienso en lo que los hijos de los hombres hicieron al hijo de Dios, tiemblo al pensar en lo que espera al de Lucifer. Ya lo veremos, aunque los mejores lugares hace tiempo que están reservados, pero no me importa, pues jamás me ha divertido la desgracia ajena. Mi misión es completamente distinta; he avisado que iba, y voy reunirme con un renacuajo que tiene la llave del Paraíso.

—¿Con un renacuajo, maese?

—Un enano, cretino preguntón. Pero vamos, duerme, estúpido, y sueña con tu señor en la corte del sultán. Mañana te enseñaré cómo se hipnotiza una mosca.

*Acerca de la mujer encogida, el bastardo del diablo
y la Raíz de Todo Mal*

Cuando Giuseppe y Arturo llegaron a los lindes de la ciudad de Lucca, contemplaron un espectáculo fantástico. Giuseppe, que había estado varias veces en el Vaticano, donde el gentío puede ser un auténtico suplicio, jamás había visto a tantas personas reunidas en el mismo sitio. Y a pesar de que había tantos charlatanes como gente de bien, era alentador estar en medio de aquel barullo abigarrado cuando uno provenía de las callejas de Florencia. Pues aquella multitud no se preocupaba por la peste bubónica y resplandecía por la inusitada alegría en que uno puede, durante un instante, olvidar sus propias calamidades al presenciar algo que es diez veces peor. Llegaban a lomos de asno, a pie y a caballo: viejos, tullidos, desfigurados y desgastados, gente elegante y gente pobre, de la comarca, de fuera, negros y cetrinos, asiáticos y mongoles; había música y bailarines descalzos, monos vestidos, prostitutas desvestidas, bufones y puestos de mercachifles, monjes, mendigos, afiladores, mercaderes de indulgencias, predicadores apocalípticos, simuladores que tosían y caminaban con falsas muletas, sarnosos y pordioseros babosos. Se oían berridos y rebuznos, cacareos, lloros infantiles, música y disputas a voz en grito, todo ello mezclado con el tintineo metálico procedente de los carros de los caldereros; el gentío era inmenso, y había un tufo seco procedente de los excrementos de los animales y las fogatas.

Si en el Gólgota hubo aglomeraciones, lo de Lucca era un tumulto. Un profeta barbudo, de pie sobre una roca, aseveraba que aquel día era el más glorioso de la historia de la humanidad; en otro lugar había una procesión de hábitos blancos y cruces negras, y más allá se podía comprar una mujer a cambio de un racimo de uvas. En suma, se reunían allí el satanismo, la beatería, el abandono y la vulgaridad. Todo el mundo se daba cita, y aún faltaba lo mejor.

Camino de Lucca, Giuseppe había explicado a su alumno cómo debía comportarse en cuestiones de negocios. De modo que Arturo andaba por la plaza salmodiando:

—El elixir de la vida, el elixir de la vida, vuelvan a ser jóvenes, compren el elixir de Pagamino.

En el tono del imbécil había una ingenuidad que hacía que la gente se arremolinara, y Giuseppe empezaba a alegrarse cuando sintió que le tiraban del

cinturón. Miró hacia abajo y vio un rostro conocido, un hombrecillo arrugado como una manzana reseca, de extremidades cortas y una singular devoción por el oropel y la bisutería. En sus dedos rechonchos se sucedían los anillos, y de sus orejas colgaban racimos de piedras supuestamente preciosas.

Besó la mano de Giuseppe.

—Gran maestro, qué contento estoy de volver a verlo.

—Mi querido Lambrini, justo a la hora convenida.

—He estado esperando este día desde que nos conocimos en Nápoles —afirmó el hombrecillo, resplandeciente.

—Es comprensible —dijo Giuseppe, poniendo la mano en el hombro del enano y llevándolo a su carro.

—¿Ha traído los polvos? —preguntó Lambrini, ansioso.

—Pagamino acostumbra cumplir lo prometido; pero brindemos antes por nuestra salud. —Tendió la mano hacia atrás y destapó una cantimplora marrón. El enano dirigió una ávida mirada de reojo al líquido que le estaba sirviendo en un vaso—. Esta bebida está hecha a base de anís, raíz de cálamo aromático, jengibre e hipérico, añadiendo una pizca de la raíz que proviene de las zonas más recónditas del mundo. Si viajas lo suficientemente lejos, puedes encontrar al borde del abismo la Raíz de Todo Mal, que tantas vidas ha costado, pero que también ha salvado al menos otras tantas; no en vano se trata de un cáliz sagrado, un antídoto excepcional. Lo cierto es que si quieres resistir a la epidemia, tienes que tomar algo de esto. En Francia ingieren esta bebida en la corte, junto con la Sagrada Forma. No me queda mucha, pero compartiré contigo las últimas gotas, diminuto amigo. Echa la cabeza atrás, apóstol de la felicidad. —Vertió un poco del brebaje en la boca abierta del enano.

—Sabe a anís —dijo, secándose los labios.

Giuseppe se aclaró la garganta y habló con voz distraída:

—Y tú ¿sigues trabajando en casa de su excelencia?

Lambrini se le acercó más.

—Mi mujer y yo nos ganamos la vida en casa del padre Agostino, donde lavamos la ropa, limpiamos y nos ocupamos del servicio; mejor trabajo no se puede tener. Pero dígame, maestro, ¿dónde están los polvos? Estoy impaciente. Maese no sabe lo que es ser pequeño, no conoce los desprecios y las risas que acompañan a un enano desde la cuna hasta la tumba. Mi inteligencia no es poca, mi corazón es tan grande como el suyo, únicamente los brazos y las piernas son más cortos, y aun así el mundo sólo tiene burlas para mí.

El rostro de Giuseppe se tornó serio.

—Pero ¿seguro que estás preparado para una transformación tan grande?

—Más de lo que cree. Me muero de ganas por tener extremidades como las de los demás.

Giuseppe carraspeó.

—En cuanto al pago...

—Diga cuánto es, maese; no tema, que Hortensia y yo hemos estado ahorrando.

—A propósito de tu mujer —murmuró mientras examinaba con cara de médico experto los huesos del enano—: ¿sigue llevando comida a los condenados?

—Sí, maese, todos los días lleva comida y agua a esos pobres diablos. Sus descripciones de la mazmorra no son para almas delicadas. Pero las casas de los poderosos, maese, rebosan un esplendor nunca visto: suelos de mármol, columnas de oro y paneles de marfil. En la iglesia hay frescos del apóstol san Juan, y es cierto que el obispo posee el *Volto Santo* —dijo el enano, poniendo los ojos en blanco.

—Ten la bondad de arrojar algo de luz a la memoria de un anciano. No recuerdo qué es el *Volto Santo*.

Lambrini se santiguó.

—Está colgado en la catedral, maese: es un crucifijo de madera de cedro, hecho por Nicodemo, que estaba presente cuando crucificaron al Hijo de Dios. Dicen que van a sacarlo en procesión a la plaza cuando el obispo derrote al Maligno. Pero antes hay que quemar a la vieja.

Giuseppe asintió en silencio y destapó la cantimplora.

—Pero dime, amigo, ¿has visto a esa mujer?

—No, maese, la tienen encerrada en una jaula, vigilada noche y día por la guardia de Agostino, nobles caballeros armados de espadas y ballestas. Pero mi esposa la ha visto. La bruja tiene dientes de león y despidе fuego por la boca cuando habla.

Había lágrimas en los ojos de Lambrini.

Giuseppe lo tomó por los hombros y le permitió volver a degustar la Raíz de Todo Mal.

—Cuánto sabes, paticorto.

—La vieja es de un pueblo de las montañas, donde solía celebrar aquelarres y beber sangre de recién nacidos. También ha reconocido que se ha acostado con el Maligno. ¿Queda algo en la botella?

—Queda más, tranquilo. Pero dime, ¿esa mujer ha tenido también un hijo con el Anticristo?

—Un bastardo, maese. Cuentan que el niño se pasa llorando la noche y el día. Por fuera parece un chico normal, pero por sus venas corre sangre negra. No le late el corazón, porque no tiene; y lo peor es que...

—Adelante, amigo.

—Puede transformarse.

—¿Transformarse?

El enano asintió con la cabeza.

—En cuervo —musitó—. La Biblia no es mi fuerte, y no sé leer en latín, pero en

las Sagradas Escrituras se dice que el Diablo tomó posesión de una mujer, que se quedó preñada y dio a luz un chico que era mitad persona, mitad pájaro. Hay frescos donde se representa esa visión horripilante. Pero deje que le cuente las relaciones que tiene ella con los sapos, porque es como para poner los pelos de punta.

—Sí —murmuró Giuseppe—, es cosa sabida que las brujas y los sapos forman una hermandad impía.

—En casa de la bruja hay un sapo que es mayor que un verraco. La vieja viste al batracio con levita, calzas y chaleco de seda —dijo el enano, temblando de agitación.

Giuseppe volvió a destapar la cantimplora.

—Vamos, bebe el resto, querido amigo, y dime: ¿dónde van a quemar a la bruja?

—En el cadalso que ha ordenado construir Agostino a los pies de la catedral. Si sube al pescante, lo verá.

Giuseppe montó al pescante y miró por encima del denso mar humano; enseguida divisó una gran plataforma rodeada de soldados.

—¿Cuánto tiempo lleva esperando toda esta gente?

—Desde que corrió el rumor de que Agostino había apresado al hijo de Lucifer, maese. Pero como le conté en Nápoles, esos asuntos pueden alargarse. La Inquisición ya ha llegado, pero se toma las cosas con calma.

—No hay cosa más paciente que un público que espera sangre —afirmó Giuseppe, sentándose. Durante un momento se olvidó completamente del enano y de su mujer—. *Quinta essentia* —murmuró—. *Quinta essentia*.

Pronto surgieron en su interior voces conocidas. La voz moral tenía la iniciativa flagelando a la voz dócil, que por su parte dijo que nunca iba a estar tan cerca de su objetivo.

—Ahora puede medirse en metros la distancia a lo infinito. No tengo más que extender la mano, y lo que se prometió en las calles de Damasco se hará realidad. Toda una vida adquiere de pronto significado.

—Calla, apóstol de la codicia —lo regañó Rinaldo.

—Ya has oído lo que ha dicho el renacuajo: su mujer puede procurarme lo que he soñado desde que abandoné las arenas del desierto.

—Vete de aquí, perro, ¿no te das cuenta de qué es lo que está en juego? ¿Te falla el juicio? Haz lo que haces siempre, mete el rabo entre las piernas. Piensa que es el bastardo del Diablo el que está bajo siete llaves.

—Exactamente, y me estremezco al pensar lo cerca que estoy del objetivo. Hay en Bagdad cuarenta y una bibliotecas, pero nadie sabe cuántos volúmenes hay, aunque algunos de ellos tratan con toda seguridad de los textos apócrifos, igual que los cinco millones de libros de los sótanos de Trípoli, encuadernados en cuero, encerrados bajo siete llaves, escritos con dedos temblorosos, tiznados y arrugados, la

escritura inclinada, negra como el carbón, tachada y repetida, con unidades de medida ilegibles: un fajo, fasciculus, cerca de treinta gramos; un manojo, manipulus, unos quince gramos. Pugillus, lo que puede cogerse con tres dedos. Me lo sé de memoria. Sí, hombre, la vieja fórmula milenaria. Podría ser que estas manos, que han molido tantos polvos y mezclado tantos elixires...

—Que nunca han tenido efecto más que en tu propia panza, que iba creciendo gracias a la ingenuidad de la gente. Largo de aquí, lengua desatada, vete de Lucca inmediatamente, porque veo que la desgracia va a llegar con el crepúsculo.

—La desgracia llegó contigo, Rinaldo.

—Pues hazla realidad, si eso es lo que buscas.

—Entonces ven conmigo, Rinaldo.

Giuseppe abrió los ojos y sonrió a Lambrini, que había terminado su relato acerca de las virtudes de su mujer.

—Debe de ser un auténtico ángel.

—Lo es, maese. Pero ahora quiero ver los polvos mágicos.

—¿Polvos? Ah, sí, los polvos, es verdad. —Se puso a revolver entre vasijas y saquitos de cuero, que estaban colocados de cualquier manera en el carro—. Espero que no lo hayan robado —murmuró.

—No diga eso —gimió Lambrini—. No diga eso, maese.

—La fama suele viajar más rápido que uno mismo —dijo con un suspiro—. Ayudo a muchos, pero también hay que rechazar a otros, porque yo no sano a los leprosos ni a los sordomudos, y al que sólo le queden las encías en adelante habrá de comer con cuchara. Ah, aquí está ese poquito de polvos que tienen un efecto tan grande. Y es que la luz divina no diferencia entre grandes y pequeños, sino que brilla para todos nosotros por igual. —Depositó un cofrecillo en sus rodillas—. La mitad de esta cura milagrosa es para una persona noble de Pisa, que tuvo un encogimiento el pasado invierno. Una mujer alta y delgada, pero que ahora está reducida; vamos, que tiene la mitad de tu estatura, Lambrini. Vive en la oscuridad porque no desea que el mundo contemple su desgracia.

—Pero la otra mitad, maese, la otra mitad es para mí, ¿verdad? Pertenece a Lambrini, tal como me prometió, ¿no?

Giuseppe suspiró y movió la cabeza de lado a lado, resignado.

—Muchas cosas me han ofrecido a cambio de estos polvos —murmuró—, porque el mundo está lleno de engendros, mujeres bracicortas, niños sin pies y hombres que sólo tienen un colgajo donde los demás cargamos con nuestro miembro.

—Bueno, pero nosotros dos hicimos un trato, ¿verdad, maese?

—A ver si podemos ponernos de acuerdo en el pago, Lambrini.

—Nada más fácil, maese. Propongo que hagamos lo que dice mi mujer.

—Y ¿qué es lo que dice?

—Hortensia opina que maese debe cobrar veinte florines ahora y otros cien cuando hayamos comprobado el efecto de los polvos.

—Pero, hombrecillo de Dios, ¿crees que tomas los polvos por la noche y te despiertas con las extremidades de un atleta griego? Mi querido amigo, eso lleva tiempo, a menudo varias semanas.

—Puedo esperar, maese.

—Pero yo no, porque voy camino de Pisa, de modo que propongo un trato sin dinero por medio.

—¿Sin dinero, maese?

—El dinero nunca me ha gustado —dijo, sacando la lengua y escupiendo—. Lo único que pido es un favor de amigo.

El enano se quedó mirándolo.

—¿Un favor de amigo?

Giuseppe se inclinó sobre él.

—¿Sabes el destino que aguarda al hijo de Lucifer?

—Dicen que va a arder en la hoguera con su madre.

—Justo lo que me temía, menudo despilfarro.

—¿Despilfarro, maese?

—Exacto. El rapaz no es como los demás niños, por eso va a ser un despilfarro incomprensible si lo queman sin más, ya sabes a qué me refiero, ¿no? —Se quedó mirando al vacío—. Si todo cuanto contiene termina en un montón de ceniza.

—Pero, maese, es el hijo del Príncipe de las Tinieblas.

Giuseppe agarró al enano del brazo y bajó el tono de voz.

—Lo sé, Lambrini, y precisamente por eso tengo que verlo. ¿Comprendes lo que te digo? Tengo que verlo antes de que lo quemen. No he atravesado el desierto y arriesgado la vida en las pérfidas callejas de Damasco para nada. Nunca volveré a estar tan cerca. Nadie volverá a estar tan cerca.

—Pero, maese...

—No me lles la contraria, enano —zanjó, enderezándose hasta parecer de repente una torre ante el hombrecillo—. Porque las cosas se te torcerán si te interpones ante alguien de mi calibre. —Tomó un sorbo rápido de la cantimplora de agua, reflexionó y sonrió a Lambrini con aire paternal—. Consigue que pueda estar con el chico y los polvos serán tuyos. No va a costarte ni un miserable florín.

—Pero, maese, cómo voy a...

—Llévame a donde el verdugo.

Los grandes ojos castaños del enano adquirieron una expresión de desaliento.

—Del Sarto —susurró.

—El verdugo tiene acceso al chico, ¿no?

—Pero Del Sarto es una persona terrible. Grande como un armario y con un ojo azul cielo, lechoso y de aspecto repugnante. Cuando aparece en el pórtico, un viento helado atraviesa el lugar. Lleva un hábito negro, siempre con la capucha puesta, pero en la oscuridad se ve el brillo del ojo enfermo. Junto a él camina su perro, que no es un perro, sino un lobo, una bestia espantosa de colmillos afilados y dos ojos tan extrañamente azules como el ojo enfermo de su amo. Se dice incluso que esa fiera ya ha probado la carne humana, y que Del Sarto la alimenta a base de herejes.

Giuseppe miró ante sí y repitió el nombre del verdugo.

—Son interminables las historias que se cuentan de él —continuó Lambrini—; hasta el poderoso Tiziano lo teme.

—¿Tiziano? ¿Quién es Tiziano?

—El capitán de la guardia ecuestre, un hombre esbelto y gallardo, el orgullo de la ciudad. Es la mejor espada de Lucca y el protector de todos nosotros. Si Del Sarto es la mano izquierda de Agostino, Tiziano es la derecha; pero la mano derecha no siempre sabe lo que hace la izquierda.

—Llévame a Del Sarto y serás feliz.

Lambrini sacudió la cabeza.

—Es imposible, maese. Raras veces abandona la fortaleza, pues teme la venganza de todas las familias que han perdido un hijo o un hermano en los pasadizos subterráneos de la catedral.

—Los polvos serán tuyos. Piénsalo bien, Lambrini. Piensa en conseguir brazos y piernas como los de los demás. Piensa en las posibilidades que van a abrirse ante ti: mujeres, fortuna, distracciones, admiración. Cierra los ojos e imagínalo. —Agarró al enano—. Di a Del Sarto que maese Pagamino puede sanar su ojo enfermo. Mataremos dos pájaros de una pedrada, y al cabo de pocas semanas podrás mirar al verdugo a los ojos, pues entonces los dos seréis hombres gallardos.

Lambrini apretó los puños.

—Tengo que hablar con Hortensia —susurró—, pero no puedo prometer nada.

Giuseppe bajó los párpados.

—Eso no sería correcto. No hay cosa que desprecie más que la gente que promete cosas que no puede cumplir.

—Vaya a la puerta norte de la ciudad al caer el sol —dijo Lambrini, besando el dorso de la mano de Giuseppe—, y traiga los polvos. No lo olvide, ¡los polvos!

Giuseppe posó la mano sobre la cabeza del enano.

—Como ordena el Señor, pues escrito está en la Biblia de los infieles que Dios siempre ha elegido a su profeta del redil.

*Giuseppe hace testamento e invoca
a las estrellas de Túnez*

Cuando comenzó a anochecer, Giuseppe había terminado su cena, consistente en melocotones, carne de gallina y pan recién hecho.

Había estado observando a distancia cómo su alumno desplumaba y cocía el ave, para después esparcir las brasas del hueco que había abierto en la tierra. Arturo sacó una parrilla de su alforja y asó en ella las piezas de carne untadas de aceite y sazonadas con romero. El olor a cocina de ricos empezó poco a poco a expandirse por el talud donde los pobres mordisqueaban el mismo hueso.

Giuseppe se dijo que el rapaz tenía buena mano para guisar, pues a un buen cocinero no se lo reconoce sólo por sus resultados, sino por la rapidez con que los presenta en la mesa. Arturo no iba a probar nada de aquello, aparte de la sopa que había sobrado, porque, con una actitud ingenua que clamaba al cielo, distribuyó los mejores trozos de carne a los mendigos que, al olor de la vianda asada, se habían presentado como buitres interesados en la olla de otro. Era demasiado tarde para cuando Giuseppe vio cómo su dadivoso protegido repartía los pedazos de ave, y al final quedaron solamente la pechuga y las alas.

Giuseppe se quitó el cinto de un tirón.

—Para un hombre entrado en años no es motivo de alegría ver cómo deambulan los desdentados con una sonrisa pícara en los labios. En un momento libre he tenido la suerte de cambiar una crema de belleza por una gallina que, aunque vieja y arrugada, conservaba aún algo de carne en los muslos, pero gracias a tu generosidad he de andar royendo las patas del ave. —Dio un pisotón en el suelo—. Tú come sopa y da las gracias porque no saco el garrote; está claro que hay cabezas que aprenden mejor cuando se les da un coscorrón.

Como siempre, Arturo recibió la amonestación con la cabeza gacha. Pero la comida resultante de sus esfuerzos no sólo gustó a Giuseppe, sino que era posiblemente lo mejor que había comido al aire libre. Por supuesto, el rapaz había servido en una cocina decente y, aunque imbécil, había absorbido tanto conocimiento que a Giuseppe se le hacía la boca agua al pensar en lo que lo aguardaba cuando hubiera mayor abundancia de materias primas.

Giuseppe se acarició la tripa y se tumbó.

En la plaza, a su alrededor, ardían pequeñas fogatas. La gente se había hecho a la idea de que aquel día no iba a ocurrir nada, pero corría el rumor de que al amanecer exhibirían a la malvada y después la quemarían.

Arturo fue al pozo a buscar agua para que Giuseppe pudiera lavarse. Después de asearse, acostumbraba rociarse con un líquido fragante que resultaba agradable a la mayoría, aunque naturalmente se podía exagerar.

—Las dosis —murmuró mientras dejaba que su alumno le limpiara las uñas—, lo más importante son las dosis. El sol pronto abandonará la tierra verde, y todo adquirirá otro tono. Cuando más me gusta el día es cuando se desvanece. ¿Comprendes algo de lo que dice tu maese, Arturo?

—Lo intento, maese, pero nunca se me ha dado bien la poesía.

Giuseppe entrecerró los ojos. El mozo, que le limpiaba con sumo cuidado las uñas, había mostrado una sonrisa en los labios que bien podía tomarse por irónica, aunque la ironía requería bastante más inteligencia de la que tenía aquel chico con un cerebro de animal doméstico. De todos modos, había en su mirada algo que sumía a Giuseppe en la inseguridad. A Arturo no le faltaba talento, y sabía diversos nombres de plantas que eran difíciles de recordar porque la mayoría estaban en latín, y los más importantes en griego. Ahora se añadía a eso un manejo vivo y hábil del ave sobre las brasas, y un gusto apreciable a la hora de preparar una gallina que, a decir verdad, había conocido tiempos mejores. Era algo que supieron tanto el maestro como el alumno cuando le cortaron la cabeza.

—Pero bueno, puede comerse —dijo entonces Giuseppe.

—Así es, maese, bastará con ser más generosos con la pimienta —añadió el cocinero.

Ya se habían comido el animal, y las sombras se alargaban. Hacía tiempo que había terminado el entretenido número de la mosca, pero los niños que habían presenciado el milagro se apiñaban todavía en torno al carro, con la esperanza de que hubiera algún extra.

—No se ve todos los días que una persona domine a un insecto, o sea que ¡mantened los ojos abiertos!

Giuseppe sopla al insecto, que detiene su aseo.

—Obedece a tu amo —sisea el domador de moscas—; obedécelo y ponte patas arriba.

La mosca vacila, pero después se tumba de espaldas.

En el silencio que sigue, Giuseppe levanta al insecto por las alas y recibe los aplausos del público.

—¡Sí! —grita—. No hay público más agradecido que el que se divierte con pasatiempos gratuitos. Mañana domaré elefantes y cabalgaré a lomos de un tigre indio, y los críos van a pasarlo en grande, van a aplaudir, y contarán la historia a sus nietos. Pero habéis de saber que no hay cosa más fácil que domesticar un elefante y hacer que un tigre se tumbe de espaldas, porque sólo se precisa heno, paja y carne fresca. Pero dominar al insecto más pequeño del mundo es otro cantar; ahí es donde se revela el auténtico maestro, y sólo lo saben el niño, el cretino y la mente cándida: mi público.

Giuseppe llamó a su alumno.

—Arturo —dijo—, siéntate un rato junto a tu maese; luego te dejaré en paz. Tengo un trato con un hombre en la fortaleza. No es nada de lo que debas preocuparte, sólo he de estar con el verdugo. El del ojo lechoso y el lobo enorme. Tú no lo conoces, claro, pero es un personaje propio de la peor pesadilla. Carga con más vidas sobre su conciencia que el Papa de Roma, y cinco monjes prueban su comida antes de que él la devore. No es de extrañar que estén tan gordos.

Arturo se encogió de miedo.

—¿El verdugo, maese?

—Sí, el verdugo, Arturo, pero lo que ignoras no puede hacerte daño. Aun así, te diré algo: en caso de que no volviera, y por muy inmerecido que te parezca, heredarás cuanto poseo, porque no tengo familia ni amigos en este mundo. —Notó que los sentimientos daban a su voz un tono sensiblero—. Mi carro no parece gran cosa, y en cuanto a *Bonifacio*, sus patas ya no son lo que fueron, pero da poco trabajo y es resistente. Por lo que respecta a la farmacia, también será para ti. Procura cuidarla con respeto. Es una universidad sobre dos ruedas, y si sabes comportarte, te espera una larga vida basada en la perspicacia y la frugalidad. ¿Qué tal huelo?

—Como una mujer, maese.

—¡Qué sabrá un idiota de perfumes!

Giuseppe miró fijamente a la fortaleza dorada, donde colgaba el estandarte triangular con una cruz verde del padre Agostino. Los colores de la Inquisición. Después posó la vista en la cantimplora marrón de sabor rancio cuyo contenido era bueno contra la melancolía y la agitación nerviosa, pero se dijo que sería mejor abstenerse de aquellas gotas.

—Arturo —dijo—, ¿recuerdas el bosquecillo donde dormimos en el camino? ¿Recuerdas la historia que te conté acerca de la *lacrima del diavolo*?

—Sí, maese. Me dio miedo.

Giuseppe alzó la vista al cielo azul marino.

—Desde los pórticos de Damasco —susurró— hasta las bibliotecas secretas de los nevados monasterios del norte, todos han buscado, rastreado y estudiado con la esperanza de encontrar la última pizca. —Bajó el tono de voz—. El destino ha

querido que quizá pueda lograr lo inalcanzable. El resto de los ingredientes están en el carro, los he pesado mil veces, una y otra vez, se trata de medicina para principiantes; pero falta el último componente. Conseguirlo hará que sea inmortal no sólo mi cuerpo, sino también mi nombre. El mundo hablará de Giuseppe Emanuele Pagamino. No quiero pensar en el valor que puede alcanzar el elixir, pues ¿qué es el dinero comparado con la inmortalidad? ¿Entiendes algo de lo que te estoy diciendo, pequeño cretino?

—No mucho, maese; pero mi señor anterior, el jardinero mayor, tenía un juego de bolitas maravilloso: una tabla con agujeros y doce bolas de cristal de colores vivos. Yo no había visto nunca canicas tan bonitas. Pero pocas veces me dejaba jugar con ellas. Las sacaba sólo dos veces al año, cuando celebrábamos un cumpleaños. La alegría solía durarme meses, porque no había nada mejor que aquel juego de canicas. Pero cuando la epidemia se abatió sobre mis señores y el jardinero mayor desapareció, de pronto me hallé solo, con toda la casa para mí. Encontré el juego en un cofre. Así podría entretenerme con él cuando quisiera. Durante tres días no hice otra cosa, pero de pronto se convirtió en algo trivial. Nada me aburría tanto como aquellas canicas.

Giuseppe puso los ojos en blanco.

—No sé adónde quieres llegar con esas chiquilladas —murmuró—. Tampoco sé por qué te escucho ahora, que estoy con un pie en el Paraíso. ¿Tengo que oír a un idiota hablar de su juego de canicas?

—Pero con las canicas ocurre como con los días en la vida de una persona, maese.

—No me digas...

—El día que desaparece, ése no vuelve nunca más; por eso es tan valioso, maese.

Giuseppe apretó el índice contra el pecho del chico.

—Yo hablo de una cantidad infinita de días —lo regañó—. Hablo de conseguir una eternidad de ellos, ¿es que no lo comprendes?

Arturo tomó la mano de su maestro.

—Pero ¿a usted con sus días no le pasa como a mí con las canicas, maese? Es lo que me temo. La muerte existe en la tierra para recordarnos lo hermoso de la vida. Es lo que decía siempre el jardinero mayor.

Giuseppe retiró la mano.

—Una vez traté de meter un tonel de vino en mi carro, pero una de dos, o el carro era demasiado pequeño o el tonel era demasiado grande; pues bien, algunas de tus ideas no casan con tu cabeza, de manera que haz lo que hice yo con el tonel: déjalas estar. —Después se enderezó y se cepilló la ropa—. Si no he vuelto para la salida del sol, todo será para ti. La cena estaba buena, lástima que fuera tan escasa. Que el diablo se lleve a los mendigos y pedigüenos. Anda, alcánzame la cantimplora marrón,

que mis nervios necesitan un tonificante. Me parece que toda mi vida está concentrada en este momento, lo que es una carga pesada, sin duda. Siento un desasosiego singular en todo el cuerpo, como si quisiera decirme algo. ¿Qué ha sido de las estrellas? Si al menos pudiera leer en el firmamento para saber si es prudente ponerse en camino... Pero es típico: cuando más necesidad tienes de una señal, las estrellas brillan, sí, pero en Túnez. Bueno, deséame suerte, Arturo, porque pronto será demasiado tarde, y no quiero quedarme a mitad de trayecto, porque siempre me he quedado a mitad y por eso nunca he llegado a mi destino, y a casa no digamos. Soy un nómada, pero la vida vagabunda se me ha vuelto demasiado fatigosa, porque he alcanzado una edad en que uno debe buscarse un alcornoque y un banco y alegrarse por los pocos dientes que conserva. Aunque al hombre que tienes delante no le hace falta temer a la muerte, a la oscuridad ni a la tumba, porque a sus piernas no les faltan muchos pasos para llegar al final del camino.

Arturo asió a Giuseppe de la manga.

—Tal vez sea mejor que se quede aquí, maese.

—¿Qué te pasa? ¿Piensas empujar una carga que va ya ladeada? Contemplas a un hombre que jamás ha poseído más que las piedras que encontraba en el camino. Pues eso, deséame suerte, que falta ha de hacerme.

—Suerte, maese —musitó Arturo, depositando una piedra redonda en la mano de su señor, que se quedó mirándola—. Su vida empezó así, con una piedra —susurró—, y con una piedra ha de terminar también.

—Sí, cretino —suspiró—, así suele ser con los niños, te dan cuanto poseen en forma de piedra.

Y con esas palabras dejó a su alumno, que siguió con mirada temerosa a la figura alta y quebrantada que se adentraba en la penumbra acumulada frente a la fortaleza. Con la noche llegó un aliento siniestro que se extendió hasta el talud lleno de gente. Una inquietud latente que no podía expresarse con palabras, pero que se parecía a la niebla helada que bajaba del monte.

Ella estaba junto a la puerta norte, tal como habían convenido. Hortensia era más menuda que su marido, si cabe, aunque no tan alegre de espíritu. Había en su manera de ser un tono decidido y enérgico, y a Giuseppe le dio la impresión de que estaba frente a una persona de su gusto.

Pronto cambiaría de opinión.

—Te agradezco de todo corazón que quieras ayudarme —empezó, pero lo interrumpió la mujer, que sólo dijo dos palabras.

—Los polvos.

Giuseppe le explicó que tenía los polvos mágicos en el bolsillo, y que se los daría en cuanto le indicara cómo llegar hasta Del Sarto.

Miró de reojo al otro lado de la puerta de entrada a la ciudad, donde una decena de jinetes acababa de ensillar sus caballos. Todos llevaban cascos negros, excepto uno, que iba con la cabeza descubierta. Era Tiziano, bello como un dios, el capitán de la guardia. Su cabello era del mismo color que el del trigo en el campo, y sus ojos, azules como el mar de Nápoles. Incluso corría el rumor de que era limpio de corazón y digno de confianza, y por eso era bien visto en amplios círculos. Pero si se examinaba a Tiziano más de cerca, se advertía una especie de tono menor que se cernía como una sombra desolada sobre sus nobles rasgos.

Giuseppe asintió en silencio. «Cuando ves a un hombre así, te das cuenta de tu propia decadencia», pensó.

En aquel momento se abrió el rastrillo.

Hortensia agarró a Giuseppe.

—Tiene una cita —susurró.

Caminaron por el largo pórtico que giraba bruscamente a la izquierda para después bajar de modo abrupto. Al poco estaban frente a otro rastrillo y otro cerrojo.

Hortensia sacó una llave.

—Ésta es la puerta de la que se dice que si la traspasas, no vuelves a salir.

—Me da la impresión —murmuró Giuseppe— de que te gustan ese tipo de refranes.

—Del Sarto se aloja al fondo del pasillo.

—¿Está al corriente de mi llegada?

—Arde en ganas de conocer al hombre que puede curar su ojo lechoso. Y deme los polvos.

Giuseppe metió la mano en el bolsillo y entregó a la mujer la bolsita con el remedio.

La verja de hierro se cerró de golpe.

Ahora la enana estaba fuera. Miró a Giuseppe con un brillo extraño en los ojos.

—*Arrivederci, signore* Pagamino —susurró antes de desaparecer.

Él se estremeció. Se oyó una campanada procedente del patio, lo que acentuó más aún el silencio condensado. No conocía la fortaleza lo bastante para saber dónde se hallaba exactamente. Apenas había alcanzado a vislumbrar la catedral, pero no tenía ni idea de la disposición del resto de los edificios.

Se encontró ante una puerta de pernos negros y simétricos. De pronto pensó en la cena que había tomado y en el viaje con Arturo. Cerró los ojos y se rascó la nuca.

—Vaya inconstancia la mía —dijo con un suspiro.

Porque aún tenía la posibilidad de dar la vuelta y volver al asno, al carro y al

buenazo de su alumno sin que nadie le pidiera cuentas. El aire estaba lleno de malos augurios, lo percibía, aunque no se oía nada; no había nadie a la vista, ni una miserable salamanquesa. Todo estaba silencioso.

—Hasta los murciélagos han encontrado otros terrenos de caza. —Miró en derredor—. Por eso —musitó—, por eso voy a salir, nada más fácil, y no ha pasado nada, se trata simplemente de mover las piernas. Ya conozco el camino de regreso. Y pronto estaré de nuevo sentado en el pescante junto a mi despreocupado alumno. Le devolveré la piedra, porque no me han gustado sus palabras. Lo que le hace falta es mano dura y una educación apropiada.

La idea lo reanimó, y sintió alivio: se había quitado un peso de encima, un yugo que había llevado sobre los hombros durante decenios; un sueño que había guiado sus pasos desde Damasco hasta la catedral de Lucca. Aunque el camino había sido largo y había durado la mayor parte de su vida, había merecido la pena. Las circunstancias le habían dado una nueva perspicacia. «No en vano —se dijo—, hasta que estás en el interior del templo no reparas en los puestos de mercaderes de palomas y las mesas de los cambistas, justo lo que le sucedió al Hijo del Señor en Jerusalén.»

—Y en el bolsillo tengo una simple piedra —prosiguió en voz alta—, que me han entregado con la mejor de las intenciones. Por eso la llevaré encima hasta el fin de mis días.

En eso se abrió la puerta.

Giuseppe miró fijamente a un hombre corpulento vestido con un delantal de cuero brillante.

—¿Pagamino? —refunfuñó el hombre.

Él vaciló, pero después hizo una reverencia.

—Así es como me llamo: Giuseppe Pagamino.

La puerta se abrió del todo. Giuseppe la traspasó.

El taller era largo y estrecho. En una mesa se alineaban botas de montar ordenadas según el tamaño. Había herramientas diversas colgadas de la pared, y en el suelo pieles curtidas y cajas de clavos.

La puerta se cerró.

—Espera aquí.

Fue entonces cuando Giuseppe advirtió una cortina al fondo del cuarto.

—Ha llegado Pagamino —dijo el guarnicionero.

Después corrió la cortina a un lado y le dijo a Giuseppe que se acercara.

La estancia era cuadrada, y las paredes de tono marrón rojizo estaban decoradas con cuadros grandes y pequeños de colores recargados. Los retratos tenían en común que eran bastante monstruosos: una nariz demasiado grande, una boca torcida, una frente que sobresalía, un ojo que descendía hasta la mejilla.

Del Sarto estaba sentado en un sillón. Llevaba puesto un hábito negro con una capucha puntiaguda que ocultaba la mayor parte de su cabeza. Sólo asomaban la parte inferior del rostro, la poderosa mandíbula y el extremo de la nariz. El aire que lo envolvía era denso y seco, con un débil olor a ceniza, como ese tipo de aroma cuyo único propósito es esconder otro.

—Le agradezco que permita mi presencia —murmuró Giuseppe.

El zapatero puso una silla a su alcance y abandonó la estancia.

Giuseppe tomó asiento y vislumbró por primera vez el ojo azul hielo semioculto por el hábito negro. «Existe un silencio parecido —pensó—, un silencio expectante, caviloso, junto al Tigris y el Éufrates; de hecho, junto a todos los ríos grandes. Una calma absorta. No hay cosa tan cínica como el agua de río, porque no distingue entre la vida y la muerte.»

—Tienes algo para mí —dijo Del Sarto con voz baja y profunda.

—Un ungüento, *signore* —respondió—, un ungüento para el ojo enfermo.

La mano del verdugo se abrió. Le faltaba la última articulación en cuatro de los dedos. Despedía un olor que a Giuseppe le recordó al del líquido de embalsamar. Ofreció a Del Sarto la vasija con el remedio, que estaba hecho siguiendo una receta a base de ortigas. Tenía un aroma agradable y era de un bonito color verde.

—En otra época se utilizaba para las hemorragias nasales.

—¿Las hemorragias nasales?

—Sí, *signore*, pero ahora se emplea exclusivamente para ojos enfermos.

El verdugo echó para atrás la capucha. Tenía la cabeza rapada. El cráneo era amarillo y armonioso, pero lo que llamó la atención de Giuseppe fueron sus ojos. Uno de ellos era negro, y el otro, azul claro centelleante, aunque de ningún modo lechoso. La piel de su rostro estaba llena de agujeros de todos los tamaños, algo parecido al maderamen del carro de Giuseppe. Tierra de gusanos y carcomas omnívoras.

Del Sarto olisqueó el ungüento y respiró profundamente. Su enorme cuerpo empezó a temblar, los hombros subían y bajaban, pero no emitió sonido alguno.

—Y dime —rugió—, ¿qué esperas a cambio?

Giuseppe sopesó sus palabras.

—En realidad, sólo quería regalarle ese remedio, Del Sarto. No deseo nada a cambio.

—¿De verdad?

—Temo haberle causado ya demasiadas molestias.

—No hay muchos que arriesguen tanto sólo para dar un presente al verdugo de Lucca. ¿Podría haber algo que desearas como pago por tu valor?

—Mi profesión —murmuró, mientras se retorció las manos— me ha llevado a todas partes, he mezclado muchos...

—Sé breve.

Giuseppe se humedeció los labios reseco.

—Tal vez sea mejor que me vaya, *signore*. Ya le he hecho perder demasiado tiempo.

—No antes de probar este producto maravilloso.

En un santiamén, Del Sarto se metió tres dedos en la cavidad del ojo y sacó el ojo azul claro, que lanzó por el suelo. Se quedó mirando fijamente con el otro, el negro, a Giuseppe, que siguió el desplazamiento del ojo de cristal hasta la pared, donde golpeó el zócalo antes de volver rodando lentamente.

El ojo negro del verdugo adquirió de pronto una expresión expectante.

—¿Quieres restregar mi ojo para que veamos si el ungüento es eficaz? —susurró—. No, claro que no, porque no es a eso a lo que has venido. Un enano se ha ido de la lengua. Tú has venido por el chico, ¿verdad?

Giuseppe sacudió la cabeza.

—No; sólo que... —Se calló.

El verdugo se puso en pie. Le sacaba una cabeza a Giuseppe, que no era hombre pequeño.

Recogió el ojo de cristal y lo sumergió en una jarra de agua, donde tenía un aspecto más desagradable aún, si cabe. Después lo secó con un trapo y se lo puso, para poder observar a Giuseppe con la misma fijeza que con el negro.

—No hay que detenerse a mitad de camino.

—No —repitió Giuseppe—, no hay que detenerse a mitad de camino.

—Y estás a punto de hacerlo. Veo que las manos te tiemblan y tu boca se estremece. Tienes la cara bañada en sudor y te cuesta hablar. Es comprensible, porque no todos los días se encuentra uno frente a frente con un hijo del Anticristo. —Del Sarto sonrió, pero pronto recuperó la seriedad. Abrió la puerta—. Acompáñame —susurró—, hagamos juntos el último trecho.

Poco después se hallaban en las profundidades de la fortaleza, donde los sonidos eran inconfundibles: gritos y chillidos, gemidos y maldiciones, rezos y quejas. Un infierno de aflicción y desgracia.

«Es un auténtico infierno —pensó Giuseppe—. Lo merezcan o no estos pobres diablos, son las calderas de Pedro Botero. Sólo yo podría responder a qué hace aquí un desgraciado como yo, aunque no tengo ni idea, pero estoy seducido por una cinta de tela. Es lo que cabe esperar cuando injertas el saber con el deseo y ahogas la sensatez en vino especiado.»

Del Sarto abrió una pesada puerta y se dirigió a dos hombres encapuchados, que se inclinaron ante él.

El pasillo era estrecho y estaba flanqueado por pequeños cuartos oscuros, desde

donde ojos aterrorizados miraban al verdugo, que no hizo caso de las manos implorantes y siguió hasta otro pasadizo, algo más allá.

Estaban junto a una escalera empinada y alumbrada por antorchas colgadas de la pared.

Del Sarto sacó el manojó de llaves.

—Sólo hay una persona en este mundo que puede venir aquí. Ahora voy a otorgarte el honor de ver lo que se concede a pocos. ¿No era lo que soñabas, Pagamino? ¿Ver al chico mientras aún respira?

Giuseppe juntó las manos.

—Un pedazo de su uña —susurró—, no deseo más que eso. ¿Es tal vez pedir demasiado? He hecho un viaje muy largo, y sólo deseo un pedazo de la uña del chico. —Se quedó contemplando una gruta en que había un muchacho flaco con pelo abundante y enmarañado, y una expresión que normalmente sólo se ve en las fieras.

—Míralo, míralo, Pagamino —gruñó el verdugo.

—¿Es de verdad...?

Del Sarto se inclinó hacia delante.

—El hijo de Satanás —siseó.

—Pero no parece... vamos, yo me esperaba otra cosa.

El verdugo puso la palma de la mano sobre el pecho de Giuseppe y lo apretó contra la pared.

—¿Qué sabrás tú, mercachifle?

—Yo no sé nada, *signore*.

—No seas tan modesto. ¿Qué querías? ¿Una uña?

—*Signore* —jadeó—, me arrepiento de mi petición. Estoy arrepentido por mi empeño. Si no le importa...

—Puedes llevarte todas las uñas que quieras.

Giuseppe se humedeció los labios.

—No le pido nada, *signore*. Tan sólo déjeme salir. Le presento mis disculpas por mi impertinencia. Ha sido usted sumamente amable, no lo olvidaré jamás.

—Lástima, has estado muy cerca —dijo Del Sarto, abriendo la puerta de la gruta. Al oír el sonido del manojó de llaves, el chico dio un grito y se refugió en un rincón—. Entra sin miedo, Pagamino.

—No, gracias, *signore*. Gracias, por lo demás.

El verdugo dejó caer la zarpa sobre Giuseppe.

—Los ojos que han visto al hijo del Diablo ya no pueden soportar la luz del día.

Giuseppe recibió un empujón en la espalda y aterrizó a cuatro patas en el frío suelo.

La puerta se cerró.

—Pero, *signore*...

—Menuda experiencia. Menuda experiencia para un científico, pasar una noche acompañado del hijo de Lucifer. Podrás cortarle todas las uñas que quieras.

—La noche —murmuró Giuseppe, viendo cómo desaparecía Del Sarto escaleras arriba.

La luz desapareció con él.

Instintivamente, corrió a la verja y la sacudió, aun sabiendo que era en vano.

—Pero mañana me sacarán otra vez —susurró—. No puede ser de otra manera. No puede existir un destino tan cruel, ni paso en falso tan grande.

Calló y se dejó caer al suelo, dio la vuelta y tropezó con los enormes ojos negros que, según los rumores, estaban hechos por el propio Demonio.

—Me llamo Pagamino —dijo bajito—, Giuseppe Pagamino. ¿Cómo tengo que llamarte?

El muchacho abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. En el lugar de la lengua sólo había un agujero.

*Giuseppe se baña en un cilindro de oro y ve
la luna como mensajero entre la persona solitaria
y su alma perdida*

En la penumbra del hoyo existe un sinfín de sonidos. Contrariamente a lo que cabría esperar, están llenos de vida, pues no hay bicho silencioso para un oído que no tiene otra cosa en que entretenerse que escuchar la vida de los gusanos.

En la penumbra del hoyo hay también una luz. Si se mira bien la noche eterna, la oscuridad se convierte en manchas luminosas que forman una escala ininterrumpida en las paredes del hoyo, donde también ciento veintiuna rayas marcan el comienzo del otoño y los cuatro meses que han transcurrido desde que encerraron a Giuseppe bajo la fortaleza de Lucca.

Estuvo solo desde que, a los cuatro días de llegar, los carceleros se llevaron al chico mudo. Éste berreaba mientras lo subían por la escalera, y sus chillidos siguieron colgados de las húmedas paredes, como un goteo silencioso. Giuseppe no tenía ni idea de la suerte que habría corrido, tampoco de la que aguardaría a la bruja de las montañas. Pero seguro que los quemaron en la hoguera. A madre e hijo.

Una vez al día le empujaban un cuenco de sopa en la oscuridad, y él lo devoraba y después pasaba el pan seco por los bordes hasta que desaparecía la última fibra de verdura.

No veía a nadie y sólo hablaba consigo mismo.

Pero a medida que transcurrían los meses encontró otros interlocutores, que accedían a detenerse para oír cómo era el mundo en Salerno, Damasco y Córdoba. A los gusanos les contaba la historia del frío del desierto y las cimitarras de los beduinos, les hablaba de sus hazañas juveniles y del falso Rinaldo, cuya voz hipócrita seguía teniendo que soportar. Y a los bichos a los que jamás se pondría nombre, les enumeraba los nombres de todas las hierbas del mundo, y finalmente se le ocurrió salmodiar las denominaciones en latín, en parte para oír su propia voz, en parte por tratar de recordarlas; pero cuando también aquello acabó en llanto, se entregó al silencio, que aliviaba su tristeza. Si había aprendido algo, era que hay que andar con cuidado con el llanto, porque con él llega el desaliento, y tras el desaliento aguarda la renuncia. En el silencio, la oscuridad y el frío encontró una red de caminos y senderos, un auténtico laberinto en que era fácil perderse. Allí estaba el hoyo donde lo metían cuando, de niño, era travieso. Y allí estaba el tonel donde se escondió cuando el labriego y sus hombres lo persiguieron armados de horcas cuando

descubrieron las lápidas volcadas. Siempre aquella oscuridad, siempre aquella soledad.

—La locura es el único atajo para salir de este laberinto.

No sabía cuándo era de día y cuándo de noche, pero la peste de sus propias heces no era nada comparado con la fetidez de su carne muerta. Tenía una herida en el tobillo que no lograba cicatrizar. Trató de sanarla con saliva, pero seguía quedando un pedazo de carne muerta. Giuseppe ya sabía cómo se quita la carne muerta, y se llenó la mano de gusanos, que parecían hechos para tal fin.

De modo que había vida en el hoyo, porque mediante la descomposición todo renace, aunque con otra apariencia. Él, que con tanta habilidad empleaba la pala en una noche sin luna, estaba ahora enterrado en vida, y aunque él jamás había sido así, sabía que lo esperaba la demencia. Incluso hablaba con ella, porque tenía arrebatos que lo atacaban como la epilepsia. Entonces solía gritar con toda la fuerza de sus pulmones; golpeaba la pared con los nudillos y el suelo con la frente, se quedaba encogido, temblando de miedo, soledad y remordimientos, puesto que ¿a quién sino a sí mismo podía culpar de su mala fortuna?

—*Siembras lo que has cosechado, viejo.*

—*Calla, Rinaldo; calla, voz sepulcral, que deberías saberlo mejor que los demás. No es hora de sarcasmos.*

—*Cuánto gemido, cuánta desgracia. Mira que ir a terminar así. Pero deberías haberlo sabido. La codicia te ha llevado a la tumba, Seppe.*

—*Al principio me empujaste tú. Y aún no estoy muerto.*

—*No estés tan seguro: hueles ya a cadáver, y tu tumba es negra y húmeda. De aquí no sale nadie vivo.*

—*No me abandones, Rinaldo.*

—*Te has vuelto loco.*

—*Es que sólo te tengo a ti. Y tu sarcasmo es mejor que nada.*

—*Sí, ahora temes a la locura.*

—*Hablemos de nuestra juventud. ¿Me oyes, Rinaldo? No te vayas, hablemos de los tiempos alegres. Si no lo haces, lo haré yo.*

Al principio solía dar largos discursos, como si estuviera ante un gran tribunal, con la esperanza de que si hablaba lo suficiente, no estaría predicando en el desierto. Pero por muy alto que gritara, no le llegaba ninguna reacción. Ahora bien, cuando colocó la raya número noventa, que indicaba el paso del tercer mes, comenzó un viaje cuando una dulce voz lo llamó desde un olivo. Lo que al principio tomó por una muchacha resultó una mujer de su misma edad. Un rostro hermosísimo, bronceado

por el sol y el viento, un cuerpo fuerte y opulento, adecuado tanto para el trabajo como para el amor. Se llamaba María, y cuando sacudía el árbol al que estaba subida, caía una lluvia de aceitunas. Maná del cielo. María reía con tanta intensidad que a Giuseppe se le llenaban los ojos de lágrimas. Durante muchas semanas fueron de ciudad en ciudad, y llegaron tan al norte que hubieron de arroparse con pieles para no helarse de frío. Pero por mordiente que fuera el frío, tenían la mutua compañía, y el amor de María no conocía límites. Pero una noche que Giuseppe se despertó manchado, ella lo había abandonado. La llamó durante horas y horas, pero en lugar de María, llegó un monje flaco.

Y se volvió idiota.

Giuseppe retrocedió hasta el fondo de la gruta y se tapó el rostro, porque alguien había encendido una luz. Un candelabro de tres brazos. Lo cegaba. Se oyeron varias voces, y echaron una palangana de agua sobre el prisionero, que chillaba como un cerdo. Le rasgaron las vestiduras, y él se quedó desnudo y magro delante de sus visitantes, uno de los cuales empezó a frotarlo con un cepillo. Finalmente lo vistieron con una camisa limpia, lo que hizo que rompiese a llorar, por lo maravilloso de su olor y lo suave de su lana.

Lo arrastraron escaleras arriba y atravesaron un patio, y después lo dejaron solo en una estancia clara y agradable con una ventana estrecha en lo alto de la pared desnuda.

Giuseppe se frotó los ojos y esperó pacientemente a que le volviera la vista. Al principio sólo había manchas, pequeñas y grandes, que se extendieron sobre sus párpados como una estepa de color mostaza. Pronto empezaron a aparecer los colores, primero el rojo, después el azul, el verde, el verde sombra y el marrón tierra.

—¿Estoy en Damasco? —exclamó, llorando—. No, estoy en casa, aunque mi casa nunca ha sido tan distinguida.

Sollozaba de felicidad porque podía ver de nuevo el esplendor del mundo. Giró el rostro hacia la luz y se sumergió en un cilindro de virutas de oro.

—¿Estaré muerto? —se preguntó con un estremecimiento.

Se palpó el cuerpo. Estaba terriblemente flaco, casi como un esqueleto. Se llevó la mano a la ingle, tocó el sexo, y volvió a subir por la piel del vientre hasta el pecho.

—Pero no estoy muerto, porque mi corazón late, respiro y oigo mi voz. Vamos, que estoy vivo.

Encima de la mesa había una fuente con fruta, lonchas de jamón, un pan redondo y una jarra de agua.

Giuseppe oyó su propio gimoteo y empezó a comer con las manos, se llenó la boca de fruta y se tragó el jamón, hasta que lo vomitó todo, para comenzar nuevamente desde el principio.

Cuando quedaba un solo grano de uva, se sentó en el suelo y siguió con la mirada el retroceso de la luz, hechizado por los sonidos procedentes del exterior: pezuñas de caballo, ruedas de carruajes, el tintineo de los arneses y, a lo lejos, gente conversando.

El mundo estaba vivo.

Con lágrimas por las mejillas, besó el suelo de adobe, juntó las manos y repitió los versos que recordaba del Libro de los Salmos.

—Dios existe —susurró—, ahora lo sé, Dios existe. La última uva será para Él.

Levantó la mirada y reparó en una cría de pájaro negro, posada en el ventanuco de lo alto de la pared.

Alzó los brazos.

—Recíbeme, Señor —susurró—, recíbeme, porque has de saber que la persona que una vez fui ya no existe. Nunca más volveré a dejarme tentar por el camino fácil, pues ahora sé que sólo hay un camino. Recíbeme, Señor, tuyo soy. Recibe a Giuseppe Pagamino, un pobre buhonero de Umbría.

Se hincó de rodillas.

—Muchos son mis pecados —musitó—, pero mayor aún es el perdón. *Credo in unum Deum*. Creo en un solo Dios.

Al anochecer cayó dormido, pero despertó cuando alguien abrió la puerta.

Vio a dos guardianes, que arrastraron una silla claveteada al interior de la habitación.

El perfume precedió al hombre. Un perfume a limpieza. No podía describirse de otro modo, porque no tenía aristas y era blanco como la nieve. Giuseppe se quedó mirando al hombre alto y delgado vestido con ropajes dorados que lo observaba desde el hueco de la puerta. No necesitaba preguntar quién era, pues se trataba nada más y nada menos que del padre Agostino, obispo de Lucca.

Giuseppe se echó de bruces al suelo y jadeó, temeroso de tragarse la lengua.

Mientras tanto, el obispo tomó asiento en la silla.

—¿Recuerdas tu nombre?

La mirada de Giuseppe se cruzó con la de Agostino. Una mirada firme, clara, perspicaz. Jamás se habían visto ojos tan agudos: para ellos, el mundo era transparente.

—Pagamino, excelencia, Giuseppe Pagamino, natural de Umbría.

Los ojos de lince de Agostino se deslizaron sobre el cuerpo magro del herborista y se detuvieron en el tobillo herido, sanado con gusanos. Miró un rato largo a Giuseppe a los ojos, como si quisiera comprobar algo. Él le devolvió la mirada, desdentada y complaciente, pues no había cosa que deseara más que complacer al obispo de Lucca.

—He tenido una visión, excelencia.

—¿Una visión?

—En esta estancia me ha sido mostrada la luz de Dios. Me he convertido en otra persona, un Giuseppe totalmente nuevo, y, aunque entrado en años, siento que la vida se extiende ante mí. Una vida en la gracia del Señor.

El obispo carraspeó y miró hacia el techo.

—Creo que tienes una profesión, ¿verdad, Giuseppe?

—Vendedor ambulante de ungüentos y elixires, excelencia. He estudiado en la Universidad de Salerno, aunque procedo originalmente de Umbría, donde aún recuerdan mi nombre.

—¿Qué tipo de ungüentos?

—De todo tipo, siempre que mitiguen, sanen o alegren una mente afligida.

—Ha llegado a nuestros oídos... No; voy a decirlo de otro modo —repuso, tirándose del lóbulo de la oreja—: andabas buscando al *signore* Del Sarto para un cometido muy concreto. ¿Lo recuerdas?

Giuseppe vaciló.

—No, no lo recuerdo —balbuceó—, el tiempo pasado en la gruta ha debido de borrarlo. Se me han olvidado muchísimas cosas.

Agostino se recostó en la silla.

—También yo soy experto en medicina, las hierbas no me son desconocidas, aunque no existe receta para lo que Dios no quiere sanar.

—Perdone mi franqueza, pero es como si eso hubiera salido de mi propia boca, venerable padre.

—Aun así, has buscado al *signore* Del Sarto para participar plenamente de Satanás, porque estabas poseído por la idea de encontrar la fórmula de la vida eterna —continuó, bajando la mirada—: *lacrima del diavolo*.

Giuseppe lo observó fijamente tras las lágrimas.

—Si el venerable padre lo dice, debe de ser verdad, pero ese recuerdo ha desaparecido de mi mente.

—La vida eterna no la concede el Anticristo, sino el Señor Todopoderoso.

—Lo sé, padre, lo sé. Perdone mi extravío —dijo Giuseppe, humillando la cabeza.

Un sirviente susurró algo al oído del obispo.

—¿Recuerdas los primeros días de la mazmorra?

—Sí, excelencia, recuerdo todos ellos.

—¿También el primero?

—También el primero, venerable padre.

Agostino hizo una señal al sirviente y a los dos guardianes, que abandonaron la estancia. Cuando se marcharon, extendió la mano para que Giuseppe pudiera besar el anillo de piedra roja.

—Espero que hayas disfrutado la comida.

—Le doy las gracias de todo corazón, excelencia, le doy gracias por su bondad, y doy gracias a Dios por este día, que es el primero de mi nueva vida.

—Hablemos.

Giuseppe asintió en silencio mientras se secaba las lágrimas.

—Perdone el obispo que llore, pero son lágrimas de felicidad las que humedecen mis mejillas, pues llevo cuatro meses sin hablar con un alma.

—Voy a pedirte que te concentres en el primer día en la mazmorra. —Calló y se pasó el índice por los labios—. ¿Te acuerdas del muchacho con quien compartiste celda?

—Como si hubiera sido ayer, venerable padre.

—¿Te interesaba?

—De ninguna manera, porque pronto descubrí lo que ocurría.

Agostino se levantó, se dirigió a la mesa y giró entre los dedos el último grano de uva.

—Háblame de él.

—Era mudo —explicó Giuseppe—. Lo examiné y comprobé que no había nacido mudo, sino que le habían extirpado la lengua hacía poco. Estaba terriblemente asustado. Pero es comprensible.

—¿A qué te refieres?

Giuseppe agitó una mano en el aire.

—Bueno, ¿qué sé yo? A nada en absoluto. Del mismo modo en que no comprendo mi propio crimen. Perdone que lo pregunte, pero ¿aún está vivo el chico?

Agostino se sentó.

—Era hijo de una ramera que había confesado su relación con el Anticristo. El muchacho era su hijo. Fue él quien te atrajo hasta Lucca, ¿verdad?

Giuseppe se quedó mirando al vacío.

—No lo sé —susurró.

—¿No estabas poseído por la idea de conocerlo?

Giuseppe ladeó la cabeza.

—Al principio sí, pero después de pasar varias noches con él, empecé a verlo de otro modo. Pues sólo teníamos la compañía mutua, y, aunque el rapaz no podía hablar, logré mantener una especie de conversación con él. Asintiendo con la cabeza o sacudiéndola, gimiendo y llorando, logró expresarse perfectamente.

—¿Perfectamente?

—Tan cierto como que me llamo Giuseppe, venerable padre. Y así fue como supe que había nacido en lo alto de las montañas; pero lo interesante fue que sabía el nombre de su padre y de su madre, con quienes había vivido toda su vida. Me alegra y me duele decirlo, pero aquel chico no era más hijo de Lucifer que cualquier otro

chico. No sabía nada de la meretriz del Diablo, y perdió la lengua cuando, durante los interrogatorios, negó tener conocimiento de obra diabólica alguna. No quisiera erigirme en juez, pero ya desde el primer vistazo me llamó la atención el estado miserable del chaval. Al fin y al cabo, uno espera otra cosa de la descendencia del Demonio.

Agostino se inclinó hacia delante y posó la mano en la delgada nuca de Giuseppe.

—Hijo mío —susurró—, has estado demasiado tiempo solo.

Giuseppe asintió en silencio y trató de dominar el llanto.

—Tanto tiempo que no soporto la amabilidad sin llorar.

—Eso te ha nublado la mente y arruinado la memoria.

—He olvidado mucho, padre.

—De ahí tu blasfemia.

—¿Mi blasfemia?

—Déjame terminar. Esa mujer de la que hablas hace tiempo que se convirtió en cenizas, igual que el hijo que engendró con Satanás. Sus urnas han sido llevadas a Roma. Y es que los hijos del Maligno pueden reconocerse por sus deformidades. Sean ciegos, lisiados o mudos. Y ¡ay de quien, por desconocimiento, locura o ánimo de burla, condena a la Iglesia por luchar contra Satán con todos los medios! Quien habla en contra de la Santa Inquisición es un hereje.

—Pero, padre, no pretendía nada malo. Yo sólo quiero lo que quiera la Iglesia, pero reconozco a un hijo de campesinos en cuanto lo veo.

—Satanás —siseó el obispo— puede alojarse en cualquier cosa, desde sapos hasta niños mudos, pero me ocuparé de que tu castigo sea tan rápido y poco doloroso como sea posible.

—¿Mi castigo, excelencia?

Agostino golpeó la puerta, que se abrió inmediatamente.

—Esta noche prenderé una vela por ti —dijo.

Es de noche, las campanas de Lucca han tañido por última vez. Giuseppe ha tratado de mantenerse despierto, pero aun así ha debido de adormecerse una hora o dos. Algo lo ha despertado. Levanta la mirada y oye un aleteo a lo lejos.

El brillo de la luna forma un cuadrado azul en el suelo.

Se pone a cuatro patas, camina gateando e inspecciona sus manos a la pálida luz. Cuántas veces ha conversado con el más introvertido de todos los astros, cuántas veces ha escuchado la dulce voz de la luna, la última vez en una colina de las afueras de Florencia.

—Luna —susurra—, ¿iluminas mi vida o mi muerte? Cuánto daría por un día más, una aurora más. Pero ¿con qué va a negociar quien ha perdido todo?

Extiende los brazos y murmura el nombre de Arturo.

—Ambos estamos viendo la luna sobre Lucca. Lo percibo, Arturo, percibo tu presencia en el suelo de piedra como un pedazo de cielo. Así es como la luna es un mensajero entre la persona solitaria y su alma perdida.

Gira la cabeza y nota que el corazón le da un vuelco.

A su izquierda hay una llave.

Se queda mirando a la puerta y al sólido cerrojo, se incorpora, se encoge, alarga la mano en busca de la llave, la toca con cuidado, pero la suelta, la toma otra vez, como si estuviera hecha de hierro candente.

Respira entrecortadamente y se apoya la llave contra la mejilla. Nota el frescor del metal contra la piel. Pasa la lengua sobre los cinco dientecllos de hierro, toda la llave se desliza al interior de su boca, donde deja un regusto de arroyo del monte y tierra de la tumba.

Sus ojos miran de soslayo al cerrojo. Sus labios se estremecen.

Percibe el llanto en la garganta, se golpea el dorso de la mano y sacude la cabeza, porque eso es la locura.

—Déjame en paz —le dice a la llave—, no merezco la pena, sólo soy el embustero de Umbría.

Mira fijamente ante sí y susurra unas palabras:

—Ha pasado el tiempo de los milagros.

Siente un tirón en el pecho, y sus dedos tiemblan al introducir la llave en el cerrojo.

—No me tientes —jadea—, que estoy demasiado débil para hacerte frente. Es justo el cerrojo para el que se han hecho los dientes de la llave, y nada me ha de faltar. Soy tan miserable que lo que pueda aguardarme al otro lado de esta vida no es nada comparado con lo que aguarda al otro lado de esta puerta.

Introduce la llave y la gira con cuidado.

El «clic» metálico le atraviesa la médula.

Un sonido que paraliza la respiración.

Abre y espera, mira frente a sí y se desliza afuera, al pórtico, que termina en una escalera que conduce a un patio donde hay un almendro.

Ocho peldaños fríos. El frío se le mete en la entrepierna. Coloca los pies como un gato, espera constantemente lo inevitable, y se detiene ante un portón con herrajes.

La puerta separa la fortaleza de la libertad.

Giuseppe se humedece los labios porque la garganta se le está secando. Pero aún puede mover la mano, y la tiende hacia la manilla, que es negra, fría y tentadora.

La puerta se abre.

Fuera hay un centinela, apoyado en su lanza.

Giuseppe abre la boca para decir algo, pero de su boca no sale sonido alguno. Se queda mirando al soldado, que se aparta para que pueda pasar.

—De noche sólo suelen salir mujerzuelas y comadronas —dice sonriendo.
Giuseppe mira fijamente la oscuridad.

—Un monje —murmura, poniéndose la capucha— no necesita nada de eso.

*Giuseppe es llevado por el río, presencia una tragedia
y filosofa acerca del precio de la carne*

Lo despertaron los llores de una mujer. Tenía sus dudas sobre si despertar era la palabra adecuada, pues no sabía realmente si había dormido los últimos cinco días. Notó en su cuerpo que se había movido más rápido de lo que sus pies y piernas podían soportar, pues lo tenía molido.

Sobre él se cernía el cielo claro de octubre, que casaba muy bien con el aroma a podredumbre. El verano transcurrido brillaba como una diadema en el agua azul verdosa.

Estaba en una vieja barca. No había timón ni remos, sino un hormigueo de bichos que habían salido a darse el viaje de su vida por el río Serchio. Se había caído en algún lugar de las montañas. No tenía ni idea de cómo había llegado tan lejos, pero sabía que llevaba caminando seis días. Había comido raíces y fruta caída del árbol, y llorado hasta dormirse, sin saber si eran lágrimas de felicidad o desesperación las derramadas en los campos. Cuando miraba su cuerpo largo y flaco, veía los huesos empujando la piel.

—La muerte —murmuró— es un señor impaciente y, además, ahora tiene un rostro: el del padre Agostino. En sus ojos azules brilla la justicia, pues en ellos jamás ha arraigado la duda. Cuando emite su veredicto, su espada no tiembla. Y ahora el poderoso señor ha prendido una vela por un preso fugado.

Se acurrucó en el fondo de la lancha.

—¡Ay, obispo infame! ¿En qué ha consistido mi pecado? Dígamelo. ¿He pecado de ingenuo al decir la verdad? ¿Lo ha herido tanto en el alma? ¡Exactamente! Pero es una satisfacción amarga ver su enfado, estando como estoy con el estómago vacío. Pero lo he engañado, padre. Cuando usted pensaba que el verdugo tuerto podría lograr lo que la oscuridad de la gruta no había podido, justo cuando creía que Pagamino era un problema menos, de hecho estaba fuera de su alcance. ¿Cómo ha sido posible? Lo agradezco de todo corazón, aunque no sabía que el hambre tuviera dientes que podían roerle a uno los intestinos y robarle su sensatez. ¡Ay, ojalá pudiera comer madera! ¿Sería demasiado pedir que me transformara en una carcoma para poder vivir a base de tablas mohosas y morir en una telaraña en la desembocadura del río?

Se agarró a la bancada y volvió a oír aquel llanto desgarrador. No sabía exactamente hasta dónde lo había arrastrado el río, pues no había casas a la vista,

nada más que unos juncos altos y medio mustios que al entrechocar emitían un sonido discreto, leñoso.

Se inclinó hacia fuera y metió la mano en el agua, que sabía a hierro y podredumbre. No había cosa mejor que el agua de río, pues allí se reunían el monte y la tierra, los campos y la lluvia, para formar un único vino.

Enseguida vio a cuatro mujeres algo más allá, una de ellas con las piernas metidas en el agua tibia. Se estaba produciendo un altercado. Por lo que pudo vislumbrar, eran tres mujeres adultas y una mocita. La joven lloraba con tal amargura que rompía el corazón. La zona era conocida por las luchas entre familias. Pero cuando Giuseppe viró el bote para poder observar mejor la escena, vio que la muchacha llevaba un bulto que no podía ser otra cosa que un bebé. Por el modo en que lo sujetaba, y a juzgar por su expresión, había razones sobradas para seguir río abajo tan rápido como fuera posible, porque lo que estaban haciendo aquellas mujeres era algo que ya había presenciado suficientes veces. En Salerno había cientos de tarros de cristal con recién nacidos. Se trataba a menudo de hijos ilegítimos, resultado de las relaciones de gente distinguida con la servidumbre. Algunas de aquellas desgraciadas criaturas terminaban en el río, y después eran pescadas por médicos, que las guardaban en la universidad, donde se disecaban las vidas que nadie quería.

—Maldita sea mi curiosidad, y que el diablo se lleve esta corriente mansa.

Miró de reojo a las mujeres, que se habían enzarzado en una pelea. Eran tres contra una. La joven, alta y delgada, con pelo rojo y abundante, estaba ya con el agua hasta la cintura y sostenía al niño por encima de la cabeza. Una de las viejas, una aldeana pequeña y fuerte con ropajes negros, se dirigió hacia ella. Llevaba un garrote en la mano con el que daba golpes a diestro y siniestro.

Giuseppe asintió para sí en silencio. Las mujeres eran despiadadas cuando se trataba de peleas. A él lo habían zurrado las viejas a menudo.

Fue entonces cuando rompió a llorar el niño. Había por encima de todo un ruido infernal, y la cosa no mejoró cuando las mayores empezaron a pegar a la joven. Ésta ya se había alejado tanto que tenía el agua al cuello.

—¡Suéltalo! —le gritaban—. ¡Suéltalo y sálvate tú!

Por suerte para la chica, les llevaba una cabeza a las comadres, pero los garrotes llegaban lejos, y por sus golpes ya le sangraban los brazos. Le salía sangre de la nariz, y uno de sus hombros había cambiado de color por el tratamiento.

—Pero ríndete, mujer —murmuró Giuseppe—, suelta el fardo y sálvate, porque si no, terminaréis los dos en el río.

—¿Qué miras, Seppe?

—Miro lo silenciado.

—Pero ¿qué gusto puedes obtener mirando tanta desgracia?

—¿No se hace uno más sabio en la vida estudiando a las personas cuando no lo esperan?

—Pero ¿qué te importa a ti esa vida?

—Simplemente pasaba por aquí.

—Haz como el río, viejo, sigue adelante y como si nada. Al fin y al cabo, ya sabes el final de la historia.

—¿Lo sé?

De pronto alcanzaron a la chica en la cara. Estuvo un momento con los brazos estirados sobre la cabeza y la mirada implorante, paralizada por el terror. Sus fuerzas estaban a punto de agotarse. El siguiente bastonazo le dio en el cuello. Cayó hacia atrás y soltó al niño, que desapareció en el río. Durante un breve instante desaparecieron ambos. Después volvió a emerger la joven. La sangre le brotaba de la nariz y la boca, pero los golpes seguían cayendo sobre su cuerpo. Ella apenas les hacía caso; de pronto se zambulló y reapareció con las manos vacías. Finalmente se quedó quieta y, con la mirada perdida, dejó que la empujaran hasta la orilla, donde cayó arrodillada.

Al poco las mujeres se la llevaron a rastras. Una de ellas parecía su madre; otra, la hermana de la madre, y la tercera podría bien ser la madre del padre de la criatura.

Se habían ido. Todas las huellas se habían borrado, pues así de despilfarradora y despiadada es la naturaleza, y ya se sabe que el río no transmite habladurías. En la granja, la vida seguiría su curso habitual, y al cabo de un año nadie notaría que la chica había entregado su hijo al agua, aunque parecería algo mayor que las de su edad. Puede que lo ocurrido la endureciese tanto que posteriormente fuera capaz de hacer lo mismo cuando su hija diese a luz un niño no deseado.

—Los golpes que se reciben se transmiten —dijo Giuseppe, mirando el nítido cielo de octubre—. Una vez conocí a un idiota llamado Arturo —murmuró—. Aquél, a mi lado, es un maestro de la sagacidad, porque yo debo de ser más tonto que los retrasados que se sientan en la plaza del pueblo y le sacan la lengua al mundo. ¿En qué estoy pensando?

Liberó con cuidado al niño de los ropajes empapados. «Es increíble —pensó— lo que pueden aguantar los críos pequeños, pero eso no es nada comparado con lo que hacen los adultos cuando les falla la sensatez: en Andalucía se dice que el que cría al hijo de otro lleva un pedazo de carbón candente en el pecho.»

Apretó al bebé contra su cuerpo para calentarle la piel fría.

—Y en Persia —continuó en voz alta— sostienen que el amor de un niño es como el agua en una cesta. Sí, soy un idiota.

Acomodó al niño en su brazo. El pequeño le dirigió una mirada inquisitiva, como suelen hacer algunos bebés que nacen con la mirada de un anciano. Un crío de pelo

rubio y ojos azul ultramarino. Los labios finos ya habían recuperado su color natural.

Giuseppe le contó los dedos de pies y manos, y concluyó que no tenía defectos de ningún tipo. Después le miró la fontanela y dedujo que no podía tener más de veinte días.

—Y sigue estando gordo de leche materna. Existen lugares donde esas cosas se venden.

—Tienes razón, Seppe, los niños son una magnífica mercancía. Pero habrás de esperar hasta que pueda trabajar para ganarse el sustento, y cuando él alcance la edad para trabajar en los campos, tú tendrás la espalda encorvada y un pie en la tumba. Piénsalo bien, viejo, porque el destino que le estaba asignado sigue estando ahí.

—¿Te refieres al río?

—¿A qué, si no?

—Eso sería asesinato.

—Eso sería cumplir los deseos de su familia. Tienes la fastidiosa costumbre de estar continuamente estorbando a los demás.

Giuseppe se colocó al pequeño en el regazo. Aún guardaba en la boca el regusto del río y pensó en los amargos tubérculos con que había sobrevivido los últimos días.

—Simplemente porque era demasiado fino para mendigar.

—Porque no había nadie a quien pedir. Si hubiera habido alguien, te habrías puesto a cuatro patas con la lengua colgando, como un perro. Vuelve a echarlo, Seppe. Pertenece al río.

Giuseppe levantó al pequeño y lo tuvo suspendido sobre el agua.

—Si al menos no me mirase así.

—Cierra los ojos y termina de una vez.

—Eres un cínico, Rinaldo. Pero ¿qué puedo hacer, si no? No soy capaz ni de alimentarme a mí mismo.

—Por fin habla la sensatez.

—No me des la razón, Rinaldo, que me ahuecas el juicio.

Giuseppe hundió el pequeño cuerpo en el agua.

—Es mejor así —susurró, y vio que el cuerpo adquiría los tonos del río.
El agua cubrió la cabeza desnuda.

—*¿Por qué no cierra los ojos? ¿Por qué me mira fijamente?*

—*Suéltalo, bobo.*

—*Mis manos se niegan a obedecerme.*

—*Eres tú quien decide. Suéltalo y dale la espalda.*

—*Le salen burbujas de la boca.*

—*Eres un bobalicón. Suéltalo, te digo.*

Con un movimiento rápido, Giuseppe subió al niño a bordo.

—*Lo venderé. Está decidido: lo venderé a cambio de un buen dinerillo. Hay muchas mujeres estériles que serán generosas a cambio de lograr un niño tan bien formado. Y no es nada feo.*

—*Acabas de salvar el pellejo de forma milagrosa, y cinco días más tarde vuelves a desafiar al destino. Ese crío va a ser un estorbo para el resto de tus días. No olvides que estás huyendo. Da al río lo que le pertenece.*

—*Tal vez estoy saldando una deuda, ¿no? ¿No debo acaso la vida?*

—*¿Cuál fue la última vez que pagaste lo que debías?*

—*Alguna vez tiene que ser la primera.*

Giuseppe se desplomó en el fondo de la lancha. Tenía al pequeño sobre la tripa. Pesaba menos que un gorrión. Había entrado en un sueño profundo, pero aun así ligero, como si no sólo hubiera salvado la vida, sino que la hubiera asegurado para los años siguientes. Qué confianza en la vida. Qué candidez.

—El alma se me encoge ante tanta ingenuidad.

Sacudió la cabeza.

—*¿Dónde estás, Arturo? —susurró—. ¿Dónde estás, cretino espabilado, que me has dejado ver el mundo a través de tus ojos?*

Se acurrucó sobre el niño, y así estuvieron tumbados, pegados uno a otro como dos cucharas, hasta que se hizo de noche y la lancha llegó a una pequeña abadía que había a orillas del Serchio.

En un pequeño embarcadero había dos franciscanos y un novicio pescando. El

más corpulento de los frailes entonaba una canción alegre acerca de las bondades de una vida terrenal moderada y piadosa. Tenía una voz clara y aguda. Tal vez un tanto demasiado aguda para ser natural, pero sonaba bella y limpia, y el eco que siempre surge al crepúsculo le daba mayor plenitud.

Al fondo se vislumbraban los montes azulados, y los hábitos grises de los frailes completaban la apagada escala cromática que hacía juego con el agua del río, igual que el tomillo con el cordero lechal. Un anochecer inusualmente bello para un estómago inusualmente vacío.

Giuseppe trató de asearse lo mejor que pudo, mientras rezaba por que le hubiera vuelto la suerte. Todo parecía indicarlo, pues siempre había preferido los frugales franciscanos a los celosos dominicos.

—Pues ¿qué es la vida sino hacer penitencia, predicar y evangelizar? Pero yo siempre he hecho eso, a mi propia y modesta manera.

—Ya se oye la lengua zalamera, debe de haber una comida a la vista.

—No me lleves la contraria, que no estoy en condiciones de mirar por encima del hombro a una orden mendicante.

—No, nunca has tenido empacho en refocilarte en la inmundicia.

—Desde luego, tengo derecho a pedir ayuda, pues nada poseo. Más aún, he legado todo a un idiota de Florencia, que probablemente ha malgastado ya los frutos de una larga vida dedicada al servicio de la Botánica. Giuseppe de Umbría es humilde, bondadoso y abstemio.

—Lo que hay que oír.

—Y llevo cinco días sin comer nada.

—Vaya, la lengua se ha enderezado y de ella sale la verdad.

Giuseppe se humedeció la palma de las manos y se atusó los escasos cabellos.

—Me llamo Giotto —susurró— y, a semejanza de san Francisco, también yo he renunciado a mis bienes terrenos y, como Francisco, visto pobremente.

—Eso último es cierto.

—Acabo de volver de un viaje de evangelización a tierras remotas, y en el camino he recogido a un niño abandonado por la peste. Veo que se acercan tiempos más halagüeños.

Se lavó la cara en el agua del río y estuvo ensayando la frase que iba a decir cuando

se hallara frente al abad.

—Soy un peregrino, padre, aunque no vengo del extranjero, sino de Umbría.

Así tenía que decirlo. De manera simple y sencilla, con el debido aire de agradecimiento. No podía ser muy complicado.

—Es una gran alegría para mí visitar un convento tan magnífico como éste.

Se secó los labios y escupió. El convento estaba en un paraje hermoso, pero distaba de ser magnífico. Procuraría no hablar más de lo necesario: aquellos monjes eran conocidos por su lengua lisonjera, y no tenían dificultad en reconocerla en boca de otros.

Dio unas vigorosas paladas para acercarse a la orilla, donde los tres franciscanos habían echado sus aparejos.

Ellos lo miraron, expectantes. El más rechoncho le dio la bienvenida con una sonrisa cálida.

—*Pax et bonum!* —gritó.

Alentado al oír que le deseaban paz y bienestar, Giuseppe se puso de pie en la embarcación, que se balanceó amenazadoramente bajo su peso.

—Soy un peregrino... —comenzó.

En aquel momento, la vieja lancha se hundió.

Giuseppe se quedó mirando al agua, que rápidamente subió hasta la altura de su pecho, y con el niño en el hombro continuó recitando la letanía aprendida, hasta que el agua le cubrió la cabeza.

*Se habla de un bautizo, y Giuseppe empieza
un capítulo más de esa vida que no comprende*

La celda del convento era, como cabía esperar, de lo más espartana. Pertenecía al albergue para peregrinos, cuatro celdillas en total, todas ellas vacías.

El novicio que ayudó a orientarse a Giuseppe se divirtió hablando de un zorro que había tenido su madriguera precisamente debajo de aquella celda. El comentario guardaba relación con el olor a orines de zorro, que impregnaba el edificio.

—Espero que te encuentres a gusto, hermano.

—Te lo agradezco, pues he conocido sitios peores —murmuró Giuseppe, que pocas veces había sido más sincero.

Pero para el día siguiente ya le habían asignado otra celda donde olía mejor. Había allí un camastro con un colchón de paja, una mesa y una ventanita con vistas al río, y pasados unos días se había acostumbrado tanto a aquella pequeña abadía que empezó a participar en el trabajo de la cocina, junto con los dos sirvientes fijos.

A pesar de sus reducidas dimensiones, el convento estaba dispuesto según los mismos planos de todos los demás conventos: hacia el norte estaba la iglesia; al este, la sacristía, la sala capitular, los dormitorios y una pequeña biblioteca. Hacia el sur estaban el refectorio y la cocina. Además del albergue para peregrinos, la herrería y la sala de baños, que daban al oeste.

El abad, un hombre grande y vigoroso, había buscado una nodriza para el recién nacido, quien, por lo que veía Giuseppe, crecía robusto. En todo el monasterio reinaba un ambiente alegre, casi jovial, que Giuseppe atribuyó al campechano abad, el cual tenía propensión al canto y a disfrutar con la comida. Además, como no había viajado más allá de Pisa, prestaba gran atención a las historias del mundo exterior a Toscana. Después de las horas canónicas, él y Giuseppe se reunían en el huerto, debajo del limonero, donde Giuseppe —que se presentó como Giotto de Umbría— hablaba de sus viajes por el extranjero. Así fue como relató la historia del nieto de un cruzado que conoció en su primer viaje a Egipto.

—Aquel hombre había sido huésped en el palacio del sultán Malek —explicó.

—¿No sería el infiel Malek, el mismo al que san Francisco trató de convertir?

—Tan cierto como que estoy aquí, abad. Tan cierto como que estoy aquí.

El monje le agarró la mano.

—Noto su presencia, Giotto. Noto por medio de ti la presencia de Francisco.

—No eres el primero que la siente.

—Giotto. —Los ojos del abad miraron fijamente las hojas marchitas del limonero —. Esta noche voy a convocar a todos los hermanos. Tienen que saber de quién hemos recibido visita.

—No veo razón para agasajarme.

—Si he de decir la verdad, Giotto, se lo mencioné al mayor de los hermanos justo después de que llegaras. Le dije: «Ese hombre lleva encima una pesada losa»; porque se te nota. Tu humildad ha de ser un modelo para nosotros.

—No sé qué decir —murmuró Giuseppe.

—Bueno, ya se te ocurrirá algo, embustero.

—No soy más que un viajero al servicio de la fantasía.

—No, si antes deponerse el sol habrás visto hasta al Todopoderoso en forma de zarza ardiente.

—La idea no es mala, pero con esas cosas pasa como con las especias: pueden fácilmente echar a perder la comida si no se sabe dosificarlas.

—No es asunto mío, como dijo el calvo al encontrar un peine. ¿Es que no te queda vergüenza, Seppe?

—Naturalmente, pero ¿qué mal puede haber en alegrar a tus hermanos con una historia?

—La fantasía es hermana de la mentira.

—Seré prudente. Pero, como sabes, cuanto más ingenuo es el oído, más ágil se vuelve la lengua.

—Y la tuya es tan ágil como una serpiente en el fango.

—Que te lleve el demonio, Rinaldo. Eres el más viscoso de los gusanos.

Aquella noche, el abad reunió a todos los hermanos para cantar el salmo *Hermano sol*, escrito por Francisco de Asís cuando, ya viejo, se quedó ciego. Después tomó la palabra el hermano Giotto, y en términos dramáticos relató el mayor prodigio de su vida: la vez que, de niño, vio cómo un olivo empezaba a arder por sí solo.

Cierra la puerta de la celda y mira al niño, que está sobre una piel de cordero, jugueteando con los dedos del pie. Ya no necesita mamar, y lo cuidan a turnos los hermanos, pero sobre todo él, que no tiene empacho en autodenominarse abuelo.

Posa la mano sobre la mejilla rechoncha. Nota el calor, pero por encima de todo el sosiego. «Corro un gran riesgo con el que no contaba —piensa—, porque me estoy haciendo más dependiente de él que él de mí. Nos miramos uno al otro con los mismos ojos, y lo que vemos es una persona nueva. Por ejemplo, él no ve al

embustero de Umbría, sino al bueno de Giotto, que lo salvó de morir ahogado. Y yo, viejo hipócrita, siento calor al verme con los ojos del niño. Tal vez me salvara a mí mismo en el río. Al Giuseppe converso, al recatado Giotto. Cómo me gusta ese tipo de fantasías. Me siento casi ingrátido y puedo seguir así durante horas, aunque el sabor de boca va haciéndose cada vez más metálico.»

Solía llevar al niño al río. La primera vez fue para comprobar si quedaba en su memoria algún recuerdo del agua que casi le arrebatara la vida. El fenómeno no era desconocido. Cuanto más probaban los críos el cinto, más hábiles se tornaban con dicha herramienta cuando de mayores castigaban a su propia descendencia.

Giuseppe dejó al pequeño en la barca para decidir si quedaba alguna cuenta por saldar entre él y el río.

Parecía que no. El niño, a quien habían apodado Piccolino, era un diablillo alegre que se tomaba la vida como llegaba. Incluso cuando Giuseppe lo levantó por encima de la borda y metió sus piecitos regordetes en el agua, el crío se puso loco de alegría, y sus risas se oyeron desde lo alto de las montañas. Después Giuseppe saltó, y se quedó cubierto hasta las caderas mientras sumergía a Piccolino en la fresca corriente. El niño ya no se mostró tan alegre, porque el agua del río estaba fría en aquella época del año.

—Nada, pequeño —le ordenó Giuseppe, y soltó el cuerpo desnudo, que se fue al fondo como una piedra.

Lo sacó a la superficie. El crío jadeaba y parpadeaba.

—Si quieres sobrevivir, tendrás que hacer un esfuerzo. Es una verdad que habrás de aprender tarde o temprano. Por suerte, en el arte de la supervivencia cuentas con el mejor maestro, pues tu abuelo ha esquivado repetidas veces a la muerte.

El niño lo miró con expresión triste y de pronto se echó a llorar.

—Pero ¿quieres comportarte? ¿Así es como me lo agradeces? ¿Cuándo ha hecho mal a nadie un poco de agua?

Depositó al pequeño en la lancha.

—El agua no está más fría para tu piel que para la mía, ¿verdad? ¿Acaso gimoteo yo?

Remó hasta llevar la embarcación a donde el sol conservaba aún algo de fuerza. El cielo tenía un color azul de invierno, pero los árboles y arbustos ardían con tonos rojos y amarillos, el viento era apacible y el agua fresca. En un día como aquél resultaba difícil no gozar de la vida.

Giuseppe levantó al niño para que pudiera ver aquella maravilla. Pero las lágrimas seguían manando.

—Mira lo regordete que te estás poniendo, tus muslos son como los de una matrona y tu panza es como la de un cardenal. ¿Cómo puedes no ser feliz cuando tu

vida consiste en comer y cagarte en los calzones? Y encima tienes a alguien para limpiarte después.

Sacudió la cabeza, pero se apiadó y estrechó al niño contra sí; enseguida notó los latidos del pequeño corazón, y el cuerpo temblando. Después de todo, tal vez guardara aún un recuerdo de casi haber muerto ahogado. ¿Quizá permanecería con él hasta el fin de sus días, ensombreciendo su vida? ¿En quién iba a confiar, sin tener madre ni padre? ¿En los frailes? ¿En el abad? ¿En el novicio?

—En el abuelo —dijo Giuseppe—, que es el abuelo más listo de Toscana. ¿Me oyes, Piccolino? Mírame y deja de berrear, no es propio de un chico, y casi has recuperado el calor. El abuelo va a enseñarte cuanto sabe; tú sólo tienes que absorberlo todo. Cuando tus miembros crezcan y te hagas grande y fuerte, saldremos de noche; entonces verás lo que oculta el mantillo, auténticas fortunas que no puedes imaginar. Pero recuerda: nunca a la luz de la luna.

El pequeño lo miraba fijamente. Una gran sonrisa sin dientes se extendió por el rostro redondo. Giuseppe se quedó en silencio y estuvo un buen rato contemplando aquellos ojos azul oscuro.

—Cuánta confianza —susurró—, cuánta confianza hay en el mundo. No hay como la confianza, porque no puede comprarse con florines ni explicarse con palabras. Es algo innato, exactamente igual que el instinto de chupar o la facultad de reír.

Estampó con cuidado un beso en la frente del chiquillo.

—¿Te ha gustado, Piccolino? Sí, te ha gustado, se te nota. Los brazos y las piernas no paran quietos. Menuda energía tienes. Comprendo que te sientas animado. Pero atiende, porque vas a llevar mi nombre. Vas a llamarte Pagamino.

Se inclinó sobre la borda, tomó algo de agua en la mano y la vertió sobre la cabeza del niño.

—Yo te bautizo Pagamino —murmuró—, y como eres tan pequeño, tu nombre completo será Piccolino Pagamino.

El crío parpadeó.

—¿Me oís, altas montañas? —gritó Giuseppe—. ¡El chico se llama Piccolino Pagamino!

Las palabras encontraron enseguida un eco triple.

Giuseppe rió y repitió el nombre.

—Suenan como una flauta, como una actuación de saltimbanquis o como una copla burlona: Piccolino, Piccolino, Piccolino Pagamino. ¿Me oís, altas montañas?

—*Te oigo, hipócrita.*

—*Tú no cuentas, Rinaldo. Largo, voz sepulcral.*

—*Menudo bautizo acabo de presenciar. Menuda infamia.*

—¿No soy acaso el padre del niño? ¿No soy acaso su familiar más cercano?

—Lo único que has hecho ha sido sacarlo del río con la esperanza de poder calcular el precio de la libra de carne en el futuro. Que te conozco, Seppe.

—Todo eso está olvidado. Tendrá una infancia radiante.

—¿Como profanador de tumbas?

—Como médico.

—Supongo que tú serás su maestro, ¿no?

—¿Conoces alguno mejor?

—Entonces, ¿porqué no lo metemos ya en la escuela para cretinos?

Giuseppe vistió al niño.

—La primera lección es la siguiente: no escuches jamás a Rinaldo; es más falso que una víbora y más arrogante que un gallo. Por el contrario, haz siempre lo que te diga tu abuelo. Ya sé que no puedes responder, pero por los movimientos de tus brazos puedo ver que agradeces el nuevo nombre. Te convertirás en un hombre acomodado, un hombre orgulloso, y la gente dirá: «¡Mirad! Ahí va el joven Pagamino, cuyo abuelo estudió en Salerno.»

Horas más tarde, Giuseppe tumbó al niño en la cama. Había decidido que en adelante la educación de Piccolino no iba a estar en manos de los demás frailes.

—No quisiera verte de novicio, con la coronilla tonsurada y una sonrisa cicatera. Prefiero contarte la historia del mundo, pues te pertenece. Desde Roma hasta Damasco, pasando por las arenas del desierto hasta el reino de los mongoles. No seas mezquino, sírvete cuando la mesa esté rebosante.

Así fue como empezaron las primeras lecciones de la educación de Piccolino, a la hora del crepúsculo, en las que el orgulloso abuelo hablaba a veces del cielo divino, el Anticristo con pezuñas y la gente. Había historias sobre las cosas buenas e historias sobre las cosas malas, pero la mayoría giraban en torno a cavar. Algunas veces Giuseppe se demoraba en el Jardín del Edén, que según los eruditos debía de encontrarse en algún lugar entre el Tigris y el Éufrates. Él no opinaba lo mismo, porque en el Paraíso huele a vainilla dulce y uno va vestido con camisa recién lavada, circunstancias que no se daban en el pedazo de tierra entre el Tigris y el Éufrates, que era un lugar más bien sucio. En cuanto al infierno, las descripciones eran mucho más nítidas, pues el infierno estaba bajo la catedral de Lucca.

Pero también le contaba aventuras de Túnez, Córdoba y Sicilia, y algunas de ellas eran tan desgarradoras que el narrador rompía a llorar. El hecho de que el pequeño

enseguida hiciera lo mismo le daba a Giuseppe la seguridad de que había comprendido todas las palabras, y prometía a su nieto que habían de navegar juntos por el Nilo y ver la hermosura de El Cairo.

—Allí verás banquetes y hospitalidad de verdad, y en cuanto a los burdeles... pero no vamos a entrar en eso, porque es hora de tus oraciones. Aquí tienes al pequeño Seppe, que ya está dormido, porque es un niño formal.

Seppe era un muñeco de madera que Giuseppe había tallado, lijado y pulido a partir de la raíz de un platanero, y que al final parecía un niño pequeño. Piccolino tenía la costumbre de chupar la cabeza del muñeco hasta caer dormido.

—Que tengas dulces sueños con el reino de la bahía de Nápoles —le susurraba el abuelo.

Para entonces el pequeño estaba ya dormido, saciado de leche cremosa e historias maravillosas.

—Mimas demasiado a tu nieto —le dijo el abad cuando Giuseppe cerró la puerta tras de sí.

—Es un ángel —replicó él—, y los ángeles viven de cariño y agua de manantial. ¿Voy a negarle el sustento a un ángel?

—Un chiquitín así —cacareó— nos recuerda a los viejos la infinita bondad de la vida.

—Exactamente —murmuró Giuseppe, y se dijo que si Piccolino le sugería algo a su abuelo, era el paso en falso, los embustes y la suma de crímenes; y una noche en que el frío y la humedad dejaron el convento triste y cargado, volvió a recordar su pasado, y tomó una resolución fatal respecto a su futuro.

Todo comenzó con un cambio en el tiempo.

Cae un aguacero, y el cielo está negro como la pez. La mayoría de los hermanos han partido, sólo quedan el novicio, un sirviente, Giuseppe y el rollizo abad. Aun así, el llanto del novicio domina sobre el estruendo de la lluvia. Se sabe que es una persona sensible, que en medio de sus quehaceres cotidianos de pronto se queda mirando al frente, aterrorizado por una visión que sólo él puede ver.

El abad está sentado junto a él, y pronto se han reunido todos en la oscura cocina. El sirviente remueve la olla de la sopa, como le han dicho que haga. Su candidez es contagiosa y el más afectado es el novicio, que está inconsolable.

—Ha vuelto a estar aquí esta noche —gime el criado, poniendo los ojos en blanco.

Sus palabras hacen que el novicio se abalance contra la pared.

También la mirada del abad vaga por la estancia. Propone que recen una oración.

—¿De quién habláis? —dice Giuseppe, observando primero al novicio y después al rollizo abad.

—De Lucifer —musita el sirviente—. Vive ahí abajo.

Señala la trampilla que lleva a la despensa, bajo el suelo de la cocina.

—No es más que un gato negro —murmura el abad—. Encended más velas, ¿por qué ha de estar esto tan oscuro?

Encienden tres candelabros, pero no logran mejorar el ambiente sombrío, que la tormenta acentúa. Se ponen de acuerdo en ir a la iglesia.

El abad abre la puerta de la cocina, pero se detiene cuando un fuerte estruendo estremece los cimientos. El novicio chilla, histérico. El abad mira al suelo; suena igual que si hubiera despertado un animal imponente. Las llamas de las velas de sebo vacilan.

—El príncipe de los espíritus malignos —susurra el abad—. Belcebú. —Pisa fuerte sobre las tablas del suelo—. ¡Vete, Satanás! —grita.

Enseguida llega la respuesta: un retumbar más profundo aún, más violento aún, procedente del subsuelo. El piso se mueve. Una vela se apaga. Todo está en silencio, hasta el novicio está callado.

Giuseppe se inclina sobre la trampilla y agarra la argolla de hierro.

—¿Qué haces? —le susurra el abad.

—Si está ahí abajo, quiero verlo.

Tira de la argolla de hierro y la trampilla cede, pero da la sensación de que alguien estuviera tirando del otro extremo.

Llega desde el sótano un viento aullante que barre el suelo de la cocina.

Giuseppe agarra con ambas manos. El abad le ruega que desista. El sirviente hace tiempo que se ha escondido, pero el novicio chilla, rivalizando con la tormenta. Giuseppe se aferra a la trampilla y tira todo su peso hacia atrás. Mira fijamente al frío sótano, donde el viento aúlla. Hay un fuerte olor a vino fermentado y áspero invierno.

Toma un candelabro y baja los cinco escalones, se detiene en el piso de adobe y alumbra a su alrededor. En una estantería hay un gato gordo de ojos verdes. Da un bufido y se arquea. Giuseppe separa la mano izquierda del cuerpo y golpea con la derecha, agarra la piel del cuello, encuentra el lugar adecuado entre las cervicales, que ya conoce por sus innumerables cacerías de conejos. Un tirón rápido y el gato está muerto.

Deposita al animal sobre la mesa de la cocina.

Los otros tres observan el cadáver.

—Y ahora ¿quién va a cazar nuestros ratones? —pregunta el sirviente.

Giuseppe lo agarra de la pechera, sin hacer caso de sus chillidos.

—¿Es lo único que sabes decir después de que he expulsado a Satanás?

—Ayúdeme, abad, ayúdeme —grita el hombre.

—Tienes suerte de que esté de buen humor —susurra Giuseppe—; de lo contrario habrías corrido la misma suerte que el gato. En cuanto a los ratones, habréis de encontrar otro diablo.

—No digas eso, Giotto —gime el abad—, que lo estás invocando.

Giuseppe sonríe y sus pestañas aletean.

—Creía que lo había matado.

Una hora más tarde, cuando había regresado la calma, Giuseppe estaba como tantas otras veces en la habitación del abad.

Éste revolvía las brasas del fogón.

—Tú, que has viajado por todo el mundo —murmuró—, probablemente no sepas lo ocurrido en Lucca esta primavera.

—¿En Lucca? —murmuró, dirigiendo una mirada candorosa al techo.

El monje asintió en silencio y le contó la historia de la mujer que albergó al Diablo y fue quemada en la hoguera por ello.

—Sí, suelen oírse ese tipo de historias —dijo Giuseppe con un suspiro.

—Aún no has oído lo peor —continuó el abad, atizando el fuego—. Porque la mujer se quedó embarazada y dio a luz un hijo del Maligno.

Giuseppe se santiguó.

El fraile se inclinó hacia delante.

—Como dices, Giotto, corren todo tipo de historias, y no todas son ciertas; las mejores tienen más de fábula que de verdad. El caso es que la gente suele pasar una o dos noches en el albergue para peregrinos, pero en junio llegó toda una patrulla.

—¿Una patrulla?

—Soldados de Lucca. Se desplegaron por toda la zona y registraron las casas de la gente, para después desaparecer de pronto y dirigirse a las montañas. Andaban buscando a un niño. —Bajó el tono de voz—. Un niño en concreto. El hermano Johannes suele andar por el monte, canta maravillosamente y es diestro a la hora de sonsacar a la gente. Cuenta que el chico que quemaron en Lucca... —Calló, y fue desde el fogón hasta el asiento junto a Giuseppe—. Que lo mataron siendo totalmente inocente.

—No me digas.

—No es más que un rumor, pero este verano se alojaron aquí dos soldados que contaban que la persona que buscaban... —prosiguió el abad, aspiró hondo, sacudió la cabeza y dio un profundo suspiro— era un hijo de Satanás.

Giuseppe le puso la mano en el hombro.

—Pero eso no puede ser verdad, porque significaría que el obispo ha quemado a la persona equivocada.

—No se lo digas a nadie —jadeó—, pero Agostino tiene ya un pie en Roma, y

sabe que si quiere tener el otro también, no puede dejar que arraiguen rumores de esa guisa. El Vaticano ha tragado con muchas cosas, y desde luego no es la primera vez que un inocente acaba en la hoguera. Al contrario, Giotto, al contrario: puede significar mucho para la carrera de Agostino si encuentra al hijo auténtico.

—¿El hijo de Satanás?

El abad se encogió de hombros.

—La historia es a la vez demasiado grande y demasiado insignificante para mi inteligencia. Es difícil imaginar al Diablo en carne y hueso, y la frontera entre la fe y la superstición es, como se sabe, invisible. Aunque también el Hijo de Dios era de carne y hueso.

Giuseppe no respondió; se quedó mirando al vacío, recordando sus días en la mazmorra de Lucca. Todo retornó: el miedo, la soledad y la duda inquietante.

—Me voy a la cama —dijo.

—¿Demasiada maldad para una sola noche? —gruñó el abad.

—Exacto —respondió Giuseppe.

Aquella noche tuvo el sueño inquieto. Aunque no había pensado terminar en una abadía pobre, se encontraba tan a gusto que un año arriba o abajo no le importaba. Además, estaba el problema de Piccolino. El pequeño consideraba sin duda el convento como su hogar infantil.

—Un dilema creado por mí mismo —murmuró, estremeciéndose bajo las mantas—, porque ¡hay que ver con qué carga tu conciencia, sumo obispo! Si la historia es cierta y la bruja se ha refocilado realmente con el Demonio, entonces también tú has vendido el alma al mismo señor, porque sé que el chico que ordenaste quemar en la hoguera no era más demonio que el resto de los chicos de Lucca. Eso lo sé yo, lo sabes tú y lo sabe toda Lucca, porque cuando el rumor llega a este sitio apartado, debe de ser tema de conversación en toda Toscana.

Tomó la mano de Piccolino en la suya. Qué confiadamente dormía el pequeño. Sin angustia, soledad ni duda alguna sobre la bondad del mundo.

—El que duerme no peca —susurró Giuseppe—. Pero lo que impulsa a mi alma inquieta no es la angustia, que me ordena quedarme, tampoco la soledad, pues ha desaparecido, sino la duda: no hay cosa más inquisitiva que la duda de un hombre, o sea que mañana conseguiré el mejor vino de la casa y empezaré otro capítulo de esta vida que no comprendo.

—No entiendo tu candidez, Seppe. A menos que nada haya cambiado y simplemente te acose la codicia.

—Háblame tú de codicia, Rinaldo; deja que oiga la voz del maestro.

—*Olvida la duda, sólo te hará mal.*

—*No puedo.*

—*No quieres.*

—*Estoy corrompido, sigo estando en la oscuridad y busco la luz.*

—*Oh, ¿sigues buscando la vida tras la muerte?*

—*Te equivocas, Rinaldo, busco la vida antes de la muerte.*

—*Demasiado tarde, viejo, se te acaba el tiempo, tú mismo diste la vuelta al reloj de arena en Lucca.*

—*En eso tienes razón. Pero ¿quién dice que no puedo darle la vuelta de nuevo?*

Al día siguiente se llevó una botella del mejor vino de la casa al río, donde el rechoncho Johannes había echado el anzuelo.

Giuseppe sabía que al fraile le encantaba el vino, igual que le encantaba la comida que le servían en la mesa.

—Bebe tranquilo —le dijo—. El vino tinto es bueno para tu salud, también el Hijo de Dios lo sabía cuando fue a aquella boda.

—Se agradece la invitación. —Bebió con avidez de la botella y habló de sus paseos por la comarca.

—Aunque aprecio tus historias —lo interrumpió Giuseppe—, tengo un cargo de conciencia que quisiera compartir contigo, porque cuentas con mi confianza.

Estaban bajo un viejo olivo, soplaban viento sur y hacía un tiempo apacible para la época del año.

—He estado en Lucca —comenzó—, y por eso conozco ese rumor que se propaga desde mayo.

—¿Qué rumor, hermano?

—El de la mujer que quemaron en la hoguera.

Los ojos de Johannes adquirieron una expresión triste, y tuvo que recurrir nuevamente a la botella.

Giuseppe dejó que terminara de beber.

—El caso es que siguen buscando al hijo de la bruja, porque el que condenaron no era el verdadero.

La información no pareció sorprender a Johannes.

—Es lo que he oído —dijo con un suspiro—, pero no pienso en ello, porque eso significa que el hijo de Satanás en persona anda entre nosotros.

Giuseppe suspiró de forma audible y sacudió la cabeza.

—Pero ¿cómo es posible que haya sucedido eso? —murmuró—. Creo que hay muchos puntos oscuros en esa historia.

El monje se le acercó y bajó la voz.

—En las montañas vive la familia del chico. Me refiero al chico que terminó en la

hoguera. De su familia sólo queda una vieja, que un día no dice más que tonterías y el siguiente lo pasa llorando. El resto está en el cementerio.

Giuseppe se santiguó.

—No soporto oír cosas así —gimió—, se me parte el corazón. Pero como dijo la embarazada a la comadrona, lo que tiene que salir tiene que salir.

—Dicen que murieron de una epidemia. La familia del chico.

—¡Caramba! ¿Una epidemia?

—Dicen también que la epidemia lleva el nombre Del Sarto.

A Giuseppe, que acababa de llevarse la botella a la boca, se le atragantó el vino, y empezó a toser violentamente.

—Parece que el nombre te resulta conocido —musitó el monje.

—Ya he dicho que he frecuentado Lucca —murmuró Giuseppe, notando cómo se extendía el sudor frío—. Pero cuéntame, ¿cómo entra Del Sarto en esta historia?

Johannes apretó los labios contra la oreja de Giuseppe.

—Del Sarto —susurró— mató a todos los miembros de la familia, pero perdonó a la vieja debido a su enfermedad mental. Aunque no está tan quebrantada como para no recordar el día en que llegaron los soldados en busca de la bruja. Las dos familias eran vecinas: una de ellas la componían la bruja y su descendencia, y la otra está en el cementerio, a excepción de una vieja que ya ha pasado sus mejores años.

—Y a pesar de eso —murmuró Giuseppe—, Lucca envía a sus soldados a las montañas.

Johannes asintió con la cabeza.

—La semana pasada los lugareños decían que habían visto allí arriba al mismísimo Tiziano.

—La lengua —murmuró Giuseppe— busca la muela que molesta.

—Es lo que suele decirse.

Giuseppe miró al río brillante y se preguntó qué sería él, si la lengua o la muela.

—*No lo hagas, viejo. Escucha una sola vez a una voz juiciosa.*

—*Si no lo hago, pasaré el resto de mis días sin poder dormir.*

—*Ya conoces la historia del león y el domador: al principio metió la mano en las fauces de la fiera, después todo el brazo y finalmente la cabeza. ¿Es necesario que siga?*

—*Ya he evitado antes las fauces del león.*

—*Quien confía en milagros está casi perdido.*

—*Y quien te escucha se queda sin nada por qué vivir.*

—*¡No lo hagas, Seppe!*

Giuseppe puso el brazo en el hombro del fraile rechoncho.

—Enséñame el camino —dijo—, enséñame el camino que lleva a donde vive esa

vieja en las montañas.

Johannes lo miró espantado.

—Pero ¿para qué quieres ir allí, hermano?

Giuseppe alzó la vista al aire nítido.

—Para hipnotizar una mosca —respondió.

*Acerca de los olivos de la bruja, la mujer de la cama
y el chico que se convirtió en cuervo*

Giuseppe se sentó en la cama de un brinco. Fuera estaba oscuro. La noche entraba con la brisa fresca, pero aun así estaba sudando como un cerdo. De joven no soñaba nunca. Puede que soñara, puede que simplemente olvidara el sueño al despertar. No; estaba bastante seguro de que no soñaba nunca. Dormir era tumbarse en una habitación oscura que sólo se iluminaba cuando abría los ojos. Tampoco es que hubiera dormido siempre como un tronco; en absoluto. El frecuente trabajo nocturno echó a perder sus horarios. Pero desde hacía poco soñaba siempre lo mismo: se encuentra en una estancia blanca; por una u otra razón no puede salir de allí y tampoco lo intenta, aunque no le gusta estar encerrado. En lo alto de la pared hay un respiradero, no mucho mayor que la mano de un hombre, que da a la libertad. Por el hueco se filtra la luz del sol. Giuseppe se queda mirándola, y de repente divisa una llave. Está en el suelo, ante él, pero no tiene idea de cómo ha llegado allí.

La duda le quiebra el juicio.

Como ahora.

Noche negra. El sonido del viento entre los pinos que bordean el río.

¿Qué quiere de él el sueño? ¿Tuvo, contra toda lógica, un amigo dentro de los muros de la fortaleza? ¿Un protector que osó enfrentarse a Agostino y a su temible verdugo?

No. Giuseppe no creía en milagros, pero admitía que tal vez se le había asignado otro destino. Siempre creyó que tenía un destino.

Lo dijo en voz alta.

—Alguien está protegiendo al embustero de Umbría.

No sabía si le gustaba. Nunca le habían regalado nada; al contrario. ¿Por qué iba a cambiar ahora?

—Dios —susurró.

Si había un Dios, tendría otras cosas que hacer que ayudar a un ladrón de cadáveres a salir de la mazmorra. Pero alguien lo había salvado de una muerte cierta. Alguien se la había dado con queso a Agostino.

Giuseppe apoyó la cabeza en las manos.

—¿Qué está ocurriendo? —murmuró—. Voy dando tumbos por un laberinto. Sé que tiene una salida, pero no logro encontrarla.

Se puso en pie y echó a andar por la celda.

—La mazmorra cerrada —musitó—, con el cerrojo más fuerte de Lucca, vigilada día y noche. Imposible huir. Y de pronto aparece la llave. La Iglesia había puesto sobre aviso al verdugo, al sacerdote y a los sepultureros. La sentencia estaba dictada. El padre Agostino había encendido incluso una vela por el hereje que había sido tan estúpido como para airear su creencia en que una uña de Lucifer podría ofrecerle la vida eterna. Que también había sido tan ingenuo como para contar la verdad acerca del chico sin lengua.

Golpeó con los nudillos en la pared.

—La duda, Rinaldo, la duda y la llave, pues el cerrojo no es lo único que puede abrir esa llave. La tengo en la mano, siento su metal frío, la boca y la lengua recuerdan su sabor, porque fui tan idiota que me puse a chupar sus dientes. Tal vez no la necesite más.

Miró fijamente a la oscuridad.

—Puesto que la llave soy yo.

—*Ahora las ranas van a criar pelo.*

—*No te metas, Rinaldo.*

—*También yo prefiero quedarme entre bastidores, porque cuando el ratero tiene delirios de grandeza, hasta el que va desnudo se arriesga a que lo roben.*

—*Pero ¿cómo explicas la presencia de la llave en mi vida?*

—*No pienso en ello.*

—*Ya lo sé, porque cuando naciste, la caja del coraje estaba vacía, o sea que la llenaron de cinismo.*

—*Empiezo a temerte, Seppe. Porque no tienes ni idea de adonde vas ni ves quién guía tus pasos.*

—*Busca otro público, Rinaldo. Comienza con los tontos, puede que te escuchen. Mis oídos están cerrados.*

Llamaron a la puerta. Giuseppe se estremeció.

Fuera estaba el rechoncho Johannes con dos bastones de paseo y una alforja. Dijo que la caminata por las montañas iba a ser larga y fatigosa.

Giuseppe se lavó la cara en una jofaina.

El fraile le preguntó qué tal estaba, y él replicó que había tenido una pesadilla.

—Pero ya ha terminado, y tienes razón: es mejor que partamos antes de que haga demasiado calor.

Johannes sonrió satisfecho y observó a Giuseppe como observa un montañero el mapa. Los ojitos castaños parecían despreocupados y alegres, pero a la vez inquisitivos. Tal vez su intelecto era normal, pero la mirada era ávida, porque igual

que la carne atrae a los gusanos, atrae el pecado al evangelizador «Y el jovial hermano —pensó Giuseppe— ha encontrado en mí toda una biblioteca.»

Está a punto de amanecer cuando llegan al río. Johannes se halla de un humor excelente, y habla de su niñez y de la revelación que lo impulsó a tomar el hábito gris. Giuseppe no es tan ligero de pies y escucha distraídamente.

—Yo era de buena familia, mi padre tenía tres barcos en el mar y la familia de mi madre era acomodada, pero hasta que no renuncié a todo no me convertí en un espíritu libre.

—También yo he conocido el dinero —suspiró Giuseppe—; pero lo perdí todo una noche.

—Y ahora eres libre como un pájaro —se regocijó Johannes.

Giuseppe se detuvo.

—Yo no soy fraile como tú, y no lo seré jamás.

—Entonces, ¿qué eres, hermano?

—Soy botánico, herborista y hombre de ciencia.

Sintió avivarse la cólera en su interior. No sabía la razón, pero el otro había empezado a irritarlo. Cuánta ignorancia autocomplacida.

Tras un descanso continuaron en silencio, y llegaron al mediodía.

El pueblo estaba sobre una ladera con árboles frutales, y lo componían una docena de casitas. Por los caminos transitaban ovejas y cabras mezcladas con niños, que dirigían el rebaño con sus varas.

Johannes tomó a Giuseppe del brazo.

—La meretriz del diablo vivía más arriba, en el monte. Poniéndose de puntillas puede verse el tejado de su casa.

Giuseppe estaba extrañado por su mal humor. No tenía nada contra el monje, pero aun así lo dominaba una furia reprimida, una necesidad desconocida de hacer algo inadecuado. Él, que siempre había controlado la ampulosidad, se había tomado a pecho el sueño que se aferraba a él como una garrapata.

Johannes había entablado conversación con un par de lugareños que parecían conocerlo. Llenó la cantimplora con agua fresca y una rodaja de limón para refrescar las encías.

Se abrió una puerta.

—¡Por aquí, Giotto! —gritó el fraile—. Monna Tesser quiere verte ahora.

En la casa sombría, que se componía de dos cuartos desnudos, había un olor rancio a cebolla vieja y a mucho llanto. Hasta que pudo acostumbrarse a la oscuridad no reparó en la cama, la jofaina y la silla con la tapicería destrozada.

—Monna Tesser —explicó Johannes— no sale nunca de casa. Deja que la cuiden los buenos vecinos, que se ocupan de ella en sus últimos años.

Giuseppe se quedó mirando a la mujer gorda de la cama. Casi no tenía pelo y en muchos aspectos parecía del sexo opuesto, aunque el sexo había desaparecido entre tanta carne. Lo singular eran las manos y los dedos, que incomprensiblemente habían evitado la obesidad, porque eran las manos de una doncella, de tan finas, delgadas y lisas. Su mirada era más escrutadora que hostil. Giuseppe la atribuyó a su ansia de distracción.

—Monna Tesser está bien hoy —gorjeó Johannes mientras corría una cortina para que entrase la luz del sol.

El enorme cuerpo era blanco como la leche. Una sonrisa irónica se dibujaba en los labios marchitos.

—Se lo agradezco de todo corazón —empezó Giuseppe, mirándola de reojo—. Soy un hombre modesto que simplemente busca información en torno a... —Calló y miró en derredor—. Johannes, ¿puedo hablar a solas con esta buena mujer?

El fraile miró sin comprender a Giuseppe, que lo condujo hasta la puerta. Se resistió, porque no sólo eran indiscretos los ojos, también lo eran los oídos.

Giuseppe lo atrajo hacia sí.

—Después te contaré todo lo que oiga —le susurró.

—Pero ¿no es mejor que yo, que soy tu hermano...?

Giuseppe cerró la puerta y se dio la vuelta.

La mujer de la cama lo miró con una sonrisa pensativa.

Él se encogió de hombros en señal de disculpa.

—Se trata de una bagatela —comenzó—, una cosa sin importancia de la que quería hablar con Monna Tesser.

—Un águila no caza moscas.

—Así es —murmuró Giuseppe, que excepcionalmente dejó que la lengua se deslizara sin control.

Si aquella mujer se había vuelto idiota por la edad, entonces el resto del mundo estaba enloquecido. Llevaba en su alforja una cantimplora con una bebida amarga, hecha a base de alcohol y descrita por primera vez en *Mappae Clavicula*. Hacía años que conocía el método de elaboración, que en suma consistía en cocer vino añejo con tres partes de sal, de donde se obtenía un líquido que, al arder, generaba una llama clara. Al líquido destilado se le añadía anís, clavo, raíz de regaliz y naranja agria, lo que daba a la bebida un color rojizo y un aroma excelente.

Sin mayor explicación, le pasó la cantimplora a la mujer.

Ésta, sin dudar un instante, bebió un buen trago.

—Me llamo Pagamino —dijo Giuseppe—, Giotto Pagamino. No soy monje, sino herborista. He estudiado en la Universidad de Salerno con el conocido médico

Edward Lacarte y... ¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Monna Tesser?

Ella se reía ahogadamente mientras se secaba las lágrimas. Pidió a Giuseppe con un gesto de la mano que continuara, como si estuviera contando algo gracioso.

—He venido con la piadosa misión de buscar...

La vieja se tronchaba de risa, extendió la mano en busca de la cantimplora, pero desistió, rodó sobre un costado y escondió el rostro bajo la manta.

«Que el diablo se la lleve», pensó Giuseppe, inseguro de si lo que estaba viendo era una muestra de pura ingenuidad o si le estaba tomando el pelo.

Pero de pronto la mujer cambió de humor y lo miró con profundo desdén. Sus ojitos de cerdo centelleaban.

—Una conoce a las pulgas por los saltos —gruñó—. Pero a los de Lucca ya os he dicho lo que tenía que deciros. Aunque enviéis al mismísimo obispo, mi boca permanecerá cerrada, pues es la Iglesia la que ha pecado.

Giuseppe se sentó en la silla.

—Tienes ante ti a alguien que ha estado en las mazmorras de Lucca. He pasado la mayor parte del invierno con los franciscanos. La vida en la mazmorra me había dejado flaco como un golfillo, pero ya he recuperado las carnes. Y si tu mirada es capaz de distinguir entre pecado e inocencia, también apreciará mi inocencia.

—Quien bien se esconde bien vive.

Giuseppe carraspeó. Sentía que pisaba terreno resbaladizo. Agostino había cometido tal vez el mayor error de su vida al no matar a aquella mujer.

—Me llamo Giuseppe —dijo, mirando al suelo de adobe—; es cierto que soy botánico de profesión, pero me dedico a robar a los muertos. Al diablo la epidemia, al diablo el obispo de Lucca.

La mujer cerró la cantimplora y la metió bajo la manta.

—Para mí —dijo.

—Eso parece.

—¿Por qué te encerraron?

—Porque buscaba la *quinta essentia*. Mi codicia me había llevado de un extremo del mundo al otro, desde Damasco hasta Lucca, donde habían apresado a un rapaz que, según la Iglesia, era hijo de Lucifer. Encontré al chico, pero no el agua de la vida, porque aquel chaval no tenía más de Lucifer que los demás chavales.

—No sabes más que los demás.

—Cierto, pero también es cierto que yo he estado con ese muchacho.

—Y por eso te has disfrazado. Has sido prudente. Pero lo que ignoras no te provoca pesadillas, es cosa sabida.

—¿Tienes tú pesadillas, Monna Tesser?

La vieja no respondió; empezó una retahíla de lamentaciones y terminó hablando de su familia, que yacía en el cementerio.

—Y el chico del que hablas era mi nieto.

Giuseppe se sentó en la cama y tomó la mano menuda y fina de la mujer.

—Lo siento —murmuró.

—¿En serio?

—Sí, lo siento.

—¿A qué has venido?

—A que me hables de la mujer que quemaron.

Monna retiró la mano.

—¿Por qué quieres saber más de lo que ya sabes? ¿Qué gusto puede darte? ¿No ves que estoy tumbada en la cama? Saber puede resultar peligroso, y preguntar, una imprudencia.

—Así es mi vida, pero yo todavía vivo. Quizá decir que vivo sea demasiado decir: el cuerpo decae, pero el cerebro se rebela.

Ella lo miró con una sonrisa repentina que en otros tiempos había sido bonita. En el interior de la manteca vivía una mujer encantadora. Se notaba en la sonrisa.

—¿O sea que robas en los cementerios?

—De vez en cuando.

—No debe de haber trabajo más despreciable.

—Sí que los hay, pero hay que buscar mucho. Por ejemplo en Lucca, donde vive el obispo.

—No tienes pelos en la lengua.

—Tiemblo como una hoja porque conozco la crueldad de la Iglesia.

—Podrían ahorcarte por esas palabras.

—He evitado la tumba varias veces, la última de ellas por un milagro. Creo que alguien tiene otros planes para mí.

La mujer echó la cabeza atrás y emitió una risa corta.

—¿Quién había de tener planes para un ladrón de cadáveres? Vaya pinta la tuya. Gordo en los sitios inadecuados y flaco donde debería haber carne. Pero no desesperes, Pagamino, hay algo en lo que dices que me agrada. Puedes ser gracioso, como todos los que llevan la amargura en la sangre. O sea que te mortificas, aunque los golpes que le das a tu vieja espalda no dejan cicatriz.

Giuseppe ladeó la cabeza y murmuró algo para sí.

—¿Has estado casado, profanador de tumbas?

—Estuve a punto y, además, con una mujer maravillosa. Pero eso fue hace muchos años.

—Todo fue hace muchos años.

—Me has quitado la palabra de la boca. ¿Cuántos tenía la que quemaron?

—Ya había pasado la flor de la edad. Era una mujer repugnante que se vendía por un trozo de tocino y se ofrecía a hombres casados. Embrujó a las chicas de la

comarca y hacían aquelarres en el bosque. Su casa estaba llena de sapos, algunos de los cuales iban vestidos con chalecos de seda.

—Sí, se oyen muchas habladurías así.

—Me importa un pepino lo que oigas, profanador de tumbas.

Giuseppe levantó la mano.

—¿Vamos a enfadarnos? ¡Pero si tenemos la misma misión!

—Yo no tengo ninguna misión, esa época ya pasó; ahora me he vuelto olvidadiza y descuidada, y siento que la muerte me roe la carne. Pero háblame de tu misión, profanador de tumbas, no te contengas en tu relato: una no goza de muchas distracciones cuando la cama empieza a heder.

—¿Mi misión? —Giuseppe se levantó y se puso a andar por el pequeño cuarto—. No sé si tengo alguna, puede que sea simple curiosidad. Hace medio año era un hombre con respuesta para todo, y hoy no sé ni en qué se convierte un tomate al partirlo por la mitad.

La mujer colocó una mano a un costado e hizo un gesto con la cabeza.

—Siéntate y haz lo que has hecho antes. Con la mano. Me ha gustado.

—¿Quiere la señora que la peine?

—Si no te importa tener piojos...

—Si no quiere, nada.

Monna Tesser destapó el frasco y bebió con avidez.

—No te diré más, pues conoces la fuente.

—Háblame de la mujer. ¿Era bruja?

—Desde luego que era bruja. Tampoco lo ocultaba. Nosotros la evitábamos. Pero poseía buena mano para los cultivos. Cosa que tocaba, cosa que empezaba a crecer. Mi hijo tenía un olivar con docenas de olivos viejos. La mujer sólo tenía tres, pero daban más fruto que todos los de mi hijo.

—Y ¿tuvo un niño?

—Al principio pensábamos que sería un bastardo que había engendrado con alguno de los hombres que acogía en su casa por las noches.

—Háblame de él.

—Nunca le pusieron nombre. Ni lo bautizaron. Siempre andaba con ella. No jugaba con nadie, no hablaba con nadie. Pero por fuera se parecía a los demás críos de por aquí. He visto muchos chavales raros en mi vida: deformes, retrasados, malvados, desgraciados. Aquél se semejaba a la mayoría. No hay que subestimar a Lucifer. ¿Por qué había de traer al mundo a un niño con cuernos en la frente?

Giuseppe reprimió una sonrisa de reconocimiento.

—Pero dices que podría haber sido engendrado igual que el resto de los críos. Al fin y al cabo, la mujer tenía fama de tratar con hombres, ¿no?

—Eso es lo que yo creía. Pero las habilidades del rapaz indicaban otra cosa.

Atrapaba pájaros con las manos y encendía fuego cuando le daba la gana. También sabía silbar. Era un silbido que llegaba hasta la médula. Realizaba también acrobacias para los más pequeños, caminaba sobre las manos y hacía tonterías, pero, aunque su madre era una bruja, él nunca hizo nada malo.

—No parece un hijo de Satanás.

—¿Qué sabes tú de Satanás, profanador de tumbas?

Giuseppe se encogió de hombros.

—Yo creo —murmuró— que Satanás es sencillamente Dios, pero con otro humor.

—Además, eres hereje.

—Tengo muchos títulos, señora. Pero hágame del hijo de Lucifer.

—Recuerdo un día por la época de la Candelaria. Uno de esos días en que prefieres quedarte en la cama. Lluvia invernal desde la mañana hasta la noche. Llevábamos una semana sin ver a la bruja y a su hijo, y de pronto me asaltó la curiosidad. Sin decir nada a nadie, me vestí, salí y, oculta por el aguacero, fui a hurtadillas hasta su casa. Me extrañó que no tuviera la puerta cerrada. Su casa era como la mía: dos cuartos con mesa y bancos, una escoba de retama, ollas, cazos y sartenes. La vivienda estaba ordenada, y la cocina, limpia. Pero justo cuando me hallaba en su dormitorio, un trueno atravesó la montaña. La lluvia arreciaba y golpeaba el tejado, destellaban los relámpagos y resonaban los truenos, hasta sacudir los cimientos, y allí estaba él, en la entrada. No recuerdo si me asusté. Nos quedamos mirándonos. Él no dijo nada, no hizo nada, y en sus ojos no había asomo de reproche. Yo esperaba que apareciera su madre, pero por lo visto estaba en otra parte. Cuando pasé junto a él para salir, inclinó la cabeza y asintió en silencio. Después, una vez en casa, me di cuenta de lo que había querido decirme: que no sintiera vergüenza, que no estaba enfadado. Era muy extraño y al mismo tiempo totalmente normal. Sincero, aunque con una inocencia peligrosa. Pero ¿cómo iba a ser de otro modo con aquella madre?

—Por no hablar del padre.

—Exacto.

Giuseppe sacudió la cabeza.

—Cuesta trabajo creer lo que cuentas —dijo—. Naturalmente, he oído hablar de los incubos, que tenían relaciones sexuales con mujeres dormidas. ¿Qué ocurrió con el chico?

—Aparecieron una noche de pronto. Los soldados de Lucca. Entraron en la casa de la mujer. Ella gritaba como una posesa. Hicieron falta cuatro hombres para retenerla. Prendieron fuego a la cabaña. Mi hija lo vio desde el tejado de su casa. Cómo persiguieron al hijo de la bruja pendiente abajo, hasta que llegaron al pequeño cobertizo que empleaba ella como despensa. El chico se encerró dentro, pero era una

acción desesperada. Para entonces ya se habían llevado a su madre presa. Los hombres prendieron fuego al cobertizo y se plantaron a esperar delante de la puerta. Todo el pueblo estuvo contemplando las llamas que lamían el tejado. «Ya sale», gritó un niño; alargamos el cuello, pero no pasó nada. Al final sólo quedó la estructura, el resto eran cenizas. Los soldados empezaron a moverse, algunos se abrieron paso entre las brasas, y de pronto un pájaro salió de la densa humareda. Un cuervo, negro como el carbón.

La boca de Giuseppe se abrió con una sonrisa incrédula.

Monna Tesser juntó las manos sobre el pecho y asintió para sí.

—Puedes hacer lo que quieras con esa historia —gruñó.

—¿Dices que el chico se transformó en un pájaro?

—La casa se quemó completamente. El chico había desaparecido. Cree lo que quieras, viejo.

—Y ¿qué pasó después?

—¿Que qué pasó después? Pues que los soldados volvieron a Lucca, pero a los pocos días estaban otra vez aquí. Con Del Sarto a la cabeza. Todo sucedió muy rápido. Se llevaron a mis hijos, a los hijos de mis hijos, a mis nueras y a mi única hija. En una hora, en medio de la noche, desapareció toda mi familia. Sólo dos se salvaron de morir aquel día. Una anciana que debido a su gordura estaba encamada, y su nieto, un mozo flaco de doce primaveras que llevaron a Lucca y quemaron en la hoguera sin tener ni idea del porqué. Se llamaba Enrico.

—Enrico —murmuró Giuseppe, y notó una punzada en el corazón, porque había pasado muchas horas tratando de comprender lo que el chico intentaba decirle en la oscuridad de la mazmorra, una palabra que era muy importante que dijera: a saber, su nombre—. Es duro que te castiguen con tal severidad sin saber qué mal has hecho.

—¿Qué sabes tú de eso, mercachifle?

—Sí, ¿qué sé yo de eso?

—Te has quedado callado de pronto. ¿En qué piensas?

—En el infierno, señora.

—¿Conoces el infierno?

—He estado allí. Unos largos escalones descienden hasta allí, y el padre Agostino tiene la llave. —Inspiró hondo y secó una lágrima que le había asomado en el rabillo del ojo—. La historia de Enrico me ha impresionado. No es por mí por quien he derramado una lágrima, sino por Enrico el mudo. Es una historia triste, muy triste.

—Ésa es mi contribución para la posteridad —manifestó la mujer—, y cuando me lleven a la tumba, ésa será la historia de la que hablarán; entonces mi vida no habrá sido en vano. Dicen que ya han fabricado el ataúd: debe de tener el fondo reforzado. Pero ahora vete, Pagamino. Estoy cansada y lo veo todo negro. Ojalá me hubiera dado Del Sarto más crédito. Cuando no estoy diciendo disparates, cuento mi historia,

y mi última esperanza es que llegue hasta Lucca, para que el verdugo pueda poner fin a una vida que yo misma soy incapaz de terminar.

Giuseppe se frotó la cara.

—Hace tiempo que llegó a Lucca —murmuró.

—Ya lo sé, porque aún siguen buscando al hijo bastardo de la bruja, que se convirtió en cuervo. Pero ¿cómo van a distinguir entre las aves del cielo? Dímelo tú, profanador de tumbas. ¿Acaso no son todos los cuervos parecidos? Pues claro. Y el hijo del Demonio es tan fácil de encontrar como la sal en el mar.

Giuseppe tomó la manita de Monna Tesser entre sus manazas.

—Mírame —susurró—, y perdona si parezco duro de mollera, pero la historia que me estás contando es igual que las demás historias que se oyen por ahí.

—Ésa es precisamente la suerte del obispo, porque corren un montón de fábulas. Y, aunque la verdad es hija del tiempo, la mentira es hija del mismo padre. Pocas historias empeoran al ser contadas de nuevo.

Giuseppe se puso en pie y se quedó un rato inmerso en sus propios pensamientos.

—Creo en Dios.

—No, no crees en Dios —dijo la mujer, jadeando—. Ningún ladrón de cadáveres cree en Dios.

—Por eso tampoco creo en el Demonio.

—Ah, mira qué listo.

Giuseppe se enderezó.

—Tengo la cabeza cargada.

—Pues si te contara yo...

—No tenías que haber bebido tanto.

—¿Acaso lo habías traído con otro propósito que desatar la lengua de una vieja?

—Adivinas mis pensamientos, *signora*.

—En eso tienes razón, maldita sea. De modo que cavas en los cementerios. Sí, ya se te nota en la pinta. Das náuseas.

—Me voy —dijo Giuseppe, tomando el bastón y cerrando la cortina—. Te agradezco tu tiempo y tu confianza. Seguramente no volveremos a encontrarnos nunca.

—Pronto moriré, o sea que en eso aciertas, pero si no andas con cuidado, es posible que viajemos juntos. Aunque para ser un viejo profanador de tumbas eres bastante entretenido.

—Me alegra saberlo.

Llamaron a la puerta. Johannes asomó la cabeza.

Giuseppe miró a la mujer de la cama, que movía la cabeza atrás y adelante. Había sacado la lengua, como suelen hacer los idiotas de los mercados.

—Dios mío —suspiró el fraile—. El Señor me ampare.

—Sí —murmuró Giuseppe—, no es para menos.

*En que Giuseppe es alcanzado por su sombra
y se lo traga la tierra*

Alguien estaba gritando: «¡Lobos!».

Giuseppe se incorporó en la cama, consciente de que llevaba despierto desde mucho antes de que lo despertaran esos gritos. Algo lo había perturbado. Tal vez un sexto sentido. Una inquietud en el cuerpo. Se quedó mirando la oscuridad nocturna y oyó el sonido de cascos de caballos en el patio del convento. Inmediatamente se oyeron voces, algunas asustadas, otras más apagadas. Echó la manta a un lado y caminó sigiloso hasta el ventanuco, desde donde divisó un caballero a lomos de un semental negro y una yegua más pequeña con las alforjas rebosantes de carga. El caballero iba envuelto en un capote marrón y estaba hablando con el abad, que soportaba el calabobos junto al novicio.

—No es asunto mío —murmuró Giuseppe—. ¿A qué viene esta inquietud?

Era una noche sin luna, tan sólo las cortinas de lluvia gris verdosa destacaban sobre el fondo negro como la pez. Pero cuando se unieron al grupo varios monjes, algunos de ellos con candiles, otros con ropa seca, Giuseppe comprendió que el convento tenía una visita distinguida.

Salió al pasillo y se cruzó con sirvientes que iban a la cocina a encender el fuego.

Se oían voces en el interior. El abad dio la bienvenida, y el mayor de los hermanos llegó corriendo, con la cara enrojecida y aún confuso por el temprano despertar.

—Giotto —dijo—, ponte a trabajar enseguida. Hay que servir la mesa con todo lo que tengamos.

—¿Para cuántos, hermano?

—Para uno, hermano.

Giuseppe bajó a la cocina, donde el novicio removía el puchero de la sopa.

—El señor desea carne en la mesa —dijo el viejo fraile—. ¿Tenemos algo, aparte de conejo?

Giuseppe bajó el jamón del gancho y pidió al novicio que fuera a buscar pan, queso y uva.

—Con tan poca antelación, habrá de conformarse con lo que hay —murmuró.

El abad llegó enseguida. Se retorció las manos mientras metía prisa a la gente de la cocina.

—El señor quiere riñones —gimoteó.

—Eso lleva cierto tiempo, abad —dijo Giuseppe—. Primero hay que ponerlos en vinagre.

—Son... —bajó la voz hasta convertirla en un susurro— son para el perro del señor.

—¿Va a comerse el perro nuestros mejores riñones?

—¿Quieres bajar la voz? Va a comer lo que quiera, y le gustan las entrañas. El animal está atado a una estaca junto al río. Si no es un lobo, es que no tengo ojos en la cara.

Giuseppe dejó el cuchillo que sujetaba y bebió apresuradamente un vaso de agua. «Aún no me he quitado las legañas —pensó—, porque ando lento de entendederas.» Aquel desasosiego indefinido había salido de la oscuridad con una misión muy concreta.

El abad se marchó corriendo de la cocina.

Giuseppe se dirigió al novicio.

—Paolo, el señor que está de visita ¿viene de Lucca?

—Sí, de Lucca. Está muy lejos. Cabalga con dos monturas.

—Pero, Paolo, ¿sabes cómo se llama?

—No lo sé. Pero ha venido desde Lucca.

Giuseppe aspiró hondo.

—¿Te has fijado en sus ojos, por casualidad?

—¿En sus ojos?

—Sí, ya sabes, hay uno a cada lado de la nariz.

—Querrás decir encima de la nariz, ¿no?

Giuseppe dio una palmada en la mejilla al novicio y se dirigió a la puerta, que dejó entreabierta. El pasillo que unía la cocina y el comedor estaba bañado en penumbra. La puerta del claustro estaba abierta, pero la del comedor estaba cerrada. Miró en torno a sí, se acercó sigiloso y oyó una voz aguda hablando de una excursión por las montañas. La voz correspondía al rollizo hermano Johannes. En aquel momento decía que siempre estaba dispuesto a servir. Parecía el cochinillo que invita al cuervo a comer tocino.

El abad volvió justo entonces con una jarra del mejor vino de la casa.

—Giotto, ¿qué haces aquí? ¿Has organizado la comida?

—Todo está dispuesto, abad; pero el cocinero ¿no debería saber el nombre del huésped?

El abad se santiguó y puso los ojos en blanco.

—Es Del Sarto, de Lucca, y espero que no se quede. Pero ¿qué puedo hacer? No se puede decir que no a un enviado del obispo.

Giuseppe sintió que le brotaba un sudor frío en la espalda.

—¿Qué lo trae por aquí?

—¡Y yo qué sé! Pregunta si nos ha visitado un boticario. Santo cielo, un boticario. ¿Qué iba a decirle yo? Por aquí pasa mucha gente; bueno, mucha gente tal vez sea mucho decir. Pero no recuerdo a ningún boticario. A no ser que se refiera a ti. —Soltó una risa aguda, pero enseguida se puso serio—. Un hombre llamado Pagamino, que vende elixires y ungüentos. Debe de ser una persona importante para hacer que Del Sarto viaje desde Lucca. Pero basta de palabrería, toma la jarra y sirve un vaso de vino a nuestro huésped. Es del barril que trajimos de Frescobaldi. ¿Adónde vas, hermano?

Giuseppe retrocedió desde la escalera.

—Voy en busca de los riñones de ternera para el perro de Del Sarto. Tú sirve el vino, abad, que vuelvo enseguida.

—Pero, Giotto —repuso, reteniéndolo—, tú que has viajado tanto, dime: ¿con qué puedo entretener a un hombre como Del Sarto? No tengo ni idea de qué decirle.

—Pregúntale por la salud del obispo. No hay cosa que interese más a Del Sarto. Porque cuando la mano derecha ha cortado la cabeza de la gente, la izquierda recibe la bendición de la Iglesia.

—No digas eso, hermano.

—Entonces di lo que quieras, pregúntale por el trabajo, pregúntale por su ojo enfermo, su aliento podrido o su piel purulenta.

—¿Lo conoces?

—¿De qué había de conocer a Del Sarto? Los únicos que lo conocen están muertos.

El monje retrocedió un paso.

—Eres un hombre extraño, Giotto —susurró.

—No digas eso, abad; son cosas que se me ocurren.

Una vez en su celda se tumbó en el camastro, tratando de enfrentarse al mareo que amenazaba con dejarlo inconsciente. La cabeza le daba vueltas, las piernas se negaban a sostenerlo, y las ideas se apretaban unas contra otras formando una especie de cera que le presionaba la frente en forma de migraña incipiente. Sintió ganas de vomitar y bebió un poco de agua, pero volvió a echarla entre toses; se recostó de nuevo en el catre y se dijo que eso era lo único que no tenía que hacer, ya que sólo había una cosa que podía hacer: a saber, marcharse.

Reunió sus pertenencias y las metió apresuradamente en una alforja. Sus ideas giraban en torno al pequeño Piccolino. El niño nunca había sido suyo y nunca lo sería, y en cuanto a su futuro, estaba en las mejores manos. Sin embargo, no era un asunto que concerniese a nadie más que al pequeño, y desde luego no a un estafador entrado en años, incapaz de pensar con claridad o precisión, pero que había llegado a esa edad en que sale la prudencia y entra el sentimentalismo.

—Pero he salvado la vida al niño, y el viejo chivo no va a estar más cerca de tener su propio cabrito. Y ¿qué puedo ofreceré un rapaz de seis meses?

—Puedes enseñarle a abrir ataúdes. No seas tan modesto.

—Por favor...

—¿No era eso lo que tenías pensado? ¿Educar a un aprendiz? ¿Cómo aprende uno, si no, a ser ladrón de cadáveres?

—Quiero a ese niño, Rinaldo.

—Entonces, ¿no vas a venderlo? Tal vez se te haya olvidado.

—Lleva mi nombre. Lo sabe el río y lo saben las montañas. Y quiero a ese chico.

—¿Más que a ti mismo?

—Sí, más que a mí mismo.

—Lo que hay que oír.

—Pero es verdad.

—¿No estás a punto de salir? ¿Acaso no has hecho la alforja, preparado para salir corriendo? O ¿vas a llevarte contigo al pequeño? Ése al que quieres tanto. Ardo en deseos de oírlo.

—Eres la maldad personificada, Rinaldo.

—¿No es el viejo hipócrita el que habla? Me parece que sí.

Llamaron a la puerta.

Johannes asomó la cabeza.

—¿Giotto...? Ah, estás ahí.

Giuseppe le dio la espalda.

—¿En qué puedo ayudarte, hermano?

—¿Estás empaquetando tus cosas?

—En absoluto, estoy haciendo limpieza.

—Pero has llenado una alforja, y llevas un manto al hombro.

—Qué espabilado eres. Nada escapa a la mirada de mi hermano. El caso es que he de alimentar al animal.

—¿A qué animal, hermano?

—Al perro de Del Sarto. Fíjate, Johannes, sólo quiere comer entrañas.

El fraile lo miró con una mezcla de deleite y prevención.

—Pero tienes que acompañarme, Giotto. El señor desea hablar contigo. Ha dicho expresamente que desea hablar con el ayudante de cocina que entiende de hierbas y medicinas.

Giuseppe cerró la puerta y agarró al monje.

—¿Qué le has contado, Johannes?

—Nada, hermano, nada. Él sólo quería saber si estuvimos en las montañas la semana pasada.

—¿En las montañas?

—En casa de Monna Tesser.

Giuseppe soltó al regordete hombre.

—¿Le has contado que fuimos a su casa?

Una pequeña sonrisa asomó a los ojos de Johannes.

—¿Qué mal hay en decir la verdad, hermano?

—¿Mal? —repitió—. No veo ningún mal en decir la verdad. ¿De qué más habéis hablado?

—De ti, Giotto. Pero pierde cuidado, querido hermano: de mi boca sólo han salido alabanzas. He ensalzado tus virtudes.

—Ya me imagino.

«La maldad —pensó Giuseppe— habita en los lugares más extraños, pero la mayoría de las veces entre los mojigatos, porque tras el piadoso hábito se oculta todo tipo de intrigas, un gusto por lo escandaloso, un hambre insaciable de pesar, infamia y desgracia. Ciertamente existen monjes y curas que son más listos que los demás. Hermanos franciscanos que han estudiado Geometría y Álgebra en Egipto. Aunque es cosa sabida que la mayoría de los monjes son más vagos que un gato doméstico. La santidad se ha hinchado, se nota en la panza y en la papada de mi hermano.»

Giró sobre sí mismo. «Mi estancia en el convento ha terminado, he engordado, y la lengua se me ha desatado tanto que la sensatez ya no la oye. Hay que procurar no hacerse tan beato que uno pierda la maña. Prefiero andar con una pala en una tumba familiar que estar mendigando en el mercado.»

Se oyeron pasos en la escalera. Giuseppe sintió que el mareo le debilitaba las rodillas.

—Demasiado tarde —musitó.

Johannes lo asió del brazo. Sus ojos se movían como pececillos de plata.

—¿Puedo ayudarte en algo, hermano?

—Ya has hecho bastante, Johannes; te deseo todo lo mejor. En el lugar a donde vas a ir te hará falta.

Se apoyó en la mesa y vio la imagen del fraile sonriente yendo y viniendo. Los labios del monje se movían, pero era como si el sonido se transmitiera a través del agua.

Giuseppe cayó de rodillas y oyó que abrían la puerta. Alguien dijo su nombre. Probablemente el abad. No respondió y se quedó mirando las botas del umbral. No le hacía falta levantar la vista. «Pues este hombre —pensó— hiede como su profesión.»

Suenan risas en el infierno. Es su primer pensamiento. Pero por lo demás todo está en silencio. Se halla en el que llaman anexo al albergue de peregrinos. Fuera ha

amanecido. La lluvia ha arreciado, pero es ese tipo de llovizna totalmente silenciosa. La celda tiene la mitad del tamaño de la de antes. Es la segunda vez que pasa la noche allí. La primera vez era un despreocupado día de otoño en que ni siquiera el tufo a orines de zorro podía estropear su optimismo. Qué alegría porque la suerte volvía a acompañarlo. Ahora era diferente.

Del Sarto lo había sacado al patio. El ojo de cristal azul adquirió un destello de vida al ver a Giuseppe en el fango.

—Nos encontramos de nuevo, Pagamino.

—Me llamo Giotto, señor.

—¿De verdad? Bueno, a los embusteros les pasa de todo. Tu cara no se olvida tan fácilmente. Debería arrancarte el hígado y dárselo a mi perro; pero temo que pueda sentarle mal. Además, su excelencia te quiere vivo. Para que regreses a Lucca. Creo que casi puedo prometerte que tu antigua habitación estará preparada para ti.

—Me llamo Giotto, señor, debe de tratarse de un error.

El ojo muerto se le acercó.

—O sea que has estado con Monna Tesser, viejo. No podías contenerte. Pero cuando se hurga en la herida, surge el dolor. Deberías saberlo. ¡Mírame, anciano! ¿A las órdenes de quién estás?

—A las mías propias, señor, y a las de Dios.

—No tomes el nombre de Dios en vano. —Estuvo a punto de darle una patada, pero se refrenó—. No; hay que armarse de paciencia. Esa boca, que dice cualquier cosa menos la verdad, no debe sufrir daño hasta que lleguemos a Lucca. —Del Sarto se volvió hacia el grupo de frailes asustados que miraban con horror a Giotto, quien estaba acurrucado y por lo visto no se llamaba así en absoluto—. ¡Habéis albergado a un enemigo de Lucca! —gritó el verdugo—. A un preso evadido. Ahora cumplid con vuestro deber y encerrad a este hombre con dos cerrojos en la puerta, porque es un demonio. —Echó la zarpa al pescuezo de Giuseppe y lo levantó como a un trapo—. Pagamino está confabulado con el Príncipe de las Tinieblas y merece el castigo más severo de Lucca.

Se pone en pie con dificultad y agarra la manilla de la puerta, que está cerrada con llave, naturalmente. Porque así lo han decidido. Pero no va a pasar mucho tiempo hasta que vuelvan a abrirla, y entonces empezará el viaje, el viaje de regreso a Lucca. De regreso al infierno.

—Y no sobreviviré. La locura va a matarme. Va a roerme por dentro.

Cae de bruces en el camastro y siente por primera vez el olor. Se mira el cuerpo para comprobar si se ha orinado, pero tiene la ropa seca, aunque el hedor a orines es tan fuerte que hiere el olfato.

—Zorros —murmura, dirigiendo la mirada al suelo.

El suelo de madera está sin barnizar, y la humedad ha hecho que las tablas se abarquillen hasta parecer olas de un mar agitado.

Agarra la primera que ve, que se suelta enseguida. En menos que canta un gallo ha dejado al descubierto las piedras sobre las que descansa el suelo. El tufo a orines es tan penetrante que habría hecho revolverse a muchos, pero no a un hombre que profana tumbas.

Está arrodillado, trabajando como un topo, llega debajo de las tablas y cava como un poseso.

De pronto la tierra se hunde. Giuseppe suelta un juramento. Está tumbado, con la mayor parte del cuerpo metida en un agujero estrecho donde hay un olor inconfundible a zorro.

—¿Será verdad que la suerte persigue al loco? —murmura—. Entonces me presentaré ante el mundo y reconoceré mis padecimientos. En mi caso, la suerte tiene cuatro patas, el morro puntiagudo y la cola espesa.

Avanza arrastrándose sobre el estómago y reza porque *Vulpes vulpes* no esté en casa. La madriguera es angosta, y tiene que agrandar constantemente la galería, que parece estrecharse más cuanto más se adentra en ella. Pero, por lo visto, la guarida es lo bastante antigua, y las paredes, estables. Ahora a trabajar, a no pensar y, sobre todo, a no emplear energías innecesarias. Una suerte de ese calibre hay que administrarla con cuidado.

Pero al rato le falta aire. Se ve poseído por esa locura que es efecto de los primeros síntomas de asfixia, porque la galería va en dirección equivocada, no hacia arriba, sino hacia abajo.

Desesperado, empieza a arañar el techo de la madriguera. Las uñas se le rompen contra la capa de tierra. Le entra arena en la boca, los ojos y los oídos, siente que le fallan las fuerzas, hace un descanso y cambia de idea, se dice que tiene que encontrar otro sitio. Cava trabajosamente para avanzar, y sujeta el techo con las puntas de los dedos. Le caen encima piedras y gravilla. Ha atravesado una capa helada de barro, y empuja con la espalda contra el techo de la galería. Suda y tiritita, escupe tierra y sangre, nota las piedras, el barro y la tierra apretados en torno a su cuerpo. El pasadizo está cerrado, el techo se ha derrumbado, y los que tienen su guarida ahí abajo ya han ocupado su entrepierna y sus sobacos. Los moluscos ciegos se deslizan por su espalda y su cintura. Pronto se introducirán por su nariz y sus oídos, porque han ido a comer, y ahí tienen para todo el invierno. Yace en su propia tumba, pues así ha de terminar el embustero de Umbría; ni siquiera le han dado un ataúd, ni unos sepultureros... No; ha de hacer él mismo el trabajo y expirar en la madriguera de un zorro.

—Arturo —susurra—, tiéndeme la mano y cuéntame la historia de los días de la vida, cuya longitud y cantidad están medidas, y todos los cuales son infinitamente

valiosos. Puede aprenderse mucho, puede perderse mucho, pero una vez que has perdido la ingenuidad, ésta ya no vuelve jamás. La historia de los días me emocionaba, y si puedes oírme, cretino, regálame un día más. Seguiré el sagrado catecismo y jamás hablaré mal de una carcoma.

Siente inmediatamente que le atraviesa el cuerpo un espasmo, un sobresalto epiléptico que parte del cerebro con instrucciones para los miembros. Una pierna está paralizada, pero la otra se endereza con tal vigor que parece un calambre. Grita con toda la fuerza de sus pulmones y siente que la garganta se le llena de fango. Jadea sofocado, agitando los brazos, siente el frío en los dedos de los pies y la lluvia en la frente, rueda sobre sí y se queda mirando a un viejo sauce cuyas raíces se han levantado del lodo. Haciendo un último esfuerzo, se desembaraza de las raíces y baja a cuatro patas por la pendiente, viendo abajo la abadía y el río. Calcula que en una hora se ha alejado menos de cincuenta metros. Aunque parte del trayecto ha sido haciendo círculos. Se echa boca abajo y sube por la pendiente, se adentra en el bosque y sale de la oscuridad del hoyo.

*Inspirado en la conocida pieza en un acto de Caín y Abel,
Giuseppe comete el mismísimo crimen
y vuelve a la vida*

«¿Cuánto me he llevado?»

La idea lo asedió mientras, apoyado en codos y rodillas, se deslizaba hacia el río. La pregunta no tenía sentido, porque no se había llevado nada.

Aterrizó en un matorral cuyas ramas afiladas lo arañaron hasta hacerle sangre.

—Estoy sangrando —murmuró, examinándose las heridas—, y ahora viene la primavera, con las aves de paso y la diarrea, y no llevo nada conmigo, porque el que renace en la madriguera de un zorro tiene que salir al mundo como *Vulpes vulpes*, lamerse las heridas, cuidar el reuma y aullar a la luna. ¡Aullar a la luna! —gritó, y oyó el eco de su voz más allá, donde se levantaba una espiral de humo gris.

Había vida en aquellos cerros tapizados de verde, gente con casas, familias con un techo encima y pan en la mesa. Los miembros de la familia reunidos en torno a la olla con la comida, la cuchara pasa de mano en mano, el mayor es el primero en comer, y el más pequeño relame el cazo. Cuando el patriarca levanta la voz, los más jóvenes escuchan, porque la vejez es sinónimo de respeto. Allí a los viejos no los echan a madrigueras de zorros, allí hay comida sobre la mesa, una cama para dormir y una mano con que calentarse cuando irrumpe la oscuridad. Hijos, nietos, una oreja torcida y una nariz ganchuda, un andar bamboleante, los signos de nobleza de la familia, el correo que pasa de mano en mano, de siglo en siglo.

Giuseppe chasqueó la lengua con envidia.

—Si hubiera formado una familia y cuidado ovejas, ahora estaría sentado a la cabecera de la mesa con una sonrisa satisfecha, pidiendo silencio antes de alzar la voz...

Una vez fue dueño de un asno.

—No hables mal del asno de otro, y menos aún del mío, porque me ha conducido por la muerte y la epidemia, y jamás me ha llevado la contraria. Raras veces lo he castigado, y siempre me he arrepentido de los golpes. Era un asno más bueno que un pan y tenía nombre de papa, aunque el cuadrúpedo no merecía tal humillación. *Bonifacio* —musitó—, ¿por qué caminos andarás en este momento? ¿Existe alguna memoria en la cabeza de un asno? ¿Una imagen de tu amo anterior? Sí, hombre, un icono con marco de oro.

Las cosas van mal cuando no se tiene más punto de apoyo que la añoranza por un

asno.

Se estremeció y entornó los ojos; la imagen de Piccolino se impuso.

—Al que he abandonado por una madriguera de zorro. Ojalá no oiga nunca la historia. Que lo lleven al río y le hagan el favor de volver a bautizarlo. Que el agua del río borre el apellido Pagamino, porque es el apellido del deshonor. —Escondió el rostro entre las manos—. Que tengas dulces sueños con el reino de la bahía de Nápoles —susurró—, que tengas dulces sueños, Piccolino mío. El mundo te pertenece, amigo mío. Navegarás por el Nilo y conocerás la hermosura de El Cairo, el aroma de las especias de Oriente, los burdeles de la orilla occidental. Demonios, cómo me duele todo el cuerpo.

Trató de localizar las heridas de la espalda, pero se contentó con comprobar que estaban allí. Los codos estaban envueltos en una costra de sangre coagulada, y en las rodillas la tierra había establecido una alianza impía con hilachas de piel y una infección amarillenta. Pero si no dolía, tampoco podías saber que estabas vivo.

Dio un pisotón en el suelo.

—¡Mírame, Dios! —gritó—, ¿no nos parecemos? Estoy creado a tu imagen y semejanza. Quizá también tú hueles a zorro. Pero tal vez estoy molestando. Ah, el Señor está observando frescos.

Dios no se cansa de mirar encalados húmedos con acuarelas de colores desvaídos. Cuando llega la noche, examina los recién hechos, distribuidos por el suelo como las hojas de un almanaque. Menudo pasatiempo. Una ocupación estupenda para un anciano. Entre las imágenes de los apóstoles, querubines y el pectorro de Lucifer, se ve un fresco ocre oscuro, que tras un examen más atento revela a un monje en una madriguera de zorro. Fijándose bien, uno se da cuenta de que el hombre no es un monje en absoluto, de hecho es más zorro que monje. Eso divierte a Dios, quien, animado por la visión, deja resbalar la mirada hasta el siguiente fresco, que representa al mismísimo flagelante, echado en el suelo como si fuera carroña. Está, como ya se ha dicho una vez, gordo en las zonas inadecuadas y flaco donde debería tener carne. Pero no está muerto, aunque así lo parece; simplemente lo simula. Eso agrada a Dios, que tiene debilidad por el teatro. Los dramas son algo que nunca falta, pero el mejor es el de un solo acto, con Caín y Abel; el momento preferido es cuando Caín golpea en la cabeza a su hermano y éste cae muerto sobre la tierra marrón. Menuda tragedia. De los que no se cansa uno.

Eva llama a sus hijos. La comida está en la mesa. Van a tomar cordero lechal.

—Cordero lechal —susurra Giuseppe—. Casi noto el sabor a tomillo.

Adán sale por ellos y no ve a Caín con la estaca sanguinolenta.

Dios se muerde el pulgar; la emoción es insoportable.

—¿Has visto a Abel? —pregunta Adán a su hijo.

—No, padre —responde Caín.

La primera mentira de la historia. Desde el cielo se oyen abucheos y silbidos. El público siempre quiere más de este drama, y noche tras noche se venden todas las entradas de las filas baratas, una y otra vez Caín le da un trompazo en la mollera a su hermano, y al final el mensaje queda grabado hasta en las mentes más torpes.

—Magnífica función —dice con un suspiro el Creador, amante de placeres.

Pero en adelante hay muy pocas cosas por las que alegrarse, porque sólo quedan Adán y Eva, y el turbio Caín. A decir verdad, no es mucho comparado con una eternidad de tiempo, y Dios, de puro aburrimiento, ordena que el mar crezca.

—Dios se regodea viendo cómo desaparece el mundo en el océano —dice Giuseppe en voz alta—, porque siente predilección por la muerte por ahogamiento. De eso saben mucho los egipcios. —Rueda sobre el estómago, tose de ira y camina a cuatro patas mientras escupe las palabras—. ¿Deseas algo más? —grita—. No tienes más que decirlo, hacemos lo que se nos dice y mandamos a nuestros hijos a la hoguera, incluso llegamos a quemar ciudades enteras por ti, y los que deciden estudiar para adquirir sabiduría son despedazados y reducidos a astillas por los teólogos o excomulgados por el Papa. Y el que se embarcó para darnos un nuevo atlas termina de viejo demente en la cárcel de Venecia, porque nadie se cree la historia de Kublai Kan, Persia y China, porque, como se sabe, en el Árbol de la Ciencia madura sólo el fruto prohibido, y a la verdad se le hacen oídos sordos, como siempre. Pregunta, si no, en Lucca.

Se acurruca y hace como Dios: ver imágenes con su mirada interior.

Giuseppe y Arturo van sentados al pescante. El maestro enseña a su alumno. No hay límite para los conocimientos del profesor, cuya boca se mueve como castañuelas. Arturo es todo oídos, y finalmente el monólogo llega hasta el mar.

—Nuestra vida —predica el maestro— es como las olas del mar que golpean la playa, mueren y desaparecen. ¿Alcanzas a comprender esas palabras, cretino?

Giuseppe mira a su alumno, callado y reservado, hasta que por fin dice que las olas nunca se mueren porque nacen continuamente.

Fin de la conversación.

Giuseppe llega al río, que ha absorbido el crepúsculo. Rápidamente se quita el hábito y se mete en el agua fresca, da un par de brazadas y siente que el agua se introduce en grietas y cicatrices. Siente dolor y alivio a la vez.

Después se tumba de espaldas, extiende los brazos y ve su blancura flotando a la deriva como una caballa muerta.

—¿Por qué tiene tanto miedo a la muerte el que siempre se pelea con la vida? ¿No debería considerarse acaso una liberación? ¿Es tal vez el precio que debo pagar

por haber pasado tanto tiempo con los muertos?

El viejo Pagamino, el padre de Giuseppe, jamás perdió ocasión de asustar a su pequeño habiéndole de los suplicios del purgatorio. Aquella antesala del infierno, le explicaba su padre, era algo para lo que se iban haciendo méritos ya desde niño. Era una manera refinada de disciplinar a su hijo. Cuando el cinturón ya no escocía y el hoyo de la tierra se tornaba demasiado pequeño, el viejo recurría a historias acerca de la tortura después de la muerte. Las descripciones eran atroces, porque era un hombre con imaginación. Y, aunque el pequeño Giuseppe nunca se dejó impresionar, siempre se llevaba los gritos de los infieles a la cama, donde surgían llamas que se convertían en dedos de un rojo ardiente, que se retorcían en torno al dormido como hiedra venenosa. «Todos hemos de morir», rezaban las palabras del patriarca; poco podía saber que diez años más tarde su hijo menor iba a estar bajo una carpa negra como el azabache en medio del desierto dorado, donde un viejo beduino ponía en duda aquellas palabras, puesto que existía una fórmula, se decía, conocida por muchos pero que nadie poseía, fórmula que podía adquirirse en las callejas estrechas de Damasco. Pero a poquísimos se les otorgó el poder realizarla, pues exigía grandes sacrificios, enormes sacrificios. Giuseppe se acurrucó. Había estado muy cerca, más cerca que los demás. Era lo suficientemente presuntuoso para creerlo. Y se había sacrificado, había terminado en una mazmorra, después en una madriguera de zorro, porque la vida que había tratado de volver eterna estaba ahora perseguida y condenada a muerte. Qué ironía.

Se sumerge, abre los ojos, escucha el agua que tiene en los oídos, suelta una burbuja de aire y bucea hasta el fondo del río, hunde los dedos en la arena y ve cómo sube arremolinada en pequeñas nubes. Empuja el fondo con los pies, saca la cabeza por encima del agua y sonríe.

—Me encanta la vida —susurra—. No hace falta nada más, ofrecedme un río, y floto en la superficie de puro agradecimiento. Pero los intestinos se quejan. El hambre me ha mermado. Aunque el bosque debe de estar lleno de conejos. Por desgracia, soy demasiado viejo para cazarlos. Se me van a reír en la cara. Una vez tuve un carro en el que, además de pomadas y ungüentos, cargaba con un amplio surtido de trampas. Ahora sólo tengo las dos manos, y trabajo les cuesta encontrar dónde pica.

Sube a gatas la orilla del río y se mete el hábito por la cabeza.

—Y no puedo buscar cobijo en ningún lugar, porque han puesto sobre aviso a todos los pastores. Quizá Del Sarto haya prometido alguna recompensa. No hace falta que sea elevada; me rebanarían el pescuezo por un puñado de guisantes.

Cuando llega la oscuridad, aún está junto al río. No le quedan fuerzas en las piernas,

y cuando sus dedos arañan la tierra en busca de raíces, tiemblan de fiebre. El hambre lo ha cubierto de sudor frío, está echado de espaldas y escucha a los animales de la noche: la cacería ha comenzado.

En el bosque viven las brujas.

Se endereza con un sobresalto y mira fijamente al bulto negro que está de cuclillas frente a él. Es incomprensible cómo ha podido acercarse tanto la mujer sin que él se diera cuenta. Ella lo mira con ojos desvariados y boca sonriente. Pero no emite ningún sonido.

Giuseppe retrocede como un cangrejo y tropieza con un árbol.

—Largo —sisea.

La mujer se mete dos dedos en la boca y lanza un silbido profundo. La boca desdentada se abre en una amplia sonrisa. Se aproxima a cuatro patas, no porque no pueda andar erguida, sino porque eso la divierte. Lleva un saco a la espalda y un cuchillo en la mano. Giuseppe no lo ha visto hasta entonces. La vieja acaricia su filo. Irradia demencia, como la luz de abril colándose por la rendija de la puerta.

—¡Largo, vieja! —exclama, tratando de sonar autoritario.

Ella no reacciona, y sigue acariciando el arma. Pero de pronto da un salto, cae sobre Giuseppe y le asesta una cuchillada.

Él suelta un berrido. La hoja le ha hecho un rasguño en la mejilla. La mujer está sentada a horcajadas sobre él, tratando de arrancar el cuchillo que se ha clavado en un tronco. La vieja apesta. A tierra y mierda.

Giuseppe mira fijamente al cuchillo que sobresale del árbol.

La rama está en el suelo, pesada y negra.

La mujer saca el cuchillo. Rueda por tierra, ágil como un mono; se pone en cuclillas y se queda mirando a Giuseppe, que levanta la rama por encima de la cabeza.

Con el primer golpe no acierta; el segundo cae sobre el hombro de la vieja, pero ella se levanta y permanece medio arrodillada contemplando la rama, que cae de nuevo, pesada y con fuerza. La golpea en mitad de la cara. Ella se desploma boca abajo.

Giuseppe vuelve a alzar la estaca y la descarga con todas sus energías. Tres veces. El tercer y último golpe es innecesario. La mujer yace inmóvil, le sangra la cabeza, y cuando él le da la vuelta, sabe que está muerta.

Nota las palpitaciones del cuerpo y se derrumba, extenuado. Extenuado y asustado. Lo peor es la angustia posterior. Habita en la mala conciencia y asoma como las hormigas de un hormiguero. Después arroja sobre la muerta ramas, tierra y hojas, abre el saco de la mujer y encuentra cortezas de pan, tocino rancio y un pedazo de salchicha ahumada. Se lo mete todo dentro. Lo que podía comer la otra puede comerlo también él. Aparte de que ella no va a comer nunca más.

La registra en busca de joyas, pero no lleva nada.

Da una patada al cuerpo inerte.

—En la noche había sitio para los dos —murmura—, y nadie se ha muerto por unas maldiciones, ni ha vivido por unas bendiciones.

Por la zona del Éufrates dicen algo así, y los beduinos deberían saberlo bien. No vale la pena imitar su forma de saciarse. Pero ahora tiene el estómago lleno y, aunque la comida no era nada especial, se siente más a gusto.

Gira el cuchillo entre los dedos. Es nuevo, le habrá costado sus buenos florines, aunque seguro que es robado. El mango es hermoso, hecho con hermosas tiras de piel curtida. Giuseppe no ha poseído nunca un cuchillo tan fino.

—Para el río —dice con un suspiro, y lo arroja—. No hay que ser avaro cuando te ha acompañado la suerte.

Mira a lo alto el cielo nocturno. Las nubes se desplazan.

Empieza a caminar a lo largo de la orilla. La dirección es norte-noreste. Lejos de Lucca. De vuelta a la vida.

*Se describe el uso del hierro plano.
Al final, Giuseppe conoce a una doncella en peligro
y renace como Alberto el Venerable
La tapa del ataúd cedió.*

Giuseppe se secó los mocos. Por el olor podía ver que no se trataba de un cadáver reciente; la carne llevaba tiempo roída, y los que se habían atiborrado con los restos habían ido ya a otros comederos. Los familiares y amigos habían forrado el ataúd con ramilletes aromáticos y especias secas. Una señal prometedora que aumentaba más aún el gozo de quitar las mortajas.

Era una mujer de edad mediana. De corta estatura, con un cráneo parduzco que mostraba los rasgos típicos de la sífilis, alteraciones en el hueso frontal y una violenta infección en las encías, provocada por un tratamiento de mercurio fallido.

Giuseppe se dijo que habría sido guapa en vida. Aunque sólo quedaban los huesos, perduraba aún un resto de feminidad.

—*Como que es la única mujer a la que puedes desvestir, viejo cabrón.*

—*Haz el favor de respetar a los muertos.*

—*Vaya, ahora nos habla de moral. Desde luego, es el mundo al revés.*

—*Todo trabajo conlleva cierta ética; deberías saberlo, Rinaldo.*

—*Y lo dice uno que profana la paz de las tumbas.*

—*Cuando los rateros se ponen a predicar moral, hasta el mendigo hace oídos sordos.*

—*Desde luego, eres incorregible, viejo.*

—*¿Quién puede dorar una vasija de oro?*

—*Descarado y presuntuoso. Tú mamaste la mentira con la leche materna.*

—*Haz el favor de no mezclar a mi madre en esto.*

—*Llevas el embrutecimiento en la médula, viejo; no hay esperanza para ti.*

—*Y aun así sobrevivo. Eso debe de asombrarte, Rinaldo.*

—*Me estremece.*

—*Calla, por favor, que tengo trabajo que hacer.*

Por desgracia, la familia había sido más generosa con las especias que con las joyas.

Giuseppe gimió, decepcionado. Uno no abre una tumba familiar para olisquear la lavanda. Examinó los huesos de las manos y emitió un suspiro de disculpa cuando la muñeca se soltó. Después levantó la cadera y divisó una bolsa de algodón rojo. Desató con cuidado el lazo y vació la bolsa. Un anillo con una piedra azul clara salió rodando. Giuseppe emitió un silbido contenido. No era experto en piedras preciosas, pero reconocía un zafiro en cuanto lo veía.

—Ah, Rinaldo —susurró—, *usus est optimus magister*. La experiencia es el mejor maestro.

Amortajó cuidadosamente el cadáver con los ropajes medio podridos, colocó la mano izquierda como prolongación del brazo izquierdo, se disculpó por su torpeza y volvió a poner la tapa.

Muchos años antes conoció a un herrero en Nápoles que, a cambio de un frasco de gotas para la nariz, le hizo tres pequeñas herramientas siguiendo sus instrucciones. No eran mayores que un cuchillo y podían guardarse en el interior de un hábito. Giuseppe los llamaba sus hierros universales, y siempre los llevaba encima. Cuando un ataúd ofrecía demasiada resistencia, metía el mayor de los hierros planos entre la caja y la tapa y lo golpeaba con una piedra. Una vez que la tapa se había aflojado, podía soltarla con las herramientas menores. Era tan sencillo como genial y, además, resultaba que los tres hierros planos tenían otras posibilidades de empleo, algunas de ellas totalmente inocentes.

Tardó tres semanas en traspasar la cadena montañosa y, aunque no le faltó comida, porque la gente de aquellos parajes era tan pobre como generosa, tampoco fue un lecho de rosas. El miedo a volver a estar frente a frente con Del Sarto lo había convertido en una fiera acosada. Cuando al fin caía dormido, despertaba de inmediato bañado en sudor, despertado por su propio grito, y la noche en que unos niños lo encontraron roncando en el olivar y él abrió los ojos sobresaltado, los niños huyeron llorando al ver a aquel loco.

Pero la suerte había vuelto a sonreírle, el anillo le daría unos buenos dineros, y aquella noche durmió como un recién nacido, despertó bien entrado el día y dedicó un rato largo a su aseo habitual. Aquél iba a ser el día en que averiguara en qué lugar del mundo se hallaba. Sabía que había caminado hacia el oeste, pero después de atravesar las montañas cambió de rumbo hacia el norte; la tierra era llana y verde, fértil y salubre. Calculó que estaba cerca de la ciudad arenosa de Ravena, pero aún no había llegado allí.

Se encontraba en una pequeña loma con unas vistas magníficas a un gran bosque. «La vida —se dijo— es siempre hermosa cuando se contempla de lejos. Así debe de verse enriquecida la existencia del milano con la visión general que sólo Dios otorga. Hasta que no estás tumbado con la nariz pegada a la tierra, no te haces cargo de cómo es el mundo realmente. Pero ¿qué le importa eso al ave de presa cuando se cierne

sobre la malla de campos sembrados y ve de costa a costa?»

Decidió continuar su caminata en paralelo a los montes, pues sabía que así llegaría hasta Bolonia, una ciudad espléndida, llena de gente ilustrada, y un lugar apropiado para recibir un pago justo por su piedra preciosa. Desde la gran ciudad podría seguir hacia arriba, hacia Lombardía; su plan era llegar a donde la nieve cubre las cimas y la gente va vestida con pieles. Giuseppe Pagamino quería alejarse hacia el norte y desaparecer como la sal en la sopa hirviendo.

Pero aquel mismo día, algo más tarde, cambiaron todos sus planes.

Acababa de despedirse de dos pastores que habían compartido su pan con él cuando divisó en el crepúsculo un caballo, que andaba por el lindero del bosque con los arneses colgando, libres e inquietantes. Giuseppe no confiaba en los caballos y no entendía de arneses, pero se dio cuenta enseguida de que allí pasaba algo raro.

Se acercó con cuidado al animal. Era evidente que se trataba de un caballo de tiro, fornido y hermoso, de piel lustrosa y cola trenzada.

Entonces vio otro caballo trotando por el bosque.

«La curiosidad —pensó— lleva a menudo a un hombre más allá de lo que es conveniente.» No muy lejos pudo divisar un sendero, un camino que penetraba en la frondosidad de enebros y cedros.

Avanzó con dificultad por la maraña del bosque y llegó al sendero, que en realidad era una rodada, y vio enseguida un elegante coche de caballos con capota detenido ante un viejo alcornoque caído. Había esparcidas en torno al coche cajas y bolsas de viaje, abiertas y vaciadas.

Giuseppe miró en derredor, se acercó y pudo hacerse una idea de la tragedia que había azotado a la gente fina. Dos hombres con uniforme rojo y botas negras yacían en el suelo, ambos con el cuello rajado. Uno era de mediana edad; el otro, bastante joven.

—Asesinato —murmuró—, un vil asesinato.

Nunca le habían gustado los bosques grandes; las historias, canciones y advertencias acerca de lo que vivía en su interior lo decían claramente; y para él, que sólo robaba a los muertos, era escandaloso ver cómo los bárbaros robaban a los vivos.

—Que el diablo os lleve, bandidos —gimió, mientras registraba los bolsillos de los cocheros.

Pero los malhechores habían realizado su trabajo con meticulosidad y no habían dejado nada. Los muertos no estaban aún del todo fríos.

Giuseppe abrió la puerta de la elegante calesa.

Estaba en el suelo. Un brazo le ocultaba el rostro. Era una joven con ropa de viaje. Ropajes rojos y verdes con puntadas bordadas en oro y botones de tela con dibujo. Una dama de la nobleza.

Giuseppe le retiró el brazo y miró fijamente el pálido semblante. Era jovencísima.

De rasgos límpidos. No había ni una línea mal colocada; era como si el Creador hubiese hecho esfuerzos extraordinarios para acoplar nariz y boca, párpados y cabello, a fin de que armonizaran entre ellos como el cielo armoniza con el mar. El cabello estaba debidamente aclarado. Las mujeres nobles pasaban varias horas al día en los tejados con el simple propósito de aclararse el pelo. El aspecto de aquella doncella era, en suma, tan bonito y bien cuidado que resultaba imposible no quedarse absorto en sus facciones.

De pronto un párpado azulado se estremeció.

Giuseppe dio un salto atrás. Se apresuró a echar mano de la cantimplora de agua, pero antes de que la alcanzara, la mujer emitió un sonoro quejido. Sonaba como el llanto de un niño. Giuseppe vaciló, pero levantó las piernas de la muchacha y las colocó sobre el asiento, esperando que el color volviera así a las pálidas mejillas.

La chica sangraba un poco en el cuello, lo que indicaba que le habían arrancado una gargantilla.

Giuseppe suspiró. «Qué brutalidad —pensó—, qué brutalidad robar a un ser tan joven.» ¿Cuánto valdría aquella gargantilla?

—Qué vergüenza —susurró, mientras enjuagaba la herida con agua.

Al primer contacto, ella abrió los ojos.

La mirada que le dirigió estaba llena de pavor.

Él inclinó la cabeza, juntó las manos y, a falta de cosa mejor, rezó una oración.

—¿Los ladrones? —gimió la muchacha.

—Ya se han marchado.

La chica miró a su alrededor con la expresión voraz de una fiera, y trató de sentarse.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En un bosque, *signorina*.

—Ya lo veo, pero ¿dónde? —La voz de la joven era dura e imperativa. A Giuseppe le gustó.

—No lejos de Bolonia, *signorina*. Me llamo Alberto el Venerable, pertenezco a la orden de los franciscanos y estoy evangelizando la comarca.

La muchacha midió con los ojos a Giuseppe, que bajó la cabeza mientras pensaba que una joven con una mirada tan profunda tal vez podría leer sus pensamientos. Tendría que andar con cuidado y no irse de la lengua.

—¿Dónde están el cochero y su hijo?

—Me entristece decirlo —contestó levantando la mano—, pero han sido víctimas de los ladrones.

La joven no mudó la expresión, pero de pronto se llevó la mano al cuello.

—La dote —gimió, y salió corriendo del coche y se hincó de rodillas, más pálida aún que antes. Un llanto violento estremeció su esbelto cuerpo—. Se lo han llevado

todo —dijo entre lloros—, todo.

Giuseppe sintió una punzada de contrariedad.

—Eso parece —murmuró.

La muchacha se tapó los ojos con un brazo y habló en voz baja y monótona.

—Mi vestido de terciopelo brocado carmesí, el paño más hermoso que puede encontrarse en Florencia, mi sombrero de perlas y plumas, por el que mi padre pagó ochenta florines. Para el día de la boda, una túnica de terciopelo con mangas blancas, ribeteada de marta. Mi vestido color rosa bordado con perlas. En total, más de cuatrocientos florines. Lo han robado todo.

Giuseppe suspiró, pues sabía que muchas jóvenes terminaban en un convento cuando no podían conseguir una dote. Pero cuatrocientos florines era una cantidad considerable para emplear en trapos.

—El destino es caprichoso —murmuró, añadiendo para su fuero interno que si el padre podía gastarse cuatrocientos florines en ropa de boda, bien podría corresponder un poco al hombre que había salvado la vida a su hija.

—Tienes que sacarme de este bosque —dijo la joven—. ¿Dónde están nuestros caballos?

—Andan por ahí, pero podemos recuperarlos.

—Apresúrate. No puedo quedarme aquí, ya te das cuenta.

—¿Adónde se dirige la señorita, si se me permite preguntarlo?

—A Mirandola.

—¿A Mirandola?

—Mirandola —dijo la muchacha cerrando a medias un ojo y mirando a Giuseppe con expresión amonestadora— es un principado.

—Ah, sí, ya recuerdo, un lugar espléndido. Yo he viajado y he estudiado tanto en Salerno como en Córdoba, donde trabajé traduciendo del árabe al latín.

—Entonces, ¿conoces la lengua de los infieles?

—Sólo la descifro escrita —empezó a desvariar Giuseppe, sopesando si morderse la lengua o no.

—Pues yo —repuso la joven, con los ojos brillantes— iba a contraer matrimonio.

Giuseppe le tomó la mano y soltó un suspiro de compasión.

—Abandoné a mi familia en Viareggio hace cinco días —continuó ella—. Mi padre es comerciante, un mayorista. Haz el favor de soltarme la mano. ¿Qué te figuras?

—Disculpe, querida amiga.

—¿Cómo dices que te llamas?

—Alberto. Alberto de Umbría. El epíteto de Venerable me lo pusieron en el Vaticano.

La chica entornó los ojos.

—¿Has estado en Roma?

—Ya lo creo, muchas veces.

—Eso sí que es una ciudad, ¿verdad?

—El centro del mundo, joven, ni más ni menos. Estar junto a la tumba de Pedro...

—Ya basta —dijo ella, ladeando enérgicamente la cabeza—. También yo iré a Roma un día. Con mi prometido. Y, por supuesto, serás recompensado por tu hazaña.

—Ya he tenido suficiente recompensa ahuyentando a los ladrones —replicó Giuseppe, sonriendo, y se llevó la mano al hombro como para indicar dónde había recibido los golpes.

La muchacha lo miró de reojo.

—¿Los has ahuyentado?

—Sí, sólo eran tres. Por desgracia he llegado demasiado tarde para salvar a los cocheros, y en cuanto a la dote de la señorita, he tenido que dejarla escapar, esperando así proteger la vida de la señorita. Si usted lo permite, voy a echarme un rato en la hierba. Creo que son los golpes, que todavía los siento en el cuerpo. No creo que me hayan roto nada, aunque ésa es la sensación que tengo.

Giuseppe cerró los ojos y se tumbó de costado.

—Alberto.

—Sí, *signorina*.

—Levántate.

Giuseppe se incorporó.

—Es sólo la clavícula, que se ha dislocado.

—De hecho, pareces algo enfermo.

La joven dio a sus palabras un tono de reprimenda. Giuseppe emitió un sonoro suspiro y habló de su largo viaje por las montañas.

—A pan y agua —añadió.

—*Ahora habla la autocompasión. Sí, el primero que nota que el bolsillo está vacío es siempre el ladrón.*

—*Calla, amarga voz sepulcral; acabo de echar una mano a esa joven señorita, y ¿ahora tengo que oír esto?*

—*Lengua zalamera, lo único que te duele es la contrariedad por no haber pescado tú la dote.*

—*¿Cuántas vidas he de salvar para satisfacerte, Rinaldo?*

—*Santo cielo, ¡si no has salvado ninguna vida! Tú mismo a duras penas sigues vivo, viejo hipócrita. Pero no tienes empacho en aprovecharte de una doncella en apuros.*

Giuseppe sacudió la cabeza y dio la espalda a la muchacha.

Ella lo agarró.

—Escucha, me llamo Isabella Lambertuccio. Ahora ya sabes con quién te juegas los cuartos. Lambertuccio. Y no tengo tiempo que perder.

—Querida señorita...

La chica no hizo caso de la mano extendida de Giuseppe.

—Trataré de recuperar los caballos.

—Ojalá pudiera ayudar, pero la clavícula me duele tanto que temo romperla. Ay, si tuviera dinero para pagarme un médico...

—Mientras tanto, puedes ir enterrando a los muertos. Después les dedicaré unas palabras. Llevaban muchos años al servicio de mi padre, y tenemos fama de tratar con respeto a nuestra gente.

—Ya me doy cuenta.

Una hora más tarde, cercana ya la noche, los dos cocheros yacían cada uno en su agujero, cubiertos de tierra. Isabella dijo unas palabras acerca de los caídos por la codicia de los bandidos. En general, Giuseppe se quedó impresionado con la joven cuando observó, sorprendido, cómo se las arreglaba en el entierro y recuperaba uno de los caballos. El animal estaba dispuesto ya delante del coche, pues ella sabía usar las manos y se expresaba con decisión. «A esa voz —pensó— la obedece uno de buena gana.»

La joven se puso la capucha.

—El principado está un poco al norte de Bolonia; creo que podríamos llegar para el amanecer.

—Qué más quisiera, querida señorita: Bolonia está algo más lejos que eso.

—Entonces no hay tiempo que perder. Salta al pescante, Alberto, y no te detengas hasta que salgamos del bosque, pero mantén los ojos abiertos, porque no he probado bocado en mucho tiempo, o sea que si ves una casa, detente enseguida.

—Con mucho gusto —dijo sonriendo—; también yo llevo varios días sin comer.

—Ya, ya, pero apremia al caballo, lo demás puedes guardártelo. ¿Estás familiarizado con los caballos?

Giuseppe carraspeó. Llevaba las bridas en la mano, pero no tenía ni idea de qué hacer con ellas.

—El caso es que no estoy familiarizado con los puntos de semejanza entre un caballo de tiro y un asno. Si es que hay puntos de semejanza. Yo mismo fui en otros tiempos el afortunado dueño de un pequeño asno terco, cuya falta de entendimiento le imposibilitaba obedecer a su amo. El castrado aquel se llamaba *Rinaldo*.

—¿Un asno?

—Lo compré en Apulia; es decir, lo conseguí en un trueque, a cambio de un ungüento contra dragones.

—Pero ¿qué dices? ¿Dragones? ¿Sabes o no sabes lo que hace un cochero?

—Bueno, en mi vida de fraile pocas veces he...

La chica saltó del coche y le arrancó las bridas de la mano.

—Adentro.

Giuseppe bajó a rastras.

—Sigue doliéndome la cadera —murmuró—, debe de ser por los palos que me han dado en el fragor de la batalla. A los huesos viejos les cuesta más recuperarse.

—Déjate de palabrería —lo regañó la joven—. Como dice mi padre: cuando se presenta la desdicha, hay que aceptar lo que te dan.

Giuseppe apoyó el dorso de la mano en la frente.

—Qué gran verdad —murmuró.

SEGUNDO LIBRO

*No me induzcas a pecar de nuevo,
no despiertes en mí la furia, ¡ve!
Muestro más amor hacia ti
que hacia mí mismo,
porque he venido aquí armado
contra mí mismo.*

SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*

*En que se habla de la mano que vela por la cabeza de Giuseppe,
la piedra del interior del obispo y el remedio
contra la melancolía*

Tiziano llevaba en el bolsillo dos cartas: una escrita con dolor, la otra con pasión. Leyó la primera movido por el amor; la segunda con pesar.

Cuando deambulaba de noche por las callejas de Lucca y oía música de trovadores procedente de tascas y tabernas, soñaba con los montes cubiertos de pinos piñoneros donde podía estar a solas con sus pensamientos. Pero cuando finalmente se quedaba solo, se apresuraba a volver a la ciudad, cuyo bullicio era lo único que lo ayudaba contra la dolencia que padecía. Y es que con su añoranza le pasaba lo mismo que con las serenatas de los trovadores: que de noche estaba prohibida por ley. Si te pillaban los funcionarios de la municipalidad cometiendo tales excesos, te rompían el laúd. Tiziano había aprendido por experiencia que no hay cosa más diligente que los corazones rotos, y si había un soldado especialista en interrumpir serenatas, ése era él.

Estaba sentado en el pórtico, esperando ser recibido en audiencia. Aún no había cantado el gallo. Había visto a Del Sarto apeándose del caballo en el patio. El gigante había vuelto a Lucca solo. Lo que buscaba se había esfumado una vez más. Se le notaba en el andar, y también en la voz cuando les gritaba las órdenes a los mozos de cuadra.

Se abrió una puerta.

Tiziano se alisó la ropa y entró en la enorme estancia iluminada por una luz dorada. El obispo estaba bajo la ventana, descansando la barbilla en una mano. Su piel era del mismo color que la luz del sol. Los niños que lo habían lavado y vestido desaparecieron, como ratones por el zócalo.

—Excelencia... —dijo Tiziano, haciendo una reverencia.

El obispo alzó la mirada y estudió su rostro en un espejo de mano. Una leve sonrisa le arrugó los delgados labios. Se tomó su tiempo. Era conocido como un hombre vanidoso que empleaba horas en su aseo. A solas con su espejo se miraba a los ojos y entablaba un diálogo con los aspectos fuertes y débiles de su carácter. Igual que un comediante, había aprendido a controlar su expresión, que con el tiempo fue puliéndose y modelándose a medida de sus deseos. Una mirada significaba más que

muchas palabras. En cuanto a la coquetería, era en honor de sus muchos admiradores, pero sobre todo en honor del espejo. Y como su fe y su posición no permitían el trato con mujeres, tenía una inclinación insaciable por las historias de amor. Sabía cuanto ocurría a su alrededor, sus oídos atrapaban hasta las menores insinuaciones, los primerísimos signos entre un hombre y una mujer. El amor más hermoso y pleno era resultado de una planificación sensata. El obispo disfrutaba dando consejo a las familias, y muchos matrimonios se llevaron a cabo gracias a su intermediación. De ese modo, el padre Agostino conocía los muchos aspectos del amor, y enseguida identificaba a quien estuviera aquejado de profundo pesar.

Dejó el espejo a un lado e inspeccionó a Tiziano más de cerca.

—Pareces muy triste —dijo, suspirando—; no es conveniente en un hombre de tu edad, y menos aún en un hombre que está prometido con la joven más bonita al norte de Roma. Además —añadió, soltando un poco de aire entre los labios—, es espantosamente rica. Siéntate, joven Tiziano. —Tomó la jarra y se sirvió un vaso de zumo—. Los amantes y las abejas viven una vida dulce. Háblame de tu prometida. Tengo que conocerla mejor, al fin y al cabo voy a casaros. ¿Te hace reír, Tiziano?

—¿Que si me hace reír, excelencia? Mi prometida me escribe cartas con mucho humor; parte del humor escuece, y otra parte no la comprendo.

—Eres un soldado, Tiziano. ¿Qué saben los soldados del humor de las mujeres? —repuso, posando las manos en los hombros del joven—. Disfruta —susurró—, disfruta cada segundo. No mires atrás.

—Yo no miro atrás, padre.

—Entonces, ¿qué haces en las montañas?

Tiziano retrocedió; su tono de voz se tornó evasivo.

—Mi cerebro disfruta cuando se encuentra en la garganta de Midranno.

—Buen lugar para una mente dividida. ¿Así está la tuya?

—Fue su excelencia quien me llevó allí por primera vez...

—Para que vieras a qué tormentos conduce una mente dividida, no para que te obsesionaras.

—Pero fue el venerable padre quien dijo: «Hace falta mucho valor para superar el abismo.»

—Exactamente —afirmó el obispo bajando la voz—. Pero esa forma de valor es la consecuencia del tedio de la vida. Mantente lejos de las montañas, Tiziano, y mantente lejos de Midranno. Ya he visto a otros jóvenes caer presas de la melancolía. Qué pérdida. En tu caso, casi lo llamaría pecado. —Giró sobre sí mismo—. No te entiendo, capitán: no necesitas superar abismos, sino superar algo que es más grande y más importante, es decir, a ti mismo. Eres un icono, amado y respetado por cuantos lugares pasas. Hasta tus enemigos adoran el suelo que pisas. ¿Es acaso eso lo que tanto te entristece?

—Perdone el señor obispo si parezco triste; verdaderamente, tengo todas las razones posibles para ser el hombre más feliz del mundo.

—Pero ¿lo eres? Ah, mi mirada te atraviesa como atraviesa el agua clara, pero no comprendo qué es lo que te atormenta.

Tiziano miró a lo lejos.

—Me atormenta no haber podido resolver la misión que me ha encomendado el venerable padre. Me atormenta día y noche.

—Tu preocupación te honra. Tú y yo no tenemos nada que temer, siempre que contemos con la confianza del otro. La confianza es la madre de todas las virtudes. Mira al niño, que confía en el mundo sin saber por qué. La desconfianza, por el contrario, es cosa de Satanás, que la emplea con generosidad. Eres una persona modesta; eso es importante, porque sólo los modestos son incorruptibles. Eso lo noté pronto. No obstante, veo en tus ojos una sombra, como si hubiera algo que hayas perdido de forma irreparable. Si tal fuera el caso, no lo lamentes, porque lo que has perdido hará sitio para algo diferente y más grande. La renuncia es algo con lo que debemos aprender a vivir. ¿A qué crees que da más valor Del Sarto? ¿Al ojo que le queda o a los dos que tenía antes?

—Yo no he perdido nada, excelencia, y lo que me aqueja es pasajero.

El obispo sonrió.

—Mujeres —suspiró, haciendo un gesto de rechazo con la mano.

Tiziano bajó la mirada, pero Agostino le levantó la barbilla para mirarlo a los ojos.

—¿Qué sabrá el obispo de Lucca de mujeres? Pues lo sabe todo acerca de las mujeres, capitán. Son la raíz de la desgracia y la fuente de la paz del hombre, y hablando de paz... —Se dirigió a la ventana y apoyó la espalda en el alféizar—. El Papa está en Aviñón rodeado de sus médicos de cámara. No sé si lo que lo asusta son los enfermos de peste bubónica o los sanos. Puede que ambos. Vivimos tiempos agitados. ¿Recuerdas la habitación cerrada que te enseñé? Un cuartito cuadrado con un ventanuco en lo alto de la pared, no mayor que la mano de un hombre. Ni siquiera un niño podría escurrirse por ese agujero, pues así está hecho, para que sólo la luz y el aire puedan traspasarlo. ¿Me sigues con atención, amigo?

Tiziano asintió en silencio y pensó en las cartas que llevaba en el bolsillo. Una estaba escrita con caligrafía perfecta, largas frases elegantes, giros filosóficos, humor y esperanza. Una mano segura. La otra contenía tan sólo cuatro líneas y estaba casi borrada por los labios del receptor.

Llamaron a la puerta.

El obispo tomó asiento y miró expectante a Tiziano.

—El que está esperando fuera no es de tu agrado —dijo en un siseo.

Tiziano desvió la mirada.

—Ah, pero es al menos tan celoso como tú en su trabajo, y os necesito a los dos. Hay muchos asuntos de los que te ves liberado gracias a él. De todos modos, sois enemigos. Me gusta que sea así. De lo contrario tendría que hacer cambios. ¿Qué te atormenta, Tiziano?

—Sólo una cosa: que por culpa de mi trabajo tengo que aplazar mi boda.

En la estancia luminosa se hizo el silencio.

El obispo caminó en torno al joven con pasos cortos y medidos.

—De modo que se ha aplazado. Y ¿ya se lo has dicho a tus suegros y al distinguido mecenas que la ha costado?

—Aún no, pero pienso hacerlo tan pronto pueda.

—¿Están los preparativos muy avanzados?

—Más avanzados no podían estar.

El obispo se levantó.

—De modo que, en realidad, has venido a decirme que tendré que suspender mis planes de viaje debido a la boda. Que doscientos invitados se han desplazado hasta Emilia en vano, y que la novia puede volver a casa con su vestido y su dote, porque tienes mucho trabajo en Lucca. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Tiziano no respondió.

—¿Qué locura se ha apoderado de ti, capitán?

—¿Locura, padre?

—¿Crees que no tengo ojos en la cara? Termina con eso. Olvídalo.

—Ya lo he intentado, padre.

—No lo bastante, Tiziano, no lo bastante. Lo tienes todo y vas a tener más aún. Mientras la mayoría debe conformarse con una pizca, tú tienes de todo a espaldas. Todos quieren estar cerca de ti. ¿Por qué? Porque eres el preferido del cielo y de la tierra. Sólo has de extender la mano para que caiga la fruta del árbol, tan sólo para satisfacer tu paladar. No hay maestro de obras que no sueñe en construir una casa para ti, ni pintor que no tenga guardado su mejor lienzo para hacerte un retrato. Estaba escrito cuando naciste. El mundo no va a renegar de su favorito; pero dos mujeres son demasiado para uno.

—Ya lo sé.

—Vaya, lo sabes.

—Sólo tengo un corazón, claro que lo sé.

—Pero ¿crees de verdad que eres el primero que se enfrenta a ese problema? ¿Te imaginas que eres el único al que oigo hablar de eso? Capitán, he conocido a docenas de jóvenes que han dudado de pronto a las puertas del matrimonio. Aquellos que reflexionaron y aceptaron un consejo bienintencionado son hoy día padres de varios hijos, abuelos de toda una prole, auténticos pilares de la sociedad, maridos cariñosos que se encuentran en la plaza con gente con quien comparten edad y puntos de vista.

¿De qué hablan, puesto que ríen con tantas ganas? Hablan de las trampas que evitaron de jóvenes. —Bajó el tono de voz—. Pero los que dudaron están aún en el umbral de la puerta y nunca saldrán de ahí, porque la incertidumbre ha arraigado en su alma. No han logrado nada. ¡Nada! Ni familia, ni hijos, ni prestigio. Sólo desarraigo. ¿Qué quieres poner en juego por una aventura ocasional? ¿Tu lugar en la sociedad, tu puesto, la confianza de la Iglesia? —Tomó el pelo de Tiziano y lo acarició con la misma austeridad que el joven conocía desde la niñez—. Ahora estás oyendo la voz del obispo de Lucca, y te ruego que prestes atención, pues es más importante que nunca. He sabido de tus escapadas, de tus viajes, de tus salidas nocturnas, y he visto la melancolía que te invadía después. Pero te digo que tu problema no existe ya. Ha quedado atrás, se acabó, listo, eres un hombre libre. Ya no existe la cadena que llevabas al cuello. Gracias a los consejos y la decisión de mujeres maduras. No tienes más obligaciones en esa cuestión y no has de superar a Midranno: puedes dar el salto aquí y ahora. ¡Mírame! Tu futura esposa aguarda. El futuro aguarda. Salta, Tiziano. Hazlo ahora, que te vea yo. Si no, vas a perder más de lo que crees.

—Ya he elegido, padre. He pasado al otro lado.

—Y ¿qué ves allí?

Tiziano inclinó la cabeza.

—Mi vida, padre, mi vida futura.

Agostino bajó la mirada y el tono de su voz.

—Así me gusta. Verás, he conocido a muchos jóvenes que han desafiado a Midranno, que trataron de superarse a sí mismos, o a lo que fuera, saltando sobre la garganta. Ninguno de ellos ha vuelto. Capitán, existen cosas que son más grandes que nosotros, y eso es lo que nos recuerda la garganta. —Se recostó en la silla y estuvo un rato con los ojos cerrados—. Deja entrar al *signore* Del Sarto —susurró al cabo.

Tiziano abrió la puerta y saludó con la cabeza al hombre que había allí, el cual hizo una reverencia a Agostino y le besó el anillo.

—Esta mañana he comido una aceituna —dijo el obispo, levantándose y caminando por la estancia—. Era normal, marrón. Pero en cuanto le he hincado el diente, he notado que en su sabor, aunque por una parte era igual al de las demás aceitunas, había un deje de algo ajeno, que no tiene que ver con la aceituna. Durante un breve instante he temido por mi vida; el sabor se propagaba desde la boca a la garganta y, aunque he tratado de sacarla tosiendo, ha desaparecido en mi estómago. Mi médico me ha recomendado que beba muchos litros de agua. También me ha propuesto que tomara unos polvos. Aún no he sentido ningún dolor, pero sé que va a llegar. Esperar al dolor es mucho peor que sentirlo. Del Sarto, has estado fuera varios días. ¿Has logrado resultados?

—Unos resultados excelentes. Estoy muy cerca ya.

El obispo adelantó el brazo, solícito.

—Somos todo oídos.

El verdugo miró ceñudo a Tiziano.

—Hay una abadía humilde en las montañas, a unos días de viaje de aquí. Franciscanos. Yo acababa de visitar a una mujer llamada Monna Tesser, conocida por su lengua desbocada.

—No sería aquella Monna Tesser, ¿verdad? —dijo el obispo, dando la espalda a Del Sarto y mirando fijamente a Tiziano, como si quisiera asegurarse de que el capitán prestaba atención.

—La misma, padre. Lo único que puedo decir es que esa lengua ya no hablará jamás.

Agostino se inspeccionó las uñas.

—La vejez puede llegar a ser una carga —murmuró.

—Pero la mujer —continuó Del Sarto— había recibido la visita de un fraile, que resultó un simple sirviente de la cocina de esa abadía junto al río. Un sirviente entrometido, ansioso por saber. Me dirigí rápidamente al convento y llegué en medio de la noche; desperté al abad, porque me daba la impresión de que antes ya había tenido al mismo pez en el anzuelo.

El obispo se sirvió otro vaso de zumo.

—Era él, padre.

—No te estarás refiriendo al humilde pero sumamente pretencioso *signore* Pagamino, ¿verdad? —dijo Agostino sonriendo—. La piltrafa que desapareció por un agujero más pequeño que la mano de un hombre. Ahora estaba contándoselo al capitán. Un infiel bien podría inclinarse a pensar que el Todopoderoso no tiene la exclusiva de hacer milagros.

—Exactamente —refunfuñó.

—¿Se te ha vuelto a escapar?

Del Sarto desvió la mirada.

—¿Otro milagro? —siseó el obispo.

El verdugo movió la cabeza de un lado a otro, pensativo.

—De eso nada, excelencia, el viejo se escurrió por una madriguera de zorro. Pero esté tranquilo, padre: el rastro es reciente y mis hombres están pisándole los talones.

—Hay algo en ese hombre que halaga mi sentido del humor —dijo Agostino, dejando vagar la mirada por la estancia—. ¿Puede ser su modo de tratar con la verdad? ¿O la ausencia total de orgullo? Ante un hombre que se arrastra como ése, Del Sarto, hay que tomar precauciones. Un hombre así guarda siempre un cuchillo en la manga. Yo no temo a la gente que miente, porque conoce la verdad. Pagamino no miente porque no conoce la verdad. Está en venta. Es un pobre diablo al que hace tiempo traicionaron por un altramuz. Belcebú ha encendido un cirio en su nombre.

El obispo miró de soslayo a Tiziano y se permitió una ligera sonrisa, que

desapareció enseguida. Estuvo un rato inmerso en sus pensamientos.

—A veces —murmuró al fin— recibo visitas divinas: es como una luz potente que me atraviesa. La presencia de Dios es tan inexplicable como repentina. Después necesito tiempo para recuperarme, porque la luz de Dios pesa mucho sobre los hombros. Suele ser completamente distinto cuando es el Anticristo quien me visita. No hay luz ni carga alguna; me seduce con su labia y no veo más allá de su aspecto harapiento. Satán te cuenta lo que quieres oír, para él la vida es un carnaval. Le encanta disfrazarse, ora de gato, ora de sapo, de pronto de andrajoso y justo después de bufón. Quemamos a su meretriz en la hoguera allá por mayo, pero el Príncipe de las Tinieblas no se contenta con una, tiene a muchas de ese jaez. Aunque es del humo de la otra hoguera de lo que habla la gente, ¿verdad, Tiziano?

—Así es, padre, la gente habla del humo de la hoguera del chico.

—¿Qué se dice?

—Que quemamos a un niño inocente.

—¿Quién propaga esos rumores?

—Se extienden como la peste —intervino Del Sarto, mirando de reojo a Tiziano y después al obispo.

—Exacto, se propagan como la peste bubónica —dijo Agostino, girando sobre sus talones—. En eso tienes razón. No obstante, sabemos que Satanás nos hizo una mala jugada. Pudimos quemar a su ramera, pero su hijo se libró. Hasta ahora no nos hemos atrevido a decir en voz alta lo que se cuchichea por las callejas. No hay razón para ocultar lo que es tema de conversación entre el panadero y el sastre. —Caminó hacia Tiziano—. Vuelves a estar ausente, capitán.

—Estoy apesadumbrado por mi equivocación, padre. Creía que habíamos apresado al niño correcto.

—No viste el plan de Satanás.

—No, no vi el plan de Satanás.

—Para el noble todo es noble. —Puso el brazo sobre el hombro del joven—. Estamos en guerra; así ha sido desde la mañana de los tiempos. Desde los días del Paraíso. El Hijo de Dios se dejó crucificar por nuestros pecados, pero Satanás dejó quemar a un sustituto. Qué vileza. Qué tragedia, disfrazada de comedia. Casi lo teníamos. Estaba en casa de su madre. Y, sin embargo, no. Porque escapó volando tocado de plumas de cuervo, justo como dicen las Sagradas Escrituras. Y yo pregunto: ¿qué asuntos pendientes tiene el hijo de Satanás con un curandero ambulante de Umbría? ¿Habría firmado un pacto como el que siempre ha unido a cierta gente con las tinieblas? ¿No buscaba el boticario la fórmula más antigua de todas, la pócima que le concedería la vida eterna? Claro que sí. Y ¿no es acaso el evangelio de los herejes anteponer pócimas y medicinas a la palabra del Señor? Claro que sí. —Alzó la voz—. Como si las pócimas y medicinas hubieran traído otra cosa

que muerte y desgracias. Porque ¿dónde está la medicina contra la peste bubónica, dónde la fórmula contra la sífilis? ¿Qué es la peste, sino el castigo de Dios? —Cerró los ojos—. Recuerdo las palabras del viejo como si fuera ayer. Aquella boca desdentada corría desbocada entre disparates y supersticiones. Pero me fijé en que de sus palabras dos partes eran mentira y una hechos. Pagamino está al servicio de Satanás, pero tenemos que estar agradecidos por haberlo encontrado. ¿Por qué? Porque él es el camino que nos conducirá hasta el que debía haberse quemado junto a su madre. Sea persona, pájaro, sapo o chivo, el fuego no lo preocupa, y si seguimos la pista del mercachifle, llegaremos hasta su amo y señor; y sonará el llanto en el infierno cuando la camada de Lucifer se abra, pues ésa es la única obligación que tenemos: luchar contra el Maligno con todos nuestros medios. Debemos buscar día y noche, y no debemos subestimarle jamás, porque la mano que vela por la cabeza de Pagamino es más grande de lo que creemos. Es el hueso de aceituna que tengo dentro. El dolor que se hace esperar. —Miró a Tiziano; después a Del Sarto—. Pero es tranquilizador contar con dos hombres tan fieles como vosotros, porque lo que no encuentra Tiziano de día lo busca Del Sarto por la noche, y el primero de vosotros en hallar al apóstol de Lucifer será recompensado, así en la tierra como en el cielo.

*Acerca de aves de rapiña, campesinos, palomas y espigas,
una mujer de negro y un hombre de uniforme*

Detuvo el caballo en la falda del monte y miró hacia el valle, donde los trigales estaban enmarcados por álamos verde oscuro. Las espigas refulgían cual oro bajo el cielo nítido como el cristal que permitía a la mirada ver el escarabajo cobrizo en la paja y las cimas de los lejanos Alpes. Allá abajo caminaban a cientos, en largas hileras de gente pequeña, encorvada, laboriosa, meciéndose a un ritmo milenario. El sol brilla en la hoz y la despiadada guadaña, pero por lo demás el aire está inmóvil. Los viejos se disponen a almorzar a la sombra del alcornoque. Las largas mesas están dispuestas con vasos, cuencos y jarras; una de las mesas tiene un mantel blanco que reluce con un azul de atardecer bajo la frondosa copa verde.

Es junio, y el mundo está en armonía, totalmente absorto en el trabajo de ganarse el pan.

Tiziano dejó a su gente en el monte, donde habían dormido sobre un manto de azucenas entre ovejas que pastaban. Estuvo contemplando durante horas el cielo nocturno, tratando de encontrar una estrella para ella y otra para él, una pauta que pudiera explicar su misión y el deber que lo impulsaba. Pero nunca había sido experto en astrología, aunque el respeto por el universo había hecho que despertara a uno de los veteranos de la patrulla. Un hombre que gozaba de su confianza. Se trataba de Friggo, que leía en voz alta para el capitán, que no sabía leer. Pero las cartas que llevaba en el bolsillo no hacía falta que se las leyeran, porque se las sabía de memoria.

Preguntó a Friggo a ver cuánto sabían los planetas acerca del futuro.

—Toda su vida —dijo el viejo soldado— está escrita ahí, capitán, pero sólo puede leerla alguien que haya estudiado esas cuestiones; porque, como sabe, las estrellas hablan solamente a aquel que escucha. Pero creía que íbamos camino de Mirandola para asistir a la boda del capitán.

—¿He dicho yo que haya cambiado algo?

—Pero entonces, ¿qué hacemos en las montañas?

—Esta excursión tiene un objetivo —murmuró Tiziano—: es una cita con mi destino que no puede demorarse. Pero si todo está escrito ahí arriba, ¿qué puede hacer uno?

—Aceptar su sino.

—Y ¿cuál es mi sino?

—Ver y comprender. Un viejo proverbio dice que no hay que empujar al río, que fluye por sí solo.

Tiziano se tumbó de espaldas con las manos bajo la nuca.

—¿Qué ves de mí cuando miras la vorágine de estrellas?

—Veo más mirándolo a usted, capitán; creo que su lugar está en las montañas.

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso no es eso lo que lo desasosiega?

Tiziano se levantó de golpe.

—No hay nada que me desasosiegue, eso sería decir vaguedades y ser supersticioso. La astrología... ¿Quién confía en ese tipo de cosas, aparte de los insensatos? Soy un hombre libre, no un siervo de los astros.

Cabalga a lo largo del río, pero al cabo de un rato salta del caballo y deja que el animal paste un poco. Sólo se oye el lejano balido de las ovejas. Pasa una bandada de palomas. Le irán muy bien al azor, que espera en un álamo.

Se sienta en una roca, dudando de todo, sobre todo de su plan. Hace tiempo que el sol ha alcanzado su cenit.

Tiziano se incorpora. Ha aparecido una mujer mayor. Al verla se le aceleran los latidos del corazón. Ahora ya sabe por qué está allí.

—*Signore capitano* —dice ella, saludándolo con la cabeza de ese modo reservado y cortés—, ¿qué lo trae por aquí?

—Estamos patrullando, *signora*.

La mujer se le acerca.

—¿Tiene agua?

—Sí, tengo agua abundante. Voy camino de Bolonia.

—Y ¿qué va a hacer tan lejos?

Tiziano baja la mirada. Nunca se había llevado bien con ella. El silencio entre los dos siempre era demasiado grande.

—Voy a visitar a mi prometida —murmura.

—Pero ¿no ha tenido que dar un gran rodeo?

—Sí, es decir, no. ¿Qué tal está Giulietta?

La mujer sacude con la mano algo de polvo de su ropa negra y se endereza el pañuelo.

—Hoy está bien.

—¿Y ayer?

—Ayer también estaba bien.

—¿Y mañana?

—Mañana estará mejor aún.

Tiziano vacila, pero finalmente se acerca a la señora.

—Y ¿qué tal crece el niño? —susurra.

Ella se queda un rato ensimismada; después da media vuelta y desciende hacia la orilla del río.

—No tiene que preocuparse; por estos parajes estamos acostumbrados a atender a esas cosas. Ni siquiera ha de mezclarse el obispo.

Tiziano corre tras ella.

—Espere, *signora*, espere. Yo no hablo del obispo, sino de mí y de Giulietta.

—Capitán —dice ella, mirándolo fijamente—, por favor váyase de aquí y no vuelva jamás. Allá donde vaya irradiará luz, y aquí no hace sino empeorar las cosas. Le ruego encarecidamente que lo comprenda.

—Sí —susurra—, lo comprendo; pero ¿y el niño? ¿Cómo le va? Bueno, tampoco sé si ha sido niño o niña.

—Y eso ¿qué importa? Pero si le importa, puedo decirle que fue un niño sano con dos brazos y dos piernas, ojos azules y piel clara. Muy parecido a su padre.

Tiziano asiente en silencio y nota un calor que se le expande por el cuerpo. Su pecho brama, y la impresión que lo había atravesado al mirar los trigales vuelve con renovada fuerza.

—¿Le han puesto nombre?

—No, no le pusieron ninguno. Lo entregaron al río, como es costumbre en esas situaciones.

Tiziano da un paso atrás para mantener el equilibrio.

—*Signora* —susurra—, ¿me está diciendo que mi hijo, el hijo de Giulietta y mío...?

La mujer lo mira con atención, como si estuviera buscando algo.

Entonces Tiziano sabe lo que el silencio quiere de él, por qué era tan necesario dar aquel rodeo. La imagen de los campos centelleantes, el rítmico balanceo, el abrazo del escarabajo con la paja, la trompa de la mariposa, el olor a brea; todo ello, una condición, un destino y un sino que no pueden rechazarse. Las aves de rapiña, los campesinos, las palomas y las espigas, el río, que discurre de la montaña al mar, la mujer de negro y el hombre de uniforme. El día declina. Los pájaros cantores vuelan ante el crepúsculo y el eco que transmite la penumbra. La mujer tiene que volver al trabajo, y el soldado tiene que ir a Bolonia, donde lo esperan. Así se ha establecido, y así ha de ser.

La mujer toma la mano de Tiziano y golpea con fuerza y firmeza su dorso.

—Vaya a Bolonia —dice—, y cumpla lo que dicte su destino; aquí ya no le queda nada por hacer.

Cabalgan bajo las estrellas. Tiziano y su séquito. Hacia el norte, camino de Bolonia. Y ahora el capitán puede leer el idioma del cielo, que se refleja en las espigas plateadas meciéndose con la brisa nocturna.

Está escrito en todas partes: «Aquí ya no te queda nada por hacer.»

*Acerca de la prostituta de Marruecos, el harén del emir,
la joya de El Cairo, el hombre del tonel
y un mono infeliz*

Se llamaba Cádiz, sin más. Vivía en uno de los patios traseros de Bolonia. Una empinada escalera exterior conducía a los cuatro cuartitos que componían su negocio. Cuando Tiziano la vio por primera vez, pensó que tenía que ser suya; y así fue, aunque sólo un momento, porque debía compartir la propiedad con todos los demás que hacía tiempo que se habían dado cuenta de que el derecho sólo duraba una hora.

En las cornisas había un arrullo permanente de palomas en celo que volaban de un lado a otro, cuando no las perseguían los gatos del patio, cuyos fétidos orines ofrecían un fuerte contraste con la fragancia del mundo de Cádiz. Porque la fragancia era lo primero que advertía el cohibido cliente cuando retiraba la cortina. Puede que Cádiz hubiera llevado consigo los jabones y especias de la frontera entre África y Europa, porque en su casa se mezclaba todo el mundo en un aroma complejo de cuero viejo, higos dulces y rosas de Damasco secas. Un mundo de cuatro cubículos con curiosidades orientales y ornamentos árabes, jaulas con aves canoras, pajareras de loros y un mono tití que, cansado de la vida, se había comido un pie a mordiscos.

A Tiziano le encantaba Bolonia por lo diferente que era de Lucca. Allí había erudición, conocimientos y sabiduría. Se veía en las calles, en los callejones y en las plazas públicas. A la ciudad llegaba gente de toda Europa. Para estudiar, discutir, conocer a otras gentes, quedarse confusos y aturdidos, lúcidos y exaltados. La gran ciudad ofrecía transformaciones; allí se pasaba de la oscuridad a la luz y, aunque las controversias y disputas acerca de la Iglesia y el Estado tenían siempre ocupada a la metrópoli, había espacio vital y muchos escalones hasta los cuatro cuartitos donde Cádiz atendía a sus clientes.

Apareció una mujer mayor, obviamente encargada de la limpieza de la casa. Tal vez fueran las penalidades las que habían originado aquella gran joroba ladeada.

—El soldado debe esperar —dijo, tendiendo la mano, con la esperanza de que el hambre de amor del cliente lo hubiera vuelto generoso.

Tiziano no le hizo caso y volvió a llamar.

Apenas había pasado un instante cuando apareció Cádiz, hermosa como una doncella y vieja como el tiempo. Llevaba puesta una túnica roja con puntadas de oro

e iba descalza, como siempre. En el tobillo izquierdo lucía una cadena que tenía su propia historia. Una vez Tiziano trató de obtener de ella tanto la cadena como la historia, y viendo su oposición comprendió lo valiosas que eran ambas para ella.

—Te compraré la cadena del tobillo. Dime cuánto quieres.

—Te costará la vida, soldado.

—¿Cómo lo sabes, prostituta?

—A mí me ha costado la mía, porque es una carrera de relevos, pero aún no te toca a ti. En cualquier caso, su historia te la contaré gratis.

Estaban tumbados en la azotea de la casa. Tiziano sonrió con expectación y volvió el rostro hacia la silueta de la ciudad.

Cádiz, por el contrario, no miraba a nada cuando empezó su relato.

—Siendo yo muy joven, me llevaron a una casa que pertenecía al emir de El Cairo. Éramos doce mujeres en su harén, y no salimos de él durante seis años. Fue una época extraña, de calma y contemplación, de negra desesperación, multitud de intrigas, y tanto lujo que una se hartaba de aquello. Yo era la concubina más joven y la preferida del emir, y por eso me odiaban las demás. Dos de ellas, que eran de Siria, planearon mi muerte. Lo descubrí a tiempo y les di de su propio veneno, pero antes de que reventaran les ofrecí el antídoto si me prometían fidelidad eterna. Claro que ¿quién no prometería en falso con la muerte en los talones? Aun así, ellas cumplieron su promesa. La semana siguiente tuvimos visita del sultán El-Nasir, a quien agradé, por lo que me pidió que bailase para él. Era un hombre indecente, y cuando me ordenó acostarme con él, me negué. Aquella noche recibí una paliza hasta el amanecer; aún conservo algunas de las cicatrices. Pero al despertar por la mañana, encontraron al emir en su aposento, muerto a golpes con los zuecos de baño, como es costumbre en Siria. Después lo desvalijamos. El emir era un hombre vanidoso que solía llevar encima muchas joyas valiosas. A mí sólo me interesaba la cadena de su tobillo izquierdo. Muchas veces nos había entretenido con su historia. Perteneció al conocido Saladino, que combatió a los cruzados que estaban bajo las órdenes del rey inglés, el cual, al perder Jerusalén, regaló a Saladino esa joya, que pasó en herencia a sus hijos y terminó en el emir de El Cairo, vapuleado hasta la muerte por once de sus esposas. Esa cadena, capitán Tiziano, fue lo único que obtuve de mi época de Egipto. No tengo ni idea de qué cogieron las demás chicas. Se fueron de El Cairo en una faluca. Yo estaba en la orilla y vi desaparecer por el Nilo la vela blanca de la embarcación. No era dueña de nada, aparte de una joya que había sido forjada para el rey de Inglaterra y regalada al sultán de Egipto, para terminar en Bolonia, en el tobillo de una prostituta.

Dio vueltas en torno a él.

—Conmigo hay turnos. Creía que ya lo sabías.

—No tengo mucho tiempo.

La mujer midió a Tiziano.

—No te he visto en dos años y ahora he de oír eso.

Tiziano se desplomó en una silla y la observó más de cerca.

—Hay putas más jóvenes que tú.

—Casi no las hay más viejas —replicó ella con un brillo en la mirada—; aunque he oído que entre los monjes anda una que va de convento en convento, que también sirvió a Francisco antes de que se convirtiera en santo.

—Cuidado con lo que dices, Cádiz.

—Claro que sólo es un rumor.

En aquel momento se oyó que alguien llamaba impaciente del cuarto trasero.

Cádiz dirigió a Tiziano una sonrisa radiante.

—¿Un vaso de ese zumo que trae la suerte a todos los hombres?

—Dile que se vaya. Ahora.

—Vuelve por la tarde y recibirás más de lo que mereces.

—Por la tarde estaré en otro sitio. Puede que no esté vivo esta tarde, puede que me haya quitado la vida, porque así están las cosas conmigo. Haz que se vaya.

—Te has vuelto tan poderoso que te has acostumbrado a que te obedezcan siempre. —Cádiz se sentó en su regazo—. ¿A qué señor obedeces tú, bello Tiziano? O ¿es que te has hecho tan mayor que oyes más de una voz?

—¿Quién habla de filosofía con una puta?

—A mi casa los clientes suelen venir del brazo del Diablo y me dejan en nombre de Dios; pero para eso están las putas.

Volvieron a oírse gritos procedentes de la parte trasera, esa vez más impacientes.

—No me gusta que se maldiga en mi presencia —dijo Tiziano, alejando a Cádiz con un aspaviento sin hacer caso de sus protestas.

Inmediatamente después se encontró en un cuarto sombrío, donde la luz procedía de un agujero de la pared con una cortina amarillenta. Había en medio de la habitación un tonel, y dentro del barril un hombre cubierto de agua hasta el cuello.

Tiziano miró fijamente al desconocido, cuyos brazos paliduchos descansaban en el borde del tonel. El hombre miró a Cádiz con los ojos entornados. Señaló a Tiziano.

—Dile a ese palurdo que se marche.

—¿Hablas de mí?

Cádiz tomó a Tiziano del brazo.

—Mi señor, no vale la pena. Reflexiona.

—Suéltame, mujer.

—Escúchame: he llevado sacos de arena y acarreado sal, pero no hay cosa tan pesada como la ira —dijo, acercando sus labios al oído del capitán—. Vete de aquí, Tiziano, vete.

Pero él sólo veía una neblina roja. La había tenido detrás de los ojos durante el viaje a Bolonia, y ahora le salía por las pupilas, como el humo de una hoguera. Con ella brotó el dolor, y con el dolor, la necesidad de liberarse, porque aquel dolor le era completamente nuevo, y sabía que la cura estaba en su cinturón. Todos los sonidos desaparecieron cuando agarró al gordinflón y lo empujó dentro del tonel. El cuerpo dio vueltas en el agua sucia, pies y torso cambiaban de lugar, de la profundidad subían burbujas, los brazos golpeaban la madera del tonel, pero Tiziano aguantó. El color rojo se convirtió en azul, y el azul en negro, antes de la explosión de luz. Cayó hacia atrás, un pájaro soltó un graznido, y Tiziano sintió que estaba mojado, abrió los ojos y vio que el agua del tonel cubría todo el suelo. Ante él había tumbado un hombre de constitución parecida a una ballena; sus ojos, similares a los de un pez, miraban fijamente al techo, aunque no veían nada.

Cádiz está sentada en una silla, atareada contando sus alhajas. Previamente ha ido de cuarto en cuarto, como para pasar revista. No hace caso de Tiziano. Pero al fin, cuando su trabajo parece acabado, se vuelve hacia él y le dice que la ha convertido en una proscrita, pues el hombre que yace en el suelo de su cuarto es el más poderoso de la ciudad.

—¿Más que el capitán de Lucca?

Cádiz lo mira por las rendijas de sus ojos, iluminados por el fuego.

—Vista desde Bolonia, Lucca es una aldea, y un capitán es un hombre a quien se dan órdenes, y en cuanto a tu amo y señor, el obispo, es más aborrecido que apreciado. Si querías escribir tu nombre en los libros de historia, sólo tenías que hacer una cosa, a saber: ahogar a Lorenzo el Magnífico. Es algo de lo que se hablará, y la mitad de Bolonia reirá, pero la otra mitad llorará, porque el Magnífico era de los papistas, y cuando pase el duelo, empezarán a buscar al autor. En esas cuestiones los papistas son pacientes y minuciosos; o sea que si aprecias en algo tu vida, ensilla tu caballo inmediatamente.

Tiziano corre la cortina y contempla los tejados de Bolonia. La niebla rojiza ha desaparecido. El dolor se ha ido. Una calma apática lo envuelve.

—Ya se arreglará —afirma. Repite las palabras y oye a Cádiz decir que el tiempo apremia—. Te has negado a darme la buenaventura, zorra. Te has negado a decirme la verdad acerca de mi futuro.

—Acaba de comenzar.

—Llevas un demonio dentro, puta.

—Vas a conocer a otro que es diez veces mayor.

Tiziano agarra a Cádiz, que de pronto empuña un cuchillo.

—Una vez —susurra la mujer— creí haber encontrado por fin la vida que deseaba, una línea larga y continua de días iguales y noches aterciopeladas de sueño tranquilo; que al fin había logrado que la escalera a mis aposentos fuera tan empinada que ningún enemigo quisiese subir a molestarme. Que sin amar y sin odiar podría vivir una existencia que pudiera dar sosiego a mi vejez. En un solo día has cambiado todo eso. Por lo tanto, ¿qué corazón va a ser? ¿El tuyo, capitán, o el mío?

—Toma el mío, que ya está roto.

El cuchillo se hunde en la carne del capitán. Él se queda mirando la sangre que brota a través del tejido, que se tiñe de rojo y negro. Pero tiene a Cádiz agarrada de la muñeca.

—Te falta entrenamiento, amiguita. —Con gesto rápido le quita el cuchillo y examina la herida.

—Lárgate, Tiziano. —Parece cansada. No hay en ella ningún arrepentimiento, menos aún contricción; está simplemente harta de él.

—¿Es una orden?

—Te ruego que te marches.

—No quiero que me mires así. No tolero tu asco. Soy Tiziano.

—Ya lo sé. Tiziano el solicitado, el admirado; pero no eres bienvenido aquí. Haz el favor de irte.

—Por lo menos podrías vendarme, zorra. ¿No ves que estoy sangrando?

—No tengo vendas para curar lo que tienes. Habrás de desangrarte o rogar para que se detenga por sí mismo.

Le da la espalda y se sirve un vaso de agua.

Tiziano observa el pelo largo y rizado de la mujer, que en algunos puntos está encaneciendo. El arco de la frente, las líneas de la nariz, los dedos negros con grandes anillos de plata.

El agua que resbala por su comisura cuando él la agarra del cuello.

El vaso cae al suelo.

El globo ocular, las pupilas abiertas, el olor de su muerte.

Rosas de Damasco.

La arrastra hasta ponerla encima del hombre gordo. Yacen iluminados por una luz suave. Es una masa deforme, azul blanquecina, arrastrada hasta la costa con unas pocas algas en la espalda. Los labios de la mujer están grises. Ahora no es más que una serie de miembros.

Tiziano le desgarrar la ropa y hace tiras con ella. Las distribuye por la habitación, las cuelga del techo.

—El vencedor —murmura— decide el premio.

Se inclina sobre el delgado tobillo y encuentra la cerradura de la joya que en otro

tiempo fue trofeo de los infieles, tras hacer que retrocediese el ejército cristiano. Se adapta bien a su muñeca. Esa historia entretendrá al obispo de Lucca, pues le encantan las anécdotas, siempre que pongan de relieve la indecencia entre las personas.

Después sale a la escalera y pasa junto al mono negro que se ha comido su propio pie. Lleva una cinta roja en el cuello y descubre los dientes con risueño desprecio.

*En él se da cuenta del gran banquete.
Al final se planea un asesinato*

Tiziano despertó con una sensación desagradable. La luz que penetraba por los postigos cerrados dibujaba unos barrotes de color amarillo ardiente en paredes y suelo. No le gustó el espectáculo y se dio la vuelta en la cama, tocó el paño delicado de las sábanas, humedecido por una pesadilla de la que no lograba despegarse, a pesar de estar totalmente despierto.

Miró al techo pintado de azul, que representaba a todo el mundo plasmado en tonos pastel claro. Había allí espléndidas fragatas y barcos mercantes llenos a rebosar de carga, ángeles rechonchos con arpas y laúdes, campos fértiles con ovejas pastando. Todo ello encuadrado en los primeros rayos rosáceos de la mañana. Cerró los ojos y sintió el veneno del sueño, que había penetrado directamente en su sangre: el rostro infantil, lechoso, el cuerpo desnudo que aprieta con todas sus fuerzas contra el fondo del barril. Aún ve los ojos suplicantes bajo el agua, pero de repente desaparecen, vuelven a emerger, el cuerpo gira como una carpa, y ahora ve que el recién nacido es cojo: uno de los pies está comido a mordiscos.

Se sacude el sueño de encima con un juramento, se mira el cuerpo para comprobar si el banquete de la víspera ha dejado rastro. La idea acrecienta su náusea.

—Están llevando la comida al comedor —susurra.

Cantidades interminables en fuentes de loza. Enormes jaleas de frutas con artísticos adornos de cera, terrinas con forma de cabeza de ternera, cochinillos asados, dorados y azucarados, perfumados platos de gallina, codornices, garzas y faisanes. Hay veinte pajes en traje de caza yendo y viniendo a la mesa, algunos sirven el vino, otros filetean patos y capones. Los invitados actúan sin moderación, los brazos se extienden hacia las fuentes, las mandíbulas funcionan, la gente lanza pedos de alegría y eructos a cual más sonoro, vierte la comida, habla, gesticula y grita; se comportan como si estuvieran en un barco a punto de hundirse, no se dan descanso, comen con ambas manos. Esturiones, carpas y cabras, el jugo sanguinolento se escurre por las comisuras; los ojos están desorbitados; los rostros, brillantes, mastican la carne y chupan los huesos. Lenguas como reptiles buscan la grasa temblorosa de la médula. Hay música, un trío con laúd y percusión, ritmos acompasados, tonos líricos para acompañar el festín. Hay gente fina, gente con estudios, nobles, clérigos, comerciantes y jueces, cuerpos redondos como balas de cañón sobre piernas de pluma de ganso, mujeres vestidas de seda y monjes con hábitos de algodón, oficiales de

uniforme y nobles con calzas, cinturones con adornos y mangas anchas. Ingleses, flamencos, alemanes y peregrinos. La última moda hace furor en Emilia, donde las cosas han llegado hasta el punto de que los jóvenes llevan unas casacas que no tapan ni los genitales ni el trasero en cuanto uno se inclina un poco. Es el banquete de los culos desnudos, y pronto corre la grasa por la barba de los señores. Una mujer se tumba en la alargada mesa, entre terrinas y gelatina. La cubren de vino y la soban manos sudorosas, pero la bebida no impide que se desarrolle la inventiva, y en un santiamén la mujer está glaseada del cuello para abajo, y mientras los monjes bailan, otros lamen miel y azúcar de los pechos trémulos, pero al poco ya no hay nada más que ver, porque el trato excesivo con la carne humana quita el apetito, y bajo el agua rueda la vida a punto de ahogarse, porque así se arreglan esas cuestiones, y en la playa descansa la ballena con algas en el dorso. El vientre del pez está abierto, el interior es de color marrón rojizo, lila y azul de luna nueva. Del esqueleto emana un fuerte olor a sal, heces y rosa de Damasco. Se trata de salir, y Tiziano corre contra la luz, atraviesa callejones sin salida, pasa bajo doseles ajados, reparados de cualquier manera, por encima de montones de carne muerta, cruza los nichos subterráneos color de alga, que chorrean humedad procedente de la risa de los condenados, se aprieta contra las callejas traicioneras, cuyos encalados de color rojo sangre esconden la puerta secreta, guardada por putas, llena de cagadas de los pájaros cantores que viven en una jaula con forma de pesadilla, una maraña de algas y hebras entrelazadas en cuyo fondo impera sólo la oscuridad, una oscuridad tan densa que hasta un mono contrahecho emitiría luz.

Llegó al principado algo después del mediodía. Los caballos echaban espuma y estaban muertos de agotamiento.

—¿Por qué tanta prisa? —le preguntó Friggo cuando salieron pitando de Bolonia.

—A preguntas necias, oídos sordos. Usa el látigo, soldado. Voy a casarme.

—Un hombre no puede escapar a su sombra, mi capitán.

—Lo que ves es la sombra, Friggo. El hombre ha desaparecido.

Había bebido mucho. De eso estaba seguro. Se había atiborrado de vino desde el momento que llegó. Aún sobrio, saludó a la familia principesca; el príncipe no estaba presente, pero cuando al fin apareció su prometida, la embriaguez velaba la mirada del capitán, se le trababa la lengua, y un último rastro de sensatez le ordenó permanecer sentado. Del resto del tiempo sólo conservaba la náusea. Náusea, arrepentimiento y falta de gratificación. La náusea ya la conocía, y el arrepentimiento podía aceptarlo, pero la falta de gratificación le resultaba nueva y lo irritaba, pues había llegado con intención de quedarse.

Alguien lo había arrastrado hasta la cama. En su memoria desgarrada guardaba imágenes, enteras o fragmentarias, de bocas riendo, chicas bailando, el mundo al revés, una escalera, un gatito, olor a corcho quemado. ¿Qué carnaval era aquél? Bocas riendo, pechos exuberantes, un desfile de órganos genitales, la mano donde no debía, la larga mirada azul de una que debía de conocer. Las rayas hechas con corcho quemado se habían ido corriendo con los revolcones nocturnos, pero la oscuridad que orlaba sus ojos procedía de su interior.

—Falta de gratificación —dijo, paladeando las palabras; el sabor le gustó, porque era nuevo, interesante y descubría nuevos lugares en boca, paladar y faringe. Si no fuera por el dolor de cabeza y la náusea, se habría echado a reír, porque iba a ser una auténtica juerga encontrarse con la falta de gratificación. Una juerga y un deber, una decisión y una pasión.

Se incorporó en la cama. ¿Sería que por fin le había llegado la vida adulta? ¿La borrachera le había otorgado un nuevo conocimiento? Estaba seguro de que si tuviera un espejo, vería en él un rostro totalmente distinto, un hombre totalmente distinto, una mirada totalmente distinta.

Ella no le había quitado ojo de encima. Al menos era lo que parecía. Cada vez que Tiziano desviaba la vista en dirección a ella, notaba encima sus fríos ojos azules. No participó en las monstruosidades y estuvo sentada como una estatua de sal, inmóvil, enigmática, demasiado joven para aquella orgía. Demasiado buena para aquella mesa.

—Isabella Lambertuccio —susurró, y notó dolor en la nuca.

Hasta entonces no se había dado cuenta de que no se encontraba solo. La chica estaba tumbada en el suelo, envuelta en una manta. Era de tez morena y rasgos toscos. Estaba mirándolo. Cuando Tiziano abrió la boca para decir algo, ella se encogió y se disculpó.

—¿Qué haces tú aquí?

—Me he dormido, *signore*. Lo siento. —Trató de ponerse de pie, pero tropezó con la manta y cayó. Su ropa estaba en una silla. Ropa de sirvienta.

Tiziano le pidió agua. Ella le acercó una jarra, de la que él bebió directamente.

Se incorporó y siguió con la mirada los esfuerzos de la chica por vestirse.

—Disculpe el señor —dijo ella. Abrió y salió.

Al rato llamaron a la puerta. El viejo Friggo asomó la cabeza. Se le veía buena cara. Parecía despejado y en forma. Tenía buen color y la barba blanca recién recortada.

—¿Se ha levantado el capitán?

Tiziano le hizo un gesto para que se acercara.

—Me molesta la luz, Friggo.

—¿Todo va bien, *signore*?

—¿Es lo que parece?

—La chica se me ha antojado atractiva.

Tiziano se dejó caer de nuevo en la cama.

—No recuerdo nada. Tengo la mente bloqueada. No estoy acostumbrado a beber.

—Cuando un borracho se cae, el Diablo coloca una almohada bajo su cabeza.

¿No es eso lo que se dice, capitán?

—No sé qué se dice sobre el Diablo. Cuéntame más bien qué se dice sobre mí.

Friggo se acarició el bigote.

—No hay muchos que hayan recobrado el uso del habla, capitán. Los señores están recuperándose, como el novio. Pero yo, que he estado pegado al capitán toda la noche, puedo informarle de que ha sido el orgullo de los invitados.

—No digas lo que quiero oír, soldado.

—Sólo repito lo que comentaban los comensales, capitán, y no ha habido más que alabanzas hacia su persona.

—Me vendría bien un baño.

—Todo está preparado.

Tiziano se sentó; le dolía la cabeza, que parecía demasiado grande para su cuerpo.

—¿Has visto a mi prometida, Friggo?

—Sólo un breve instante, capitán, pero lo suficiente para jactarse de envidia.

—No me digas. De modo que mi prometida es guapa; ya lo creo que lo es, aunque hace casi dos años que no la veo. Escribe cartas mejor que nadie, pero eso ya lo sabes. ¿Estaba en la cabecera de la mesa o frente a mí?

—En la cabecera, capitán. Sumamente recatada, muy joven.

—Pues entonces he cortejado a otra.

Friggo se aclaró la garganta.

—El obispo llega esta noche, capitán.

Tiziano se sobresaltó.

—¿Esta noche, ya? No quiero que me vea en este estado. Ayúdame, Friggo, ayúdame a vestirme. La cabeza me da vueltas.

El soldado lo ayudó a ponerse en pie.

En el cuarto contiguo al dormitorio había un baño preparado con agua caliente y aceites balsámicos, cinco clases de jabón y esponjas para la cara, el cuerpo y el bajo vientre.

Después del baño se sintió mejor, aunque no del todo a gusto.

—Me siento como si estuviera dentro de una campana de iglesia. Cálzame las botas.

Friggo tiró de las botas.

—Anoche, antes de que el capitán fuera a descansar, me pidió que le cuidara una joya.

—Entonces, ¿has sido tú quien me ha acostado?

—Yo y la mulata. El capitán estaba muy contento con ella, y creí que lo mejor sería que se quedara. Pero en cuanto a la joya, la tengo entre mis cosas. Pienso si será tal vez un regalo para la joven novia...

Tiziano se dirigió a la ventana y abrió los pesados postigos. Una fresca fragancia llegaba desde el jardín. Una fragancia a flores. Hasta donde alcanzaba la vista, el principado era una llanura, una llanura fértil. Verdor bajo el cielo azul.

—En la neblina —murmuró—, en la neblina se esconden los montes azules. ¿Estuve allí ayer o el año pasado? El tiempo pasado se pierde. Pero sé que estuve allí ayer, porque estoy allí siempre. —Se volvió bruscamente hacia el soldado—. Estoy allí siempre.

—¿Dónde, capitán?

—Olvidalo. ¿Hablabas de una joya?

—Una pulsera fina. El capitán la recuerda, ¿verdad?

—Claro que sí. Ve por ella. Pero dime antes si hay algo más que debería saber sobre anoche.

—¿Algo más, capitán?

—Sí, algo más; ya sabes que bebí demasiado, y lo único que recuerdo es que bebí demasiado.

—Entonces tal vez el capitán haya olvidado que la joven señorita fue asaltada.

Tiziano bajó la mirada. Reconoció entonces a su viejo soldado, cuya pasión secreta eran las malas noticias. Friggo podía guardarlas como guarda un niño la corteza del pan. Los portadores de malas noticias corren, sin embargo, un riesgo, pero para Friggo es algo aceptable, siempre que lo dejen estremecerse en compañía de los afligidos, los abandonados y los súbitamente empobrecidos. Porque la vida que nunca tuvo la logra mediante otros, y hace tiempo que se dio cuenta de que la felicidad ajena lo deja frío e indiferente, mientras que la desgracia consigue que la sangre le hierva y el corazón le palpite con fuerza.

—¿Isabella, mi prometida? ¿Dices que la han asaltado?

—Cuando venía hacia aquí, capitán, en el bosque.

Tiziano se derrumbó sobre una silla.

—Cuéntame, Friggo.

—Lo único que sé es que está ilesa, y que salvó la vida gracias a un fraile que casualmente pasaba por allí. Por desgracia...

—Continúa.

Friggo bajó la voz y desvió la mirada.

—Los ladrones le robaron la dote.

—Vaya.

—Pero por lo que sé va a ser restituida. El padre de la señorita está en camino.

Tiziano se puso en pie de un salto.

—Sus ladrones serán encontrados y castigados. Ya me ocuparé yo de eso. Que lo sepan todos. Voy a encontrarlos y a matarlos uno a uno.

—Así se habla, capitán.

Tiziano asintió en silencio.

—Ve por mi joya, Friggo. Verás, tiene mucho valor.

El soldado hizo una reverencia y lo dejó; regresó inmediatamente con una cadena grisácea.

—Plata y oro blanco —murmuró Tiziano—, incrustaciones de marfil. En esta pieza se ve a Arabia, a pesar de no estar forjada allí.

—Muy bonita, capitán. ¿Es tal vez del orfebre de Lucca?

Tiziano la apartó.

—Sí, así es. Es decir, no; la compré en Bolonia. Por eso debíamos pasar por allí. Tenía cita con un orfebre.

—Le sentará bien a la señorita.

—Pero la cadena no es para ella. ¿He dicho acaso que fuera para ella? ¿He mencionado algo así?

—No, capitán.

—¿Se la he enseñado a alguien?

—Que yo sepa, no, capitán.

—¿Te la di anoche?

—El capitán me pidió que la cuidara como a mi vida, porque, como me contó, en otra época perteneció a un rey.

—¿Te dije eso, Friggo? ¿Son ésas las palabras exactas que empleé?

—Por lo que recuerdo, y perdone que lo diga, el capitán estaba de muy buen humor.

—Lo sé; pero es muy importante que recuerdes lo que dije, palabra por palabra. ¿Dije algo más?

—Dijo también que había pertenecido a un emir.

—Vaya, ¿a un emir?

—Y a una ramera.

—¿Alguien más, aparte de ti, oyó esa conversación?

—Que yo recuerde, no.

—O sea que eres el único que conoce esa historia, ¿verdad?

—Sí, capitán.

Tiziano se sentó en el alféizar.

—Hay que ver los disparates que hace decir el vino —murmuró.

—Y el que no bebe —añadió Friggo riendo— ignora lo bien que sabe el agua después.

Tiziano no le prestó atención; estaba contemplando el paisaje, en que los campesinos habían empezado a trabajar. Una palabra había emergido en su dolorida cabeza, nacida de una llamita terca: el Magnífico. Era cuestión de esperar, iban a aparecer más llamas para alumbrar lo que de ninguna manera debería estar ahí. El nombre de una ballena. Primero cometes un asesinato, después bebes hasta emborracharte y, finalmente, dejas que la lengua se desborde, como el agua en un tonel al sumergir en ella un cuerpo. El de un rey, un emir o una prostituta.

Giró la delgada cadena entre los dedos. Sólo podía hacer una cosa: separarse de ella. Pero ¿podía? El caso es que ya la habían visto. Friggo la había visto. Es más, conocía su pasado. Una joya que viajó de Egipto a Italia en el tobillo de una prostituta que terminó sus días en forma de alga sobre una ballena. ¿Qué historias podía contar aquel abalorio? Ninguna. Puesto que el tobillo que lo había llevado estaba frío ya.

Se volvió hacia Friggo, que le sonrió.

—El capitán ya es el mismo de siempre.

—Y ¿qué aspecto tengo cuando soy el mismo de siempre?

—Animoso, enérgico y lleno de vida.

Tiziano se sirvió un vaso de agua. «Friggo —pensó—, sabes tanto que eso va a crearte problemas; eres un carroñero, y en tu abnegación se adivina el engaño.» En Bolonia yace una ballena. La ballena tiene nombre. Se le ven en la espalda unas pocas algas, fáciles de identificar. Friggo es el único que sabe quién estuvo en casa de aquella puta. Por eso sonríe. Aún desconoce que la puta está muerta, igual que su distinguido cliente, pero todo saldrá a la luz, y el rastro termina en Mirandola.

Donde están atareados con los preparativos de la boda.

Llega el obispo, la familia principesca está preparada. El banquete ya ha comenzado, y el futuro novio tiene una resaca espantosa. Pero desaparecerá, y las cosas volverán a su cauce. Aunque la distancia entre Bolonia y Mirandola es corta, menos de una jornada de viaje para un mensajero. Y en Bolonia yace un hombre con forma de ballena. «Asesinato», dice el ruido de los cascos del mensajero. «Asesinato», se oye en Mirandola.

—¿Qué es Friggo? —susurra Tiziano, y se oye responderse a sí mismo—: Friggo es el eslabón entre el patio de Bolonia y el capitán en Mirandola.

*En que el ratero es testigo de un crimen
y aterriza bajo la cama del obispo.
Al final se le atraganta algo*

La penumbra ha descendido sobre el castillo del príncipe. Después de otra comilona más, hasta los más resistentes se han retirado a descansar. Dos gallinas perdidas van hacia el gallinero. Sólo el zorro sabe si llegarán hasta allí. Un perro ladra, pero es en honor a la luna. Llega un olor acre a sangre fresca del patio de la cocina, donde se han sacrificado veinte bueyes, cuarenta y nueve cabritos, quinientas aves, mil gansos, veinticinco pavos reales, cuarenta y seis terneras, otros tantos cerdos cebados y quince pavos.

El castillo se compone del edificio principal y dos palacetes menores, así como una casa para el servicio, establos, almacenes, una herrería, una iglesia y graneros. De una choza ruinosa y cubierta de esteras de junco desgarradas, sale a hurtadillas una figura vestida con hábito, que se desliza junto a la nave donde viven los sirvientes. A continuación atraviesa el patio y tuerce por el ala oriental hasta llegar a una pesada puerta que lleva a la bodega de vino. Sube la escalera y, conocedora del lugar, dobla una esquina, donde vacila, para después caminar de puntillas por el pasillo cubierto de tapices, reservado para la alta sociedad. Las puertas están pintadas de blanco con bellos adornos, y de las paredes cuelgan retratos de la familia principesca. Es difícil no pararse a contemplar esas obras de arte, pero el hombre del hábito está más interesado en las fuentes llenas de fruta, colocadas a lo largo de los paneles.

—Me quedo emocionado ante la visión de tanta abundancia, no puedo negarme un grano de uva de la bandeja rebosante. En el banquete no ha caído gran cosa de la mesa de los ricos. Cogeré todo el racimo.

—No creo que sea lo último que cojas en este viaje.

—Santo cielo, ¿qué me han ofrecido, aparte de humillaciones? Alojamiento mediocre, agua sucia y un camastro consistente en paja y bichos. Al fin y al cabo he salvado la vida de la doncella. Tú, Rinaldo, jamás has salvado otra cosa que tu propio pellejo. Y mientras los señores devoraban la mitad de los bueyes de Emilia, la mujer del herrero ponía gachas para cenar. Éramos quince en torno al puchero; ¿a que no sabes quién fue el último al que llegó el cucharón? ¿Es ése el modo de tratar a un hombre honrado? El único que consiguió un cacho de carne fue el perro, que

estaba en el suelo. ¿Qué hospitalidad es esa de dar de comer al perro antes que a los invitados?

—Quien toma la sopa boba vive de los favores de otros, y ya has recibido más de lo que podías reclamar. Hasta el herrero está aburrido de oírte contar la historia de cómo, sin ayuda de nadie, ahuyentaste a diez ladrones. La mentira se lo ha pasado bien en tus labios, y te han tratado mucho mejor de lo que merecías. Pero la rata, aunque esté gorda, siempre anda quejándose.

—Y no he visto a la novia desde que llegué a Mirandola. Es típico. Uno no va al boticario hasta que le duelen las muelas, ni a la iglesia hasta que la vida empieza a desvanecerse.

—¿Esperabas tal vez que te recibiera el príncipe?

—Bien podía esperarse un poco de agradecimiento. Pero los frailes somos gente modesta.

—¿Cómo decías que te llamaban? ¿El Venerable?

—Se me ocurrió de repente. Un poco de fantasía nunca ha hecho daño a nadie.

—¿Ahora se le llama así a la mentira?

—Podía haber robado a la chica cuando estaba indefensa en el linde del bosque. Pero no lo hice.

—Razonaste como acostumbras: ¿por qué tomar un solo grano de uva cuando puedo tomar todo el racimo?

—Soy demasiado bueno para este mundo.

—Lo que pasa es que no tienes vergüenza.

—En eso aciertas, porque no tengo de qué avergonzarme. He hecho recuento de mi vida y, salvo unas pocas excepciones sobre las cuales no vamos a extendernos, siempre he podido cumplir con mi palabra. Además, no es ningún deshonor extender la mano cuando el bolsillo está vacío.

—Y ahora, al abrigo de la oscuridad, saca el hierro plano. Todo sigue igual.

—Sí, entran ganas de canturrear.

—Como te pongas a cantar, las gentes de oído fino van a encerrarte.

Giuseppe abrió la primera puerta y un ronquido rítmico le dio la bienvenida. Estaba en una habitación elegante, y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo distinguir una mesa con un cirio, una silla con ropa de cama, así como un lecho en que una mujer robusta estaba tumbada de espaldas, con los brazos desnudos y una manta entre los blancos muslos.

La visión no era nada sublime, por lo que tanto más agradable fue el hallazgo de dos sortijas y un collar, que rápidamente se deslizaron en la alforja.

Giuseppe vaciló. Debería marcharse ya, lo sabía bien, pero en el dedo meñique de la mujer había una sortija voluminosa con una piedra negra.

Observó la joya más de cerca, seguro de que para sacarla tendría que utilizar un cuchillo, porque los dedos de la mujer eran tan regordetes que el oro estaba enterrado en la carne.

—*No habrás pensado cortarle el dedo a la señora, ¿verdad, ratero codicioso?*

—*Lo estoy sopesando. ¿No es acaso lo que me enseñaste cuando éramos jóvenes y sin escrúpulos?*

—*Y ¿no crees que la señora va a despertar cuando le cortes el meñique?*

—*Eso es lo que me fastidia. ¿Por qué comen tanto que las joyas no caen hasta que están en el ataúd?*

—*En ese caso, tendrás que armarte de un poco de paciencia.*

Poco después estaba en el ancho pasillo, con la oreja en la siguiente puerta, que abrió con precaución. Una mujer dormía profundamente, aunque no sola: un joven yacía a su lado. Parecían madre e hijo, pero no lo eran. Giuseppe reconoció al mozo: era uno de los pajes.

«Cuánto libertinaje —pensó—, cuánta fornicación; estoy escandalizado. Y por si eso fuera poco, la mujer ha escondido sus joyas. Es que ya no hay confianza. El bienestar y la avaricia suelen ir de la mano.»

Miró más de cerca a la dama. Era bastante guapa. Tendría entre treinta y cuarenta años. De rasgos límpidos. Viuda, decidió. Se notaba en la boca amargada y la piel fresca. Él había conocido a varias viudas, también algunas vivas, todas ellas muy diferentes entre sí, pero todas tenían en común la piel fresca; el sol se había apagado en ellas, y ahora sólo las iluminaba una luna solitaria.

—Una lástima —susurró, mientras metía la mano bajo la almohada y sacaba una bolsita.

Sonrió. «O sea que has ocultado tus florines debajo de la almohada, qué pecaminoso; tal vez estaban destinados a quien te ha entretenido toda la velada. Pues habrá de contentarse con menos.»

Abrió la puerta y se deslizó satisfecho por el pasillo.

—*Detente mientras estás a tiempo, ladrón miserable.*

—*He de buscar más, aún me deben mucho. Las mayores sortijas, es cosa bien sabida, suelen estar en los dedos más gordos, y es lo que vamos a encontrar más adelante. Recuerda que las encías existían antes que los dientes.*

—*Tu codicia te traerá la muerte, pronto llegará el día en que el verdugo tenga la última palabra.*

—*Te regodeas de antemano, encarnación de la maldad.*

—*Lo estoy viendo: el ratero sollozando y el verdugo encapuchado buscando su*

amuleto. El ladrón sigue siendo ladrón hasta en el cadalso.

Giuseppe giró en una esquina y pegó el oído a una puerta pintada de azul, asió la manilla y entró en una habitación mayor que la anterior, aunque menos lujosa. Allí sólo había una cama y un cofre, sobre el que estaba enrollada la ropa del ocupante.

El hombre dormía con la manta estirada hasta la barbilla. Llevaba la barba bien cuidada y parecía dormir tranquilo, sin sueños. No lucía ningún anillo en los dedos, ni había nada debajo de la almohada. El lecho era igual de espartano que el resto del cuarto.

—Bueno, se acabó la suerte.

—Puede que te haya tomado la delantera alguien con tus mismas aficiones.

—Serán los sirvientes, que despluman a los invitados.

—Cree el ladrón que todos son de su condición.

—Si el paje tiene los dedos largos, ¿de qué vamos a vivir los demás?

Giuseppe se separó de la cama. Un sexto sentido le decía que aquel hombre no era noble ni rico. Sin embargo, dormía en la nave elegante. Le inspeccionó la ropa y asintió con la cabeza para sí. Un soldado. Un soldado de Lucca. No podía ser peor. Se mordió los nudillos, consciente de que aquello estaba repleto de soldados de Lucca, porque el prometido de la hija del príncipe era ni más ni menos que el capitán Tiziano, el soldado más guapo de Italia, a pesar de que su rostro parecía siempre melancólico, o precisamente por eso.

Giuseppe había visto al capitán paseando por el jardín como una especie de Adán. A pesar de su expresión seria, aquel hombre estaba iluminado por una luz que lo elevaba por encima incluso de los nobles. La mujer del herrero decía que era hijo de reyes; ella tenía trato con los comensales de la mesa de honor, entre quienes era difícil distinguir la sangre azul de los burgueses, porque todos comían con las manos. Pero allí estaba el capitán, erguido como una estatua de sal; sus modales eran naturales, aunque refinados, jamás exageraba la cortesía, raras veces se oía un tono de falsedad en sus apreciaciones, y cuando lo ensalzaban por su trabajo, enseguida bajaba la mirada y cambiaba de tema de conversación. Y a pesar de que sus compañeros de borrachera disfrutaban llenándole el vaso, él solía llevar la embriaguez con dignidad, erguido como una vela de sebo, hasta que caía como un mástil tronchado por la mitad. Incluso cuando lo sacaban de la sala solía haber dignidad en su mirada fija, y no olvidaba saludar cuando pasaba junto al centinela. Tiziano era una delicia para los invitados y un motivo de orgullo para Lucca.

—Me recuerda un poco a mí —murmuró Giuseppe, rascándose el sobaco.

—Porque no tengo nada que temer. Entre Tiziano el Hermoso y Alberto el Venerable no hay ninguna cuenta pendiente, aparte de que nunca hemos estado cara a cara. No me extrañaría que su soldado hubiera ahorrado unos dinerillos.

—¿Vas a desplumar a un soldado de Lucca? ¿Tienes serrín en la cabeza? ¿No te basta con robar la flauta, y ahora vas a robar al flautista?

—La mayoría de los soldados de Lucca se alimenta asaltando a gente inocente. No muestran reparos en robar incluso a los pobres.

—Entonces, ¿por qué no llevas uniforme?

—Soy monje, como ves.

—Tú eres tan monje como una rata es un armiño.

—Sí, tú deberías saberlo, Rinaldo.

Se sobresaltó, como si su corazón hubiera dejado de latir.

La puerta se había abierto.

Una figura estaba entrando.

Giuseppe se quedó petrificado, pero el desconocido aún no se había acostumbrado a la oscuridad de la pieza, y aprovechó el momento para orientarse.

Se movió sigilosamente hasta el rincón más cercano y se deslizó hasta el suelo, sabedor de que se había hecho tan invisible como un avestruz en la sabana.

El hombre que estaba de pie junto al durmiente llevaba puesto un hábito negro con una capucha alta y puntiaguda.

Giuseppe se atrevió a alzar la mirada, y esa vez se convenció de que la suerte persigue de manera especial a los locos, porque él se encontraba en el rincón más oscuro de la estancia, aparte de que el intruso sólo tenía ojos para el soldado.

Se quitó la capucha.

Giuseppe se llevó una mano a la boca.

—Santo cielo, es Tiziano.

—Y si se da cuenta de que estás aquí, será tu fin.

—Como si no lo supiera. Rinaldo, nos veremos en el infierno, porque aquello está lleno de clérigos.

—Te atarán a una estaca, te untarán con miel y morirás como un pobre diablo, devorado por tábanos y avispa.

Giuseppe cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos. «Nada me ha de faltar —pensó—. No veo nada ni oigo nada, no estoy aquí en absoluto; al contrario, estoy sentado

en una loma de Umbría, observando un rebaño de ovejas, pues soy el pastor del Señor y jamás he puesto los pies en Mirandola. ¿Qué iba yo a pintar allí, cuando me encaminaba a Ravena con la esperanza de cambiar un anillo por un asno? ¿Me oyes, Dios? Un asno, no deseo otra cosa. Ahí terminan mis sueños, en una carreta de dos ruedas con su correspondiente asno: no pido más. Ya me ocuparé de conseguir ungüentos, y en cuanto al sustento diario, no volveré a trabajar con una pala: me he hecho demasiado viejo para esa ocupación. Pero lo mejor es que he comprendido que es algo indigno e infame, pues los muertos merecen la paz de la tumba, y Dios sabe mejor que nadie que siempre he tratado de abandonar a los muertos tal como los encontraba. Incluso algunos, si he de decir la verdad, tenían un esqueleto con mejor aspecto al dejarlos que al descubrirlos, y bien sabe Dios que mi recompensa por esa buena acción nunca ha sido grande. De lo contrario, ¿por qué iba a meterme en este embrollo? Que el Todopoderoso me castigue con la mudez si no puede convertirme en cucaracha, hilandero o, mejor aún, pelusa de la manta del lecho. Eso, conviérteme en pelusa, amado Dios, porque se habla mucho en las Sagradas Escrituras acerca del pecador arrepentido y el ojo de la aguja. Pocos camellos han pasado por ahí. Perdona que la memoria me falle y que me enrede con las citas de la Biblia. Y ahora Tiziano, quién iba a pensarlo; y lleva un cuchillo en la mano. Ya noto su filo.»

Pero Tiziano sólo se ocupaba del hombre del lecho. Con el puñal en la mano, se inclinó sobre él.

En aquel momento el durmiente abrió los ojos. Durante un segundo el tiempo quedó en suspenso, pero el capitán enseguida se abalanzó sobre él. El hombre sacudió las piernas, pero Tiziano era más fuerte, y el cuchillo ya había hecho su trabajo. La sangre salía a borbotones por la garganta del soldado, cortada de oreja a oreja. En un santiamén, la cama se convirtió en un cenagal rojo.

Giuseppe se llevó la mano al cuello y jadeó. «Es mi sangre la que chorrea — pensó—, porque no se limita a fluir, salta en todas las direcciones. No se puede respirar con este tufo. ¿Por qué el asesino no abandona el lugar del crimen, si hace tiempo que la víctima se ha desangrado?»

Pero Tiziano esperó hasta que el hombre emitió los últimos estertores.

Vaciló un instante, pero después arrojó el cuchillo al suelo, retrocedió hasta la puerta y salió.

Silencio.

Por el pasillo no se oía nada, ni siquiera los pajaritos cantores que solían anunciar el alba. El crimen había dejado paralizado al mundo.

—*Despierta, calamidad.*

—*Creo que voy a vomitar.*

—*¿Qué pasa? ¿No lo soportas? ¿Tú, que has consagrado la vida a la*

podredumbre?

—Lo que no soporto es lo que veo. Si me encuentran aquí... Sólo de pensarlo me dan escalofríos.

—¿Por qué no pones pies en polvorosa?

—Porque me he quedado sin sangre. Estoy flácido como un puerro cocido. He sido testigo de un asesinato. Santo cielo, el capitán ha matado a uno de los suyos, y yo aquí oyendo cómo gotea la sangre. Me da la sensación de que cada vez más me hallo en lugares en que no es saludable estar. Ya no sé qué es peor, si ser testigo de un crimen o su víctima.

—Pronto conoceremos la solución del enigma.

—Calla, rey de los cínicos, ¿no ves que estoy untado de brea hasta el cuello?

—Si naciste entre la brea, Seppe.

Se puso en pie con dificultad y examinó de cerca al muerto. Los ojos del soldado sobresalían como huevos de codorniz. El corte de la garganta se había abierto más, y recordaba al pico de un ave asomando del nido. La sangre había dejado de correr, pero el hedor de la que había brotado ya era horrible.

Giuseppe se dirigía hacia la puerta cuando oyó voces fuera. Aterrorizado, cayó al suelo, con los nudillos prietos contra la boca. La gente que caminaba por el corredor se había detenido. Sus voces se oían amortiguadas. Calculó que eran tres.

—Soldados —jadeó.

Debían de ser soldados que iban a ver a su colega. Pero ¿qué encuentran? Una garganta abierta, el cadáver de su compañero y al autor del crimen, tumbado en el suelo como un perro.

—Vas a morir, Seppe.

—Así parece.

—¿Te arrepientes finalmente?

—No tengo nada de que arrepentirme. No me llesves la contraria ahora, Rinaldo, que estoy con un pie en la tumba. Y soy tan inocente como el cordero pascual.

—Una vez más, el embustero se halla en el centro de los acontecimientos.

—¿Acaso lo he hecho a propósito?

—Ya está otra vez enredando la historia del mundo.

—Me gustaría salir. Pero ¿existe alguna puerta?

—Me duele tener que decirlo, pero de hecho hay una puerta en la pared.

—¿Una puerta en la pared? ¿Me estás diciendo que hay una salida a esta pesadilla? Pues sí, hay una puerta de madera. Dios vela por Giuseppe.

—¿Seguro que es Dios?

—*Mientras haya una salida...*

—*Claro, a ti te da igual a quién hayas de rezar. Jamás has sido moderado, y menos aún en lo que se refiere a dioses.*

—*En eso me parezco a la mayoría. Y desde luego, a ti.*

Rápidamente gateó hasta la puerta, se arrodilló, la abrió, miró atrás y la cerró.

El olor de la estancia contigua era fresco y perfumado.

Arrodillado, miró en derredor. La habitación era el doble de grande que las demás, y los postes de la cama estaban tapizados de seda. Allí se daban cita la limpieza, la castidad y la belleza.

Giuseppe se puso en pie y oyó voces procedentes de la estancia de donde acababa de salir. Primero apagadas, después agitadas.

Conteniendo la respiración, se desplazaba como un cangrejo junto a la enorme cama cuando se oyó un tumulto en el corredor. Voces que trataban de hablar apagadamente, aunque temblaban de nerviosismo.

Habían descubierto el crimen. Pero ¿quién lo había perpetrado?

Giuseppe se mordió los nudillos. A un asesinato de ese tipo seguían a menudo crímenes mucho peores.

Miró fijamente al hombre de la cama, que estaba tumbado de espaldas. Tenía las manos cruzadas en torno a un pequeño crucifijo.

Se inclinó sobre el durmiente y notó que una flojera desconocida se apoderaba de su cuerpo.

«Dios mío, lo que hay que ver. En este momento los pájaros se callan y la sangre huye de mi cerebro, pues se trata ni más ni menos que del obispo de Lucca.»

—*A eso se llama huir del fuego y dar en las brasas.*

—*Cuida la boca, Rinaldo.*

—*¿Cómo se dice? Cuanto más vives, más moscas ves.*

—*¿Qué puedo hacer, pobre de mí? ¿Acaso merezco esto?*

—*Esto y más.*

—*Qué escándalo, la víspera de la boda el novio entra a hurtadillas y apuñala a uno de los suyos, y lo peor es que yo lo he presenciado, y en mi intento confiado de escapar del lugar del suceso he terminado junto al lecho de mi enemigo mortal. ¿Es posible tener peor suerte?*

—*Espera a que Agostino abra los ojos.*

—*Me das pena, Rinaldo.*

—*Ahí está su excelencia durmiendo el sueño de los inocentes, y cuando despierte, ¿a quién va a ver a los pies de la cama? ¡Al embustero de Umbría!*

El obispo emitió un sonido apagado, reluciente. Una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

Giuseppe se pegó a la pared y cerró los ojos.

—¿Con qué estará soñando su excelencia?

—Está viendo el patíbulo, Seppe. ¿De quién será el cuerpo que ondea al viento, puesto que sonrío con tal expectación? —A ti te forjaron la lengua en el infierno, Rinaldo.

Agostino carraspeó.

Giuseppe se arrojó al suelo y rodó debajo de la cama.

—¿Hay alguien aquí? Friggo, ¿estás aquí?

Giuseppe contuvo la respiración, hinchó los pómulos y oyó un repicar de campanas en los oídos. Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Pietro, excelencia.

—Adelante, Pietro.

Se abrió la puerta. Una luz vacilante iluminó el techo y puso a dos sombras en movimiento.

—Ha ocurrido una desgracia terrible, excelencia.

—¿Una desgracia, Pietro?

Antes de que éste respondiera, se oyeron varias voces. Una de ellas preguntaba si el obispo estaba informado.

Inmediatamente, la estancia se iluminó con antorchas.

—¡Tiziano! —exclamó el obispo—. ¿Qué ocurre?

—Tengo que hablar con el venerable padre. Que salgan todos los demás —ordenó la conocida voz autoritaria del capitán.

Se cerró la puerta. Durante un instante sólo se oyó el sonido de dos respiraciones pesadas. Después, Tiziano tomó la palabra.

—Me ha despertado mi sirviente, que había ido al cuarto de Friggo a cambiarle el agua de la jarra.

—¿Nuestro Friggo?

—Sí, excelencia, nuestro Friggo. El sirviente lo ha encontrado asesinado en la cama.

Giuseppe cerró los ojos con fuerza, pues era el propio autor el que hablaba del crimen. «Qué enredos —pensó—, qué tejemanejes. El obispo, el asesino y la futura novia esperando.»

—No te olvides del profanador de tumbas que está debajo de la cama.

—*Mi crimen es como un pedo en la tormenta comparado con esto. Y aun así, estoy en un atolladero.*

—*Y poco sustento vas a dar al obispo cuando descubra tus huesos en el puchero.*

—¿El pobre Friggo? —Agostino bajó la voz hasta convertirla en un susurro de incredulidad.

—Lo están retirando ahora. Hemos despertado a la familia del príncipe.

—Qué noticias tan malas y tan temprano por la mañana. Apreciaba mucho a Friggo. Siéntate junto a mí, Tiziano. Dame antes la capa que cuelga de la pared. Y un vaso de zumo, si no te importa.

Llamaron a la puerta.

El propio obispo abrió.

—Dejadme un rato tranquilo, por favor.

La puerta volvió a cerrarse.

—Siéntate, Tiziano. Vivimos tiempos revueltos. Tiempos verdaderamente revueltos. En Bolonia ha estallado la contienda.

—¿Contienda?

Agostino suspiró.

—Entre los gibelinos, seguidores del emperador, y los güelfos, partidarios del Papa.

—Creía que ya había terminado.

—Así era, pero un crimen la ha encendido de nuevo. Han encontrado muerto a Lorenzo, uno de los más firmes puntales del Papa. Por desgracia, ha fallecido en un lugar, ¿cómo diría yo?, humilde. Lo diré como es: hallaron a la prostituta en cuya casa murió Lorenzo encima de la espalda de él.

—Qué humillación. Entonces, ¿es ella quien lo ha matado?

—Ojalá fuera así. Lo único que sé es que están interrogando a una jorobada, que por ahora ha dicho que la ramera había recibido visita de un soldado de Lucca. Uno de los nuestros, Tiziano.

Giuseppe boqueó en busca de aire y cerró los ojos. «Quién estuviera sentado en el pescante del carro desvencijado, oyendo el lento compás de los cascos de *Bonifacio*; quién estuviera tumbado, acurrucado en la húmeda madriguera de un zorro, o dejándose llevar en una lancha por el río; quién estuviera en la cárcel de Lucca, o mejor aún, quién estuviera saliendo de la ciudad apestada, con alegría de vivir, sin ninguna preocupación y con la perspectiva de una sopa caliente, pan recién hecho y un buen sueño reparador. En su lugar, estoy debajo de la cama del obispo y tengo dificultades para respirar, consciente de que la próxima vez que boquee en busca de aire, estaré a mitad de camino del infierno.»

—Es posible —continuó Agostino— que la mujer haya dicho más, tal vez lo

suficiente para que los güelfos hayan seguido el rastro del criminal hasta Mirandola. Y puede que la muerte del pobre Friggo se deba a eso. ¿Sabes si solía frecuentar rameras en Bolonia?

—Lo cierto es que estuvimos en Bolonia, excelencia. Pero no mucho tiempo. Creo recordar que Friggo mencionó a una prostituta de Marruecos.

—¿De verdad? Desde luego, es asombroso cómo se esclarecen las intrigas en cuanto preguntas al hombre adecuado. Bueno, es hora de tranquilizar los ánimos. Bolonia debe resolver sus propios problemas. Me imagino que el asesino de Friggo habrá partido hace mucho del principado. Aunque puede que todavía esté aquí. Me da la sensación de que aún no se ha dicho la última palabra en este asunto. ¿No crees, Tiziano?

—Sí, excelencia, porque tengo más que decir. Deseo confesarme con el señor obispo.

—¿Ahora, Tiziano?

—Sí, ahora. Porque también yo estuve en casa de aquella prostituta. Friggo me habló de ella. La había visitado varias veces.

—¿Y...?

—Era de Marruecos, cierto, muchas meretrices lo son. Pero aquella mujer era algo especial, porque poseía una joya que no debería estar en el tobillo de una prostituta. Una joya con una extraña historia que me hizo pensar en el señor obispo.

—¿En mí?

—La ramera había estado en Egipto, donde formó parte del harén del emir. Y entre las cosas de valor del emir había una que entregara el rey de Inglaterra al infiel Saladino como trofeo de guerra.

—¿Ricardo Corazón de León?

—Exacto. El caso es que así fue como llegó hasta El Cairo; pero cuando las mujeres del harén mataron al emir, la cadena pasó al tobillo de la prostituta que se estableció en Bolonia. Mi idea era...

—¿Sí, Tiziano? ¿Cuál era tu idea?

—Mi idea era: ¿esa joya debe estar en el tobillo de una puta? ¿La joya de un rey cristiano? ¿No debería pertenecer a la iglesia de Lucca?

—¿Buscaste a la mujer?

—Y la encontré. Friggo acababa de dejarla. Es una historia repugnante. Ambos estaban muertos. Ella y Lorenzo. Me reuní con Friggo, que me dio la cadena a condición de que callara lo que sabía.

—Nunca es agradable estar en medio, Tiziano.

—Venerable padre, acepte esta joya. No puedo soportar llevarla más tiempo.

Se produjo una pausa en la conversación. Después se oyó la voz del obispo, amigable y reverente.

—Es, ¿cómo diría yo?, una cadenita bastante modesta. Pero es innegable que tiene la pátina de la historia. Se nota enseguida. En el tobillo de una prostituta, mira por dónde. Pobre Friggo. Hoy hemos perdido un buen soldado.

—Uno de los mejores.

—Hablaré con el príncipe. Pero, Tiziano, olvida tus preocupaciones. Has hecho bien en confesarte. Aunque lo que me has contado estaba ya claro antes de que empezaras a hablar.

—Lo sé, padre.

—Y si queda algún resto que no haya visto aún la luz del día, ya irá saliendo, como la sal de un saco agujereado. Pero esta conversación no ha terminado todavía.

—¿No?

—También yo tengo algo que contar, y pesa más en mi ánimo que las prostitutas o los infieles egipcios. Hace unos días recibí una carta de Del Sarto, quien, en su búsqueda incansable del viejo Pagamino, ha seguido una pista desde Ferrara hasta Padua, e incluso hasta tan lejos como Venecia. El rastro de la peste, Tiziano. No sé qué relación hay, pero el caso es que la última carta no la escribió el propio Del Sarto, pues estaba sufriendo violentas hemorragias y yacía enfermo en un albergue de Gadolfo.

—¿Por la peste, padre?

—Por la peste bubónica. Pero la siguiente carta que recibí, antes de partir de Lucca, era extrañamente eufórica, aunque parecía inverosímil e inquietante. Del Sarto me informaba de que tenía todos los síntomas de la Muerte Negra cuando sus soldados llegaron con un joven que se había labrado cierta fama. La situación de Del Sarto en aquel momento era tan crítica que, según sus propias palabras, sería cuestión de horas; pero entonces aquel joven preparó un tratamiento.

—¿Un tratamiento contra la peste, padre?

—Aún no has oído lo más inquietante, porque el tratamiento, que en cuestión de días detuvo las hemorragias e hizo desaparecer los bubones, era tan simple como milagroso: Del Sarto ha sanado con un extracto hecho a base de *Armoracia rusticana*, una simple raíz de Pomerania.

—No entiendo, padre.

—No hay nada que entender, Tiziano: la peste es un castigo divino que no se aplaca con rábano picante. Lamentablemente, vamos a tener que aplazar tu boda debido a las desgraciadas circunstancias. Voy a pedirte que vayas a donde está Del Sarto y veas con tus propios ojos qué lo ha liberado del abrazo de la muerte, porque lo que parece un milagro divino puede muy bien ser obra del Demonio.

En el dormitorio se hizo el silencio.

—Siento la presencia de Pagamino —susurró el obispo—. Por tanto, Tiziano, olvídate de Friggo y de las luchas de Bolonia. La Iglesia tiene cosas más importantes

en que pensar.

—Agradezco la confianza del señor obispo.

—No me falles, Tiziano. Yo haré cuanto esté de mi parte para que ni tu nombre ni el de Friggo sean mancillados. Lo que acabas de contarme está bien claro para mí. Los seguidores del emperador no van a asesinar a nadie impunemente.

La puerta del dormitorio de Agostino está cerrada.

Giuseppe nota una masa de aire que se le ha quedado en la garganta. Un tapón que le ha inflado el cuerpo al doble de su tamaño. Hinchaba los pómulos y mira fijamente los pies del obispo, que están a menos de un palmo de la punta de su nariz.

El obispo se mueve y vierte agua de un jarro a una palangana. Cuando el agua golpea la palangana, Giuseppe expulsa el aire, para inmediatamente volver a aspirar.

Su excelencia se asea. Se lo toma con calma. Mientras tanto, Giuseppe contempla los venerables dedos de los pies, que están menos libres de defectos de lo que podría pensarse: el izquierdo es mayor que el derecho, y el derecho, más azulado que el izquierdo. Los dedos están encorvados, y las uñas tienen forma de cucurucho. Bajo la piel, fina como el papiro, se ve la red de venillas, que en los tobillos están hinchadas y arracimadas. Algo parece indicar que la santidad de la cabeza no ha llegado nunca hasta los pies, y que los baños perfumados y aromas balsámicos no han logrado evitar la decadencia del cuerpo, porque en lo que respecta a los pies, los del obispo de Lucca no son más bonitos que los del embustero de Umbría.

Llaman a la puerta.

—¿Quién es?

—Pietro, excelencia. Su baño está preparado.

—Entra, Pietro.

La puerta se abre.

—Ve tú delante, Pietro, voy enseguida. Pero no quiero que entre nadie. Tampoco las sirvientas. Esta cámara debe quedar sellada.

El sirviente deja al obispo, que parece vacilar un instante. Después se oye un pequeño pero audible «plas», tras lo cual la puerta se abre y se cierra.

Giuseppe jadea como si hubiera estado buceando bajo el agua.

Sale de su escondite con dificultad, arrastrándose, se pone de pies y se estira. «Tengo la boca más seca que el lecho de un río árabe», piensa. También está dolorido. Pero aún vivo.

Su mano se alarga hacia la jarra alta con el zumo personal del obispo.

—Lo que es bueno para Agostino es bueno para Alberto el Venerable.

Bebe ávidamente de la jarra y nota un cuerpo extraño en la garganta. Da una arcada, tose y se lleva la mano a la boca, cae sobre la cama, abre la mano y se queda mirando una cadenita insignificante.

—¡No puedo creer lo que estoy viendo! ¿No estabas hace un rato rogando por tu vida, implorando a Dios piedad, prometiendo penitencia y propósito de enmienda, diciendo que nunca más saldrías a cavar de noche, nunca más ibas a robar ni a mentir, sino que pensabas mantenerte en el camino de la virtud? Y en cuanto levantas cabeza, ¿ya estás robándole al obispo de Lucca?

—Sólo me he servido un vaso de zumo. ¿Es que no puedo hacer nada sin meterme constantemente de cabeza en un berenjenal?

—Si sólo fuera la cabeza... Pero vamos, sal.

—Estoy saliendo. Y no pienso volver nunca más a Mirandola. Y en cuanto a lo que he prometido, pienso cumplirlo. Ahora se trata de conseguir una carreta y un jamelgo para poder avanzar en mi nueva vida: Giuseppe de Umbría hollará en adelante el camino del Señor.

—Entonces, ¿qué es lo que ha caído en la alforja?

—Una miserable compensación por los daños sufridos.

—La joya del obispo, corrupto y mentiroso patológico. ¿La avaricia se ha tornado locura?

—Bueno, no voy a dejarla ahí. Santo cielo, no puedo. Ya quisiera, pero la mano posee su propia voluntad. Deberías saberlo, Rinaldo, tú que tienes doce dedos y una barriga como la de un búfalo.

—¿No has oído lo que han dicho? ¡El rey Ricardo Corazón de León! El gran Saladino. El emir de El Cairo.

—Y una puta.

—Olvídalo, Seppe. Como si no tuvieras problemas de sobra.

—Pero he vaciado la jarra de zumo.

—Al cuerno con el zumo. Ésa es la menor de las canalladas que has cometido esta noche. Lo que estás haciendo te llevará a ser crucificado y torturado.

—En el orden contrario, supongo.

—Ahora tienes mucha labia, pero cuando estés en el hoyo, te arrepentirás amargamente de no haber querido oír la voz de la sensatez.

—¿Desde cuándo eres tú la voz de la sensatez? Calla, voz mohosa, y ocúpate de tu antiguo amigo, que hace lo justo y razonable, pues esta cadena no pertenece más al obispo que a mí. ¿Oyes, Rinaldo? ¡A mí! No olvides que se la robaron a una pobre puta. Cuánto he llorado por las innumerables chicas de la vida que he encontrado en el camino. Muchas de ellas eran limpias de corazón.

—Al contrario que el cliente.

—Recuerdo de manera especial a una del puerto de Térmoli. Aunque sólo tenía una pierna, siempre estaba alegre.

—Ahórrame historias. Deja la joya en paz. Si por una vez quieres hacer algo

como es debido en tu vida miserable, deja la joya donde estaba.

—Le di un ungüento para que volviera a crecerle la pierna. Me pregunto si hoy en día se pavoneará por Térmoli.

—Magnífico, nos veremos en el infierno.

—Si Dios lo quiere, no volveremos a vernos, Rinaldo. Pero si eso ocurre, será en Gadolfo.

Poco después estaba en la cabaña que había sido su hogar desde que llegara al principado. Recogió sus enseres a toda velocidad.

—Nadie se fija en un fraile anciano —murmuró—. Además, están demasiado ocupados con el asesinato del soldado Friggo, y los señores no repararán en si hay un monje más o menos. Ojalá fuera ágil de piernas como en mis años mozos, porque hay muchas jornadas de viaje hasta Gadolfo.

Abrió la mano y observó la piedra que había guardado entre sus enseres desde una noche de primavera en Lucca.

—Es lo que pasa con los niños —dijo, suspirando—. Te dan cuanto poseen en forma de piedra.

Y aquella piedra, que era idéntica a millones de otras, redondeada por el mar, pulida por el salitre, pertenecía a un viejo juego de tablero, tan soberanamente aburrido que hacía que uno recordara la belleza de la vida.

—Ay, Arturo —murmuró—, tu ingenuidad me llega al corazón, y si volvemos a vernos, puedes estar seguro de que probarás la correa. Y el rábano picante.

*En que oímos hablar del soldado y la puesta de sol,
del imperio del emperador y de la virtud de la doncella*

Se halla en el establo, observando al mozo que cepilla un caballo. El chico es experimentado, y el caballo está tranquilo. Es un castrado de siete años que lleva dos transportando a su amo; un animal magnífico del que dicen que es el más rápido de Lucca. A Tiziano siempre le ha gustado estar en el establo, esa forma agradable de agitación, fuerza y control. El olor a animal, paja, excrementos recientes, el sonido de los rituales. El trabajo sencillo. Disfrutaba engrasando los arneses, y sabía cambiar las herraduras de un caballo en caso de necesidad.

El corcel era un regalo de Agostino, un regalo sumamente generoso porque el obispo de Lucca era una persona sumamente generosa.

Tiziano estuvo hablando con su futuro suegro. La conversación fue formal, rozando lo embarazoso. Tiziano puso al hombre al tanto de la situación y lamentó el aplazamiento de la boda.

—Un soldado ha de saber cuál es su deber.

Las palabras se prestaban a interpretación, y Tiziano tuvo la impresión, instintiva, de que su suegro pertenecía a los seguidores del emperador. Era un hombre pequeño, fuerte, bien vestido y con facilidad de palabra: un hombre que miraba a la gente a los ojos.

—Voy a contarle al capitán cómo veo yo las cosas. Mi hija es una joven sana y vigorosa, con buen ánimo, pero tozuda. Es también noble, sencilla, sincera y leal, y no disimula nada. Mi esposa lo ha dicho muchas veces: Isabella no es una chica de nuestro tiempo, pertenece a una época por venir aún; se ha saltado un siglo y vive en un mundo que sólo ella ve. Todo cuanto pertenece a nuestro tiempo, costumbres, forma de pensar y normas, no le sienta bien, y el sacerdote de la familia está francamente preocupado por que la filosofía, que a ella le gusta tanto, pueda dañar su fe. De niña daba la tabarra con que quería ir a Arabia para ver las grandes bibliotecas, y cuando yo le recordaba que al fin y al cabo sólo tenía trece años, se encerraba en su habitación, hasta que le prometimos un viaje a Caput Mundi.

—¿Para qué quería ir a Roma? —murmuró Tiziano—. Allí no hay más que gente ruidosa y monos que bailan.

—Roma es el centro del mundo, capitán.

—Puede que sea porque no aprecio esas cosas. La cuestión es si soy lo suficientemente bueno para su hija.

No hubo respuesta para él, pues de pronto se abrió la puerta y entró la protagonista de la conversación. Por alguna razón, aquello sorprendió al capitán.

Isabella se quedó de pie entre los dos hombres, extrañamente desvalida, con una expresión obstinada y ausente.

Tiziano hizo una reverencia y volvió a sorprenderse, pues ella era mucho más alta de lo que había esperado. Más alta y más joven, pero sobre todo extraña. Había conocido a otras mujeres, aunque ninguna como Isabella, quien, a pesar de ser una mujer de la cabeza a los pies, lo observaba con una mirada de hombre. Él sabía que la joven había sufrido un asalto criminal, pero no había hecho nada por encontrar a sus autores. Era como si no hubiera sucedido. Cuando cruzó su mirada con la de ella, se vio contemplando claramente otro siglo, pero no sabía si era que él se había quedado rezagado o que ella se le había adelantado.

El padre de la joven carraspeó.

—Mi hija desearía que el capitán dijera unas palabras de reconocimiento al fraile que le salvó la vida.

Tiziano hizo ademán de decir algo, pero la chica lo interrumpió y pidió a su padre que los dejara solos. Su voz tenía un tono comedido pero imperativo, y el hombre se retiró con tal rapidez que resultó evidente su ansia por marcharse.

Cuando se quedaron a solas, Tiziano dijo lo que tenía pensado. O sea, que lamentaba que todo hubiera salido tan mal desde el principio.

—Me da la sensación de que muchas malas voluntades nos ha mantenido separados.

—¿Malas voluntades, capitán?

—Han descubierto a un soldado muerto.

—Ya lo sé.

—Y tú has sufrido un asalto horrible. He jurado hallar a los autores. En esas cuestiones no acostumbro fallar.

Ella lo miró a los ojos.

—Me voy a casa.

—¿A casa?

—A Viareggio. Creo que va a ser lo mejor. Después de lo que ha pasado y teniendo en cuenta la cantidad de malas voluntades que se han confabulado contra nosotros, porque en eso tienes razón: el destino ha estado poniéndonos la zancadilla desde el primer momento. No es porque confíe en el destino, yo creo en la libre voluntad; en ese caso, debe de tratarse de la conjunción de muchos espíritus libres para que nada haya ido como habíamos planeado.

—Creo que es por mi culpa —repuso Tiziano, y se sintió aliviado cuando,

dejando de lado todo disimulo, dijo exactamente lo que pensaba.

Ella levantó la vista hacia él, guiñando los ojos.

—No creo que sea culpa de nadie, pero tal vez sea lo mejor.

—¿Qué?

—Que suspendamos el compromiso. Te he observado durante dos días. En la mesa y en el jardín, frente a la herrería y por los senderos del parque. No has mirado en mi dirección una sola vez. Pensaba que tal vez habías olvidado mi aspecto.

Tiziano bajó la cabeza y empezó a caminar de un lado para otro, con las manos cruzadas a la espalda, igual que cuando tenía que explicar a sus hombres una misión difícil y peligrosa. Pero de pronto giró sobre los talones.

—Todo se arreglará, te doy mi palabra de que todo se arreglará, Isabella. Tendrás una vida feliz. No puede ser de otro modo. Eres joven y guapa, tu familia es distinguida, y tu padre, un hombre acaudalado. Tendrás muchos hijos sanos. Yo, por el contrario, he de ir hacia el este, a un pueblecito. Paso la mayor parte del tiempo sentado en la silla de montar, al servicio del obispo de Lucca. Soy un soldado, apenas valgo para otra cosa.

—Entonces, ¿está suspendida la boda?

—¿No era eso lo que decías?

Ella sacudió la cabeza, pero lo miró fijamente a los ojos.

—Quiero que lo digas tú —dijo, echando la cabeza atrás y entornando los ojos—. Dime que la boda se ha suspendido.

—Pero si tú misma has dicho...

—Dilo, soldado, dilo, que lo oiga yo. Porque esto no tiene que escurrirse sin más, como arena entre los dedos. Sería una indignidad para conmigo, y las palabras que digamos ahora adquirirán un buen día significado en nuestra vida. Lo único que pido es un poco de dignidad.

Tiziano se acercó a ella y percibió por primera vez el olor de su piel, el aliento delicado, la presencia del cuerpo.

—Tan sólo puedo ofrecerte tinieblas —susurró—, pues en mi interior nunca sale el sol. —Continuó en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Hace mucho tiempo, estaba yo en los montes azules de Lucca viendo ponerse el sol. Aquel anochecer supe que, por mucho que esperase, jamás volvería a salir para mí.

—Se te nota.

Tiziano la tomó de la mano.

—Sólo oscurecería tu vida, y no mereces tal cosa. Por eso, y sólo por eso, se suspende la boda.

Como respuesta, Isabella se puso de puntillas y le besó la mejilla.

Un roce de labios.

—La boca besada —susurró ella— se renueva como la luna.

Tiziano sonrió.

—Aunque no haga otra cosa de bueno en esta vida, al menos haré feliz a otro hombre. Prométeme solamente una cosa: que nunca irás a un convento.

—Yo nunca prometo nada, a no ser que rompa con todas las expectativas. Mira, éste es el anillo que debería haber adornado tu dedo.

Tiziano observó el ancho anillo de plata que la joven le enseñaba.

—Ha ido de mano en mano —susurró ella—, desde la cuna hasta la tumba. Viene de Córcega. Ahora me quedará con él. Puede que hasta el fin de mis días. —Su voz adquirió otro tono, más formal—. Mis cosas están preparadas; partimos hoy. Mi padre tiene cosas que hacer en Modena, y yo tengo una prima en Vignola que se llama Angelina. Afirma que es la chica más fea de Italia, la divierte decir cosas así; guapa no es, pero desde luego es terriblemente divertida. Es famosa por sus historias crueles. Algunas de ellas las ha escrito, porque tiene buena mano, de tan lista que es. Dice que las guapas tienen el cerebro vacío, mientras que Dios ha otorgado a las feas una cabeza despierta. Supongo que para ella es un consuelo razonar de ese modo. Pero sabe inventar historias. Nadie llega a la altura de Angelina de Vignola. Y también sabe escribir en verso. Cuando estamos juntas, solemos turnarnos para contar historias, pero la gente sólo quiere escuchar las de ella. En sus relatos hay amores y desengaños, piratas y sirenas, emponzoñadores y cardenales, el tiempo que se desvanece. Porque ése es el manjar favorito de Angelina, la historia sentimental acerca de lo perdido para siempre: la corona del rey, el imperio del emperador, la virtud de la doncella y el corazón del caballero. Pero la próxima vez que vaya a visitarla tomaré la palabra y le contaré la historia del soldado y la puesta de sol. Esa historia será mi convento. Pero ven, capitán, hay un fraile al que deseo que conozcas, porque si no fuera por él, aún estaría tumbada en el suelo del bosque, con la dote robada y sin conocer la experiencia de ser abandonada a la entrada de la iglesia.

La chica fue a la puerta, la abrió y salió. Sus pasos se oían en la escalera, porque pisaba el suelo como si fuera un placer para ella.

Tiziano se quedó junto a la ventana, sintiéndose aliviado y mermado, libre y triste.

Después bajó al establo para comprobar que los caballos eran tratados como es debido. Pronto estaría lejos, y había que hacerlo rápido. A galope tendido.

En el parque del palacio, el idilio había vuelto. Los pavos reales se contoneaban por los senderos, y en el palomar se oían los arrullos habituales. Se decía, incluso, que un hermoso leopardo solía tomar el sol en la escalera de mármol, aunque no había nada que temer, porque el animal estaba domesticado y llevaba puesto un collar de piedras preciosas. Los jardineros estaban afanados, como siempre, escardando, plantando y abonando. Cada cual se ocupaba de sus asuntos: los pavos reales, el leopardo, las palomas y los jardineros. Por eso, nadie prestó atención a la figura

encorvada que, con la alforja a la espalda, se alejaba veloz a la sombra de los álamos. Las viejas piernas habían logrado coordinarse, lo que permitía al hombre caminar a un ritmo razonable.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Un atleta de Esparta o un ratero de Umbría? Vaya, si es Alberto el Venerable, y lleva como siempre las prisas del ladrón. Anda algo cargado de espaldas, pero sus delgados zancos funcionan como un reloj. El movimiento y la mala conciencia suelen ir de la mano.

—Mi carga es pesada, y mis piernas, delgadas.

—Claro, porque la alforja está hinchada de cosas cuyos amos van a buscar en vano. Es comprensible que esas viejas piernas caminen tan veloces.

—Me alegro de que finalmente comprendas algo, Rinaldo.

—Pero tras él se divisa la sombra de la vergüenza, que pocas veces ha sido más oscura.

—Se nota que has bebido abundantemente de la copa de la envidia. Y por cierto, no he tomado más que lo que merecía.

—El crimen deja una huella que interesará a la historia del mundo.

—No me pongas en un pedestal, a menos que quieras mear encima.

—Ricardo Corazón de León. ¿Qué le parecerá ahora al rey que su preciosa joya esté en posesión de un profanador de tumbas?

—Es que me atraganté con ella. Y en cuanto a la historia del mundo, prefiero evitarla. Ojalá me dejaran ocuparme de mis asuntos. Diablos, cómo me silban los pulmones; y tengo en la ingle una hernia del tamaño de un melón. Estoy demasiado viejo para llevar esta vida.

—Sí, no estás muy presentable.

—O sea que deja que siga por la sombra. Ojalá pudiera librarme de tu cháchara incesante.

—Te seguiré hasta la tumba, Seppe.

—Sí, vamos a terminar igual que empezamos.

Giuseppe apretó más aún el paso. Con la edad, había adquirido malas costumbres y rituales absurdos, como por ejemplo no mirar atrás. Y es que no olvidaba lo que le ocurrió a la mujer de Lot. No es que acusara a la mujer de ladrona, pero la comparación con las ciudades pecadoras estaba presente. Aunque el palacio estaba plenamente iluminado por el sol, la penumbra se había abatido de verdad sobre las tierras principescas.

Lo dijo en voz alta.

—Y en cuestiones de crímenes, fraudes y falsedades, Giuseppe de Umbría no es

más que un novato. Casi me están saliendo alas de ángel. ¿Me oyes, Rinaldo? Alas de ángel.

—*Menudo espectáculo: el ladrón alado, igual que Gabriel.*

—*Yo lo llamo recompensa.*

—*¿Qué fue lo primero que perdiste? ¿Los dientes o la conciencia?*

—*Mi honor. Y ¿a quién tengo que agradecersele?*

—*A todos tus crímenes. Te están llamando, viejo.*

—*No conozco a nadie aquí.*

—*Ya lo creo: al ratero lo conocen por el antifaz. Ahora empieza la comedia.*

Se detuvo y formó visera con la mano.

La joven estaba en medio del patio con el capitán Tiziano. Lo saludó con la mano.

—Ahora la tierra arde bajo los pies del humilde —murmuró Giuseppe, volviendo sobre sus pasos—. Menuda trinidad que formamos —gimió—: el asesino, el ladrón y la damisela.

—¿Tú también te vas? —gritó Isabella, al tiempo que se alisaba el vestido.

—Eh... sí —respondió, mirando de reojo a Tiziano—. Tengo un recado inaplazable en las afueras, y a decir verdad, no era mi intención disfrutar de todo este esplendor. Agradezco a la señorita la oportunidad que me ha brindado, porque desde luego es lo contrario de la vida que llevo habitualmente.

—Al menos podremos despedirnos —dijo ella, sonriendo.

Giuseppe hizo una reverencia.

—Tampoco tengo tanta prisa, querida.

Isabella juntó las manos, se inclinó hacia delante y soltó una carcajada estridente.

—Perdona, Alberto, pero es que me diviertes.

—No me diga... —murmuró.

—No lo tomes a mal.

—No lo haré, *signorina*. Pues *adieu*, como dicen en la corte francesa. Voy a predicar a los pájaros del campo, exactamente igual que san Francisco. Deseo a la pareja la mayor suerte y felicidad; que la bondad y misericordia de Dios los acompañe.

—Espera un poco —dijo Tiziano, poniendo la mano en el hombro de Giuseppe, quien, de puro pánico, se puso a recitar una absurda letanía acerca de los pájaros del cielo.

La pareja se quedó mirándolo.

—Ay, ojalá fuera una alondra —empezó a disparatar, pensando en la alforja con el cuerpo del delito.

Tiziano se aclaró la garganta.

—La señorita y yo tenemos mucho que agradecerte.

Giuseppe guiñó los ojos.

—No diga eso, no hice más que cumplir con mi deber. Y en cuanto a los daños personales, podré soportarlos, aunque no creo que pueda volver a dormir bien.

—¿Qué podemos hacer para mostrarte nuestro agradecimiento?

—Nada, nada —dijo Giuseppe sacudiendo los brazos, pensando en nada y en todo lo posible, porque no estaba acostumbrado a que lo dejaran escoger.

Isabella lo miró.

—¿Adónde tienes que ir? —le preguntó.

—Bueno, yo voy a donde me ordena el Señor —replicó—. Pensaba encaminarme a Ravena, tal vez.

—Eso está lejos para dos piernas gastadas.

Tiziano se giró y llamó al mozo de cuerdas.

Isabella sonrió a Giuseppe.

—Haré que un paje te prepare algo de comer y de beber. Además, mi querido padre querrá que aceptes un puñado de florines como recompensa por tu proeza.

Giuseppe humilló la cabeza.

—Querida *signorina*, soy fraile, no quiero poseer nada, aunque sería un placer repartirlo entre los pobres.

—*Nunca has repartido nada, aparte de embustes; si te encontrabas en el camino con un pobre cuya única posesión eran las sandalias que llevaba puestas, podía estar seguro de que a partir de entonces caminaría descalzo.*

—*Podría haber sido mucho más codicioso, pero no corresponde a mi naturaleza. Eso es más de tu estilo, Rinaldo.*

—*Como si no estuviéramos cortados por el mismo patrón.*

—*Somos cualquier cosa menos iguales, rata pringosa.*

—*Si Tiziano supiera quién eres en realidad...*

—*¿Es que el asesino va a juzgar al ladrón?*

—*Morirías inmediatamente.*

—*Así me libraría de tu eterna moralina.*

—¿De dónde eres, Alberto? —dijo Tiziano, mirándolo fijamente a los ojos.

—De Toscana, señor —murmuró Giuseppe—, donde crecí en una humilde abadía, pues soy huérfano. Pero esa historia es demasiado cruel para oídos tan finos como los suyos. Y ahora les digo adiós, pues oigo ya... oigo ya la llamada de la naturaleza.

Isabella avanzó un paso y le pidió que se sentara bajo el álamo azul.

—Y no toleraré ninguna protesta.

Giuseppe tomó asiento contra su voluntad y vio que Tiziano hacía lo mismo.

Isabella se acomodó entre los dos.

—El capitán y yo tenemos una pasión en común: nos encanta oír cuentos e historias crueles. ¿Verdad, capitán Tiziano?

—Si tú lo dices...

—Por eso, querido Alberto —continuó la joven—, te pedimos que nos cuentes tu historia.

—Eh... ¿es que tengo alguna? —murmuró Giuseppe.

—Todo el mundo tiene una, aunque hay quienes no quieren contarla.

Isabella le dirigió una mirada pícara, y él miró de reojo al palacio, seguro de que pronto aparecería el obispo pavoneándose con su séquito, y mira por dónde se encuentra con el embustero entreteniendo a los novios. Lo embadurnarían de brea y lo emplumarían.

—Seré breve, porque mi historia no es edificante, pero tampoco me quejo. —Miró a la hermosa Isabella y al capitán, igualmente esbelto, aunque mucho más serio—. Crecí... en una humilde abadía —empezó—. No he conocido padre ni madre, pero los hermanos frailes pensaban que tenía buena cabeza y se ocuparon de que estudiara. Sí, en la Universidad de Salerno. Ocho años maravillosos, durante los cuales logré acumular conocimientos en el campo de las plantas. De joven recorrí mundo. Viajé hasta Damasco y desde allí fui a París. Pero es algo que carece de interés para los jóvenes.

—Más —dijo Isabella golpeando la hierba—. Sueño con ir a París. Háblame de París, Alberto.

—¿Qué voy a decir? No hay nada que contar. Tuve la fortuna de trabajar en la corte, porque sucedía que la joven reina sufría tanto de reumatismo como de melancolía. Pero yo estaba en posesión de un antídoto cuyo efecto balsámico me convirtió en su médico de cabecera durante cuatro años.

—¿Médico de cabecera de la corte francesa? —Isabella levantó las cejas y miró de reojo a Tiziano, que permaneció inmutable.

—De hecho, fue en París donde me pusieron el sobrenombre.

—*Ahora brilla la mentira como la estrella sobre Belén.*

—*Demasiado halago.*

—*Es comprensible que los señores estén impresionados. O sea que volveremos a oír lo de la zarza ardiente.*

—*No es mala idea, pero ¿no crees que despertaría cierto escepticismo?*

—*Creo que van a molerte a patadas hasta que les duela.*

—Por desgracia —continuó Giuseppe—, mi biblioteca desapareció, con todos mis libros y apuntes: un antiguo compañero de estudios, de nombre Rinaldo, me lo robó todo. Lo poco que quedaba lo fui regalando antes de ponerme en camino al servicio del Señor.

—Eres un hombre valiente —dijo Tiziano, dándole unas palmadas en la mano—. Y aquí viene el mozo de cuadra con una montura para hacerte más cómodo el viaje.

—Pero, señor, cuánta bondad —murmuró Giuseppe—. Un asno.

—*¿Qué esperabas, pobre diablo desagradecido? ¿Un coche de cuatro caballos en agradecimiento por tus saqueos nocturnos? Y, además, has tenido la osadía de pronunciar mi nombre.*

—*Ah, hermano: tu nombre lleva en la historia desde el comienzo; sin ti nunca habría avanzado.*

Tiziano retrocedió unos pasos.

—Lo siento, pero he de dejarte, Alberto. Te estoy muy agradecido y te deseo toda la fortuna del mundo. Como decía, tengo una misión inaplazable, y mi caballo lleva tiempo ensillado. —Después se volvió hacia Isabella—. Adiós. Si el cielo ha trazado un plan para mí, es especialmente cruel. Si un niño se acercara y me soplara, caería redondo al suelo.

—Pero ¿qué te aqueja?

—Nada que no haya merecido.

—Pero ¿quién merece vivir en permanente penumbra?

—Nadie, nadie en absoluto, y ése es precisamente el problema. Que te vaya bien, Isabella Lambertuccio.

Y con aquellas palabras el capitán echó a correr hacia el patio.

Giuseppe carraspeó e hizo ademán de ir a decir algo, pero por una vez sintió que le faltaban las palabras. No entendía de amores, y Tiziano de Lucca, que un día mataba y al siguiente daba la espalda a una muchacha como Isabella, no era asunto para un hombre entrado en años que gustosamente habría dado sus dos piernas por una noche con aquella belleza.

—Dicen que los monjes tienen muchas mujeres —dijo Isabella—. ¿Es verdad, Alberto?

—Si es así, no es el caso de este fraile —respondió con un suspiro, mientras observaba a su nueva propiedad, que tenía un aspecto limpio y sano, con cuatro patas fuertes y un hermoso pelaje.

—Entonces, ¿estás destinado a vivir solo y no llegar nunca a conocer mujer?

—Ah, pero ya he conocido mujeres —murmuró Giuseppe, lamiéndose los dos dientes que le quedaban.

—No me extraña.

—Mujeres maravillosas. Pero ese tiempo pasó. La señorita, por el contrario, acaba de empezar a vivir.

—Mi boda se ha suspendido. Tanto jaleo para nada. Y pensar que estuve a punto de que me mataran en el bosque... Pero no lo lamento, es la clase de suceso que da que pensar a una chica, aunque en este caso no la convierte en esposa. Debería echarme encima de la cama y llorar. Pero en lugar de eso voy a ponerme a dar vueltas y más vueltas hasta perder el equilibrio, porque no soy más que un trompo que está en el mismo sitio y ve cómo pasa el mundo a su lado; a fuerza de girar, pronto atravesaré la corteza terrestre hasta donde todo es oscuridad, silencio y muerte. De modo que he cambiado de opinión y me voy contigo, Alberto el Venerable. —Una sonrisa enigmática iluminó el rostro de la chica.

Giuseppe carraspeó.

—¿Conmigo, *signorina*?

—Sí, contigo. ¿No es una buena idea tener una novicia viajando contigo?

—La señorita me toma el pelo.

Isabella desvió la mirada.

—Me tomo el pelo a mí misma, porque yo voy a Vignola y tú vas a Ravena; este y oeste, así está decidido. Y si no quieres llevarme, así tendrá que ser.

—Pero si soy un viejo, *signorina*.

—Me gustan los hombres maduros. Se puede confiar en ellos. Y tampoco eres tan viejo.

—Ya lo creo; y tengo una hernia, por mencionar algo suave.

—Podría vivir tranquilamente con un hombre con hernia.

Giuseppe sacudió la cabeza.

—¿He de enumerar todas mis dolencias para despertar la sensatez? ¿No bastaba con tomarme el pelo?

Isabella empezó a girar sobre sí misma.

—Alberto, Alberto, Alberto, te leo los pensamientos.

—Vaya, la señorita debe de tener buena vista —dijo él por decir algo.

—Mírame.

—Estoy mirándola.

—Eres un hombre de mi agrado.

—La señorita es muy graciosa.

—¿Qué más puede exigir una chica de su prometido? Humor, inteligencia, cortesía y dos dientes sanos.

—Ahora se está burlando de mí.

—De ninguna manera. La historia de la corte francesa me ha divertido.

Giuseppe dio una palmada en el trasero del asno.

—Por desgracia, tengo tendencia a adornar mis recuerdos.

—No te disculpes; al fin y al cabo, haces que la vida sea tanto más divertida. Desde luego, no has sido nunca monje. No, no digas más; deja que conserve mi ilusión.

Isabella giraba el ancho anillo de plata que llevaba en el dedo índice de la mano derecha. Era una joya ricamente ornamentada, algo varonil para sus dedos largos y delgados.

—Este anillo debería haber sido un regalo para mi marido.

—Eso debe de ser lo menos valioso que ha rechazado el bueno de Tiziano —dijo Giuseppe con un suspiro, palpando las patas del asno.

La muchacha giró el anillo a la luz del sol.

—Ahora seguirá en mi dedo hasta que encuentre al hombre adecuado. Aunque el adecuado era sin duda el que no me ha querido. Pero si alguna vez, señor fantasioso, si alguna vez apareces por Viareggio, no olvides visitarnos.

—Gracias por la amabilidad, señorita. Recordaré esas palabras.

—Y si aún llevo el anillo en el dedo cuando volvamos a encontrarnos, será para ti. Considéralo una promesa.

Isabella se inclinó hacia él y lo besó en la frente.

Giuseppe se quedó un rato aturdido, mareado, con un deseo irrefrenable de palpar también las piernas de la chica, para comprobar que las tenía fuertes y sanas.

—Hacía tiempo que no me besaban —murmuró.

—*El viejo chivo ha recibido más de lo que merecía.*

—*Por favor, está claro que a la chica no le soy indiferente.*

—*Eres el más presuntuoso del mundo, porque jamás has tenido otro amor que el que has comprado.*

—*Y el anillo que me ha prometido es de gran valor.*

—*Ahora oímos al viejo chalán; puede que con tu verbo florido consigas que te lo dé.*

—¿Es verdad que en París se dice *adieu*?

—Así es —contestó Giuseppe, llevándose la mano al lugar donde se habían posado los suaves labios.

Isabella guiñó un ojo, retrocedió, sonrió misteriosamente, giró sobre sí misma, divertida, seria e introvertida.

—Pues entonces ¡*adieu*, Alberto el Venerable! —gritó—. Adiós, viejo amigo.

—Que le vaya bien —dijo con un suspiro—, aunque cuando oigo su risa, temo por su llanto.

Se quedó de pie bajo el álamo azul, sintiéndose totalmente perdido.

—¿Entiendo mi vida? —murmuró—. ¿Comprendo el gran plan divino? Aún siento sus labios, frescos como el rocío, rozando la vieja piel. Un beso del Paraíso. Y encima me han regalado un asno robusto.

Sacudiendo la cabeza, se sentó a horcajadas sobre el animal y tiró de las riendas.

—Gracias de todo corazón —suspiró—. Y ahora apretemos el paso. Adelante, borrico; si te portas bien, te llamaré como al primer Papa de Roma.

Pero el asno se quedó quieto.

Giuseppe le hundió los talones.

Ninguna reacción.

—Menudo regalo —dijo, jadeando—: un asno terco que prefiere comer a trabajar. Claro que igual es porque ha servido en casa de algún cura.

Lo intentó con zalamerías, paciencia y dureza. El animal no reaccionó.

Finalmente optó por caminar, aunque el sendero que llevaba a la cerca que dividía el parque del palacio de las tierras del principado parecía largo, teniendo en cuenta que podía haber viajado a lomos del animal, mordisqueando una brizna de hierba.

Pero cuando se giró, vio que el asno seguía tras él.

—Nada me ha de faltar —dijo con un suspiro, y apretó el paso. Lejos de Mirandola, camino de la costa.

Así fue como Giuseppe Emanuele Pagamino, que había llegado en un elegante coche de caballos con una futura novia al pescante, abandonó el principado caminando junto a un asno barrigudo, que ocultaba en las alforjas una cadena de oro, dos sortijas, un pan de trigo, un poco de agua y una joya que había pertenecido a un rey, a un emir y a una puta de Marruecos.

*«Los que han entrado gratis son siempre
los primeros en silbar al artista»*

Al cabo de tres semanas de viaje, Giuseppe llegó al mar. En el camino, vendió el asno a un molinero.

—No hay en el mundo mejor animal de tiro —le aseguró, él, que había arrastrado a la bestia desde Mirandola hasta Ferrara.

El molinero rió y dijo que desde luego no tenía intención de usarlo como animal de tiro; lo que quería, naturalmente, era cabalgar sobre su nueva posesión. Giuseppe le deseó que se divertiera marchándose precipitadamente, para, al cabo de una hora, verse adelantado por el mismo molinero, que a galope tendido se encaminaba a la ciudad.

Fue camino de Ferrara, en la taberna Giovanni, donde oyó hablar por primera vez de las muchas maravillas de la región. Había llegado por la noche, la carta se había reducido a una minestrone y los restos de una gallina cocida, ambas cosas a un precio razonable. Giuseppe tenía al tabernero sentado a su mesa, y tras una larga presentación, en la que habló de su época como médico de cabecera en París, el posadero empezó a contar la historia del niño gordo de Polesella; por lo visto vivía en la comarca un viudo que tenía un hijo tan gordo e hinchado que cobraba dinero por enseñarlo. Llegaba gente de todas partes a ver aquel engendro, que pesaba más que tres bueyes adultos. No obstante, resulta que aquella gordura incomprensible amenazaba con matarlo, y el médico del lugar no creía que el chico fuera a vivir un mes más. Por desgracia, el padre estaba construyendo una casa con el dinero que ganaba a cuenta de la obesidad de su hijo, por lo que llamó al Hombre de los Milagros, pues así denominaban a un joven que llevaba seis meses viajando por Romaña y Emilia obrando cosas inexplicables. Cuando oyó hablar del niño hinchado, partió enseguida para Polesella y se reunió con el padre, quien, llorando y de rodillas, le rogó que salvara la vida de su hijo y la casa a medio construir. El Hombre de los Milagros estuvo a solas con el chico tres días y tres noches, y cuando volvieron a salir de la casa, el chaval estaba tan flaco como el Hombre de los Milagros, y pocas veces se ha visto a un rapaz tan feliz. Los vecinos ovacionaron al Hombre de los Milagros por el portento que había realizado, pero el padre del chico juró vengarse cruelmente del vándalo que le había arrebatado su medio de sustento, porque durante el resto de

sus días iba a tener que vivir sin un tejado sobre la cabeza.

A aquel singular relato lo siguieron varios vasos de vino, así como la historia de la esposa desobediente de Copparo. En el pueblo de Copparo vivía un piadoso comerciante con su mujer, que era joven y bella, pero no tan devota como su marido. Se la veía poco en la iglesia, y durante la Cuaresma ofrecía banquetes a los mendigos de la ciudad; y como aún no le había dado descendencia a su marido, éste lo tomó como prueba de su impiedad y empezó a tratarla como a un animal. A los meses, se la veía con unos arneses encima, y cuando se ponía terca y se encerraba en sí misma, el comerciante solía blandir el látigo. En suma, que había un barullo de narices en aquella casa. Pero en vano; la mujer seguía igual de desobediente y aún infecunda. Entonces llamaron al Hombre de los Milagros, pues Copparo y Polesella son poblaciones vecinas. Entró en el pueblo causando gran sensación y fue directo a la casa del comerciante, donde encontró a la esposa desobediente en una jaula. El hombre le explicó cómo se comportaba su mujer mientras él leía las Sagradas Escrituras: menudo alboroto solía organizar. A continuación empezó el tratamiento, que siguió las mismas pautas que en Polesella. El Hombre de los Milagros permaneció doce horas en la casa azotada por la desgracia. Después llamó al comerciante y a medio pueblo para que vieran a la mujer, que estaba transformada: tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, estaba erguida y radiante, aunque todavía se le veía algún resto de baba. Pero lo más importante es que a los tres meses resultó que estaba embarazada, y a partir de aquel día ella y el comerciante fueron un ejemplo para otros matrimonios.

—Sí, los caminos del Señor son ciertamente inescrutables —murmuró Giuseppe mientras se servía vino—. Pero dime, hospedero, ¿qué aspecto tiene ese curandero?

—Yo no lo he visto personalmente, pero dicen que es muy joven y que se parece a los demás mozos, aunque tiene una piel blanca que llama la atención.

—¿Vende ungüentos?

—Vende de todo: aceites y polvos, elixires contra los hongos y fórmulas para la memoria. Si no me crees, espera y verás, porque el milagro ha llegado también hasta mi casa.

El hombre dejó a Giuseppe inmerso en sus pensamientos, y volvió con un frasquito que estaba casi vacío.

—Yo no he sido siempre como me ves ahora —dijo el anfitrión, riendo—. Todo empezó cuando compré este elixir; una sola gota cada mañana me ha convertido en una persona completamente distinta, porque este brebaje previene la tristeza y la languidez. ¿No es extraordinario?

Giuseppe lo olisqueó y se puso en pie de un brinco.

—Ciertamente —dijo, con una risa ahogada—, menudo milagro.

—Sí, ¿verdad? ¿Has visto alguna vez algo parecido?

—Pues sí, en Apulia, en Salerno, en Lucca y en incontables lugares que he visitado —respondió con un bufido—. Porque el misterioso contenido de ese frasco es resultado de muchos años de experimentación en el campo de la medicina y la farmacia.

—No me digas.

—Es tan cierto como que soy Pagamino de Umbría. Y es que hace falta algo más que un cretino paliducho para inventar eso. Ése es un imbécil, un aficionado y un plagiarlo; pues yo soy su maese, y él, mi alumno.

—Entonces, ¿eres el maestro del Hombre de los Milagros? —dijo el anfitrión, dándose una palmada en la tripa.

—Tienes delante a un hombre al que le ha faltado un pelo para mezclar la *lacrima del diavolo*, que es un brebaje que te ofrece la vida eterna. Y ¿qué más puede desear una persona?

La última información hizo que el tabernero riera más alto aún y sirviera más vino.

«Bien, bien —pensó Giuseppe—, tal vez el hospedero haya bebido demasiado, porque habla como si entendiera del asunto.»

—Pero dime, amable anfitrión, ¿dónde puedo encontrar a ese que se hace pasar por curandero?

El posadero, que se estaba ahogando de risa, llamó a su esposa, una mujer corpulenta de aspecto ceñudo.

—¿Cómo voy a saber yo eso? —gruñó ella, y siguió con su trabajo de cazar una mosca.

—Vamos, Prunella, si lo sabes todo —repuso él ahogando la risa.

—Desde Gadolfo —dijo la mujerona—, él y su asistente partieron para las marismas de Venecia.

Giuseppe se sobresaltó.

—Su asistente —susurró.

—Así es —cacareó el hospedero—: el Hombre de los Milagros viaja con el hombre más alto de Italia, jamás se han visto piernas tan largas. Lo llaman «El Gran Lambrini».

Al oír aquella observación, Giuseppe se acurrucó, como si hubiera comido alumbre.

—Lambrini —dijo con un gruñido— es un enano de mierda, y los polvos que le di eran cola de caballo seca, que sólo es eficaz contra la incontinencia de orina. Menuda burla para un viejo con hernia.

El comentario hizo que el hospedero se tronchara de risa; con la botella en la mano subió la escalera tambaleándose, y una vez arriba se oyó cómo caía desplomado.

Giuseppe se secó el sudor de la frente y sonrió forzosamente a la hospedera, que le comunicó que la taberna estaba cerrada.

Él hundió la mano en la alforja. Sacó una sortija con una piedra de color anaranjado. La mujer hizo como si nada, pero era evidente que la sortija había despertado su interés.

—Llévate el vino de la mesa —dijo Giuseppe—. No acostumbro beber mucho. Vengo de la corte del príncipe de Mirandola.

—Pues todo parece indicar que has estado empujando el codo.

—La desconfianza es cosa fea, señora.

—También lo es la inclinación a la bebida. —Dio un manotazo tras la mosca, que se había posado en un poste.

—El príncipe me dio esta sortija en agradecimiento por haber salvado a su sobrina cuando la asaltaron en el bosque.

—¿Pretendes que me lo crea? ¿Cómo te llamas?

—Alberto —respondió Giuseppe—. Alberto el Venerable.

—Basta. La taberna está cerrada, Alberto.

—No tan rápido, querida señora. Tu paciencia será recompensada. Siéntate aquí un rato y déjame la mosca a mí. —Se puso en pie y se acercó al moscardón, que se acicalaba las alas en la barandilla. Soplo hacia él y sonrió a la posadera—. Obedece a tu señor —susurró—, obedécelo y tumbate patas arriba.

Al segundo el insecto yacía en el suelo.

La mujer lo recogió.

—¿Qué bufonada es ésta?

—Sólo ha sido un poco de hipnosis, querida señora; la menor de mis muchas habilidades —dijo Giuseppe, metiendo la mano en la alforja y sacando una piedra, que puso en la mesa.

La mujer se sentó frente a él, y parecía que el estudio de los padrastros de sus uñas era lo único que la preocupaba.

—Toma esta piedra, Prunella; tómalala en tu mano, cierra los dedos con fuerza y mírame a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque es por tu bien.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Lo que es útil para el príncipe será también útil para una posadera joven.

La mujer emitió un bufido, pero hizo lo que le decía; tomó la piedra y se quedó mirando a Giuseppe con ojos duros y obstinados. Apretaba la piedra cada vez con más fuerza; finalmente, el cuerpo rollizo se estremeció, el brazo se agitó, como si le doliera, y su mirada adquirió una expresión demente.

—¡Aprieta, Prunella! —gritó Giuseppe—. No la sueltes, por Dios, no la sueltes.

Pero por mucho que quería, Prunella no podía seguir apretando y, pálida de agotamiento, dejó caer la cabeza sobre la mesa.

Giuseppe la tomó de la muñeca.

—Ésta —susurró— es una de las tres piedras filosofales que el padre del príncipe se trajo de Tierra Santa en mil doscientos setenta y ocho, año del Señor. Una de ellas se encuentra en el Vaticano, junto con la túnica del apóstol; la otra está enterrada con el califa El-Hakim. Pero la tercera piedra, Prunella, me la dio el príncipe de Mirandola y es perfecta para convertir a los desconfiados. Pero respóndeme con franqueza: ¿quieres beber un vaso con un boticario ambulante y después ver un milagro mayor aún?

Después de otra jarra, la conversación entre Giuseppe y Prunella discurrió mucho mejor. Resultó que Prunella era una mujer bien informada, como suelen serlo la mayoría de las posaderas. Que estaba hambrienta de amor fue algo que descubrió Giuseppe algo más tarde, pero durante las horas previas ella le habló del «milagro de Gadolfo», que no era ningún secreto, pues era tema de conversación en toda la región de Emilia, e incluso en los montes de Vicenta no se hablaba de otra cosa.

—Había un hombre de Lucca que iba en compañía de un lobo. Un señor peligroso y temible, que viajaba en nombre del obispo y con la bendición de la Iglesia, aunque no dejaba tras de sí más que muerte y destrucción. Nadie deseaba su compañía, nadie le ofrecía alojamiento, pero menos aún se atrevían a negarle la información que quería.

—¿Qué buscaba? —susurró Giuseppe, tratando de que su voz sonara despreocupada.

—Por lo visto, buscaba a un viejo mercachifle; el que pueda entenderlo que lo entienda.

—Santo cielo —murmuró, mientras sentía que le brotaba un sudor frío.

La mujer del tabernero se sirvió otro vaso de vino.

—Con aquel señor se podía tener mala suerte —aseveró—. Había, por ejemplo, un campesino testarudo que se negó a hablar con el enviado de Lucca. Lo encontraron degollado.

—Eso suele soltar la lengua de los que siguen vivos.

—Es verdad. Pero sigue escuchando, porque el hombre, al que llaman Del Sarto, estuvo también aquí.

Giuseppe jadeó y dejó el vaso en la mesa.

—No me digas. Ese Del Sarto se mueve mucho.

La mujer asintió en silencio, con aire trascendental.

—Estuvo alojado en la posada tres días, comió de mi comida, bebió de nuestro vino y alimentó a su perro, que es tan perro como un león es un gato. Desde aquí

convocó a gente de los alrededores para que le contaran lo que sabían del Hombre de los Milagros, que en aquel momento se encontraba en Rosalina Mare, donde todo el clero se le había echado encima.

—¿A causa de qué?

—A causa de una mujer que llevaba más de un mes teniendo contracciones de parto.

—¡Cuenta, Prunella!

La posadera puso su mano sobre la de Giuseppe.

—El Hombre de los Milagros llegó y frotó con su saliva el vientre de la embarazada, que dio a luz inmediatamente a una niña negra de pies a cabeza, aunque tanto el hombre como la mujer eran blancos. Podría haber una explicación, al ser Rosalina Mare lugar frecuentado por marineros, pero el clero expulsó de la ciudad al Hombre de los Milagros. Éste buscó refugio en Gadolfo, adonde... —Hizo una pequeña pausa teatral—. Adonde llegó Del Sarto.

Giuseppe alargó el brazo hacia la jarra de agua, y al servirse vio que le temblaba la mano.

—¿A qué distancia está Gadolfo de aquí? —susurró.

—A un día o dos de viaje. Como mucho. ¿Tienes algo que hacer en Gadolfo?

—De ninguna manera, casi diría que al contrario. Entonces, ¿llegó ese Del Sarto?

Prunella asintió en silencio.

—Sí que llegó, pero apenas había entrado en la ciudad cuando lo atacó la enfermedad: empezó a sangrar por la nariz, y le salieron bubones en los sobacos y la entrepierna.

—La peste —dijo Giuseppe con un gemido.

—Exactamente, la peste. Pero aún hay más, porque estando tan cerca de su presa, puesto que Del Sarto perseguía al Hombre de los Milagros, no dejó que la enfermedad lo derrotara, y envió a sus hombres a la marisma donde vivían dos hermanos, aislados del mundo a causa de la lepra. Sus padres habían muerto, y los niños se alimentaban de la pesca y la compasión de los buenos vecinos. Pero la enfermedad se había extendido tanto que nadie se atrevía a acercarse a la leprosería, asentada en cuatro pilares sobre la marisma. Era obvio para todos que los niños estaban condenados a morir. —Prunella dejó el chal en el banco—. Lo que sucedió después lo sé por mi primo, que vive por aquellos parajes; cuenta que una mañana llegó un joven en una lancha, ayudado de una pértiga. Pasó con los niños casi todo el día, y por la noche volvió con la lancha a tierra firme, donde se echó a dormir con las estrellas por techo. ¿Crees que los curó de su mal? —preguntó, sonriendo—. Naturalmente que sí. Eso sí que es un milagro.

Giuseppe sirvió otro vaso de vino sin esperar a que lo invitaran.

—Me da la sensación —murmuró— de que voy a vomitar la minestrone.

Prunella le tendió la jarra de agua y empezó a contar la historia de las siete hermanas de Rafael. Vivían en un molino de agua, rodeado de sesenta sauces llorones plantados por el emperador Tiberio, quien fue agasajado en la región durante la época en que el molino funcionó como taberna para viajeros. Las siete hermanas tenían en común el pelo cobrizo y la piel blanca azulada, así como ser infecundas, pues tal fue el destino que azotó a la familia: a saber, que ninguna de ellas podía quedar embarazada. Pero tras unos pocos días de estancia en el molino, el Hombre de los Milagros dejó atrás a siete hermanas encinta.

Giuseppe se inclinó sobre la mesa con expresión incrédula y escandalizada.

—Vaya manera de saltar al potro.

Prunella guiñó un ojo.

—No tengo ni idea de cómo se quedaron embarazadas —murmuró—, pero esa clase de milagros es bastante habitual.

Giuseppe sacudió la cabeza, resignado.

—Siete seguidas —dijo con un gemido.

—Pero ya se sabe —continuó la mujer— que el destino es caprichoso. ¿Recuerdas al verdugo de Lucca, que enfermó de peste bubónica? A pesar de todo, aquella misma noche fue tratado por su enfermedad, y a la mañana siguiente pudo levantarse de la cama completamente curado.

—¿Es posible? ¿Curado de la peste?

—Y en cuanto a los niños leprosos que estaban a punto de morir, éste es el día en que no se distinguen del resto de los rapaces completamente sanos de la marisma.

Giuseppe empujó la botella de vino a un lado de la mesa.

—Ya vale por esta noche —susurró.

Prunella sonrió.

—Oye, tú parece saber algo más que el rosario —dijo con voz arrulladora.

—Se agradece la confianza —contestó él, poniéndose en pie con dificultad.

—Toma y daca —repuso, agarrándolo del cuello.

—Por desgracia, tengo una misión inaplazable; pero dime, por favor, ¿qué fue de Del Sarto?

—Del Sarto sigue a la caza.

—¿Dónde está cazando?

—¿Dónde? Por todas partes. Y continuará hasta que encuentre al hombre que lo curó, pues dicen que se dejó enfermar sólo para atraer a su presa. La peste, atrapamoscas, es castigo de Dios, todo el mundo lo sabe. No lo olvides.

—Lo sé, señora, al menos es lo que afirma la Iglesia, y no seré yo quien desdiga la palabra de la Iglesia. Pero, como dicen en París, *adieu*, debo partir inmediatamente para Gadolfo.

Se levantó y se encogió de hombros en tono de disculpa, pero Prunella lo tomó de

la mano.

—Puedes partir mañana —susurró—. Podrías hipnotizarme a mí para que me tumbe patas arriba.

Giuseppe sacudió la cabeza, soltó un sonoro suspiro y se rascó la nuca, pero siguió a la posadera, que subía la escalera con una sonrisa tenue.

—La función empieza arriba —dijo ella.

Giuseppe asintió en silencio.

—Los que han entrado gratis —murmuró— son siempre los primeros en silbar al artista.

*Acerca de la cura milagrosa de Del Sarto,
y del cretino de la cripta*

Los mariscadores caminaban junto a la orilla, recogiendo lo que encontraban después de bajar la marea. Había allí mujeres y hombres, niños y ancianos. Llevaban todos unos pequeños delantales verdes, en los que depositaban la captura. Cuando el delantal se llenaba, los berberechos se descargaban en cinco carros de caballos, preparados a tal efecto.

Tiziano se tumbó en la arena, cerró los ojos y pensó en el viaje desde Mirandola hasta la ciudad portuaria de orillas del Adriático. Había seguido un rastro pintado en el rostro de la gente. Estando tan lejos, la gente no temía al obispo de Lucca, tampoco a un soldado solitario; pero al sombrío Del Sarto lo veían en sueños, y el rumor de sus fechorías se había extendido como un delta por toda la zona costera. Tiziano oyó varias versiones de la historia de aquel hombracho que sucumbió al yugo de la peste para después volver a levantarse. La más inequívoca se la contó una mujer que limpiaba berberechos.

—¿Has visto a Del Sarto por la costa?

—No; pero está aquí, *signore*.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los niños no se separan de nosotros —respondió.

Sólo era cuestión de esperar, y por lo que atañía a Tiziano, no tenía ninguna prisa. Cuando cerraba los ojos, siempre veía la misma imagen: desciende a caballo el camino de montaña, va algo ladeado en la silla y saluda con la mano a una chica que está de pie junto al río, en el lugar convenido. Todo es cierto en esa escena, todo menos una cosa, que es un profundo secreto. Incluso para él. Sobre todo para él. Todo lo demás es tan cierto y sencillo como el golpe de las olas contra la playa y la luna nueva en el firmamento. Si hubiera estudiado esa imagen con más detalle, si no hubiera estado cegado de felicidad... entonces lo habría visto en la sonrisa de ella. Cuando recordaba aquel día, utilizaba la imagen como un cuchillo que cuidadosamente retorció en su corazón.

Los pescadores habían desaparecido con sus carros, el viento había amainado, y las

olas embestían con fuerza contra la playa. Por encima del agua, el cielo había adquirido un tono gris que anunciaba cambio de tiempo.

Tiziano se puso en pie, fue en busca de su cantimplora con agua, y estaba a punto de montar cuando divisó un caballo negro que se acercaba. Junto al caballo caminaba una figura alta y oscura.

Tiziano se quitó la arena de la ropa a manotazos.

—Comprendo a los niños de Gadolfo —murmuró.

Del Sarto se tomó su tiempo; lanzaba a las olas ramitas para que su flaco acompañante fuera a buscarlas. Era una imagen perfecta: el hombre, el lobo y el jamelgo flaco. Se parecían entre ellos. Ropa, pellejo, piel y pelo, largas greñas negras, deshilachadas y gastadas; descoloridos, despiadados y sin hogar, pues servían al reino de la muerte.

—¡Un saludo de Mirandola! —gritó Tiziano—. De parte de su excelencia, que ha oído hablar de tu cura milagrosa.

Del Sarto no respondió. Montó en la silla y dio unas vueltas en torno a él.

—¿Qué ves, capitán?

—¿Qué veo?

—¿Ves alguna señal de epidemia en mi rostro? ¿Ves la peste en mi piel? No, no la ves, porque no se ve nada. Puedes volver a Lucca y comunicar al obispo que mi búsqueda no ha sido en vano: he hecho mi primera captura en Gadolfo.

—¿Cómo, la primera captura?

—Ya me has oído, capitán. Tengo enjaulado ni más ni menos que al Hombre de los Milagros. Así es como lo llaman por aquí. Un pobre discípulo del hereje Pagamino, que tanto tiempo llevo buscando. ¿No crees que es una captura? Espera y verás. Porque ahora dejaremos correr la voz, y pronto... pronto aparecerá el viejo; y esta vez no dejaré que esquive el anzuelo. Lucca puede estar contenta.

Tiziano empuñó las bridas.

—Pero ¿tenías realmente la peste?

—Sí, era peste, y cuando ese supuesto curandero fue a mis aposentos, yo estaba en las últimas. Pero recuerdo con toda claridad que el Hombre de los Milagros mencionó a su maestro, el buen maese Pagamino, que estuvo encerrado en las mazmorras de Lucca. Allí debía haber seguido hasta morir quemado en la hoguera, pero no fue así. Aunque el Hombre de los Milagros no tiene nada que temer; no es más que un arrapiezo, un muchacho al que ha instruido Pagamino. Todos sus conocimientos los ha adquirido del viejo, y en su carro lleva ungüentos y hierbas, fórmulas y aceites para todas las enfermedades que pueden aquejar a una persona. Encontré hasta un sapo. ¿Hace falta que diga más, capitán?

—No, no hace falta que digas más —murmuró Tiziano—. ¿Cómo lo has localizado?

Del Sarto elevó la mirada al cielo desvaído.

—Seguí un rastro que estaba dibujado con llamas, porque ha obrado milagros y portentos, y desafiado a Dios desde Lucca hasta Ferrara y desde Ferrara hasta Gadolfo. Está excomulgado, y es buscado, venerado y odiado, porque los crímenes han ido de la mano de los milagros.

—Pero a ti te curó la peste bubónica.

Del Sarto tiró de la brida y el caballo se encabritó.

—¡No existe cura para la peste bubónica! —gritó—. ¡La peste es un castigo de Dios, creía que ya lo sabías, soldado! El Todopoderoso se apiadó de mí, porque lo que me dio el Hombre de los Milagros era rábano picante. ¡Rábano picante! Pero se acabó el juego. El chico está encerrado en una cripta bajo la iglesia del lugar, custodiado por mis hombres. Y esta vez no van a escapar ni él ni Pagamino. Es una promesa que he hecho. Tomo al cielo por testigo. Pero ven, soldado, acompáñame a presenciar el milagro de Gadolfo.

La iglesia se alzaba junto al camino de acceso a la ciudad, y cuando Tiziano y Del Sarto llegaron allí, la lluvia caía en tupidos velos. Fue el propio cura, un hombre alto y delgado con una gran barba blanca, quien los recibió. La iglesia era un edificio modesto, encalado, que tenía problemas con un tejado cuyos agujeros habían causado que la estancia se inundara debido a la lluvia repentina.

—¡Aquí terminan todos los milagros! —gritó Del Sarto—. En la casa de Dios el demonio se torna visible y se prepara para la hoguera. Un día grande para la Iglesia, un día grande para Lucca. El día de la victoria para Del Sarto.

Tiziano avanzó hacia la losa que cubría la cripta.

Del Sarto echó su capote sobre el banco más cercano y ordenó salir al clérigo.

—Toda captura —le susurró a Tiziano— depende del cebo; y lo que vas a ver ahora, soldado, es el cebo perfecto. Ni demasiado grande ni demasiado pequeño, justo el adecuado para el anzuelo.

El capitán se agachó y agarró la enorme piedra, grande y maciza. Ayudándose uno al otro, lograron arrastrarla a un lado, y Del Sarto introdujo la mano en la oscuridad.

—¡Toma mi mano! —gritó—. Vas a subir a la luz de Dios. ¿Me oyes?

No se oyó ninguna respuesta, pero de la oscuridad surgió un chico de tez lechosa, cubierto del polvo de la cripta. Miró alternativamente a Del Sarto y a Tiziano, con un aspecto que era cualquier cosa menos milagroso.

—Como te decía —dijo el verdugo sonriendo—, no es gran cosa.

El chico bajó la mirada y preguntó si podía beber algo.

—Primero el soldado quiere comprobar que sabes hablar. —Se sentó en el banco más cercano y cruzó una pierna sobre la otra—. ¿Cómo te llamas?

—Arturo, *signore*.

—¿Qué más, aparte de Arturo?

—Nunca me han llamado otra cosa que Arturo, señor.

—¿Dónde naciste?

—Fui a Florencia de niño, *signore*.

—¿A qué te dedicabas en Florencia?

—Era sirviente y jardinero, pero mi familia murió de peste el año pasado.

—¿Cómo es posible que no enfermaras?

—Creo que es porque comimos *Armoracia rusticana*.

—¿Quiénes?

—Yo y el jardinero mayor, *signore*.

—Ya veo. Pero dime, Arturo, ¿te han llamado cretino alguna vez?

—Sí, señor, el maese me llamaba siempre cretino.

Del Sarto miró a Tiziano y sonrió.

—¿El maese? ¿Te refieres a Pagamino?

—Sí, señor.

El chico estaba con los hombros levantados y mirando al suelo mientras juntaba y separaba las yemas de los dedos, como hacen algunos roedores.

Del Sarto se inclinó y bajó la voz.

—¿Te habló Pagamino alguna vez de un chico?

—¿De un chico, *signore*?

El verdugo se irguió y de pronto dio rienda suelta a la tensión acumulada.

—¡Un chico que podía proporcionar a Pagamino lo último que le faltaba! —dijo a gritos—. La última pizca para completar una antiquísima fórmula herética.

—A veces hablábamos de ello, *signore*.

Del Sarto miró al techo, de donde caían gotas de lluvia de todos los tamaños. Parecía excepcionalmente contento.

—Soldado —susurró—: vuelve a donde Agostino y cuéntale lo que has visto. Di al venerable padre que me quedo en Gadolfo, donde he puesto el cebo en el anzuelo.

Tiziano se acercó al muchacho y le levantó la barbilla para mirarlo a los ojos.

—¿Eres ese a quien llaman el Hombre de los Milagros?

—No, señor, es mi maese el Hombre de los Milagros, pues yo sólo empleo sus ungüentos y polvos.

—¿Qué milagros hace tu maestro?

—Oh, muchos, señor, hipnotiza a las moscas y convierte a enanos en gigantes.

—¿En serio?

—Tiene polvos y ungüentos para todo tipo de enfermedades, señor.

—También un ungüento para mi ojo ciego —susurró Del Sarto, llevando a Tiziano a un rincón—. Te das cuenta de que el chico es tonto, ¿no?

—Me doy cuenta.

—Pero valdrá como cebo, ¿no te parece? Por cierto, ¿no ibas a casarte?

—Se ha suspendido la boda.

—¿Suspendido? ¿Por qué?

—No creo que te interese.

El verdugo volvió a Arturo, que no se había movido de su sitio.

—Puedes bajar a tu agujero.

—¿Puedo beber algo, *signore*?

—No has venido a beber. Abajo, al agujero, que es donde tienes que estar.

Arturo desapareció. Del Sarto arrastró la losa hasta su lugar.

—¿Ves, capitán? El verdugo de Lucca siempre logra su presa. Es sólo cuestión de tiempo.

Tiziano no respondió, y se quedó mirando al agua de lluvia, que se había juntado hasta formar un pequeño río brillante que caía desde las filas de bancos hacia la cripta.

En el transcurso de la noche la tormenta arreció. La lluvia se había convertido en un temporal, y Tiziano decidió pernoctar en la fonda local, donde se hablaba del temporal como el peor que recordaban.

Le dieron un cuarto en el primer piso, y se alegró por la buena cama y una vela de sebo nueva, que apagó antes de acostarse. Estando ya medio dormido, oyó pasos en la escalera. El posadero estaba abriendo la puerta de la habitación contigua. No parecía contento de que lo hubieran despertado.

—Te pagaré —dijo una voz.

—Bien, porque hace tiempo que hemos cerrado, y yo estaba bien caliente en la cama.

—Te agradezco la amabilidad.

—Hagamos las cuentas ahora, son las reglas de la casa.

—Podría pagarte también con un raro elixir que poseo casualmente...

—Ya me parecía a mí, nada de dinero.

—Pero tal vez pueda serte de ayuda de algún otro modo.

—Si no hay dinero, no hay habitación.

—Piensa en la lluvia, posadero. Además, no hay trabajo que me sea extraño.

—Hay que limpiar toda la casa. También la escalera, las letrinas y la bodega.

—Como ordene el señor.

Inmediatamente se hizo el silencio.

Tiziano continuó tumbado un rato, pero después se levantó, encendió la vela, salió al pasillo y llamó a la puerta de la habitación de al lado.

*Alberto el Venerable juega a un juego arriesgado y
razona acerca de las mujeres y las sardinas*

Cerró la puerta de un portazo y pisoteó el suelo.

—Esto es lo que se logra cuando es noche avanzada y están cayendo chuzos. Al diablo con todo. Y existen mujeres —añadió mientras colocaba la ropa mojada en el respaldo de la silla— que no conocen la moderación ni los buenos modales; al fin y al cabo no es culpa mía que esté desatendida, porque eso es responsabilidad de su marido. Y en cuanto a mi espalda, si alguien tiene interés en saberlo, ahora llevo el nombre Prunella escrito en el lomo, porque la señora no se contentaba con que se la metieran sin más, sino que exigía más ejercicios gimnásticos que no eran convenientes para el lumbago ni el reuma. Pero por si fuera poco, llamó a su marido en cuanto logró su voluntad conmigo. De modo que los miembros que no estaban descoyuntados por el revolcón con la mujerona me los ha roto el posadero a bastonazos.

Giuseppe se sentó en el camastro y se examinó las estrías de espalda y hombros.

—Ésta es la recompensa por hipnotizar a una mosca —murmuró—; y en cuanto a las mujeres y las sardinas, las prefiero pequeñas. Ahora estoy en Gadolfo, donde Cristo dio las tres voces. Y yo digo que al diablo con todo. Pero bueno, ¿qué pinto aquí?

—Has vuelto por amor a Bonifacio, ¿no?

—No deposito mi confianza en un borrico. Y en cuanto al asno cojo que acabas de mencionar, mi nariz bien puede prescindir de su olor.

—Oigamos qué pretexto tiene el viejo para encontrarse aquí, donde se encuentra también el verdugo de Lucca. ¿No deberías estar camino de Nápoles si apreciabas en algo tu vida?

—Si no fuera por la fortuna que trabajosamente he ido apilando en la vieja carreta, estaría en Nápoles, o mejor aún, en Capri, pero no he reunido toda una universidad en ungüentos y aceites para dejar que un cretino los esparza a los cuatro vientos. Voy a calentarle las costillas, ya lo creo. Lo que hay que ver: el idiota le ha dado a Del Sarto el extracto de rábano picante y lo ha curado de la peste. ¡Qué ironía!

—Has criado una serpiente en tu pecho, Seppe.

—Es exactamente el estribillo que se oye en todos los funerales de almas humildes.

—Y a ti ¿qué te importan las almas humildes?

—Ay, ojalá sufriera Lucifer mi soledad, que tanto te atrae y tienta, Rinaldo. Aunque seguramente sois pasas del mismo pastel.

—Hablabamos de la serpiente del pecho, viejo.

—La serpiente eres tú, voz de ultratumba. Pero tengo otros planes, porque la historia no se detiene aquí, de eso puedes estar seguro.

—Vaya facha llevas: un anciano desdentado, enfermo de los bronquios y con una hernia que se arrastra por el suelo. Y, además, mojado.

—Pero no me doy por vencido, Rinaldo, aún me queda algo por decir, y la historia no termina aquí.

—Ya lo sé, Seppe, pues termina donde empezó, o sea, en el que ha de ser tu último hoyo.

Llamaron a la puerta.

Giuseppe se estremeció.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un amigo.

Giuseppe se hizo un ovillo.

—No conozco a nadie por estos lares.

—Vamos, abre, por favor, y verás que sí nos conocemos.

Giuseppe giró dos veces sobre sí mismo, retorciéndose las manos y maldiciendo su mala fortuna. Desde luego, no conocía a nadie en aquel confín del mundo, y una visita a aquellas horas de la noche era un mal presagio.

Entreabrió la puerta. Allí estaba el capitán Tiziano con un candelabro.

Sintió flojera en las rodillas.

—Volvemos a encontrarnos, Alberto.

—Eh... sí, vaya sorpresa —murmuró Giuseppe, mirando de un lado al otro—. ¿Qué trae al capitán por aquí?

Tiziano abrió del todo la puerta y entró en la habitación.

—Eso era precisamente lo que quería preguntarte yo.

Giuseppe encendió la vela que había junto a la cama. Le temblaba la mano. «Pues tal vez sea aquí donde tenga que acabar la historia —pensó—, en Gadolfo, la madre de todas las aldeas. ¿Soy tal vez demasiado engreído con Rinaldo? ¿Demasiado audaz? Maldita sea mi codicia. No comprendo por qué no puse rumbo a Nápoles. Pero es lo que consigues cuando montas a la mujer del posadero. Debería haber escuchado la voz de la sensatez. Pero el día que Rinaldo diga la última palabra, habré pasado la última hoja.»

—Sólo sigo los caminos del Señor —murmuró—, y ellos me llevan a los lugares más extraños, ora al este ora al oeste. *Tarde est veterem canem mittere in ligamen*. Es difícil atar con correa a un perro viejo.

Tiziano esbozó una sonrisa críptica.

—Y ahora te encuentras en Gadolfo, en una posada, una noche lluviosa.

Giuseppe carraspeó y miró de reojo al capitán. «Este adonis va a matarme cualquier día. Estamos hechos el uno para el otro. Aunque nuestras vidas son diferentes a más no poder, está escrito en el fango que un día nos encontraremos en Gadolfo, porque a partir de Gadolfo el camino va directamente al infierno. Cómo me mira al gaznate. Ya lo he visto antes manejando el cuchillo. Esto va rápido. Qué habilidad. Noto ya que brota la sangre a borbotones.»

Se llevó la mano a la garganta.

—Lo siento, no tengo nada para ofrecer al capitán.

—No importa. ¿Qué te ha traído a Gadolfo, Alberto?

Giuseppe carraspeó y sopesó sus palabras. ¿Quedaba aún esperanza o era tan sólo que el gato quería entretenerse con el ratón?

—Predico a los pájaros de la comarca —murmuró—, igual que hacía san Francisco. Me da exactamente igual llegar a Gadolfo o a Ferrara. Pero ¿qué es lo que trae al capitán a estas tierras lejanas?

Tiziano tomó asiento en el camastro.

—Estoy en Gadolfo para reunirme con un hombre que gusta a muy pocos. No voy a atosigarte, pero estoy al servicio del obispo, como sabes. Lamentablemente, mi boda se ha suspendido.

—Me entristece oírlo, pues la señorita era simpática y estaba deseando casarse.

—Y lista, mucho más lista que yo.

—Con la mujer y el asno hace falta mano dura —dijo Giuseppe tras un suspiro.

Tiziano sonrió.

—¿Qué sabe un fraile de esas cosas?

—Sobre asnos sé un montón, *signore*, pero en lo que toca a las mujeres, yo digo como los españoles: que son tan indescifrables como los melones.

Giuseppe miró al suelo. «Uno de los dos es un lerdo —pensó—, y no negaré que sea yo; pero creo percibir una luz en la penumbra, a menos que el capitán tenga otros planes. Porque he visto con mis propios ojos cómo acuchillaba a uno de los suyos. Tal vez se haya dado cuenta de eso, de que bajo la cama de Friggo había un viejo idiota que ahora habrá de pagar por su inagotable talento para estar siempre en el lugar equivocado.»

—¿Quieres compartir un vaso de vino conmigo, Alberto? —dijo Tiziano sonriendo—. Estoy seguro de que el hospedero podrá conseguir una jarra si se la pido.

—A decir verdad, iba a dormir ya y había rezado mis oraciones, capitán.

—Harías un gran favor a un soldado que siente soledad. —Estaba ya junto a la puerta.

Giuseppe se encogió de hombros.

—Pero sólo un vaso, porque no suelo probar el vino.

—*Pero ¿qué dices? Si anteanoche te metiste en la cama tambaleándote, borracho como una cuba.*

—*El mareo de las labores del día.*

—*Estabas tan borracho que hubieron de enseñarte las reglas más elementales del arte del amor. Al final la matrona tuvo que hacer el pino.*

—*Dicen que es bueno para la salud.*

—*Y ahora vas a soplar con el capitán de Lucca. ¿Por qué no invitas al obispo? Así podréis cantar coplas burlescas.*

—*No sé qué partido tomar; este lío parece tan interminable como el deseo de una viuda.*

—*Tú solito te has metido en el berenjenal.*

—*Y tú, Rinaldo, vas a perecer en él. Aunque presiento que he escapado del anzuelo otra vez y puedo seguir mi camino un poco más.*

—*Hacia un destino peor aún.*

—*Limítate a rezar, Rinaldo; enciende veinte cirios por mi desgracia, que es lo que siempre te ha interesado, demonio envidioso.*

—*Te veo caminando derecho a la tumba. Aunque esta vez va a ser la tuya propia.*

—*Sí, en la variedad está el gusto.*

Tiziano regresó con vino y vasos.

—Es curioso que hayamos tenido que encontrarnos en este páramo; pero aprovechemos, pues seguramente no volveremos a vernos. Y es que dicen que las mejores conversaciones son entre desconocidos que coinciden en un cruce de caminos y no se ven más.

—¿Eso dicen? —musitó Giuseppe mientras hacía los honores al vino.

Tiziano giró el vaso entre los dedos.

—A veces —suspiró— os envidio a los monjes.

—Servir a Dios proporciona muchas alegrías —afirmó Giuseppe, mirando de reojo a la jarra, que era la más pequeña que había visto en su vida.

—La historia que contaste en Mirandola me causó gran impresión. No consigo quitármela de la cabeza.

—¿Qué historia, querido amigo?

—La de tu infancia. Hay mucha maldad en el mundo.

—No diga eso, hijo.

—Podría contarte más de lo que te gustaría oír.

Giuseppe puso los ojos en blanco. «Me basta con lo que sé», pensó.

Tiziano lo miró.

—¿Has oído hablar del Hombre de los Milagros, hermano Alberto?

A Giuseppe, que acababa de llevarse el vaso a los labios, se le atragantó el vino.

—Pero ¿existe? —dijo entre toses.

—Ya lo creo, y trabaja por estos lares; mejor dicho, ya no trabaja.

—¿No es sólo Dios quien puede obrar milagros?

—Así es; pero ese joven, que se ha hospedado en Gadolfo y alrededores, ha cobrado cierta fama. Aunque al verlo no se le nota. No es más que un renacuajo.

—¿Ha visto a ese curandero, capitán?

—Hoy mismo. Está en la cripta de la iglesia del pueblo.

Giuseppe se levantó, se acercó a la ventana y se quedó mirando a la oscuridad.

—¿Qué puede estar haciendo el Hombre de los Milagros en una cripta? —murmuró.

—Está encerrado por los crímenes que la gente llama milagros.

—¿Eso es bueno o malo, capitán?

—Es bueno, Alberto. El muchacho va a volver a Lucca, que es donde tiene que estar, bajo siete llaves.

Giuseppe se colocó junto al capitán.

—Menuda la que está cayendo.

—Esta clase de tiempo entristece al más pintado.

Giuseppe tomó la mano del joven.

—Hay que mostrar agradecimiento por la lluvia enviada por Dios. Pero dígame, capitán: ¿ese curandero es peligroso para la Iglesia?

Tiziano se encogió de hombros.

—Sólo soy un soldado, Alberto, pero a mí no me parece peligroso. Aunque su maestro no es para tomarlo a broma.

—¿Su maestro, *signore*?

—Un hombre que ha vendido su alma al innombrable Anticristo. No se lo digas a nadie, pero el obispo de Lucca ha marcado el nombre de ese individuo.

—No me diga.

—Voy a confesarte una cosa, hermano Alberto, porque tengo la sensación de que entre nosotros hay confianza.

—El mundo siempre ha podido confiar en Alberto el Venerable —musitó Giuseppe.

—El mercachifle estuvo encerrado bajo siete llaves en Lucca. Esta historia me la contó el padre Agostino. Como decía, ese Pagamino estaba encerrado en una celda custodiada que tenía en lo alto de la pared un ventanuco no mayor que la mano de un

hombre. Aun así logró escapar, y no hay una explicación razonable para ello. Pero como decía, está confabulado con Satanás, y eso es suficiente explicación.

—No diga eso. Se me pone la carne de gallina.

Tiziano asintió en silencio.

—El mercachifle es discípulo del Maligno. Pero la red se está cerrando en torno a él, y Del Sarto no es hombre que deje escapar a su presa dos veces.

Giuseppe se disculpó y se tumbó en el camastro, esperando que así le volviera la sangre a la cabeza. Pero las ideas tomaron una dirección equivocada. Lo intentó con todas sus fuerzas, aunque sabía que no podría dominarlas. Iban demasiado rápido. Sentía que las palabras le acudían a la boca, que la tentación era demasiado dulce y que no tenía nada para frenarlas.

—*No lo hagas, viejo.*

—*No hay otro remedio. El plan es bueno y está bien pensado.*

—*¿Por quién?*

—*Calla, monstruo. ¿No comprendes lo importante que es concentrarse ahora? Si el condenado a muerte tiene un cuchillo, ¿acaso no lo usa para cortar la cuerda del patíbulo?*

—*Pocas veces ha jugado tanto una persona con fuego.*

—*En eso tienes razón. La tierra se abre como unas enormes fauces. El cielo está furioso y quiere llevarme a la tumba en un remolino. ¿Qué me aconsejas, Rinaldo? Estoy en la última encrucijada y no sé qué hacer.*

—*Huye mientras puedas. Huye, hombre, si estimas en algo tu vida.*

—*Gracias por el consejo. Haré lo contrario.*

Giuseppe se incorporó en la cama.

—Ese hombre que busca la Iglesia se encuentra en la posada Giovanni, entre Mirandola y Ferrara.

Tiziano agrandó los ojos.

—¿Qué me dices? ¿Pagamino?

Giuseppe lo miró sin pestañear.

—Yo vengo de allí, pero no sabía nada de la historia de ese hombre. Verá, Tiziano, espero que no le importe que lo llame Tiziano, es que he tenido a esa persona delante.

El capitán apretó los puños.

—¿Sin sospechar lo cerca que estabas del Príncipe de las Tinieblas?

—Sin sospecharlo.

—Pero ¿no viste la maldad en su mirada? ¿No reparaste en su hablar miserable?

Giuseppe bajó la voz.

—No todos los rumores son ciertos, capitán. Porque lo que yo vi fue un hombre gallardo con un aura considerable y la mirada firme. Era ancho de espaldas, y tenía una cabellera abundante y la voz autoritaria de un emperador. Un hombre magnífico.

—El Maligno se esconde bien.

—Ya lo creo.

La mirada de Tiziano vaciló.

—Pero ¿se llamaba Pagamino?

—Deme un momento para concentrarme —dijo Giuseppe cerrando los ojos—. Pues sí, así se llamaba: Pagamino, exacto. Me vendió un ungüento para el dolor de muelas y un remedio para los hongos.

—Un auténtico Belcebú —dijo Tiziano, juntando las manos—. Pero ¿crees que sigue aún en esa posada entre Mirandola y Ferrara?

Giuseppe ladeó la cabeza.

—Yo entendí que iba a quedarse varios días.

—Entonces no hay tiempo que perder —afirmó, y agarró la mano de Giuseppe—. Serás recompensado, Alberto. Iré inmediatamente a la posada y apresaré al viejo. Todo mal debe ser expulsado esta noche lluviosa. No ha sido casualidad que nos hayamos encontrado. Ahora me doy cuenta. Pero adiós, amigo mío, Lucca te debe mucho. Cuando el obispo sepa de tu acción, encenderá un cirio por tu alma inmortal.

Tiziano abrió la puerta, hizo una reverencia y desapareció.

Giuseppe esperó un rato, y después recogió el capote y la alforja.

—Entonces será la segunda vela que enciende el venerable padre por mi inmortalidad —murmuró, y apagó la vela.

Poco después bajaba ruidosamente la escalera.

—*¿Un hombre gallardo de pelo abundante, has dicho?*

—*Algo parecido.*

—*Jamás se ha visto un embustero mayor.*

—*El halago no te servirá de nada.*

—*¿Has perdido el juicio, Seppe?*

—*Vete, profanador de tumbas.*

—*Y ahora ¿qué?*

—*Voy en busca de lo que me perteneció.*

—*En los viejos tiempos ya habrías puesto pies en polvorosa.*

—*¿Insinúas que me he transformado, Rinaldo?*

—*Y no poco.*

—*¿Eso te inquieta?*

—*Debería inquietar a todo el mundo.*

*Sobre la pérdida de un diente,
el reencuentro con un discípulo y
el terremoto de Gadolfo*

Cuando Giuseppe salió por la puerta trasera, la lluvia caía en cascadas. La cañada se había convertido en un lodazal que, hacía tiempo, había cedido ante los torrentes que bajaban a chorros por las laderas. Como es natural, la gente no salía de casa, todos los postigos estaban cerrados y los animales se hallaban bajo techo. No se veía bicho viviente bajo el cielo amarillo azufre aparte de Giuseppe, que, despreciando a la muerte, se abría paso entre la lluvia, el barro y más y más viento que azotaba la costa con la fuerza de un huracán.

En los campos bajos el ganado berreaba; varios animales estaban ya con el agua hasta la panza; parecía que el mar y el cielo hubieran decidido distribuirse entre ellos el agua y la tierra.

Giuseppe cayó de bruces varias veces, de modo que su hábito estaba empapado y pesaba como una cota de malla. Tenía la boca llena de tierra y temblaba de frío; pero continuó infatigable, pues lo movía la tozudez.

—¡Si no me ahogo, moriré de frío! —gritó, y siguió avanzando agachado contra el viento—. Una vez estuve a punto de morir de sed, claro que también dicen que cuando por fin llueven gachas del cielo, resulta que el mendigo no tiene cuchara.

Vislumbró ante sí el edificio blanco de la iglesia, que relucía en la tormenta como una vacilante imagen onírica.

—Estoy en camino, miserable carcoma —gruñó, y se le llenó la boca de agua—. Si no te has ahogado, verás de nuevo al cochero que te llevó por el mundo. Eso debería alegrarte, parásito moralista.

Cayó de rodillas, rodó por el suelo y volvió a levantarse.

«Si *Bonifacio* aún vive —pensó—, me ocuparé de que sus últimos días sean los mejores. Ese cuadrúpedo ha tratado mejor al buhonero de Umbría que muchos seres de dos patas.»

—Te daré todo el forraje que seas capaz de tragar, querido asno, pues tu amo está dispuesto a cuidarte, aunque tenga la boca llena de barro.

Se sacudió el agua de las sandalias, dio tres saltos sobre una pierna para recuperar el equilibrio, cayó de espaldas y soltó un juramento, exasperado.

—¿Será que el Todopoderoso trata de decirme que no debería haber salido? En ese caso, puedo aclarar que se necesita más que eso para subyugar a un profanador de

tumbas que ha estado rodeado de huesos hasta la cintura desde que le brotó la barba. No es así como se asusta a un hombre que ha pasado sus mejores años en el reino de los muertos, porque cuando se le mete una cosa en la cabeza, la hace. Esté diluviando o no.

Elevó la mirada al cielo gris pizarra, pero era imposible ver más allá de sus narices.

Se puso en pie con dificultad, resbaló en el lodo y continuó hasta llegar al atrio de la iglesia.

Un estruendo lejano indicaba que se aproximaba otra tormenta. Giuseppe sacudió la cabeza. Si a la lluvia se le añadían los truenos, aquello sería diferente a sus anteriores experiencias con los elementos: todo parecía indicar que aquella noche iban a vaciarse los cielos. Solamente faltaba un enérgico rayo que quemara lo que no estaba anegado ya. Pero nunca había oído aquella clase de trueno, pues no procedía del cielo, sino de las entrañas de la tierra. Algo antinatural e inquietante estaba ocurriendo, pero si el mundo iba a acabarse de verdad, Gadolfo era un lugar excelente para ello, pues allí era imposible oponer resistencia alguna.

Miró por el rabillo del ojo hacia las nubes de color granito, donde ardía una cuña de luz, un ojo de cobra que parecía observarlo.

—¿Me ves, Dios? —gritó—. Claro, tú lo ves todo. Pero entonces también oíste lo que mi viejo profesor Edward Lacarte dijo sobre ti.

Se apoyó en la pared y repitió las palabras que se oyeron en la Universidad de Salerno en la mañana de los tiempos:

—Si la gente hubiera confiado siempre en Dios y sólo en Dios, habríamos perecido de enfermedad y candidez.

A lo que respondió la telaraña clerical que siempre se apiñaba en los rincones del auditorio:

—Entonces, *dottore*, ¿la salud es obra de Satanás?

La respuesta de Lacarte atravesó la estancia como el retumbar de una catapulta:

—La salud, señores, es obra del ser humano.

Fue lo que se oyó en Salerno, y fue lo que se oyó en Gadolfo, el desagüe por donde todo ser viviente iba a salir aquella misma noche. Porque aquello era un auténtico diluvio.

Se apoyó en la puerta de la iglesia, buscando guarecerse, asió la manilla y se deslizó al interior de la estancia.

Desde el techo el agua chorreaba en forma de largas gotas deshilachadas, que creaban un coro desalentado al golpear el suelo.

—Menuda misa —gimió—, menuda misa mayor. ¿Y la cripta? ¿Dónde está la cripta en este estanque?

Se apoyó en las filas de bancos y divisó una losa al fondo del recinto.

Avanzó trabajosamente hasta allí, se arrodilló y agarró la piedra con ambas manos, pero se dio cuenta de que era demasiado pesada. «Si fuese más joven, la habría retirado en un momento, pero ahora estoy viejo y débil. Al diablo con todo.»

Escupió con disgusto.

—¿Estás ahí abajo? —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Silencio.

Con un suspiro, se deslizó hasta el suelo y puso la frente contra las rodillas. De pura resignación, se abrió la túnica y descubrió la hernia, del tamaño de un melón.

—Así terminamos los viejos, como embarazadas, con un bulto bajo las caderas, una carga de venillas azuladas que habremos de arrastrar hasta la tumba, a menos que termine con una inmaculada concepción.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Perdona, Madre Santísima, tú no tienes que sufrir mi mal humor. Demonios, qué maltrecho estoy. ¿Me ves, María?

Al fin y al cabo, había pasado muchos momentos a los pies de la estatua de la Virgen, cuyas lágrimas eran tan gordas como las gotas de una vela de sebo.

—Siempre he sentido debilidad por ti —dijo, suspirando.

—¡Qué lástima! Un viejo y su antiestética hernia.

—¿Aún estás ahí, repugnante sanguijuela? Desde luego, no hay mosca que estire la pata sin que te regodees.

—¿Ha sido una carcoma la causa de que hayas ido tan lejos, Seppe? ¿O ha sido por amor a la Virgen?

—Me ha arrastrado el deber, Rinaldo.

—Vamos, el deber... Mira que tener que oír eso en la casa de Dios... Pareces algo que ha traído el gato, algo mojado y gastado. ¿A qué esperanza te aferras, viejo?

—A que se te seque la boca. A que el padre Agostino se hunda en su propio berenjenal, y a que mañana caiga una camisa seca del cielo.

—No cabe duda de que eres un hombre devoto.

—Hago lo que puedo, y no me importa llevar la contraria a Dios cuando la hospitalidad no se ve por ninguna parte.

—Estás perdido, viejo.

—Te equivocas, Rinaldo. Porque también yo tengo un creador; dame tan sólo la oportunidad de encontrarlo. Tú y los tuyos no sois más que unos publicanos y unos vendecirios.

—Cuida la lengua, estás en una iglesia.

—Es precisamente aquí donde deben oírse mis palabras, y aquí se oirán.

—Estás hecho una ruina, Seppe.

—Como el edificio.

—Ah, pero la iglesia aguantará, puedes estar seguro de ello. Cuando desaparezcas tú, la iglesia seguirá en pie con su tejado y sus hileras de bancos. La palabra de Dios sobrevive a todo.

—Es incomprensible que te haya sobrevivido a ti y a la iglesia.

Giuseppe se desplomó y sintió las gotas de lluvia golpeando su espalda como punzones de cristal.

—Una pulmonía —murmuró—, eso es lo que voy a pillar por mis desvelos. Después toseré hasta morir. «¿Qué le cuelga de la boca al pobre hombre?», preguntan los pequeños; y las madres responden: «Son los pulmones, niños, no miréis.» Pero no he venido hasta aquí para darme por vencido. Giuseppe nunca se da por vencido.

Con una furia repentina giró sobre sí mismo y se echó boca abajo. Tenía la boca apretada contra la rendija que había entre la losa y la cripta.

—¡Arturo! —gritó—. ¿Estás ahí, rapaz? ¡Soy tu dueño y señor, tumbado en el barro!

Silencio.

Giuseppe se dio la vuelta y se quedó tumbado de espaldas. Temblaba de frío, irritación y amargura.

—El tejado no aguantará mucho. Y con él se desvanecerá la suerte. No es que haya sentido jamás que me sonriera, pero desde luego he conocido momentos mejores que éste.

Tosió, y notó que se le soltaba un diente. Sucedió de manera involuntaria y desgarradora. Cayó como una piña del árbol.

Lo escupió al suelo.

Allí estaba, marrón, medio podrido y bien muerto.

Buscó con la punta de la lengua y encontró el agujero donde se había alojado el diente. Lleno de inquietud, pronunció su propio nombre, y enseguida se dio cuenta de la función que había tenido el diente. Además de mascar la comida, había dirigido a la lengua, que de pronto hacía lo que le daba la gana y le proporcionaba un hablar flojo y tosco.

—Hablo como un retrasado mental —ceceó, y arrojó el diente contra la pared—. ¿Por qué no arrancar los últimos piños, para salir de esta oscuridad como un idiota rematado, que es lo que soy?

Se hizo un ovillo.

—¿Con quién estoy hablando? —susurró, a la vez que divisaba cinco dedos asomando por la rendija que había entre la losa y la cripta.

Se arrojó al suelo y los agarró con ambas manos.

—Arturo —susurró—, ¿eres tú, amigo mío?

—Sí, maese, soy yo.

Giuseppe sintió que el llanto le atravesaba el cuerpo con una furia irrefrenable. Se arrojó sobre la losa, escupiendo y maldiciendo, con los ojos desorbitados, la sangre latiendo con fuerza en las sienes, y la orina fluyendo pernera abajo. Pero la piedra se movió, se desplazó una pulgada, se deslizó como una malhumorada rueda de molino, pero justo lo suficiente para que Giuseppe pudiera mirar hacia abajo, donde una extenuada cara de luna lo observaba desde el pozo negro. Sólo la nariz, la boca y los ojos sobresalían del agua.

—Arturo —susurró Giuseppe—, Arturo, muchacho.

—Maese.

—¿Qué te han hecho? ¿Qué han hecho contigo? Vamos, dame la mano.

Agarró con fuerza los dedos del muchacho, que estaban fríos como el barro.

—Habrás de meter la tripa, amiguito, no tengo fuerza para mover la piedra, y tampoco puedo levantarte a ti.

—Meteré tripa, maese.

Arturo apoyó los codos en el suelo de la iglesia, apretó los dientes y consiguió sacar el cuerpo.

Giuseppe lo puso en pie. Se miraron el uno al otro. Giuseppe tocó la nariz, la boca y la barbilla del chico.

—Eres tú —susurró—. Qué pálido estás.

—Pero soy yo, maese. Ya sabía yo que volveríamos a encontrarnos. Lo sabía.

Giuseppe atrajo a Arturo contra su pecho y, aunque ambos estaban ateridos de frío, sintió que un calor agradable atravesaba su viejo cuerpo.

—Qué flaco estás. Pero eso vamos a arreglarlo enseguida. ¿Conservas aún el carro, Arturo? ¿El de los ungüentos? ¿La universidad de Pagamino?

—Sí, maese, está en lugar seguro. *Bonifacio* cuida de él.

—¿Me estás diciendo que ese viejo borrico aún vive?

—Sí, maese, ya lo creo que vive. Hemos compartido buenos y malos ratos.

—Entonces la vieja carcoma también estará viva, con la tripa llena de tablas podridas. —Rió en voz alta y alisó el pelo negro de Arturo—. ¿Qué te decía yo? —gritó—. ¡Los hemos engañado a todos! Entre los dos, Arturo, ¡los hemos engañado a todos!

—¿A quién has engañado, Pagamino?

Giuseppe giró sobre sí mismo.

Ante la puerta abierta había una figura oscura con una antorcha en la mano.

—¿Quién es? —susurró Giuseppe.

—¿O sea que creías que podrías engañarme, Pagamino? Pero el mayor idiota es el que cree que todos los demás son idiotas.

—¿Del Sarto?

El verdugo se le acercó. El ojo bueno se iluminó. Estaba con las piernas abiertas, dejando que la antorcha se balanceara atrás y adelante.

—¡Todo el mundo va a ver la captura de Del Sarto! —gritó—. ¡Maestro y discípulo! Sólo se escapa del anzuelo una vez, Pagamino. Y, sin embargo, has vuelto a dejarte tentar. —Echó la cabeza atrás y rió con todas sus fuerzas; pero de pronto se encorvó, apretó el puño y arrojó al aire un objeto redondo—. ¡Cógelo, Pagamino! ¡Coge el ojo malo y cúralo, viejo diablo!

Giuseppe se quedó mirando el ojo, que atravesó volando la iglesia, y vio que Arturo se estiraba un poco y atrapaba la canica.

Del Sarto sacó la espada.

—Abre la mano, rapaz, y verás llegar la muerte, porque mi espada anhela tu piel. Tu garganta exalta su hoja. Has cumplido con tu deber. —Avanzó un paso—. Bueno —dijo entre dientes—, te ha llegado la hora, viejo.

—Pues así sea —susurró Giuseppe, y vio que Arturo se ponía en cuclillas.

Se hizo un silencio.

Arturo levantó la mirada, echó el brazo atrás y lanzó el ojo de cristal, que rodó por el suelo. Del Sarto bajó la espada y se quedó mirando a la canica azul, que se detuvo entre sus piernas.

La iglesia se estremeció. Un par de piedras se soltaron del tejado, unas tejas cayeron y se rompieron contra los bancos. Las paredes temblaron; pero la vista de Del Sarto estaba clavada en la grieta que se había abierto e iba desde la cripta hasta la puerta.

La siguiente sacudida estuvo acompañada de un estruendo que no pertenecía a este mundo, pues provenía del fondo de la tierra, e hizo que el tejado se rajara y las paredes se estremecieran.

Del Sarto tenía una bota a cada lado de la grieta de medio metro que había dividido a la iglesia en dos.

A continuación hubo otro estruendo y otra sacudida. El tejado se desprendió y la grieta del suelo se convirtió en unas fauces de color rojo vivo, cuyas comisuras espumajeadas continuaron saliendo por el agujero donde había estado la puerta de la iglesia y hasta donde alcanzaba la vista.

Giuseppe estaba clavado en su sitio.

—Un terremoto —murmuró, mirando a los diez dedos blanco azulados que se veían en el suelo partido en dos de la iglesia. Del Sarto colgaba como una campana sobre la profundidad sin fin.

—Si no lo ayudamos, está perdido —susurró Arturo.

—¡Demasiado tarde! —chilló el verdugo—. Demasiado tarde, porque voy ya camino del infierno. Decidle a Agostino... decidle que tenga cuidado.

Giuseppe se inclinó sobre él.

—Así había que terminar, Del Sarto —siseó—. Suerte en el viaje. —No dejó de mirarlo mientras iba soltando sus dedos uno a uno.

El verdugo abrió la boca.

—No creo —dijo jadeando mientras extendía un brazo, que agarró a Giuseppe y lo hizo caer boca abajo—. ¡Vendrás conmigo! —rugió—. Iremos juntos, Pagamino.

Giuseppe resbaló sobre el abismo, luchando como un poseso, retorciéndose y girando; hundió las uñas en el suelo y sintió la sangre martilleándolo en los oídos.

—Suéltame —gimió.

—¡Tú y yo nos vamos juntos, viejo! —bramó Del Sarto, que ya lo tenía agarrado con ambas manos.

Giuseppe notó que la fuerza de resistencia se le escapaba, que los dedos perdían agarre, que los ojos giraban en sus órbitas.

Del Sarto dio un rugido de triunfo, pero de pronto calló.

Giuseppe miró fijamente a aquel gigante cuya mirada se abrió a un terror indecible. Se quedó observando a algo que estaba detrás de Giuseppe. Su cráneo se iluminó. Las manos soltaron su presa, y desapareció en un infierno humeante.

Giuseppe rodó sobre su espalda.

Arturo se inclinó sobre él.

—¿Está bien, maese?

—Sácame de aquí, Arturo.

Los campesinos del lugar llevaban mantas sobre los hombros y niños pequeños en brazos. Miraban a lo que había sido la iglesia del pueblo y a las dos figuras embarradas que se alejaban fatigosamente, agarradas del brazo.

Apuntaba el día con la misma palidez que si alguien hubiera encendido una vela tras una membrana de hielo.

Giuseppe se miró las manos y sacudió la cabeza.

Les quedaba mucho camino hasta llegar a donde estaban el carro y *Bonifacio*.

Giuseppe se apoyó en Arturo, y observó que sus piernas no eran lo que habían sido.

—Pero estoy vivo —murmuró, y se hincó de rodillas.

Arturo lo puso de pie.

—Sí —dijo sonriendo—. Ahora nos habrían venido bien unas piernas como las del Gran Lambrini.

Giuseppe se detuvo y agarró a su discípulo, pero cambió de parecer.

«Mi boca —pensó— está cerrada con siete sellos.»

TERCER LIBRO

Puesto que muchos han intentado componer la narración de las cosas realizadas entre nosotros, me ha parecido también a mí, que he investigado todo cuidadosamente desde los orígenes, hacerte una narración ordenada, para que conozcas el fundamento de las enseñanzas que has recibido de palabra.

LUCAS 1 1-4

*Acerca del camino de los dos mil álamos y el encuentro
con las siete hermanas embarazadas de Rafael*

Durante las semanas siguientes, Giuseppe y Arturo desgastaron las suelas por los caminos de Emilia. Tenían que alejarse lo más pronto posible; lo mejor sería llegar tan al norte que nadie hubiera oído hablar del Hombre de los Milagros o de Alberto el Venerable. No sabían cuántas millas habían dejado atrás, porque no contaban los días, las horas ni las semanas. Giuseppe iba al pescante, y Arturo corría junto a *Bonifacio*. Así atravesaron los extensos campos de cereales de la llanura del Po. Pernoctaban bajo el cielo tachonado de estrellas, descansaban en los estrechos diques del delta y se maravillaban ante la profundidad del universo y la brevedad de la vida; pero hablaban sobre todo de la suerte, que aún los acompañaba. Porque Arturo conocía un camino en que se alineaban dos mil álamos. No sabía si era un atajo o un rodeo, pero al final del camino estaba la ciudad de Rafael, y en la ciudad de Rafael vivían las siete hermanas.

Era octubre, y el calor cedía ya. Durante el viaje, Giuseppe entretuvo a su alumno narrando sus peligrosas hazañas, y no ahorró detalles al describir su heroísmo. Se concentró sobre todo en el ataque del bosque, donde logró vencer a cinco bandidos que cargaban con dos muertes en su conciencia y estaban a punto de añadir una más a su colección. Si no hubiera aparecido *él* para salvar a la futura novia de Viareggio.

—No voy a contarte lo que dijo la doncella en aquella ocasión, pequeño Arturo, pues es bien sabido que la alabanza en boca propia sabe a calabaza.

—Menudo valor el suyo, maese —dijo el muchacho con un suspiro, mientras preparaba un asado de conejo en el noreste del Véneto.

—Como decía, no es cosa de pavonearse —murmuró, mientras dividía el botín tras un afortunado paseo nocturno por los alrededores, en que él y Arturo habían hecho buen uso de las herramientas de cavar. La chica era bastante joven, no tendría más de diecisiete años, según el cálculo de Giuseppe, que obtenía esa información por los huesos y la anchura de las caderas.

—Un cráneo bien formado —le dijo a Arturo cuando estuvieron dentro del agujero —, pómulos altos y nuca redonda, sobre todo dientes sanos, y los pies son estrechos y

lindos.

—Piernas largas —añadió Arturo, comparando el fémur de la mujer con el suyo.

—Parece que ahora te interesa el otro sexo —gruñó Giuseppe—. Ya he oído en qué se divertía mi alumno mientras uno estaba a punto de estirar la pata en la madriguera de un zorro.

—Lo que dice es muy misterioso, maese.

—En el retrete del zorro no había nada de misterioso; todo lo contrario a tus fechorías, Arturo, que están llenas de episodios en que se ve lo bien que saltas al potro y cómo utilizas de mala manera las fórmulas ahorradas con el sudor de mi frente. ¿Quieres que te refresque la memoria, pequeño cretino? ¿No había una historia de una mujer de Copparo que de pronto se volvió fecunda tras tu visita?

—No lo recuerdo, maese.

—No, claro, porque estarías tan atareado esparciendo tu simiente que no podías contar a cuántas mujeres montabas. Pero yo no he reunido una auténtica farmacia para tu entretenimiento, y tampoco he empleado treinta años de mi vida estudiando medicina para beneficio de tus órganos sexuales. Aparte de que no veo que haya milagro alguno en hacer lo que han hecho hombres y mujeres desde que Adán y Eva engendraron a Caín y Abel.

Arturo volvió a colocar el fémur en su sitio.

—¿Habla del Hombre de los Milagros, maese?

—Sí, hablo precisamente de él; pero corría también la bonita historia de las siete hermanas que sanaron asimismo de su infertilidad. —Arrojó el trapo que había usado para el aseo—. No habrá habido harén en Arabia donde el sultán se haya divertido tanto.

—Ha de saber, maese —dijo Arturo, recogiendo el trapo—, que había muchos curanderos atendiendo a los campesinos de la zona con ungüentos, aceites y otros favores.

—Ya me lo imagino —bufó Giuseppe—; porque el mundo está lleno de estafadores y quirománticos, igual que la cagada está llena de moscas. Y el peor moscardón se llama casualmente Rinaldo.

—¿Es ese señor algún conocido de maese?

—Era conocido, pero señor no lo ha sido nunca. Eduardo Rinaldo es un auténtico cerdo que, por una u otra razón, decidió meterse monje. Puedes aprender mucho de su historia, pequeño cretino, porque en lugar de vestir el algodón clásico de los monjes, Rinaldo empezó a adornarse con todo tipo de aderezos elegantes que encontraba. También se puso a componer canciones, sonetos y baladas; aunque bien sabe Dios que el mundo está lleno de monjes parecidos a Rinaldo, que son el bochorno del mundo. No se avergüenzan de su obesidad, su cara hinchada y sus ropajes exuberantes. No son humildes como palomas, sino que se pavonean como gallitos y

coronan sus cabezas con llamativas crestas, y entre sus cosas hay de todo, desde aguas perfumadas hasta tarros con jarabes medicinales y cantimploras de vino de malvasía. Están gordos y aquejados de gota, y todo el mundo sabe que la gota no es enfermedad de sobrios. Ojalá Dios interviniera para ayudar a la gente sencilla que paga la fiesta. —Giuseppe se secó el sudor de la frente—. Y ese Rinaldo —gimió— predica la moral desde Nápoles hasta Lucca. Además, despluma a los ingenuos campesinos, igual que se despluma una gallina.

—¿Conoció tal vez a ese monje de joven, maese?

—De muy joven, Arturo: éramos hermanos de sangre cuando estudiábamos en Salerno. No recuerdo cuántos años fueron. Pero el mundo ha de saber que Rinaldo y Pagamino eran como un hombre y su sombra, porque solíamos estar juntos de la mañana a la noche. Compartíamos todo, penas y alegrías, estudios y trabajo nocturno; porque fue Rinaldo quien me inició en el trabajo de excavar.

—¿Eran ladrones de cadáveres?

—¡En absoluto, válgame Dios! Pero todo tiene un comienzo, y aquello empezó con el estudio del esqueleto humano, el diagnóstico de enfermedades mediante la observación de cadáveres. Después nos fuimos interesando más por las joyas que llevaban los muertos en sus ataúdes. Las palabras de la tentación fueron las primeras que se dijeron en el Paraíso, recuérdalo, Arturo; y la tentación fue demasiado fuerte para Rinaldo y Pagamino. Si hubiéramos tenido un mecenas o un padre acaudalado, todo habría sido diferente. No obstante, Rinaldo era un amigo generoso. Recuerdo especialmente un anillo que me regaló. Lo llamaba *Aurora*, pues tenía los mismos colores del alba. Yo debía llevarlo en el dedo hasta el día en que conociera a una mujer, quien habría de llevarlo puesto al matrimonio. Aquella misma tarde terminaba la Cuaresma, y estuvimos en un banquete en casa del famoso médico Edward Lacarte, que enseñaba Medicina en la universidad. Recuerdo como si fuera ayer el momento en que enseñé el anillo a los reunidos. Recuerdo la reacción de la gente, pues el anillo que adornaba mi dedo anular era el mismo con que Lacarte había enterrado a su madre poco tiempo antes. —Giuseppe bajó la cabeza—. Fui expulsado, quemaron todos mis papeles. Me quedé sólo con la ropa que vestía.

—Pobre maese. ¿Quiere que lo despioje?

—Calla, cretino. Calla y escucha a la desgracia, pues entonces empezó para mí una nueva vida. Una vida que iba de pueblo en pueblo; me convertí en un hombre cuya vida estaba relegada a las sombras. Entre las personas yo era una rata, y pronto comencé a parecer una. En cuanto a mi amigo Rinaldo, se metió monje, y hoy en día va con la coronilla rapada. Un día de éstos voy a coger un cuchillo y arrancarlo de mi cabeza, porque no deja de hablarme. Pero oírlo predicar la moral es como reírse de la luna; son los orondos y elocuentes quienes mandan, y entre ellos el hermano Rinaldo es un maestro. Me pongo enfermo cuando pienso en esas cosas, se me sube la sangre

al cerebro y enseguida me entra dolor de cabeza. Siéntate aquí, Arturo, que voy a cambiar de tono.

Después siguió la historia del príncipe de Mirandola, quien en agradecimiento le regaló una valiosa joya que había comprado en Roma.

Giuseppe giró la cadena entre sus dedos.

—¿Ves esto, Arturo? Es una joya que no puede valorarse en florines, ni tampoco con todo el oro que guarda el califa bajo la arena del desierto.

—¿Se lo regaló el príncipe, maese?

—Un regalo de agradecimiento, pequeño cretino; porque esta cadena tiene una historia con que voy a entretenerte mientras me despiojas, aunque no aquí. Pronto será de día, y no quisiera que me pillaran con las manos en la masa. Cuida de tapar el ataúd y cúbrelo de tierra, que nadie vea que hemos estado aquí.

Cuando con las primeras horas del día continuaron su camino hacia el pueblo de Rafael, Giuseppe relató su encuentro con el príncipe y la historia de la joya que ahora le pertenecía.

—Hace más de cien años, el gallardo Ricardo Corazón de León trató de vencer a los infieles en Egipto. Junto con Felipe Augusto de Francia, luchó contra el general Salah-el-Din, llamado también el gran Saladino. En realidad era kurdo, había declarado la guerra santa a los cruzados y, tras haber conquistado Jerusalén y Palestina, se convirtió en el gran guerrero del islam. Como decía, luchó contra Ricardo, y me duele decirlo, pero el rey cristiano perdió la batalla frente a los infieles. El canalla de Saladino no tuvo reparos en saquear al rey de Inglaterra en el momento de la victoria. Saquear, Arturo, toma nota. Y entre las joyas que le robaron los infieles había una cadena, que su mujer había regalado a Ricardo cuando él marchó a la guerra por su fe. Aquella joya pasó de general en general, de califa en califa, hasta que terminó en manos del emir de El Cairo. Hombre malo y codicioso donde los haya, que, aparte de su sórdido harén, tenía cuarenta y seis amantes negras como el carbón, llevadas de África y criadas a la sombra de El Cairo. Una de ellas, llamada Gomorra por la ciudad pecadora, encontró un día a su amante, el rechoncho emir, muerto en la cama, y así fue como la joya real volvió a cambiar de dueño, pues pasó a estar en el tobillo de una puta.

—Maese... —jadeó Arturo.

—¿Qué te ocurre, mozo? Estás blanco como la cal.

Arturo detuvo la carreta y boqueó en busca de aire.

—Comprendo tu emoción —dijo Giuseppe.

—El jardinero mayor...

—Vaya, hombre, ¿qué pasa con él?

—¿No se acuerda de la profecía de Florencia de la que le hablé cuando nos

encontramos por primera vez? ¿La de la cadena de plata que fue hecha para un rey, regalada a un emir y robada a una prostituta?

—¿Estás insinuando que el príncipe de Mirandola ha robado esa cadena a una puta negra? O peor aún, ¿que yo, su respetable maese y protector, he tenido trato con esa misma hetaira? ¿Quieres que te enganche al carro, cretino?

—Pero, maese... —Los ojos de Arturo destellaron—. Eso significa que es usted el de la profecía.

Giuseppe sacudió la cabeza.

—Yo sólo soy yo, y siempre lo he sido, y hazme el favor de colocar las trampas. El bosque está ahí, y es bien sabido que se duerme mal con el estómago vacío.

Seis horas más tarde, cuando el sol desapareció tras los limoneros, olía a conejo asado y albahaca fresca.

Se encontraban, como se ha dicho, en la parte norte del Véneto, donde reinaban una paz idílica y el sol desde la mañana hasta la noche. Olvidados estaban la tormenta, el terremoto y el monstruo Del Sarto, que se lanzó a la muerte por su propio pie. Brevemente, Giuseppe introdujo a su alumno en la precaria situación relativa al obispo de Lucca y sus terribles ayudantes. También mencionó, por supuesto, su estancia en la mazmorra, motivando que las lágrimas brotaran de los ojos de Arturo, que era de llanto fácil.

—Muchas noches —dijo el muchacho— he estado junto a *Bonifacio* echando muchísimo de menos a maese, porque no sabíamos cómo íbamos a arreglárnoslas sin usted.

—Pero enseguida encontraste solución, ¿verdad? —repuso Giuseppe con un gruñido, tomando el mayor pedazo de conejo—. Ese capítulo no me lo has contado. Tal vez tus bribonadas me aligeren la digestión.

—¿Mis bribonadas, maese?

—Tus supuestos milagros, príncipe de la vulgaridad. No te reprimas, ya ves que tengo la boca grasienta, eso suele dulcificar el temperamento. He oído que has extendido el negocio hasta Rosalina Mare, que ya está lejos.

—Es cierto, maese. Para no morirme de hambre, vendí ungüentos para curar las heridas de los pescadores, porque ganarse la vida en el mar es un oficio duro.

—Casi los regalaste, ¿no?

—Sólo a quienes no tenían para pagar.

A Giuseppe se le atragantó la carne, pero después de reflexionar se contentó con sacudir la cabeza, porque, en honor a la verdad, la cena estaba exquisita, y la recuperada compañía del muchacho, a pesar de su ingenuidad, lo reconfortaba; Giuseppe había decidido que jamás volverían a separarse.

—Cuéntame, cretino —gimió, alargando el brazo hacia el pan.

Arturo carraspeó.

—Había una mujer que llevaba mucho tiempo sufriendo. Estaba en el último mes de embarazo, pero la criatura no quería salir, y la comadrona que la cuidaba decía que el niño estaba perdiendo peso. Entonces fue el marido y me pidió algún remedio para que su mujer diera a luz y sobreviviese su hijo. Yo no tenía ni idea de qué podía hacer.

—Claro, porque no estaba tu maestro y señor para preguntarle. Cuéntame lo que hiciste mientras me cortas las uñas de los pies, que las tengo tan crecidas que se me van a hundir en la carne.

Arturo se colocó los pies de su señor sobre las rodillas y empezó a trabajar.

—Bueno, pues recurrí al *Triturus cristatus* ese.

—¿Recurriste a qué? —dijo Giuseppe, retirando el pie.

—Al *Triturus cristatus*, maese. En la casa de Florencia había un gran estanque.

—Sí, lo recuerdo.

—Y el jardinero mayor puso en aquel estanque muchas plantas de todas clases, y al fondo vivía una salamandra con la cabeza moteada de marrón.

Giuseppe entrecerró un ojo y pidió a Arturo que continuase, tanto con el relato como con el cuidado de las uñas de sus pies.

—Pues sí, el abdomen de la salamandra contiene una secreción que el jardinero mayor empleó una vez que la señora tuvo estreñimiento. Ella se hinchaba y se hinchaba, hasta que él le untó la tripa con aceite de salamandra. Así que yo hice lo mismo con la pobre mujer.

Giuseppe miró fijamente ante sí.

—Yo creía que habías usado tu propia saliva —masculló.

—Era una mentirijilla, maese, porque no me atrevía a decir que el aceite procedía de un animal que había encontrado en un estanque. Por suerte, la mujer dio a luz un hijo sano, y así terminó todo felizmente para aquella familia.

—Felizmente... —gruñó Giuseppe—. ¿Cómo va a terminar felizmente la historia cuando los padres son blancos como la leche y el hijo es negro como la pez?

—Sí, aquello fue un enigma, sin duda.

Giuseppe agarró a su alumno por el lóbulo de la oreja.

—No era más enigmático que una vaca que come hierba y después caga. Claro, la habías frotado con tinte para verrugas, y como consecuencia el niño salió negro como el diablo al trasluz.

—Pero tras el barullo inicial, los padres se pusieron muy contentos con el pequeño.

—Por supuesto que se pusieron contentos —suspiró Giuseppe—, porque el Paraíso está bajo los pies de las madres, como reza el Corán. Pero hágame de las siete hermanas de Rafael. Aunque antes sírveme un poco de eso que llamamos agua

bendita. Noto que me invade la melancolía, y los acontecimientos que he vivido se me han grabado en la mente; necesito tranquilidad, cuidados femeninos y abundante bebida. Puedes imaginar que la vida que he llevado mientras estábamos separados no ha sido ningún jardín de rosas. Creo que viviré al acecho y perseguido hasta el fin de mis días; que al obispo de Lucca no va a importarle la historia de Del Sarto, y, aunque fueron los elementos los que mataron al verdugo, seguro que anotan tanto la tormenta como el terremoto en el debe de Pagamino; y cuando haya que ajustar las cuentas, Agostino se cobrará en muerte y destrucción.

Arturo escanció la bebida contra la melancolía y empezó el relato del puente colgante de Rafael.

Giuseppe bebió, cerró los ojos y dormitó. Vio con su mirada interior el molino amarillo rodeado de sauces llorones, cuyas ramas colgantes, deshilachadas, ocultaban el domicilio de las siete hermanas. Eran a cuál más bella y a cuál más dulce, de modo que el día transcurría en medio de canciones, pero no canciones que resuenan alto y claro, sino esa clase de tarareo a media voz que tiene relación con el viento entre los árboles y la corriente del río. En la galería exterior se ve una hilera de mecedoras de mimbre, para poder acompañar el ritmo de las melodías de las jóvenes. Una de ellas está trenzando mimbre, las mayores golpean la colada contra las piedras del estanque. El ritmo de los golpes y el balanceo de las mecedoras hacen juego con el viento sur y el tiempo que pasa. Pero la menor de ellas, a saber, la chica del pelo verde, está tumbada en la cama del ático: sufre mal de amores porque aquel a quien ama ha muerto. Se llama Aqua; le han puesto el nombre de una constelación, igual que al resto de la familia.

En la terraza hay colgadas campanitas de todos los tamaños, hechas de caña, que repican en tonos agudos y graves cuando las atraviesa la brisa. Por lo demás, reina el silencio. La paz proviene de la fecundidad, pues no hay en el mundo cosa más pacificadora que una mujer embarazada; y todas las chicas del molino tienen el vientre redondo y la mirada ensimismada.

Arturo se inclina sobre su amo, que está tumbado con la boca abierta.

Está a mitad de camino de Rafael. A la voz que hablaba de las siete hermanas le ha seguido el sueño de su casa, y en ese momento Giuseppe oye el viento en los juncos huecos.

*Donde se habla de las almendras garrapiñadas del Paraíso
y la cabeza del amante en el tiesto de la albahaca*

En el Paraíso huele a agua de rosas y melocotón. Al cielo azul se le añaden una serie de nubes algodinosas que se extienden hasta el infinito, como los pulgones en una rosa. El cielo está limpio y claro, y flota en el aire un deje de grosella y vainilla, así como de anónimas esporas de ultramar. Un aroma de nostalgia mezclado con la fragancia de las ansias por conocer mundo, la endrina del terruño y la denominada hierba de la memoria, que crece en las profundidades de la vida. En el estanque el agua gorgotea, y las burbujas emergen como carcajadas que surgen y revientan, para emitir con el crepúsculo un trino que se funde con la niebla —oh, sí, un tul de lo más refinado—; porque por la noche el Paraíso se mueve a la deriva de costa a costa, y las constelaciones aparecen en la bóveda celeste, para, con el canto del gallo, volver a donde todo empezó con un rubor.

Todo eso lo sabe el que está tumbado en el jardín sobre un lecho de blandos cojines. Mira a lo alto, a las ramas de los sauces, de las que caen constantemente hojas medio marchitas, pues es otoño en el Paraíso y hace fresco. La corteza de los viejos árboles está arrugada y porosa. Se dice que Tiberio escribió con un cuchillo su nombre en uno de los troncos. El tiempo lo ha borrado y el emperador ha desaparecido, pero el árbol sigue bebiendo de la fuente subterránea, y sus raíces recuerdan el filo del cuchillo y la piel de la serpiente, así como la rama de viejas fibras del columpio que utilizaba Abel cuando su abuelo se compadecía de él y lo dejaba jugar en el jardín.

Giuseppe tiende la mano hacia el vaso, bebe el zumo y nota cómo la canela, el jarabe y el agua de manantial se distribuyen como la seda en su boca.

—Dios dio a la persona el salmo —murmura—, y el diablo nos dio el juego, pero a la hora de lavar la ropa, los pobres mortales tenemos que arreglárnoslas solos.

Cierra los ojos y olfatea sus mangas, pues no hay como el olor a ropa limpia. Lo ha dicho tantas veces que es casi una trivialidad: un baño caliente es reconfortante, acostarse con el estómago lleno es maravilloso, el vino de uva madura proporciona alegría, y el hombre dormita dichoso tras el encuentro con el cuerpo femenino; pero meterse por la cabeza una camisa recién lavada supone una muda de piel sin par.

—De todos nuestros órganos sensoriales —suspira—, la nariz es el menos celebrado. No lo digo porque vaya a renunciar a alguno, ahora menos que nunca. Sé de la felicidad que va y viene como el rubor de una doncella. De viejo te contentas con poco, porque a esas alturas de la vida no van a regalarte más que pelos en las orejas.

Giuseppe cerró los ojos. En Rafael había probado absolutamente de todo durante varias semanas. Era una dicha sin fin; parecía que las embarazadas no sabían hacer más que complacer a sus invitados, lamer sus heridas y deleitar sus paladares.

—Estoy entrando en los sueños de mi infancia —susurró—, siguiendo las huellas de pasitos de una época en que nada malo podía ocurrirme. La tierra era mi patio de recreo, y la luna, mi sonajero.

¿Cuánto recordaba de su temprana infancia, aparte de la luz del sol, el calor de una mano y el alboroto de las gallinas?

—La pérdida de memoria del anciano es el regalo de Dios al pecador —murmuró—. Y ¿qué más puede desear un hombre?

Por la mañana, el tenue repicar de junco contra junco lo despertaba al olor de gachas calientes con almendras garrapiñadas y a limpia ropa blanca ondeando al viento.

A continuación, el día transcurría como debe transcurrir, es decir, sentado a la sombra azul verdosa escuchando el arpa lejana con que la mayor de las hermanas solía entretener a la gente que tenía alrededor. Había un extraño vínculo entre su música y la luz de la tarde, vínculo que no había que explicar, sino disfrutar. En ese momento, todas las ideas volvían hacia uno mismo: volaban en corrientes de aire circulares, inspeccionaban los diversos rumbos de su vida, los rodeos y fatales tentaciones, para regresar a casa por la noche con una rama de olivo en el pico, recogida de una playa con cocos de color anaranjado.

Antes del mediodía dejaba que lo llevaran a través de la exuberante vegetación que ocultaba la gran terraza; aunque repetía que no era ningún anciano, gozaba con los esmeros de las mujeres y se fingía más impedido de lo que realmente estaba; y si no hubiera sido por Arturo, habría cedido y permitido que le pusieran la cena en la boca. Aquello agradó a las anfitrionas, que necesitaban practicar antes de que llegara la prole. Solían regocijarse hablando de los invitados como si fueran los reyes magos que anunciaban sus siete nacimientos. Giuseppe no puso ninguna objeción a que lo llamaran de tal modo. Cada vez que levantaba la voz, las hermanas se callaban y escuchaban devotamente. No recordaba cuándo fue la última vez que había tenido un público tan atento. Aquello excitaba a la lengua farisaica, y ponía patas arriba el relato de sus tiempos de estudiante en Salerno, así como la proeza del bosque, donde liberara a la noble doncella de diecisiete feroces bandidos, con el debido respeto a las exigencias de la historia para con la fantasía. Las chicas le pedían una y otra vez que

les contara la aventura del terremoto, porque a lo que Giuseppe llamaba sus recuerdos, las chicas lo llamaban aventuras, y en ese sentido eran insaciables. Podían permanecer levantadas hasta medianoche para oír hablar de la bruja de las montañas que ardió en la hoguera en Lucca. El relato más popular era el de la tormenta de Gadolfo. Nunca se cansaban de oír aquel drama. Giuseppe siempre esperaba a que Arturo se acostara para añadir nuevos detalles a aquella noche funesta; las extrañas rectificaciones del chico confundían a las hermanas y echaban a perder la historia, que quedaba demasiado escueta y ordinaria. Pero cuando el alumno se retiraba al catre, el maestro podía hablar sin trabas de los miles de demonios de color cardenillo surgidos de las profundidades de la tierra, aunque siempre se acordaba de decir unas palabras alentadoras al final, para no perjudicar el reposo nocturno de las futuras madres.

Entonces las embarazadas se ponían en fila para que él bendijera sus redondos vientres antes de marcharse a descansar.

—Buenas noches, que tengas felices sueños, Capricornio. Que el sueño te haga bien, Saggita. Que el descanso perfeccione tu belleza, Andrómeda. Que los malos pensamientos eviten tu lecho, Lacerta. Que sueñes con tu hijito, Monocera. Hasta mañana, hermosa Libra.

Después de dar las noches a las seis hermanas mayores, Giuseppe subió la escalera del ático del molino, donde estaba acostada la hermana pequeña. En el cuarto austero había una cama, una jofaina y un tiesto de barro ocre con albahaca fresca.

—Que tengas dulces sueños —le dijo a la delicada joven.

—No sueño nunca —replicó ella.

—Pero ¿en qué pasas el tiempo aquí arriba? —preguntó Giuseppe.

—Cuido de mi planta.

—Y cómo; porque debes de tener un don para las plantas, que son igual de verdes que tu cabello. ¿Con qué abonas la albahaca? Crece como las aguas del mismísimo Nilo.

—Con lágrimas y zumo de naranja —respondió la joven.

Al contrario de sus hermanas, Aqua era menuda de tamaño, como una sílfide; su piel era clara, casi transparente, y su cabello, abundante y de color verde primavera.

Cuando sintió la necesidad de saber más acerca del extraño embarazo de las jóvenes, Giuseppe tuvo que sacarle a su alumno la historia de la chica.

—Ha llegado a mis oídos que el Hombre de los Milagros también estuvo saltando al potro en Rafael.

Ahora resultaba que los siete embarazos no se debían en absoluto al Hombre de los Milagros.

—¿Pretendes decirme, apacible cretino, que no has metido mano en el asunto?

Claro que tampoco ha sido cosa de la mano...

—Deje que le cuente todo, maese —respondió Arturo, y empezó a narrar la extraordinaria y trágica historia de la chica de pelo verde.

Había tenido seis pretendientes, todos ellos hermanos. Se turnaban en sus visitas al molino y se dejaban agasajar por las seis hermanas mayores, pero sólo tenían ojos para la más pequeña, aunque ella no tenía ojos para ellos. No obstante, los muchachos no se daban por vencidos y siguieron cortejando a la sílfide de Rafael, hasta que un día pasó por allí un hombre que vendía arpas eólicas hechas de caña. Se llamaba Giovanni y era el mozo más apuesto que se hubiese visto. Él y Aqua se enamoraron inmediatamente. Sus encuentros nocturnos no eran bien recibidos por los hermanos, y una vez, avanzada la noche, se abalanzaron sobre él, lo mataron y lo enterraron. Tras aquel crimen, los seis se casaron con las seis hermanas mayores, que no sabían nada de la desgracia ocurrida. Después, ellos se fueron a Génova para ganarse la vida como marineros.

—Maese, ¿recuerda quizá el gran naufragio que sufrió la armada de Génova frente a las costas de Córcega?

—Pues no, no lo recuerdo; pero cuéntame más de la pobre chica —dijo Giuseppe, tumbándose en la cama.

—En los días que siguieron, Aqua lloró la pérdida de su amado; pasaba las noches en la terraza, llamándolo. Finalmente subió al ático y se acostó, porque no quería vivir más. Pero sucedió que Giovanni se le apareció en sueños. Lo veía exactamente igual que si estuviera vivo, de pie junto a la cama; pero estaba muy pálido, sus ropas estaban manchadas de tierra, y en sus afligidos ojos no había vida. Le dijo: «No me llames más, porque no voy a volver, pues estoy muerto y enterrado.» Después Aqua lo siguió hasta el lugar donde lo habían sepultado. Estaban a punto de llegar cuando ella despertó del sueño. Pero la noche siguiente se levantó y se dirigió a la arboleda donde estaba el cadáver de su amado. Con un cuchillo le cortó la cabeza y se la llevó a casa sin que nadie lo supiera. A continuación tomó un tiesto grande y depositó en él la cabeza, la cubrió de tierra y plantó unas preciosas albahacas, que regaba con lágrimas y zumo de naranja. Quedaron, pues, siete viudas en el molino de Rafael, y así es como terminó la historia de Aqua y Giovanni. —Arturo hizo un gesto de impotencia con la mano—. Es triste, ¿verdad, maese? —dijo, suspirando.

Giuseppe no respondió y salió a la terraza, que estaba envuelta en una maravillosa luz de luna. La naturaleza se había cubierto de tonos plateados, los árboles parecían viudas de negro cuando se inclinaban sobre el agua del estanque. De las campanas de junco llegaba el sonido de la añoranza y la brisa nocturna.

«Quiero quedarme aquí —pensó—; por primera vez me siento como en casa. El desasosiego y la nostalgia se han marchado del brazo.»

—Pero aun así sabes que algún día tendrás que partir.

—¿Cómo has entrado, Rinaldo? Claro que a lo mejor hay una puerta trasera en el Paraíso, una miserable puerta de servicio para sirvientes, vendedores ambulantes y chupacirios.

—Lo veo y no lo creo. Giuseppe en el Jardín del Edén; es el mundo al revés. Pero disfruta mientras puedas, Seppe, pues es cosa sabida que la del Paraíso es una felicidad efímera, y pronto habrás de marcharte; porque con tu fama y tus méritos va a pasarte como a todos los demás que se han aventurado por estos parajes.

—Si sé hipnotizar moscas y moscardones y curar la sarna de la gente, ¿por qué tengo que oírte, Rinaldo?

—No te quepa duda de que ese sufrimiento te acompañará hasta el día de tu muerte, viejo.

—Sí, a ti te pasa como a mi hernia: aunque molestos y sin valor, habéis venido con intención de quedaros. Aunque ya he aprendido a aceptar la hernia.

—No me molesta ni la mitad que tú.

—¿Con quién habla, maese? —preguntó Arturo.

Giuseppe levantó la mirada.

—Con una carcoma, pequeño cretino; es decir, conmigo mismo, pues así es como se muestra la vejez, como en una baraja de cartas. En una carta aparece el reuma, en otra la sordera, y cuando descubres la siguiente, ves una manchita negra, que resulta ser tu futuro interlocutor. Pero no te preocupes por eso, porque a la historia que acabas de contar le falta un verso.

—¿Un verso, maese?

—Exacto; porque la preciosa Aqua es tan fecunda como sus seis hermanas.

—Lo es, maese, y el niño que lleva en su seno es de Giovanni.

—Arturo —dijo Giuseppe, agarrando a su alumno de la oreja—, me han cuidado, alimentado y lavado, mi ropa está limpia, y las uñas de los pies, cortadas. Si tenía piojos, sarna y otros bichos, ya han desaparecido, pero el jabón no ha acabado con mi cerebro. Y que yo sepa, no hay mujer que haya quedado embarazada por una planta de albahaca, de modo que ¿cómo vas a explicarlo?

Pasó un rato largo hasta que Arturo respondió; y cuando elevó la voz, tenía lágrimas en los ojos.

—Habrás sido un milagro, maese —dijo en un susurro.

*Consuela como la lluvia,
aplaca como el sueño, más dulce que una sonrisa
y más suave que el rocío*

Giuseppe miró hacia las verdes tierras bajas de Lombardía. Tras él estaban el viejo carro y el asno, más viejo aún. El conjunto parecía un producto de desecho hilvanado chapuceramente, arrojado desde un continente volador. Sus enseres, fruto de la experiencia de una larga vida: ungüentos, frascos, fórmulas y tarros, así como, no lo olvidemos, la voz de ultratumba, siempre amonestándolo.

—Esté dónde esté —murmuró—, vaya a donde vaya, siempre me martiriza la misma pregunta: ¿qué hago aquí cuando preferiría estar allí? Porque es en Rafael donde debería estar. Después de cuatro semanas de viaje estoy expuesto al sol invernal, y sólo me espera el frío. Esta noche voy a amenazar a los carámbanos del firmamento.

—¿Para qué servirá, maese? —preguntó Arturo.

—Para que el cielo me oiga.

Dejaron atrás a las hermanas mientras el otoño guardaba algún resto de verano. La despedida fue emocionante, aunque inevitable, pero Giuseppe estaba amargado y absorto. Descargó su ira sobre su alumno, que era la causa de que tuviesen que partir antes de tiempo. Se había extendido el rumor de que el Hombre de los Milagros vivía en Rafael, y la gente empezó a acudir con sus dolencias. Ya desde el canto del gallo se formaba una larga fila de gente con reuma, epilepsia y los habituales estreñimientos. Pero cuando el círculo se amplió a mujeres que querían curar su esterilidad, Giuseppe se inquietó. Porque había familias de Verona y viajeros de Modena, y los rumores sobre curaciones se propagan más rápido que el fuego en la estepa; de modo que una mañana despertó a su alumno y le ordenó que enganchara el asno al carro.

—¿Vamos a conocer mundo, maese?

—No, vamos a huir del mundo, estúpido enfermo mental.

Arturo recogió sus cosas.

—Me había encariñado con la vida del molino —murmuró.

—A tu amo le ocurría lo mismo —gruñó—, porque se había imaginado que Rafael iba a ser la última parada del viaje, pues es imposible estar más cerca del

Paraíso. Te limpian la camisa cada dos días, tienes el pelo brillante como el de una novia, pocas veces han sido más felices tus pies. La tripa tan dilatada que puedes permitirte ser exigente. No hay mayor deleite. Pues bien cierto es que cuando un africano no está acosado por el hambre, dice: «Nunca como carne de mono.» Pero ahora nos espera la vida vagabunda y el invierno. Y ¿a quién se lo debemos? No, no respondas, porque si no hubiera sido por ti y tus servicios, tu maese habría atravesado la puerta de la vejez escuchando los sonos de los juncos y la corriente gorgoteante. Pero no había de ser así, y pronto la camisa olerá como acostumbra, cosa que no sienta bien a unas narices mimadas con jabón. Debería arrojarte a ti y a todo el tinglado en medio del camino para poder disfrutar mis últimos años en paz. Desde luego, hace falta ser estúpido para abandonar voluntariamente esta posada. Pero con la fama que tan celosamente has labrado desde Gadolfo hasta Ferrara, pronto tendremos al obispo y toda su guardia en el patio trasero. Espero que al menos comprendas esto, Arturo: somos unos proscritos, y no hay cuchillo que no tiemble de ganas de rajarnos. El Paraíso ha cerrado la puerta y fuera esperan Henoc, Irad, Lámeç y el resto de los nietos de Caín.

—Pero ¿adónde vamos a ir, maese?

—Al país que llaman Nod, al este del Edén, porque en Nod viven los nómadas sin hogar que en la mañana de los tiempos tenían domicilio fijo en el Paraíso.

Todas las hermanas estaban en la terraza cuando el carro atravesó traqueteando el puente colgante. El bajo sol otoñal iluminaba el pelo de las mujeres, que resplandecía con los colores del otoño. Era un día brumoso en que la humedad del estanque descomponía la luz, que disolvía la casa hasta formar una imagen centelleante y granulada.

—Ahora que me había hecho a la idea de ver a los pequeños. .. —dijo Arturo, sorbiéndose las lágrimas.

—Ahora puedes hacerte a la idea de ver el trasero de *Bonifacio* —gruñó Giuseppe.

Emprendieron el camino bajo los grandes sauces llorones. El carro levantaba una polvareda tras de sí, y cuando Arturo reunió valor y miró hacia atrás desde el pescante, el puente y el molino ya no se veían.

Se secó las lágrimas.

—Jamás olvidaré a las hermanas de Rafael —afirmó con un suspiro.

Los ojos de Giuseppe centellearon.

—Tampoco ellas van a olvidarte, guapo, porque cada vez que miren a su descendencia, recordarán cómo eras. ¡Qué vergüenza! Coge las riendas, cretino, que tu señor necesita descansar para que el cerebro esté en disposición de afrontar las fatigas aún por venir.

Cuando llegó noviembre, el carro estaba subiendo los montes del norte de Lombardía, camino de los grandes lagos. Divisaban frente a ellos las cimas nevadas de los Alpes. *Bonifacio* iba tapado con una manta, y Giuseppe llevaba la camisa enrollada en torno a la cabeza para defenderse del frío. Todo era bello y apacible, pero lo que agradaba a la vista era un tormento para el cuerpo. Las últimas semanas habían sido duras, porque las provisiones que llevaban de Rafael se habían terminado. Por la noche tenían que acostarse pegados uno al otro, cubiertos de mantas y pieles; aunque Arturo intentaba animar a su señor contándole los muchos banquetes que había preparado en Florencia, resultaba contraproducente, pues a un estómago vacío no hay historia que lo calme.

—Maldito sea el día que entré en la casa equivocada —dijo Giuseppe, tirando de la manta para taparse la cabeza—. Si no fuera porque caían chuzos de punta, jamás me habría apiadado de ti, Arturo; porque no has traído más que desgracia a tu amo. Una desgracia enorme. Lo digo con franqueza, porque la hipocresía me da náuseas. Y aquí estoy, en el país de Nod, con reumatismo, artritis y dolor de muelas. ¿Te das cuenta de la culpa que tienes? Eres como un palo atravesado en la rueda de mi felicidad.

—Sí, maese.

Giuseppe bajó el tono de voz.

—Me da la impresión de que no importa adónde vaya, porque por mucho que me esconda en una calleja detrás de Notre Dame, en el corazón de París, Agostino me encontrará al final; mi sombra se proyecta sobre la catedral de Lucca como un mal augurio, y el obispo no cejará hasta quemarme en la hoguera. Porque compartimos un misterio que para mí es tolerable, porque tuve la suerte de escapar de la cárcel de Lucca, si bien jamás comprenderé cómo ocurrió. Agostino tampoco lo entiende, pasa sin dormir noche tras noche, dando vueltas en la cama, musitando sus oraciones y cavilando como un loco que en este juego hay algo que no encaja; junta las frías manos y pide implorante una señal de lo alto. Pero le comunican que para solucionar el enigma tendrá que sacar él solo las castañas del fuego. Lo he visto, Arturo, lo he visto en sus sueños, y era pequeñísimo, absolutamente ordinario. No olvides que quien está sentado en el palanquín es un hombre corriente, y que quien lo transporta es otro hombre. Pensar en los horribles pies del obispo aún sirve para animarme, porque por muchos lugares a los que vaya y por muchos cirios que encienda, sus pies lo martirizarán hasta el fin de sus días. Ese hombre no tiene nada de santo y precisamente por eso se aferra al crucifijo y quema a niños inocentes. Soy lo bastante presuntuoso para creer que mi cara flaca se le aparece incesantemente en cuanto cierra los ojos. Pero tampoco voy a darme más importancia de la que tengo, porque no soy más que un ligero dolor en su colmillo, una rigidez en el cuello, un callo en el

dedo del pie, un hueso de aceituna atravesado en la garganta. Pero hasta el dolor más pequeño puede llenar la vida de un hombre si es inexplicable. Y en el juego al que está jugando el obispo de Lucca con Giuseppe de Umbría rigen unas reglas totalmente distintas; y la última carta, pequeño Arturo, la última de las cartas está aún por descubrir.

Estaban en una depresión de la ladera, donde el sendero que discurría por la cresta serpenteaba formando interminables círculos, cosa que ya les había costado una caminata de dos semanas. Las estrellas pocas veces brillaban con nitidez, y Arturo propuso buscar las constelaciones cuyos nombres portaban las hermanas de Rafael.

—¿Vas a añadir la mofa al daño que has hecho? —gimió Giuseppe—. No, es mejor olvidar la temporada de Rafael. Sólo nos queda el hueso del dulce fruto, y apenas siento los pies. ¿Sabías, cretino, que en el monte un hombre puede sufrir tal congelación que llega a perder los dedos de los pies?

—No lo sabía, maese.

—No sólo los dedos de los pies, también la nariz; y al final te conviertes en una especie de leproso. Eso es lo que nos espera. Así es la vida en el país de Nod.

—Me appena oír eso, maese.

—También a mí, cretino, también a mí, porque me he tomado la molestia de echar cuentas. Maldita sea, este viento corta como una navaja.

—Voy a intentar hacer fuego, maese. Espere aquí, que voy en busca de unas ramitas.

Giuseppe sacudió la cabeza, resignado; pero ya había visto antes que su alumno era habilidoso con el fuego, y al cabo de un rato una pequeña fogata crepitaba en la concavidad de la montaña.

—Acérquese más, maese —dijo Arturo, poniendo la manta sobre los hombros de su señor.

—Tres veces —murmuró Giuseppe—. Tres veces he estado cerca de la muerte. No creo que pueda evitar la cuarta.

Arturo, que avivaba la hoguera con una rama, se quedó mirando a su señor.

—Tres veces —musitó.

—Tú ocúpate del fuego.

—Pero, maese, ¿no recuerda la profecía? ¿No recuerda lo que le conté en Vía de Pepei?

—¿Dónde?

—En Florencia, maese. El jardinero mayor dijo...

Giuseppe dio una patada a las brasas.

—Y dale... ¿No te he dicho que no quiero oírlo? Puedes guardarte para ti tus disparates. Tenemos otras cosas en que pensar. ¿Cómo crees que vamos a sobrevivir

aquí arriba? Los montañeses son famosos por su mezquindad y desconfianza hacia los extraños.

—Pero tenemos a *Hugo*, maese.

Giuseppe miró de reojo a su alumno. Arturo sonrió, metió la cabeza en el carro, rebuscó entre frascos y tarros, y volvió con una caja de madera forrada de hojas húmedas.

Levantó la tapa. En medio del verdor había un batracio de motas pardas.

—¿Qué diablos...? —bufó Giuseppe.

—Pero, maese...

—Llévate a ese bicho.

—Pero si es *Hugo*, maese.

—Esas alimañas producen verrugas. ¿De dónde demonios lo has sacado?

—De un estanque, maese. En Florencia aprendí a utilizar las glándulas mucosas de los batracios para muchas cosas, entre otras la tos crónica. En un lugar húmedo del gran jardín vivía la rana amarilla, cuyas glándulas eran buenas contra el dolor.

—¿Mejor que la leche de adormidera?

—Mucho mejor, maese, porque ese antídoto es eficaz también contra los dolores del alma.

—¿Y los dolores del bolsillo?

—No me cree —dijo Arturo, bajando la vista.

Giuseppe se volvió de costado.

—Siempre me han repugnado los anfibios —murmuró.

—Pero, maese, si son casi milagrosos. El jardinero lo decía siempre: «Consuela como la lluvia, aplaca como el sueño, más dulce que una sonrisa y más suave que el rocío.»

—¡Vaya! ¿Eres también poeta? ¿Qué lirismo ves en una rana?

—El jardinero mayor me hablaba de su extraordinaria transformación, desde los pequeños renacuajos que respiran con branquias hasta las ranas adultas, que respiran como nosotros.

—Eso es precisamente lo que no me gusta.

Giuseppe cerró los ojos y estuvo un rato inmerso en sus pensamientos.

—Cuéntame —susurró al fin—, cuéntame todo sobre el jardinero mayor. Con este estado de ánimo, gozaré si me echan sal sobre la herida.

—Bueno, no hay mucho que contar —dijo Arturo, soplando sus dedos helados—. Aparte de que sabía mucho, como usted, y conocía las diferencias entre plantas y hierbas.

—¿Tenía estudios?

—No lo creo.

—¿Tenía libros?

—No, no tenía libros.

Giuseppe sacudió la cabeza.

—Ningún estudio y ningún libro. ¿Qué sabía hacer, aparte de escardar?

—Tenía todo un laboratorio donde cultivaba setas y plantas exóticas, algunas de ellas para alegrar la vista, otras para deleite del paladar, aunque también había algunas a las que nadie debía acercarse porque eran mortales. Unas se utilizaban para provocar vómitos; otras, en forma de polvos contra el estreñimiento.

—Dime sus nombres, novicio aplicado.

—La que más recuerdo es la *Cicuta virosa*.

—La cicuta de agua, sí, que produce la muerte instantánea. ¿Qué más?

—La amaradulce y un frasco con raíces de brionia. En el jardín trasero teníamos una cicuta de la que había que mantenerse alejado.

—Cuyo jugo produjo la muerte de Sócrates. Pero tu antiguo maestro ¿cómo sabía que esas plantas eran mortales, si no tenía ni estudios ni libros?

Arturo desvió la mirada.

—Las experimentaba él mismo —dijo con un suspiro.

Giuseppe entornó los ojos y restregó con la lengua sus encías doloridas.

—Entonces las habrá probado también en su alumno, ¿verdad?

—Sólo una vez, maese.

—Ya me parecía a mí. Háblame de ello, pequeño inocente. Deleita mis oídos con vuestras despreocupadas relaciones con las asesinas de la naturaleza.

—Apenas lo recuerdo, maese; yo era muy pequeño.

Giuseppe agarró a su alumno por el cuello y lo zarandeó.

—No te vayas por las ramas cuando tu señor te hace una pregunta. Vamos, habla, al fin y al cabo me debes la vida.

—No se enfade, maese —susurró Arturo.

—Pero si no estoy enfadado. Si lo estuviera, el monte se desmoronaría y convertiría tus huesecillos de mujer en harina de pescado. Vamos, levanta ese hilo de voz y háblame de los experimentos de tu señor con la vida y la salud de otros.

—Yo tendría unos cinco o seis años, maese, y no sabía qué eran las hojas que debía masticar, ni qué bebida contenían las botellas. Confiaba totalmente en mi maestro.

—Ya me lo imagino, sardina lisiada. O sea que pudo experimentar libremente con todo, desde el beleño hasta el estramonio, en tu cuerpo pálido, porque, aunque te costara la vida, ya tenía una nueva planta a mano. Pero cuéntame más, esta noche invernal empieza a cosquillear mi corazón, ávido de placeres. ¿Qué ocurrió? ¿Te dio dolor de tripas?

—No, maese, pero tuve el sueño inquieto.

Giuseppe dio un resoplido para mostrar su repugnancia.

Arturo se quedó mirando el vacío con la mirada ardiente.

—Estuve tres días y tres noches en el mismo sueño. Desaparecí.

Giuseppe puso los ojos en blanco.

—Como si no conociera las hojas que masticaste —gruñó—. Todos los chiflados, desde Túnez hasta Argel, mastican esa misma planta, y se les pone el morro colorado; pero es una embriaguez peligrosa, pequeño cretino, una embriaguez muy peligrosa que te come el seso. Claro que a lo mejor eso explicaría tu falta de inteligencia.

—A mí no se me puso la boca roja, maese.

—¿Qué sabrás tú? Pero bueno, al fin y al cabo ¿qué sabes tú?

Arturo levantó la mirada hacia el cielo nocturno, negro como la pez, con una expresión entusiasmada pero temerosa.

—Volé bajo las nubes —susurró—, por encima de los tejados de la ciudad, aterricé en lo alto de un plátano y volví a desaparecer con el viento.

—Embriagado y exaltado. Menuda idea, experimentar con un niño. ¿Sabía hacer algo más tu antipático maestro, el del tinte para las verrugas? ¿Podía tal vez curar, como tu actual señor?

—Una vez lo vi tratar a la señora de la casa.

—Supongo que no podré librarme de oírlo.

—Tenía un bulto interno, una especie de nudo en la garganta. Terriblemente doloroso.

—Y ¿qué ocurrió?

—Pues que el jardinero mayor le hizo un corte en el cuello y sacó el bulto.

Giuseppe se inclinó hacia delante, con disimulado entusiasmo.

—¿Le hizo un corte en el cuello? Debió de ser muy doloroso. Casi estoy oyendo los berridos de la señora y los gemidos de los sirvientes.

—Ah, no, maese: la señora estaba dormida. El jardinero le había dado beleño y mandrágora.

—Ya veo. O sea, que entendía de anestésicos. ¿De qué parte de Italia era tu maestro de pacotilla?

—Me parece que no era italiano, maese, porque había viajado mucho, había vivido en el desierto de los árabes y hablaba varios idiomas.

—No me digas, cretino, no me digas. Pero eso también lo hace el imbécil de la plaza del pueblo, porque en lo más íntimo de todos los idiomas se encuentra una lengua reservada al alma inmortal; claro que eso no lo sabía el plantacebollas, y tampoco su insustancial y obediente aprendiz.

—Yo sólo sé un idioma, maese.

—Y tu vocabulario es increíblemente reducido, ya que tu educación con aquel curandero se reducía a repetir los nombres de las plantas. Pero la educación, lo que se dice educación, no se logra citando nombres. Se requiere algo más. Bien lo sabía el

viejo Hipócrates, también Dioscórides. Claro que esos nombres no los oirías escardando entre los tomates, ¿verdad?

—¿Se refiere maese al *Codex Vindobonensis II*?

Giuseppe sintió una punzada en la boca y dio la espalda a su alumno.

—Como siga escuchando, se me van a caer los dientes —murmuró—, y sólo me queda uno sano.

—El jardinero mayor —continuó Arturo— me examinó de los cuarenta y cuatro tipos de remedios que hay en ese manual griego de medicina.

—¿De verdad? Vaya, es una vivencia ciertamente edificante, cretino empollón —dijo Giuseppe, encogiéndose—. Y de amores, ¿qué? ¿El hombrecillo no estaba casado?

Arturo sonrió con picardía.

—No estaba casado, maese, pero tenía muchas amigas.

Giuseppe se sobresaltó.

—¿Estás fanfarroneando de los adulterios de tu señor?

—No, maese, no.

—Claro, eso es lo que ocurre. Has aprendido tu comportamiento conejil del sucio jardinero, ¿verdad?

—Maese, no diga que...

—¿Es acaso tema para entretener a tu maestro? Estoy hambriento, quebrantado y helado hasta el tuétano, y ¿he de oírte hablar del mahometano infiel?

—Pero, maese, si no era mahometano.

Giuseppe agarró a su alumno de la oreja.

—Yo voy a decirte lo que era, especie de eco ignorante de un obsceno curandero: era un hombre soltero, sin estudios ni educación. También se refocilaba con mujeres fuera del matrimonio, y hacía cortes en el cuello a sus señores para curarlos empleando las glándulas mucosas de un sapo. Era arrogante y farisaico, fanfarrón y jactancioso; a pesar de ello, murió toda la familia, desde los niños hasta los ancianos, doce personas alineadas, de peste bubónica galopante, por lo que me permito concluir que el jardinero mayor podría haber sacado más provecho limitándose a regar sus tomates. Escucha bien, cretino, porque es un auténtico epitafio del estafador. A propósito, ¿dónde está ahora?

—No lo sé, maese —gimoteó Arturo—. Puede que muy lejos.

—Desde luego, así lo espero, porque el mundo es un lugar más agradable en que vivir cuando esa gentuza está a tres pies bajo tierra, con gusanos en la mollera. No creas que no he encontrado a canallas como él en el camino, están por todas partes. Y yo digo: ojalá se les acorten los brazos y empiece a picarles el culo. —Levantó el dedo índice—. Ahora estás oyendo la voz de la sabiduría, y espero que mi discípulo absorba los conocimientos, pues, como se sabe, el hambre de sabiduría es insaciable.

—Escucho, maese; escucho y aprendo.

—Y ¿qué es lo que has aprendido de esta lección, álamo temblón ávido de saber?

—A desear que mi anterior maestro esté tres pies bajo tierra, donde se le acortarán los brazos mientras le pica...

—¿Te estás haciendo el gracioso a costa de tu preceptor?

—Nada más lejos de mi intención, maese —dijo Arturo, sacudiendo la cabeza.

Giuseppe retorció la oreja de su alumno.

—Me ha parecido ver una sonrisa pícara...

—Debe de haber sido el frío, maese; el frío me ha provocado la mueca.

—Incluso en este momento, en que empiezo a pensar en sacar la correa, en el rabillo de tu ojo brilla un depravado regocijo. Y no es la primera vez que veo esa sonrisa inoportuna en tu morro. Incluso cuando tu maestro te instruye y te hace partícipe de la universidad de su sabiduría, incluso entonces aflora la sonrisa, como el gusano de la manzana.

—Pero, maese...

—Calla, cretino —cortó Giuseppe, mientras aspiraba profundamente y levantaba sus pobladas cejas—. Y vas a deshacerte de la salamandra inmunda que tienes en esa caja, ¿entiendes lo que te digo? Porque puede interpretarse mal. En el monte quizá estemos a salvo del obispo de Lucca, pero no de la gente; y algunas personas son tan simples que sólo la ropa las diferencia de los animales del campo, y debemos procurar no llamar la atención. De hecho, me he tomado el trabajo de pensar bien las cosas: hemos de aprovechar su ignorancia, así que cuando lleguemos a la primera casa, nos presentaremos como el Gran Gipetto y su alumno Otto, que resulta que es sordomudo. No quiero oír una palabra de ti, ni una sílaba. Claro que a lo mejor es más creíble que te presente como retrasado: para eso bastará con que seas tú mismo. Pero el Gran Gipetto —continuó, bajando el tono de voz— posee una facultad poco habitual, pues puede ver el futuro. Los campesinos se creen las supercherías cabalísticas, y si sabes hipnotizar moscas, también puedes ganarte la vida contando a un montañés que en breve va a conocer una edad de oro y que sus hijos lo convertirán en el pastor de cabras más rico al norte de Bérgamo. Eso hará que aparezca comida en la mesa y suene el tintineo de las monedas; y de pronto es nuevamente primavera, la vida vuelve al cuerpo. Ah, sí, Giuseppe de Umbría es un maestro de la supervivencia. Debería saberlo el obispo de Lucca, y tal vez sea justo eso lo que inquieta a nuestro distinguido señor. Tres veces he engañado a la dama de la guadaña. Es algo que sabe su excelencia, y también tú, Arturo.

—Sí, ya lo sé, maese. Mi señor no tiene par en el arte de sobrevivir —dijo con una sonrisa pícara.

Giuseppe escupió a la hoguera.

—Y cuando sobrevivamos al invierno de Lombardía, regresaremos a Toscana, y

desde Toscana continuaremos el viaje a Apulia. Lejos del frío. Lejos de Lucca. Pero mantén vivo el fuego, para que tu señor no muera congelado. —Se tumbó de costado—. Intentaré volver a soñar con Rafael, y, aunque no llegue más que hasta la mitad, estaré más cerca del Paraíso de lo que va a estar jamás el obispo.

*Giuseppe cae enfermo,
pero se cura con una sopa reconstituyente*

Tras otro mes en lo alto de las montañas, Giuseppe enfermó. Empezó a sentirse vencido por el cansancio y tenía que reposar o sencillamente tumbarse. No sabía en qué parte exacta del monótono macizo montañoso se hallaban; en una única ocasión encontraron gente: cinco dominicos que hablaban francés y se dirigían desde Besançon hasta Roma. Según sus apuntes, estaban a pocos días de viaje de Orta, un gran lago del noroeste de Italia, del que Giuseppe no había oído hablar nunca. Lo que más lo sorprendía era haber viajado tanto hacia el oeste. De joven conoció la comarca al norte de Bérgamo, y estaba seguro de encontrarse en aquellos montes, aunque el mapa de los frailes decía otra cosa. Debido a las dificultades lingüísticas, la conversación no fluía como debería, y como ninguno de los monjes había oído hablar de la Universidad de Salerno, decidieron separarse. No obstante, los dominicos compartieron su pan con Giuseppe y Arturo antes de continuar su peregrinaje hacia el sur.

La fiebre le subió aquella misma noche.

Giuseppe estuvo acostado bajo las pieles, rígidas por el frío, hablando del bálsamo de La Meca, porque veía los jardines del firmamento, radiantes de retama, ligustro y lirios. Pero en su rostro el color había desaparecido, sólo tenía enrojecidos el contorno de los ojos. Temblaba de frío y fiebre, pero tras la visión de las flores lo acosó el hambre, lo que hizo que se pusiera a desvariar acerca de Mirandola, hasta que cayó en un sueño inquieto para, una hora más tarde, continuar donde lo había dejado, es decir, en el gran banquete del príncipe, donde la carne fue abundante y nada faltó, aparte de los modales de la mesa. Su hablar se tornó más incomprensible, los brazos se le movían como los de un espástico, no había lógica en su letanía, el cuerpo se le puso tenso, y sólo después de arduos esfuerzos logró Arturo tranquilizarlo; pero quedó claro que así no podían seguir.

Al tercer día de la enfermedad, Arturo encontró una grieta en la pared de la montaña, que les proporcionó abrigo del viento. Fue al carro en busca de la olla, formó una hoguera con ramas, la encendió, fundió un puñado de nieve y echó las últimas hierbas aromáticas al agua, que empezó a hervir enseguida.

Aquella noche Giuseppe despertó al olor de la sopa. Tenía un aroma fuerte y

reconstituyente, pues estaba hecha a base de huesos y carne abundante, y olía a verdura y tuétano. Ayudado de un cucharón, Arturo iba depositando pequeños bocados en el buche de su señor. La cena duró mucho, porque el paciente temblaba y lo reñía, perdía la conciencia, despertaba con un sobresalto y enseguida pedía más. Aquello continuó así hasta que llegó la oscuridad. Entonces el humor de Giuseppe se volvió más sombrío aún. Los juramentos salían volando de su boca, sus ojos despedían centellas. Un líquido negro brotaba de las comisuras de sus labios.

—¡Malditos diablos! ¿Habéis venido a buscarme o a burlaros de mí? Os estoy viendo, demonios, veo vuestras largas colas, vuestros ojos rojos y el agujero de vuestros culos de color azufre. Voy a meteros un palo dentro, para que probéis vuestro propio jarabe. Voy a abriros la barriga con un cuchillo, para que puedan entrar los gusanos. ¿Me oyes, Rinaldo, príncipe de toda maldad? Voy a hundir mi tridente en tu ano humeante y atravesarte hasta esa boca de embustero que tienes. Voy a desollaros, os desollaré a todos, afilaré mis uñas en vuestro lomo, los regueros de sangre se iluminarán como el fósforo. Restregaré sal en vuestras heridas. Cuernos, qué caliente está esta sopa. Desapareced, demonios; desaparece, cretino; desaparece, mundo.

Pero Arturo era un enfermero paciente y prosiguió dándole sopa, de modo que cuando Giuseppe despertó en medio de la noche, se encontraba mejor y podía hablar de manera comprensible, aunque seguía pidiendo lo mismo, es decir, más comida. Y a pesar de que no estaban en Mirandola y de que Arturo nunca había tenido nada de principesco, la carne continuaba apareciendo incesante en la mesa: enormes trozos sabrosos que Giuseppe devoraba con el apetito de un león. Apenas alcanzaba el alumno a echarle sal a la carne antes de que su amo diera cuenta de ella. El color volvió a las mejillas del maestro, y el dolor de estómago que inevitablemente siguió fue aliviado con más sopa y agua abundante. También había una camisa limpia, porque Arturo había conseguido lavar la vieja y sudada con un pedazo de jabón perfumado que encontró, cuya fragancia despertaba tal entusiasmo en el enfermo que antes de amanecer ya había desaparecido la última fiebre.

Giuseppe se sentía como una persona nueva, y alabó el día, la camisa limpia y al alumno despierto.

—Hacía mucho tiempo que no cenaba así —dijo en tono de alabanza—: una sopa excelente y una carne magnífica, algo nervuda y un poquito correosa, pero de buen sabor. Esta noche he visto por primera vez mi alma, que era plateada y tenía la envergadura de un águila; volaba alto, por encima de los Alpes, cambiaba de curso y enfilaba hacia el sur, en dirección a la benigna Umbría. Ha sido una visión fácil de comprender. La gente me ovacionaba por mi elocuencia. —Se estiró—. Ya hemos soportado bastante este clima, no es adecuado para gente como nosotros. Engancha a *Bonifacio* al carro, que partimos hacia el sur, a otros cielos más cálidos.

Arturo dirigió a su señor una mirada inquieta y quejosa.

—Pero, maese —susurró—, había que elegir entre la vida de él y la de maese. Estaba usted muy enfermo. No veía ninguna otra solución.

—Habla de forma que se te entienda, mozo. ¿Qué solución?

Giuseppe avanzó unos pasos por el camino y se estiró al sol invernal. Bajo él se abría un muro vertical, y el abismo entre las cimas era tan profundo que el ojo no distinguía el fondo.

Escupió y notó rigidez en los miembros. Se miró los pies y se le puso la carne de gallina.

—Mis piernas han adelgazado de manera preocupante —murmuró—, no son apropiadas para este terreno. Los ancianos con piernas como palillos deberían estar en las plazas de los pueblos, debatiendo sobre las apuestas de los viejos tiempos, la forma descuidada en que manejan las mujeres el dinero de sus maridos y la inesperada alegría por la repentina turgencia del órgano reproductor. —Agitó el brazo—. Al diablo todas las contiendas. Quiero tener tranquilidad. ¿Me oyes, Arturo? Tu señor quiere tranquilidad. Cuando has estado en el Paraíso, tu alma sólo ansia volver allí, ves que en el Paraíso nadie envejece; y si no vemos Rafael de nuevo, al menos sabremos lo que hemos perdido y organizaremos nuestra vida a partir de ahí. Porque ahora apreciamos el descanso del jardín del molino, que se encuentra en todos los jardines; valoramos el olor a limpio que despide todo lo que ha sido golpeado contra los cantos rodados del río. Porque el Paraíso es la medida de la belleza, y lo que está medio vacío también está medio lleno; y con menos, pequeño Arturo, con menos también puede lograrse.

Arturo, que había hecho dos bultos con sus enseres, salió al camino con la mirada fija, incapaz de ver nada.

Giuseppe señaló al sol.

—En cuanto a la dirección —dijo—, no hay pérdida. Ahora partiremos hacia el sur, y dentro de diez días, si las piernas me aguantan y *Bonifacio* no nos falla, estaremos en el Piamonte, y de ahí alcanzaremos rápidamente Liguria, bajando hacia la primavera, hacia el calor y el vino. Las mujeres de Génova tienen el pelo cobrizo y llevan en el pecho el chapoteo de las olas. Allí hay de todo para quien quiera pagar, porque en el puerto de Génova hay abundancia de amor, y si eres de los que no poseen dinero, también habrá una mujer para ti; aunque coja y desdentada, será tu Afrodita hasta que se levante el sol, y para entonces estaremos en Portofino, olvidadas las encías de Génova. Desde allí nos desplazaremos hacia Viareggio, donde un comerciante mayorista va a alegrarnos el paladar y llenar nuestras panzas, porque lo que ese hombre debe a Giuseppe no puede pagarse con todos los florines del mundo. Arrojarán pétalos de rosa dondequiera que vayamos, y los trovadores cantarán lánguidas baladas a mi heroísmo. Porque soy el hombre que salvó la vida de

la joven Isabella. Quince eran los ladrones apostados en el bosque, todos ellos armados hasta los dientes. ¿Pudieron con Giuseppe? Pues no, y los que no se fueron con el rabo entre las piernas sucumbieron en el campo de batalla. ¿Queda menta?

Giuseppe se arrodilló, extendió los brazos separados del cuerpo e hizo su habitual gimnasia matutina.

—Ojalá fuera algo más joven. Pero no lo soy, aunque podría ser interesante domesticar a esa joven de Viareggio. En fin, eso es soñar despierto. Un hombre con hernia no enciende el menor fuego en las mejillas de una doncella. Aun así, no me quejo, porque estoy alegre y contento. —Colocó la mano sobre el hombro de su alumno—. Vamos, amiguito, no pongas esa cara tan triste, que tu señor está otra vez como nuevo.

—Nos hemos comido a *Bonifacio*.

—¿Qué?

—Esta noche, maese, nos lo hemos comido.

Giuseppe soltó una sonora carcajada y zarandeó a su alumno. Después la mirada se tornó más tensa. Se quedó contemplando la olla de hierro, que seguía aún en la nieve.

—¿Me estás diciendo que has guisado al asno?

Arturo alzó los brazos.

—Maese, estaba muy quebrantado.

—¡No! —gritó, dando un paso vacilante hacia atrás—. No, no, no, no, no me estás diciendo eso, no, no me estás diciendo que has guisado mi asno, no es posible. No es lo que estoy oyendo. —Elevó la mirada al cielo—. ¡Dios! Dios: mírame y dime que no hay destino tan funesto. Y tú, Arturo, dime que lo que acabo de oír ha sido resultado de tu humor infecto.

—Señor...

—Dilo, cretino, quiero oír cómo lo dices.

Arturo agachó la cabeza y musitó algo inaudible.

—¡Habla!

—Maese se ha comido las piernas.

Giuseppe se contrajo y apretó los puños. Tenía la cara encarnada y el pelo erizado. Sólo entonces reparó en la cabeza gris que había encima de una piedra. Los ojos enormes estaban sin brillo, y las otrora hirsutas orejas del asno pendían como las hojas de una planta muerta. Giuseppe se quedó mirando sin poder creerlo a su viejo animal de tiro, cuya lengua gris azulada colgaba del morro. Después se volvió hacia Arturo, que se tapaba el rostro con las manos.

—Ahora voy a callarme —dijo, cerrando los ojos.

—Pero, maese...

—He dicho que voy a callarme. Pero antes de hacer el sagrado voto de silencio,

he de pedirte, Arturo de Florencia, que te coloques en el lugar del asno. En adelante yo seré Giuseppe el Mudo, y tú serás *Bonifacio II*. Aunque quiera el monte que el camino suba y suba, aunque quiera el viento que la helada te haga sangrar por la nariz y se te congelen las borlas, tú tira del carro como si hubieras nacido con cuatro patas, y come lo que encuentres. Y no digas palabra, no tienes el don de la palabra; y para cuando lleguemos a Portofino, ningún rapaz podrá ver en ti a un ser humano. Tus dientes son largos y marrones, y allí donde antes había manos hay ahora pezuñas, y tu alegría de vivir estará relacionada solamente con tu habilidad para espantar con el rabo las moscas del culo. ¿Lo has entendido, asno?

—Haré lo que pida mi señor.

—Y no digas nada más. Deberías alegrarte de que mis manos no sean las de un asesino, porque entonces estarías a los pies de la montaña. Ahora se te administrará el castigo más severo, es decir, ser expulsado de la Universidad de Pagamino. Podrías haberlo conseguido todo en la tierra: inteligencia, sagacidad, riqueza y tres comidas al día; y ahora vas a llevar el paso de un asno y hacer el trabajo de un asno.

*En que Giuseppe reconoce que un idiota vivo
es mejor que uno muerto.*

Al final, el Diablo se lleva la farmacia de Pagamino

La casa pegada contra el monte era claramente una casa pobre. La vivienda de un pastor. Había otros dos cobertizos más pequeños, uno, la letrina, y el otro, un ahumadero; pero no se veía a nadie.

Giuseppe pidió a Arturo que detuviera el carro.

Se encontraban cerca de la frontera septentrional de Piamonte. Arturo llevaba seis días tirando del carro. De hecho, el viaje transcurrió más rápidamente y con menos complicaciones que cuando tiraba del carro *Bonifacio*, que tenía sus propias ideas, sobre todo cuando iban cuesta arriba. Giuseppe miraba por encima del hombro cuando el terreno se empinaba, y, aunque Arturo no poseía grandes músculos ni piernas robustas, agachaba la cabeza ante la adversidad y continuaba adelante con todas sus fuerzas. Su vigor era verdaderamente asombroso. Al atardecer cuidaba de sus ampollas y heridas, que lavaba y vendaba a fin de estar listo para las fatigas del día siguiente. Hubo sobre todo un trecho que constituyó un desafío para él, una pendiente escarpada, despiadada debido a sus piedras afiladas y un barro traidor, brillante como un espejo, dejado por las lluvias del día anterior. Giuseppe estuvo observando la lucha de su antiguo alumno contra los elementos. Si hubiera dependido de la cuesta, el encuentro habría terminado en empate. Arturo se afanó durante cerca de una hora, pero sin resultado. Naturalmente, Giuseppe no decía nada, se limitaba a contemplar al chico, cuyos pies chapoteaban en el fango. Le sangraban los talones, tenía los ojos desorbitados, la sangre le corría en dos hilillos por debajo de la nariz; pero Arturo no se dejó desanimar.

Después de pasar así una hora, cayó de rodillas entre violentos temblores.

Giuseppe valoró el alcance del daño, e iba a retirarle los arneses cuando Arturo puso una cara de reproche y obstinación. Se levantó, apretó los dientes y continuó esforzándose con redoblada energía, hasta que de pronto se derrumbó. Claro que aquello no extrañó a su señor, quien tranquilamente colocó una piedra tras las ruedas para que el carro no se fuera rodando cuesta abajo. Después se inclinó sobre su alumno, que tenía los ojos en blanco.

—Vaya, parece que ha sido demasiado para ti, ¿eh, pequeño cretino?

—Es porque... —susurró Arturo— es porque...

—¡Haz el favor de hablar de modo que se te entienda!

—... porque no soy un asno, maese.

Giuseppe trató de hacerse una idea general del terreno mientras se acercaba a la puerta de la casa. Había dos mulas y una vaca en un vallado. La casa propiamente dicha era lo suficientemente grande para albergar a más de una familia, como era la costumbre.

—Siento que nos espían —murmuró, mirando en torno a sí.

En aquel momento una mujer corpulenta abrió la puerta y se quedó allí con un niño en brazos y otro más pequeño a su lado. Con la mano se protegió del sol y observó boquiabierta a Giuseppe, quien sonrió y le hizo una reverencia.

—Me llamo Gipetto, *signora* —dijo, con un gesto de abarcarlo todo, como para dar a entender la suerte excepcional de que se hubieran encontrado—. Soy herborista y médico.

La mujer no respondió, y siguió mirándolo fijamente; Giuseppe carraspeó y dijo que él y su alumno estaban a su servicio en todos los sentidos, a cambio de un poco de pan.

Ninguna reacción.

—Venimos en nombre del Señor —añadió, haciendo una señal a Arturo para que se adelantara, porque resultaba bastante evidente que la mujer era retrasada o se sentía cohibida ante extraños; probablemente ambas cosas.

Arturo arrastró el carro frente a la puerta, lo que motivó que brotara una sonrisa en el rostro de la mujer, quien hizo un comentario sobre el extraño espectáculo a alguien del interior de la casa.

Aparecieron un hombre y una mujer mayores. Ambos encorvados por la vejez y el desgaste. No tuvieron reparos en enseñar las encías ante la visión del mozo ocupando el lugar de un borrico.

El hombre se sonó la nariz con los dedos y se rascó la tripa.

Giuseppe vio una oportunidad inesperada.

—Señores —dijo—, quiero presentarles a Otto. Es resultado de mi magia, porque soy el Gran Gipetto, que obra portentos y milagros por el bienestar de las personas; no hay nada que sea demasiado pequeño para Gipetto, nada demasiado grande. Como no tenía ya necesidad de mi asno, lo transformé en un rapaz. *Voilà*, que dicen en la corte de París. Eso sí que es arte, ¿no?

Los ancianos miraron a Giuseppe con una mezcla de desconfianza y temor, tenían los hombros encogidos y los ojos como platos. Aunque pertenecían a distinto sexo, se semejaban como dos gotas de agua, y si uno se fijaba más, la mujer y los niños poseían los mismos rasgos, por lo que Giuseppe pensó en esa clase de endogamia que provocaba que en zonas despobladas fuera tan difícil distinguir a los animales de las personas. Se dijo que había ciertas posibilidades si sabía guardar la presencia, porque

cuando la sesera estaba vacía, la desconfianza era tanto mayor, y muchos estafadores habían tenido que reconocer que entre la gente simple se trata de tocar una melodía que conozcan.

—Una mosca —dijo—. Todos sabemos lo molestas que son las moscas, ¿verdad? Aunque en esta época no son muy comunes, ya tendréis un insecto o un hilador, una araña o un escarabajo, ¿no? Pues veréis qué divertido. Será una magia que recordaréis hasta el día de vuestra muerte y contaréis a vuestra descendencia. Desde Nápoles hasta Roma, he entretenido a gente tanto vulgar como noble con este prodigio mágico que hechizará vuestros ojos y embelesará vuestros oídos.

Ellos siguieron sin reaccionar.

—Una mosca —repitió Giuseppe—. ¿Una mosquita negra? ¿No? ¿No hay moscas? ¿Será posible que los señores vivan realmente en la única casa al norte de Pisa que no tiene moscas?

«Malditos palurdos —pensó—; donde hay ganado hay también moscas.»

—Entonces, permítanme que muestre a los señores un arte que aprendí en Francia.

Hizo una pausa. Los montañeses miraron a otra parte. Con más entusiasmo. Y es que Arturo había dejado el carro y estaba andando sobre las manos.

Aquello divirtió a los niños, que aplaudieron entusiasmados.

«¿Qué hace ese cretino? —pensó Giuseppe—. ¿Va a ponerse a actuar? No debe de parecerle suficiente ser un asno.» Pero tal vez era ésa la melodía que había que tocar para lograr que los niños hablaran.

—En una vida anterior —dijo a gritos— este rapaz no era sólo un asno de cuatro patas, sino que trabajaba también en la corte de Mirandola. Saltaba sobre las mesas, rodeado de príncipes y reyes, y ¡menudas bromas! Menudas fiestas daban en Mirandola, donde se comía hasta en la letrina. ¡Vaya francachelas!

Arturo estaba sobre una mano y ponía los ojos en blanco.

—¡Hop! —voceó Giuseppe, e inmediatamente Arturo dio un salto hacia atrás como un mono. Continuó hablando a los niños, que se divertían ruidosamente—. Todo lo que sabe este saltimbanqui lo ha aprendido de su humilde maestro, que asimismo entretuvo a la nobleza francesa con artes del mismo tipo. ¿Un poco de agua para el mozo, si son tan amables?

Sonrió a la mujer, que mandó a su hijo mayor a buscar la jarra.

Entretanto, Giuseppe habló de su época en la Universidad de Salerno.

—Dieciséis años sentado en un pupitre —dijo, poniendo una mano en la cadera.

Los viejos lo miraban con la boca abierta. Él dio una palmada en la cabeza al hombre, y alabó la higiene del campesino y la bondad de la mujer.

Finalmente llegó la jarra. Giuseppe bebió con moderación; Arturo, con más sed.

—Da las gracias a la señora —dijo Giuseppe, inclinándose ante la mujer al

devolverle la jarra—. Mi alumno y yo venimos de lejos y llevamos ocho días sin comer. Por eso, un pedazo de pan sería bienvenido, si no es mucho pedir. Como podéis ver, ninguno de nosotros está muy gordo; a decir verdad, estamos bastante debilitados. De hecho, lo hemos pasado tan mal que tuvimos que hincarle el diente a la bestia que tiraba del carro.

Ninguna reacción.

Giuseppe acercó el rostro al del campesino.

—El asno. Que nos comimos el asno.

En aquel momento apareció un hombre rechoncho por la puerta entreabierta. No tenía pelo en la cabeza, sólo una barba sin cuidar que cubría su redondo semblante. Se quedó mirando a Giuseppe, quien se presentó inmediatamente.

—Como le he dicho a su familia, es un auténtico placer ver a toda la dinastía, niños, padres y ancianos, que deben de ser el orgullo de la comarca.

La mujer dijo algo al hombre, que miró de reajo a Arturo; éste dio otra voltereta, cosa que no gustó al campesino, que de pronto sacó un cuchillo. En un segundo, el resto de la familia estaba dentro de la casa.

—Señor —murmuró Giuseppe—, mi alumno y yo agradecemos su amabilidad y continuamos el viaje. No queremos molestar más a los suyos.

El montañés entrecerró los ojos y se dirigió con pasos de cangrejo hacia el carro; desgarró la lona, apartó las botellas y olisqueó los frascos.

—Elixires y ungüentos —dijo Giuseppe—. Aquí hay algo para la pérdida de cabello, un ungüento para la falta de memoria y unos polvos para los bubones. Todo eso puede adquirirlo a cambio de una comida para mí y mi...

—Dámelo —lo cortó el hombre.

—Vaya, hablamos el mismo idioma —repuso, mirando de reajo a Arturo, que había dejado de dar volteretas.

—Todo. Dámelo todo —exigió, agitando el cuchillo.

—Otto —dijo Giuseppe—, haz el favor de vaciar el carro.

—Pero, maese...

—Haz lo que te ordena tu señor. Un idiota vivo es siempre mejor que uno muerto.

El contenido del carro fue descargado: frascos, botellas, pucheros, utensilios de cocina, mantas y aceites. Todo quedó al borde del camino, incluso el pequeño cofre que era la posesión más apreciada de Giuseppe, pues allí estaba toda su fortuna: las hermosas sortijas, los pocos florines que le quedaban, así como la joya que perteneció al rey inglés.

—Si puedo quedarme con la caja... —dijo, recogéndola.

—Es mía —gruñó el hombre.

Giuseppe puso el cofre delante del campesino, que abrió la tapa enseguida. La boca se le torció de entusiasmo. Después miró a Pagamino con expresión glotona.

—Mío —susurró.

—La cadena, me gustaría conservar la cadena. Era de mi madre.

—Todo mío. ¡Largo!

Giuseppe se alejó con los brazos levantados por encima de la cabeza. El montañés lo miró con maldad, y por eso no reparó en Arturo, que se acercaba con un palo. Pero antes de que el muchacho lo golpeará, el hombre giró sobre sí y le clavó el cuchillo.

Arturo miró fijamente el cuchillo que tenía hundido en el pecho. Al principio no brotaba sangre, pero después empezó a salir como de una fuente que surge del monte. Con la perplejidad pintada en el rostro, cayó de rodillas.

El campesino estaba de pie frente a él, con una expresión odiosa. Las manos le temblaban por la cuchillada, y de su labio goteaba la baba.

Arturo se derrumbó de lado, blanco como una sábana.

Giuseppe abrió la boca, pero se dio cuenta de que no había nada que hacer: el alma que brillaba en los ojos del chico lo había abandonado ya.

El campesino se inclinó sobre el muerto, sacó el cuchillo y lo secó con la manga.

—Lo has matado —susurró Giuseppe.

El hombre no respondió; corrió hasta el carro y lo empujó con fuerza, y el carro fue traqueteando hasta la pendiente, donde volcó y desapareció en el abismo. Después tomó tarros, botes, botellas y los recipientes de barro en forma de gota, y los rompió unos contra otros, los destrozó uno a uno hasta que no quedó ninguno entero.

Se produjo un silencio despiadado.

Giuseppe seguía en el suelo, con las manos manchadas de la sangre de Arturo. En aquel momento no desapareció únicamente el sonido, sino que fue como si el mundo se hubiera desvanecido; Giuseppe ya no pensaba, ya no oía ni veía. Tampoco al montañés, patizambo y odioso, que se le acercó empuñando el cuchillo, el cual captó el refulgir del sol cuando su dueño lo levantó.

Giuseppe cerró los ojos, convencido de que había llegado su hora.

Inmediatamente después estaba tendido sobre la tierra, notando en la espalda un dolor que se le antojaba conocido y un regusto de yodo en la boca. «No estoy muerto —pensó—. Debería abrir los ojos, pero no tengo ganas. Aquí se interrumpe el viaje, en un camino de montaña entre Italia y Francia, en un paraje en que la diferencia entre las personas y los animales es ese cuchillo con que el campesino mata. Pobre de mí, que conocí el camino al Paraíso y me fui en dirección opuesta.»

—Maese.

Giuseppe abrió los ojos. Arturo estaba sentado junto a él. Seguía blanco como la nieve, y su camisa estaba manchada de sangre. Tenía una de las manos en el cuello del maestro, y con la otra apretaba el agujero de su pecho.

Giuseppe miró de soslayo a las botellas y frascos, que estaban amontonados de

cualquier manera.

—Me he dado algo en la herida para que se cierre, maese.

Giuseppe parpadeó. Fue entonces cuando vio al campesino, apoyado en la fachada de la casa. La expresión de su rostro era la misma de antes. Parecía uno de esos muñecos que pueden comprarse en la plaza del mercado. Los mejores suelen ir provistos de hilos para mover las extremidades. El hombre no tenía ningún hilo en las extremidades, pero sí algo en la boca, que resultó el mango de un cuchillo. Detrás de él, en la pared, se extendía una mancha de sangre roja.

—¿Está mejor, maese? —preguntó Arturo.

Giuseppe apoyó la mano en la mejilla pálida del muchacho.

—Hemos de marcharnos —susurró.

—Ya lo sé, maese. ¿Cree que podrá ir encima de una mula?

—¿Tenemos una mula?

—Tenemos dos, maese, y pan y jamón para varios días.

—Cargas con la muerte de un hombre en tu conciencia —dijo Giuseppe, dándole una palmada en la mejilla—. Pero no desesperes, ya sé lo que se siente. Pues no hace mucho me atacó una vieja bruja en un bosque y no me quedó otro remedio que matarla. No me agradó, pero tampoco me ha quitado el sueño, porque aquella mujer recibió lo que merecía. Ahora ya conocemos los secretos del otro en relación con el peor crimen que puede cometer una persona. Por eso estamos en el país de Nod, porque fue allí adonde expulsaron a Caín.

Arturo entró en la casa. Al poco salió la mujer con el mayor de los hijos, seguida de Arturo, que llevaba al pequeño en brazos.

—Les he dado ámbar gris y tanaceto. Tenían lombrices intestinales.

Giuseppe se dirigió fatigosamente a la mujer.

—Su marido —murmuró.

—No era su marido —repuso Arturo, sonriendo—. Su marido está en el monte con las cabras. El otro era su cuñado.

—Uslau —dijo la mujer—. Uslau.

Giuseppe suspiró.

—No tenemos carro.

—Pero sí un asno —replicó ella, señalando a Arturo con expresión severa.

—Las mulas están ensilladas —dijo el joven—, y hay comida para muchos días.

Giuseppe miró desalentado al pecho de su alumno, que estaba manchado de sangre. Él le explicó que había cerrado la herida con tripa de gato.

—Porque es lo único que aguanta —añadió.

Giuseppe vació la jarra de agua y arrastró a Arturo hacia el cercado.

—Las viudas jóvenes son como la leña verde —murmuró—. En uno de sus extremos gotea el agua, y el otro arde.

—Maese es un hombre sabio.

—No me digas, cretino.

Arturo sonrió y puso la mano sobre la mula.

—Sí. Aunque no he entendido lo de la viuda.

Giuseppe abrió la camisa de su alumno y examinó de cerca la herida. El chico había realizado una bonita sutura. Siete puntadas atravesaban su pecho.

—¿Cómo es posible? —murmuró—. ¿No te ha dado en el corazón?

—El cuchillo ha pasado rozando, maese, lo he notado enseguida.

Giuseppe cerró los ojos. De pronto, con un brusco movimiento, atrajo a Arturo hacia sí.

—¿Puedes perdonarme? —musitó.

—¿Por qué, maese?

—Por todo, por toda la vida que hemos compartido, por todas las mentiras y ofensas, por mi cólera y mis caprichos, y porque te he obligado a tirar del carro durante seis días. —Se golpeó el pecho, e hizo tales molinetes con los brazos que estuvo a punto de perder el equilibrio—. No me llesves la contraria cuando estoy de buenas, porque aún tengo muchas cosas que decir. Desde luego, es increíble lo que lloriquea uno, si bien dicen que limpia las vías respiratorias. —Se secó las lágrimas—. Lo hemos perdido todo, Arturo, pero seguimos teniéndonos el uno al otro.

—Sí, maese.

Giuseppe sacudió la cabeza.

—Al diablo con todo —gimió—, dale el cofre a la aldeana.

—Ya se lo he dado, maese —respondió Arturo, sonriendo.

—¿Cómo dices? —preguntó, levantando la mirada.

—Como pago por las mulas.

—¿Le has dado mis esmeraldas, mis amatistas y mi ópalo a cambio de dos mulas? ¿Te has vuelto loco? Podríamos haber comprado cuatro caballos purasangre y cinco putas tunecinas a cambio de esas sortijas. ¿Qué hay de la cadena del rey? ¿Adorna también el talón de una retrasada?

—Aún la tenemos —cuchicheo Arturo, guiñándole el ojo—, porque ha de cruzar el océano con ella.

Giuseppe puso los ojos en blanco, pero después tomó impulso, montó en la mula y echó a cabalgar ladera abajo.

—Jamás serás comerciante —gruñó—, pero debía haberlo imaginado al ver la sonrisa de la mujer; aun siendo retrasada, ya sabía que había vendido dos mulos al precio de diez caballos, y hay que ver cómo apestan estas malditas bestias. No tenía idea de que supieras andar con las manos. Pero seguro que hay más cosas que ignoro de ti, ¿verdad, Arturo?

—Maese lo sabe todo, y ahora vuelvo a estar contento, porque estamos hablando.

—En contra de mi voluntad.

—Ya lo sé, maese.

—Un voto de silencio es un voto de silencio, y yo soy hombre de palabra. — Giuseppe miró alrededor con expresión ceñuda—. Con un poco de suerte, habremos bajado de la meseta antes de anochecer. —Subió la voz y amenazó a los peñascos—. Y pronto retumbarán los montes, porque ahora resuenan las carcajadas en el infierno. El diablo se ha llevado la universidad de Pagamino, pero no sólo eso: se ha llevado también la farmacia. Ahora Satanás podrá untarse las verrugas y curar su pérdida de memoria. A Giuseppe de Umbría no lo olvidará jamás, y en eso comparte el sino del obispo de Lucca.

Giuseppe se encuentra con alguien que conoce en la oscuridad de la tumba y pide a Arturo que le repita la profecía de Florencia

Estaban al sur de Viareggio, en un bosque de pinos piñoneros tan poético que era difícil no entregarse al canto. Las siluetas verde oscuro de los árboles recortadas sobre el aterciopelado cielo nocturno, la apacible solemnidad de la tierra color canela, la beatífica quietud de la muerte.

El aire estaba impregnado de la acidez de los pinos, de dulces bayas y tierra húmeda, así como de las armonías de la aromática santolina, hojas de romero, ruda seca y clavo.

Giuseppe examinó el cielo azul nocturno y pidió que la capa de nubes no se desplazara hasta que hubiera terminado la labor. Cerró los ojos, tarareó una melodía y se estiró con ganas.

El viaje desde Génova había sido un auténtico deleite, dejando de lado el día en que una de las mulas se derrumbó y estuvo a punto de romperle la pierna a su amo. Pero tampoco fue muy grave, y pronto continuaron viaje hacia el sur, recogiendo por el camino laurel, lavanda, mejorana, cola de caballo, tomillo, cicuta de agua y salvia. Lo que no encontraban, lo conseguían mediante el trueque: anís, clavo, corteza de naranja agria y canela. En el mercado gris del pueblo portuario de Portofino, Giuseppe compró heléboro blanco, begonias secas, cinco gramos de la venenosa belladona y diversos brebajes contra la caída del cabello, la migraña y la tos crónica. En poco tiempo, la farmacia estaba mejor provista que la que desapareciera abismo abajo, y cuando Arturo curó el insomnio a toda una familia española con *Primula veris*, recibió como recompensa un magnífico carro de cuatro ruedas, fina factura y pulido pescante.

Se hallaban a principios de abril, y la vida era agradable. Olvidadas estaban las penas del invierno, y, aunque Giuseppe no volvería a poner los pies en Lucca, estaba seguro de que el nombre Pagamino se había borrado de las grandes tablas de la Iglesia: el registro de sus pecados hacía tiempo que habría sido superado por otros enemigos del poderoso obispo, mucho más peligrosos. Había, por tanto, buenas razones para tararear una melodía en honor de los pinos y el trabajo en que estaba ocupado su alumno.

Arturo se había tomado en serio el aprendizaje e iba dominando el difícil arte de

cavar; así que no llamó a su maestro hasta que hubo que establecer el valor del hallazgo.

La noche había resultado provechosa, y cuando dieron por casualidad con un gran panteón familiar con tumbas antiguas y recientes, decidieron hacer un descanso. El bosque de pinos piñoneros de las afueras de Viareggio era fragante, como se ha dicho, y tenía un lirismo singular para el oído experimentado. Giuseppe opinaba que poseía un oído experimentado, y canturreaba siguiendo el compás de su alumno con la pala. Envuelto en un trapo estaba el resultado provisional de los esfuerzos nocturnos: un collar de perlas bastante deteriorado, un anillo negro con motivos, difícil de vender, así como una preciosa cinta para el cabello con puntadas de oro. Giuseppe esperaba más, teniendo en cuenta las dimensiones del sepulcro; pero aún no habían llegado al final del camino, y pronto se precisó su ayuda. Arturo le comunicó que había encontrado un cuarto ataúd, más reciente. Giuseppe le pidió que bajara la voz, porque todo el mundo sabe que las noches tienen oídos. Se dirigió sin prisa al agujero de tres por tres metros de contorno y dos de profundidad. De la fosa surgía la fragancia de santolina, ruda, romero y clavo, junto con el hedor habitual que sigue siempre a la muerte.

Arturo se afanaba con los hierros planos. Silbaba mientras trabajaba. No era la primera vez que Giuseppe oía silbar a su alumno. Cualquier idiota sabe silbar, pero Arturo lo hacía extraordinariamente bien. Incluso en una ocasión Giuseppe le rogó que hiciera una demostración, porque el camino puede resultar largo cuando se está de viaje. Arturo no conocía canciones ni melodías, sino que juntaba los labios y emitía tonos bajos y agudos, parecidos a los que usan los pájaros para alegrar al mundo.

—¿Dónde has aprendido a silbar así, despreocupado cretino?

—Lo he aprendido solo, maese, puede que de la puesta del sol, de la luna nueva y de la hojarasca de octubre.

—La hojarasca de octubre, claro, ¿por qué no? Mientras no sea algo que hayas aprendido de tu anterior medicastro...

—Ah, pues el jardinero mayor era un auténtico maestro.

—Lo sospechaba, aunque no sé la razón. Parece que no había arte en el mundo que no dominara aquel extraordinario señor.

La mirada de Arturo adquirió un brillo singular.

—Había algunos sonidos que no podía soportar.

—¿De verdad? ¿Qué sonidos eran esos?

—Había muchos: el llanto de un niño lo entristecía, los gemidos del hipócrita lo encolerizaban. Pero lo peor para mi señor eran las campanas de la iglesia.

—Vaya, comprendo. Y ¿por qué hería tanto a los oídos del escardador aquel

sonido? ¿Tal vez había revuelto tanto la tierra que la fe en el Todopoderoso desapareció en el humus?

—No, no, maese; al contrario, todos los días agradecía a Dios que nos hubiera otorgado la vida.

—¿A vosotros dos?

—Sí, a él y mí.

—Vamos, que te recordaba en sus oraciones de antes de acostarse, ¿es eso lo que quieres decir? Me conmueves, Arturo.

—Decía a menudo que con la buena vida que disfrutábamos estaba seguro de que Dios se complacía en nosotros.

—Sí, está claro que los delirios de grandeza se habían apoderado de su razón. Pero hablábamos de lo diestro que eres silbando.

—¿Quiere que siga silbando, maese?

—No, no sigas, degenerada alondra cantarina, que ya he oído bastante. Ojalá se encuentre en Ravena el jardinero mayor, porque allí hay trescientas iglesias y setecientas campanas que tañen y repican tanto que los niños nacen sordos.

Así es como habían ido las cosas en Portofino, pero ya estaban en Viareggio, y Giuseppe recordó a su alumno que pronto se haría de día, mientras observaba cómo introducía el hierro plano entre la caja y la tapa. Tenía dedos hábiles y una fuerza nada despreciable. Todo indicaba que los seis días que viviera como un asno le habían sentado bien.

En un santiamén abrió la tapa y emitió un grito sofocado.

Giuseppe se deslizó fosa abajo, donde observó más de cerca el hallazgo.

—No tiene más que un par de meses —murmuró, olisqueando las bolsas aromáticas con santolina, buena contra los gusanos, un insecticida excelente.

Arturo desvió la mirada, pues no estaba acostumbrado a los cadáveres recientes. A su alrededor había abundantes fémures amarillos, huesos manchados de tierra y costillares marrones con forma de catedral, pero aquel cadáver era tan fresco que la piel aún estaba pegada al cráneo. El cabello dorado de la mujer parecía haber sido peinado tres horas antes. Largo y claro, recogido en dos pulcras trenzas. Llevaba en la frente una diadema oriental con una perla de color lechoso.

—Casi no tengo coraje para quitársela —dijo Giuseppe suspirando, y al poco se metió en el bolsillo la diadema.

—¿De qué puede haber muerto, maese?

Giuseppe sacudió la cabeza.

—No tiene señales de enfermedad —murmuró—, pero desde luego era guapa; basta observar la elegancia de manos y pies. El arco de la frente, los hombros erguidos. Puede que fuera la fiebre; estos años mueren muchas jóvenes por la fiebre.

Después metió la mano bajo las mortajas medio descompuestas y sacó una daga, un puñalito precioso con un bonito mango.

—Es extraordinario —murmuró—. Lo tenía en la mano.

Abrió la hebilla que sujetaba la mortaja reblandecida, descubrió el pecho y se inclinó hacia delante.

—Exactamente —susurró—. Qué pena.

—¿A qué se refiere, maese?

—La chica se quitó la vida, y si no estoy muy equivocado, lo hizo con este cuchillo. La herida tiene el tamaño de la hoja de su daga. Hace falta coraje para arrebatar la vida a otra persona, pero se necesita el doble para quitarse la propia. Muchas lágrimas se han vertido a causa de esta desgracia. Pero por muy bonito que sea el puñal, no voy a cogerlo, pues pertenece a su tumba. Enseguida me he dado cuenta de que aquí se escondía una tragedia.

En aquel instante cayó una pincelada azul desde la luna.

—Tenemos que irnos, maese —advirtió Arturo.

Giuseppe no le hizo caso; levantó la mano derecha del cadáver y sacó el anillo que llevaba en el dedo índice. Era de plata, ancho, algo masculino, con adornos pulidos.

—¿No deberíamos dejarlo? —dijo Arturo—. Es de ella.

—No, Arturo —susurró Giuseppe—, en eso te equivocas, amigo, pues este anillo me pertenece. —Se sentó pesadamente en la tierra arcillosa—. Dios mío, lo que tiene uno que ver en su vejez. No se puede aguantar. ¿Cuándo aprenderemos a comprender a los seres humanos? Cúbrelo todo, Arturo, pero hazlo con cuidado, porque yace aquí una desgracia a duras penas soportable.

—¿A qué se refiere, maese?

—Luego, Arturo, luego, que ahora tengo un nudo en la garganta y el corazón desgarrado.

Poco después salían del bosque, y el carro no se detuvo hasta que atravesaron las murallas de Volterra, donde Arturo saltó del pescante para guiar a la mula por las estrechas callejas.

Al poco tiempo se pararon frente a una posada en la calle de los Caldereros. El sitio no era espacioso, tampoco muy concurrido, pero les dieron a cada uno un colchón de paja y una jarra de vino, así como pan hecho aquel mismo día. Hasta aquel momento Giuseppe no había dicho palabra, excepto para indicar la ruta; pero después de probar el vino y partir el pan, se echó en el camastro con la mano en la frente. Se sentía mal, pero no podía expresarlo con palabras, porque el malestar no tenía relación con el cuerpo. Se sentía ligero pero pesado, libre y aun así oprimido; las ideas podían hacer lo que quisieran, pero cada vez que trataba de darles cauce, se

paraban en el mismo sitio.

—Es una noche de locura —murmuró.

—¿Está enfermo, maese?

—¿Enfermo? No, no estoy enfermo; estoy viejo y cansado, tengo la cabeza embotada. Quizá sea así como anuncia su llegada la muerte. Que sea bienvenida.

—Maese sobrevive a todo.

—No lo menciones. Menuda maldición.

Giuseppe sirvió vino, bebió a grandes tragos y pidió a su alumno que tomara asiento.

Estuvieron un rato así, uno junto al otro, mirando en la misma dirección, es decir, hacia la pared de color terracota con la imagen de una quadriga romana.

—Somos hijos de un pueblo grande, Arturo —dijo Giuseppe, suspirando—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, maese, pienso a menudo en Aníbal.

—¿En quién?

—En Aníbal, maese, el de Cartago. Mi antiguo maestro me hablaba de él a menudo. Decía que estuvo presente cuando Aníbal atravesó los Alpes y derrotó al ejército romano. Pero aquello pasó hace muchos años.

—Es el mayor desatino que haya oído el mundo jamás. ¿Aníbal?

—Sí, maese, el jardinero mayor sabía un montón de historias sobre él. La mejor era la de su suicidio.

—¿Te crees todo lo que te cuentan, Arturo? Deja, no respondas, cretino. Tu ingenuidad hace tiempo que te traicionó. Creerás también en Dios, ¿verdad?

—Sí, maese.

—Claro, por supuesto.

—Todos creemos en Dios; también usted, maese.

Giuseppe escondió el rostro entre las manos.

—Tanto hablar de la verdad —murmuró—. Con la verdad puede llegarse lejos, incluso a la cárcel. Guárdate de la verdad, yo prefiero la duda. Y en cuanto a la eternidad, sobre la que predicán los clérigos... —Se detuvo y se quedó mirando al frente.

—Pero ¿no era eso lo que buscaba, maese? ¿La vida eterna?

—Sí, en la mañana de los tiempos. En España se dice que quien ha navegado cascada abajo nunca vuelve a ser la misma persona.

—¿Maese ha navegado alguna vez cascada abajo?

—Estoy en medio de una. Conocí en Alejandría a un hombre que coleccionaba llaves. Tenía miles de llaves. Yo no lo comprendía. Ahora ya lo comprendo. Porque soy exactamente como él y no me preocupo de cerraduras —dijo, permitiéndose una leve sonrisa—. De niño me interesaban mucho los laberintos. Además, mi madre me

contaba un enigma cada día, que yo tenía que resolver antes de ponerse el sol. Encontrar la respuesta correcta no era ni la mitad de divertido que buscarla.

—Todos los días son valiosos.

Giuseppe asintió en silencio.

—Pero hoy —susurró—, que debía haber sido un día cualquiera, con sol primaveral y trabajo nocturno, me ha golpeado el martillo del tiempo. No puedo explicarlo de otra manera. Siento que padezco la fiebre, aunque no tengo fiebre, pero sí que noto por todo el cuerpo los latidos del corazón.

—Maese está cansado, eso es todo.

—Escúchame, Arturo, y ve en busca del brebaje que vendimos a la familia que padecía insomnio.

—¿*Primula veris*?

—Exacto. Doble dosis.

Arturo obedeció y bajó al patio en busca del remedio.

En el exterior estaba a punto de amanecer, y los gallos de los alrededores ya se dejaban oír.

Giuseppe estaba sentado en la cama, con el anillo de plata que había hallado aquella noche entre las manos.

Arturo se sentó frente a él.

—La joven que había en la tumba se llamaba Isabella. La conocí en Mirandola, o mejor dicho, en un bosque de las afueras de Mirandola. Le hice creer que le había salvado la vida, porque miento con facilidad; pero si mientes, has de tener buena memoria. Recuerdo con claridad lo que me dijo cuando nos separamos: «Adiós, Alberto, que seas feliz. Si aún llevo el anillo en el dedo cuando volvamos a encontrarnos, será para ti.» —Se sorbió las lágrimas y se secó la nariz con la manga—. Yo sabía que ella era de por aquí, pero no esperaba verla en estas circunstancias. El anillo debería haber estado en el dedo de su prometido. Ah, cómo soñé con ser ese hombre. Pero no hay que engañarse, podría haber sido su abuelo. Si bien había algo en aquella muchacha que hacía que un anciano olvidara su edad. De sólo mirarla, veías el futuro con confianza. Ahora se ha quitado la vida. La hermosa e inescrutable Isabella. Pertenecía al siglo que viene, y ahora pertenece a la oscuridad. Creo que la vida se interpuso. Maldito sea el capitán Tiziano, que esparce la melancolía en torno a sí.

—Beba algo más, maese.

—Sí, llena hasta el borde, porque hay más que contar, cosas que ponen los pelos de punta. Que se lleve el diablo a esos gallos. No existe animal más arrogante. —Miró a su alumno—. Tómame de la mano —susurró— y repite lo que me dijiste hace mil años en Florencia.

—¿Cuándo nos conocimos, maese?

—Hablaste de una profecía. Te diré que no creo en profecías. Tampoco creo en la quiromancia. El mundo está lleno de estafadores, y los peores te prometen la vida eterna. Para eso, prefiero un crecepelo.

—Maese es la mejor persona del mundo.

—No digas esas cosas, pequeño cretino, porque ante ti hay un converso. Tengo la cabeza algo confusa todavía, pues la conversión parece no haber terminado aún.

—Está muy caliente, maese.

—Sí, sudo como un cerdo. Puede que sea por el vino. Corre la cortina, que entre algo de aire. Aunque esta calleja es tan estrecha que ni la luz del día consigue colarse. Y tan temprano por la mañana, antes de que echen agua por la calle, hay un hedor terrible a letrina. —Se apoyó en la roja pared—. No me beneficia pensar tanto, pero no voy a dormirme hasta que me repitas lo que dijiste aquel día lluvioso en Florencia sobre la profecía, sobre la chica que iba a conocer. Lo recuerdo con claridad, aunque no con tanta como para poder repetirlo palabra por palabra. Dijiste que iba a atravesar el océano hasta llegar a un mundo diferente y desconocido, pero es lo que aseguran todas las retahílas de supercherías que venden por ahí. Hablaste de una chica. ¿Lo has olvidado, Arturo?

Arturo sumergió un paño en una jofaina, lo escurrió y lo colocó en la frente de su señor.

—No, maese, no lo he olvidado.

—Haz el favor de repetir lo que dijiste aquella vez, pero date prisa, porque el brebaje empieza a hacer efecto. ¿Por qué será que cuando el médico prueba alguno de sus preparados, se asombra de que sean eficaces? —Miró a su alumno—. ¿Quién soy, Arturo? Dilo.

El muchacho se inclinó sobre él.

—Es quien va a salvar la propia vida tres veces, encontrarse con la peste en Londres y Marsella, y conocer a una muchacha tanto en vida como en el reino de las sombras.

En el cuarto se hizo el silencio.

Giuseppe cerró los ojos.

—Exacto —murmuró—, exacto. Tanto en vida como en el reino de las sombras. Tómame de la mano, Arturo, porque ya me viene el sueño, pero cuando ceda la fiebre, vamos a continuar el viaje.

—¿Adónde va a llevarnos el viaje?

Giuseppe sonrió.

—Al ancho mundo, nada más y nada menos.

—¿Al mundo, señor?

—Eso es, al mundo, y no vuelvas a llamarme señor. No es apropiado. Llámame maese, es lo que hace la gente que me conoce. ¿Recuerdas las palabras, Arturo?

—Jamás las olvido, maese. Parecen hablarnos de un futuro lejano, aunque no pueden haber pasado más de dos años, ¿verdad?

—Durante esos años he estado en el cielo y en el infierno, y ahora estoy echado en un colchón de paja y no entiendo nada de nada. Debe de ser un enigma que no se resuelve nunca. Pero pronto volveremos a ver el mundo y a embriagarnos de presente. Abandonarnos a la despreocupación y al buen vino. Prométemelo, pequeño cretino.

Arturo puso su mejilla contra la frente caliente de su maese.

—El mundo —musitó— es el lugar en que estamos.

*Se habla del próximo Papa de Roma.
Al final asoma un personaje bien conocido
del relato*

Lo primero que sintió Tiziano fue el hedor de orines de gato, mezclado con el olor de una hoguera. Bajo su ventana, la calle estaba abarrotada de gente, carros y jinetes que, en grupos apretados, buscaban su camino. Si uno desviaba la vista y volvía a mirar a la misma calle una hora más tarde, se encontraba con la misma imagen, porque aquellos adoquines los pisaban gentes de todo el mundo: ingleses, germanos, griegos, chipriotas, españoles vestidos de terciopelo, pelirrojos holandeses, mendigos descalzos, lisiados, nobles, enfermos, sanos, simuladores y condenados a muerte; y, aunque todos iban con aceites de Oriente y bálsamo de Arabia, sólo olía a orines de gato en Clivius Dalphini, detrás de la iglesia de Santa Balbina. Habían decidido que era un aniversario especial del nacimiento del Salvador. Mediante una bula papal, todos quienes viajaran a Roma en 1350, año del Señor, tendrían indulgencia plenaria; y, aunque la Ciudad Eterna siempre estaba llena de gente, la mayor parte de los dos millones había ido en peregrinación, y ocupaba mucho espacio en una urbe que normalmente albergaba cuarenta mil almas.

Junto al muro de la iglesia había sentada una leprosa, con un cazo entre los muñones que otrora fueron piernas. Tenía el rostro parcialmente cubierto por un chal gris, pero Tiziano logró mirar a los ojos a la pobre, que le dirigió una retadora mirada de odio, como si supiera que el dinero del capitán nunca terminaría en su cazo. Él le sostuvo la mirada, fascinado y horrorizado, y después se observó en el espejo y vio que su propio semblante se deformaba, porque debajo de la piel estaba la enfermedad, la mente leprosa, deformada, adornada con una belleza que seducía, traicionaba y aniquilaba.

Tiziano terminó su aseo matutino y pagó la cuenta a la dueña de la posada. Aquella atareada mujer tenía, además del albergue, una tiendecita de sal y un puesto en que vendía material de escritura y cuadernos con motivos semipornográficos. La posadera se llamaba Aluna, era pequeña, fuerte y de andar ligero, lo controlaba todo y siempre tenía un comentario para todo y para todos.

Caminó a lo largo del río en dirección al hospital Santo Spirito. Era temprano, y el Tíber olía más a pescado que a cadáver.

El obispo de Lucca estaba en Roma, y Tiziano era parte de la escolta del venerable padre. No tenía ni idea de por qué acudía Agostino a Roma, y en el fondo le era indiferente. Con el tiempo había aumentado la indiferencia, y con ella llegó el tedio, y el tedio vital exigía cada vez más penitencia. Tiziano pensó en el viejo soldado Friggo. Pensó en Friggo cuando aún estaba vivo, y en Friggo ya muerto. Pero pensó sobre todo en el momento en que murió. Sintió la vivencia como un cambio de piel, como una burbuja que estallaba, como un aire renovado y un dolor que desaparecía. Fue así de sencillo. Quitarle la vida a Friggo. Tiziano sabía que era diestro matando, sus manos y su mente colaboraban de manera ejemplar. Pero sabía también que debía actuar con prudencia, pues toda pasión tiene sus trampas. Pensaba ya en la posadera, la regordeta Aluna de mirada frívola. Pensaba en ella muerta. Al fin y al cabo era lo que ella pedía cuando se dirigía a él: el cuchillo. Lo veía ante sí cuando cerraba los ojos: la piel abriéndose desde la laringe hasta el pubis. Pero ha de andar con cuidado, pues su nombre está en el registro de huéspedes y puede que Aluna no merezca la pena. Otros sí la habían merecido. Por ejemplo, el joven soldado que tomó bajo su protección. Se llamaba Claudio. Un mozo feliz y sencillo, con ganas de vivir y aprender. Tiziano le dio una tabla que mostraba cómo tenía que entrenarse para ponerse físicamente en forma, y, aunque los ejercicios eran durísimos, el joven se afanó hasta quedarse en los huesos. Después se trató de dominar el arte de contener la respiración bajo el agua. Tiziano llevaba un reloj de arena, una cuerda y una piedra, y observaba a Claudio saltando del puente al río. Debía estar sumergido por lo menos cinco minutos. Sólo consistía en esperar. Pero cuando Tiziano sacó a su alumno del agua, el chico estaba a punto de morir. Por desgracia, sus habilidades de espadachín estaban muy debilitadas, de modo que el maestro en persona tuvo que intervenir. Delante de todos los reclutas, Tiziano hundió la espada en el pecho de Claudio, rematando la faena con un corte experto.

Se hace el silencio en el patio de armas: algunos lloran, otros miran a su señor con admiración redoblada. Tiziano abandona el recinto con pasos rígidos, pero con la espalda erguida. La energía le irradia de los miembros, fluye a su cerebro, se despliega y se convierte en una enorme flor negra.

Después de Claudio viene Tomaso, que jura hacer cualquier cosa por su capitán. Éste le toma la palabra y le pide que salte sobre la garganta de Midranno, en los Alpes Apuanos, porque es un desafío digno de un soldado. Lo que ignora Tomaso no va a causarle daño, que no hay persona que haya dado un salto tan largo, y la mañana en que sube a la montaña para contentar a su capitán, los pájaros del cielo callan, porque saben que Tomaso ha ido a la garganta para morir.

Tiran juntos de los caballos el último tramo, y Tiziano comparte su agua con el silencioso muchacho, que mira fijamente al abismo que separa una pared del monte

de la otra.

—Nada más fácil que volver a casa —afirma Tiziano.

—¿Usted cree, capitán? Porque es un salto muy largo y muy difícil —dice Tomaso con un suspiro.

—Es verdad que es un salto largo, Tomaso, y si te falta valor, no te preocupes, que vendrán otros que lo intenten, y un buen día un muchacho me hará el hombre más feliz de Lucca.

Tomaso coge carrerilla y se impulsa con todas sus fuerzas, se queda suspendido en el vacío agitando las piernas, y desaparece.

Hizo una parada y contempló los barcos de pesca y los niños que andaban bajo los puentes. Muchos de ellos vivían en los parques de la ciudad, dormían debajo de los arcos, mendigaban de día y robaban de noche. Eran como moscas sobre un pedazo de plátano: igual de abundantes, igual de dinámicos e igual de despreocupados. Los observaba cuando, pasada la medianoche, partían a trabajar. Sus gritos iban y venían por las callejas de la ciudad, y cuando se juntaban para repartir el botín, las risas sonaban depravadas y envejecidas.

Echó mano de un mocosito. Calculaba que tendría a lo sumo cuatro años. El chico lo miró y sonrió. De pronto Tiziano le dio todos los florines que llevaba encima. Junto con el dinero, quería haberle dado el consejo de que cambiara de vida, pero no le dijo nada, y para cuando el rapaz salió corriendo, fanfarroneando y seguro de su victoria, el donante ya se había arrepentido de su prodigalidad.

Cruzó el Tíber en un lugar donde se reunían los leprosos. Había mucha gente sobre el puente. Estaba pasando una gabarra arrastrada por bueyes. Avanzó lentamente. Había allí gabarreros, sirgadores, pesadores y medidores, estibadores y aduaneros. La alegría reinaba a bordo. ¿Por qué no había de ser así? La vida de los gabarreros era despreocupada, siempre de viaje, sin dejar nunca huellas.

—Venimos de Alejandría, ciudad de moscas y profetas —anunció el gabarrero a una mujer que estaba bañando a su hijo en el río—. ¿De dónde eres tú, preciosa?

—De la calle de los Rascatripas —respondió ella.

Aquello regocijó a los hombres.

Tiziano pensó en la misión que tenía en el hospital.

Al despedirse del obispo en su aposento, Agostino lo había mirado con la misma clase de afecto que cuando volvió de Gadolfo con la noticia de la muerte de Del Sarto. El capitán pasó horas hablando en su defensa, y terminó con una confesión. Había fallado a la Iglesia y no había cumplido la misión que el padre Agostino le había encomendado. Pero el estado de ánimo del obispo era totalmente distinto, y Tiziano recordó la conversación palabra por palabra.

—Debería haberme dado cuenta, padre. Debería haber reconocido aquella lengua

falsa.

—¿Puede pedirse tanto a una persona joven?

—Debería haberme dado cuenta de que el viejo mentía.

—Ah, pero Pagamino tiene un amplio repertorio, y en esas cosas eres un novato. No eres el único al que ha engañado, y lo que sucedió en Gadolfo era mucho más grande de lo que parecía.

—Es de carne y hueso, padre.

—Y los hilos que lo manejan están hechos del mismo material inocente que los que manejan las marionetas del mercado. Ahora debemos concentrarnos en quien mueve los hilos. —Mira a Tiziano de forma ardiente—. El mayor enemigo de la Iglesia cristiana se nos ha aparecido, soldado. Tú y Del Sarto habéis estado muy cerca, tan cerca que Satanás ha tenido que emplearse a fondo para salvar a su discípulo. Un terremoto no es nada habitual, y la noticia de la catástrofe de Gadolfo ha llegado hasta Aviñón. El Papa está preocupado por Pagamino y pregunta a sus cardenales: «¿A quién tengo que dirigirme? ¿Quién es la persona más cercana que puede aconsejar a la Santa Sede en esta cuestión?» El pontífice ha nombrado veinticuatro cardenales, de los que veintitrés son franceses, y trece de ellos son de la misma comarca que él, Gascuña. No tienen ni idea de lo que ocurre en Lucca o Roma, y no digamos en Gadolfo. Santo cielo, Gadolfo, qué insignificancia, menuda aldea. Pero el Papa no quiere estar en Francia para siempre, Tiziano. Se aproxima la hora de volver a casa. Muchos creen que ha llegado la hora, y algunos dicen incluso que él debería dejar la silla pontificia a otra persona que pueda establecerse en el lugar que le corresponde en justicia, es decir, Roma. Incluso hay quien piensa que el viejo Pagamino y su lengua zalamera pueden ser de provecho en esta cuestión. Sólo hemos de atraparlo.

—Siempre estoy a su servicio, padre; y los días de Pagamino están contados.

—Pero cuando se quieren cazar ratas, hay que pedir consejo a un cazador de ratas. Iremos a Roma, Tiziano. Te presentaré a un hombre que quizá sea el próximo Papa de Roma. Hay muchos interesados, y el francés no quiere dejarlo por propia voluntad. El papa Clemente tiene los medios, es rabiosamente rico; pero ¿qué puede hacer el dinero contra un terremoto?

—Pero en Italia ya ha habido terremotos antes —interviene Tiziano—: en Venecia, en...

Agostino levanta la mano.

—No seas modesto, capitán. Cuando el Príncipe de las Tinieblas es tan generoso como para darnos una señal, sería descortés llamarlo un capricho de la naturaleza, y lo que partió Gadolfo en dos podría sacudir también Aviñón. —Bebe un sorbo de su imprescindible zumo—. Por desgracia, el señor que debemos visitar en Roma no está bien de salud en este momento. Lleva varias semanas en el hospital. Al principio los

médicos acudían a su casa, pero como en el hospital tenía la paz que precisaba, accedió a ingresar allí. —Agostino junta las manos—. No necesitas saber más, capitán, pero prométeme que no vas a contar ninguna historia de monos, porque su excelencia no tolera a ese animal. —Pone las manos en los hombros de Tiziano—. Partiremos mañana, y dentro de unos días tendrás la satisfacción de conocer a un cazador de ratas, y quién sabe, tal vez al Papa de Roma número ciento noventa y siete: Inocencio VII.

—Me siento honrado, padre.

—Te sientes honrado, pues claro que sí. Me preocupo por tu bienestar. Pienso a menudo en el pobre Friggo, qué mal le fue. Fíjate que en Bolonia discuten aún sobre el crimen de Friggo.

—¿Conserva aún el venerable padre la joya que le di?

Agostino gira sobre los talones y se lleva el índice a los labios.

—La guardé cuidadosamente en el mejor de los escondites: la jarra de mi aposento. Pero cuando volví, la jarra estaba vacía. Es extraño el destino de esa joya.

—¿Su destino?

—¿No te das cuenta? Alguien, una camarera o un lacayo, habrá bebido de la jarra y se habrá tragado la joya del emir. No quiero ni pensar dónde puede hallarse hoy. Desde luego, aquí no está. ¿Te entristece su pérdida, Tiziano?

—No, no me entristece.

—¿Qué es lo que te entristece, soldado?

—Descuidar mis obligaciones.

—Creo que estás preparado para realizar la mayor misión de tu vida, lo veo en tu rostro. No temes la muerte, puesto que tampoco amas mucho la vida.

Tiziano mira al obispo y sabe en ese segundo que Agostino tiene razón. Pero aun así responde:

—Yo amo a la vida, padre, porque amo servir a la Iglesia.

—Bien dicho, amigo mío —replica el obispo dándole la espalda; después extiende los dedos, gira sobre sí mismo y mira a Tiziano a los ojos—. Y en Roma te aguarda tu mayor proeza. ¿Puede pedirse más a la vida que servir al Todopoderoso?

El hospital más antiguo de la ciudad, que era inmenso, mucho mayor de lo que había esperado, estaba abarrotado de gente: enfermos, familiares, monjas, médicos, clérigos, barbero-cirujanos y enterradores.

Tiziano deambuló por las salas, donde cientos de enfermos estaban encamados uno junto a otro, y donde el tratamiento de úlceras, roturas de huesos y la despedida de alguien recientemente fallecido componían un enorme mosaico de sufrimiento humano y enternecedora solicitud. Allí hacían exámenes de orina, ponían vendas y metían los muertos en sacos, y allí el médico trabajaba codo con codo con el cura;

cuando uno se rendía, el otro lo relevaba.

Tras caminar sin rumbo, Tiziano cruzó un pequeño jardín de rosales y llegó hasta una casa cuadrada, donde el silencio sustituía al ruido y los gemidos. Al otro extremo del pórtico divisó una figura conocida, que se dirigía a su encuentro a pasos cortos y acompasados.

—Mi fiel amigo —dijo el obispo, tendiendo la mano para que Tiziano le besara la sortija roja—. El señor que hemos venido a visitar está mejorando. Ha tenido un poco de fiebre tras una larga dolencia, pero le han aplicado ladrillos calientes en el estómago enfermo, lo que, junto con abundancia de agua de arroz mezclada con leche de almendra y azúcar de violeta, ha ayudado a regular la digestión. Se llama Laurencio Bernado.

—¿El próximo Papa de Roma? —susurró Tiziano.

—Quién sabe; quién sabe, capitán. El camino a la silla pontificia es como un laberinto, y hay una jofaina en cada esquina, porque quien llega hasta ahí necesita lavarse las manos.

Una pequeña sonrisa ensimismada frunció los labios de Agostino.

Abrió la puerta que daba a una habitación de altas paredes encaladas. En medio del cuarto había una cama, y en ella estaba acostado un hombre mayor que observó a Tiziano con los ojos semicerrados. Sus párpados eran azulados, y la nariz afilada se elevaba en el rostro magro, como si tratara de liberarse de él. La mirada estaba ocupada en no perder el menor detalle. Aun quebrantado por la enfermedad y la edad, el hombre no había perdido su curiosidad, y cuando alzó la voz, tenía el tono de quien está acostumbrado a que lo escuchen.

Tiziano hizo una reverencia.

—Acaban de restregarme los pies con vinagre —dijo el paciente—, por eso huele así. Enderézate, joven; el obispo me ha hablado muy bien de ti.

Tiziano volvió a hacer una reverencia.

—¿No es increíble la manera que tienen de barrer para casa? —continuó el paciente, mirando a Agostino—. Hay en la corte quinientos empleados, cuyo coste anual es de noventa y seis mil florines de oro. En su propia coronación gastó cinco mil florines. ¿No es increíble?

Agostino tomó asiento en una silla junto a la cama.

—¿De dónde saca el dinero el Papa?

—De los nombramientos de funcionarios, cartas pontificias, licencias, dispensas, además de las herencias que recibe. Pero si hubiera que nombrar las tres cosas que más han contribuido a que se enriquezca, serían las indulgencias, las indulgencias y las indulgencias. La sede papal de Aviñón está llena de corrupción, estafa y nepotismo. Aquello es una comilona permanente, y los cardenales no se contienen y construyen nuevos palacios que harían palidecer a un califa. Es increíble cómo barren

para casa.

Agostino carraspeó y miró de reojo a Tiziano.

—Es precisamente eso lo que quisiéramos ver cambiado —dijo.

El hombre de la cama puso los ojos en blanco.

—Y la nobleza de esta ciudad... Dios mío. No es extraño que quiera asentarse en Francia. Orden y tranquilidad, Agostino, eso es lo que nos hace falta. Pero qué difícil es de lograr. Roma se ha convertido en una jaula de grillos. ¿Qué dice nuestro joven soldado? ¿No es cierto que el centro del mundo se ha convertido en una feria llena de locos, flagelantes y pobreza? Y en cuanto a los egipcios, no me tomo la molestia de ocuparme de ellos. Sin un Papa, la Iglesia está viuda. —Bernado echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Pero no es eso de lo que teníamos que hablar —susurró—. Perdona. Ahora cuéntame, soldado, porque tú has conocido al hombre con quien me entretiene constantemente el obispo. Me refiero a ese Palestrino.

—Pagamino, excelencia.

—Exacto —dijo el anciano, alzándose de hombros—. Su historia rebosa todo tipo de mitos, que sólo sirven para alimentar la superstición del pueblo llano. Pero no podemos tolerar la herejía. En eso tienes razón, Agostino. El hijo del Diablo, vaya. Puede que llevando tanto tiempo acostado se me haya dañado el intelecto, pero creo que el obispo tiene tendencia a ver lo bueno en la maldad. No insultes la inteligencia de un anciano, no he estudiado las Sagradas Escrituras durante cuarenta años para dejar que Belcebú me cuente historias para dormir. ¿El hijo del Diablo? Pues sí, ¿por qué no?

—A propósito de cuentos para dormir —dijo Agostino, sentándose a los pies de la cama—. Deje que le narre una historia estimulante de Túnez.

—¿Aparece algún mono?

—¿Un mono? No, no creo.

Bernado miró a Tiziano.

—Es que me repugnan esos bichos. He oído a marinos decir que el peñón de Gibraltar, que separa África del mundo civilizado, es lo que emplea Satanás para limpiarse el ano, y que por eso está lleno de monos. Son animales sucios. Es una vergüenza que haya gente hoy en día que los vista y los haga actuar en las plazas.

Agostino juntó las manos.

—Vamos a ver. Había en Túnez un trovador que, a falta de cosa mejor, se ganaba la vida contando historias del ancho mundo. Él no había salido en su vida de Túnez, pero tenía una fantasía desbordante y grandes dotes de narrador. Así que con el dinero que ganó con sus relatos construyó una casa con tejado de bronce. Pero los tiempos cambian, y un día sólo quedaron los niños y los idiotas para escucharlo. El hambre y la escasez amenazaban a su familia. En aquella época había muchos en Túnez que sufrían la enfermedad que los franceses llaman *scorbut* y nosotros conocemos como

escorbuto. Los enfermos empezaban a sangrar por las encías y contraían infecciones con suma facilidad. No obstante, nuestro hombre de Túnez sabía que los padecimientos de la gente tenían remedio, pues tomando cantidades abundantes de zumo de limón se curaba la dolencia en cuestión de días, ya que el escorbuto es simplemente fruto de una carencia. Pero nuestro narrador de historias proclamaba, por el contrario, que la enfermedad era peligrosa y mortal. Llegó a llamarla hermana de la peste. Aquello atemorizaba a los afectados y preocupaba a sus parientes. «Por suerte —añadía nuestro hombre—, por suerte vive en el desierto una serpiente pitón cuyo veneno cura a quien padece de la hermana de la peste. Pero esa serpiente tiene seis metros de longitud y es más gruesa que la trompa de un elefante.» A pesar de todo, el trovador partió, y después de seis días y seis noches volvió a su pueblo. Llevaba la ropa desgarrada y la cara cubierta de arañazos. Pero lo más importante era que había conseguido el antídoto balsámico que, añadido a abundantes cantidades de zumo de limones recién exprimidos, curaba a los enfermos. La historia de aquel hombre y las descripciones de la serpiente que derrotó no perdieron fuerza con los años, e incluso después de que él muriera se habló de aquel prodigio en Túnez. Así es como se comporta un hombre listo —concluyó Agostino sonriendo.

Hacía tiempo que el paciente de la cama había cerrado los ojos.

—Haz lo que quieras, Agostino —murmuró—, por mí el terremoto de Gadolfo puede extenderse desde Venecia hasta Génova y provocar una grieta que suba hasta Aviñón. Cuanto mayor sea, mejor. ¿No es acaso lo que se pretendía, mi buen señor? ¿Aumentar la enfermedad para convertir al médico en santo?

—Eso era exactamente lo que se pretendía, padre —respondió, asintiendo con la cabeza.

—Pero la gente desea ver las cosas con sus propios ojos —suspiró Bernado—. No hay nada más importante que las pruebas cuando se quiere convertir a los infieles. —Alargó la mano y asió a Tiziano. Los dedos del anciano estaban helados y extrañamente blandos, como si no tuviera huesos—. ¿Eres tú quien va a liberar a Roma? —dijo, sonriendo con socarronería.

Tiziano decidió no responder.

—Alguien tiene que hacerlo. ¿Verdad, Agostino?

El obispo carraspeó, y dijo que para el trabajo duro había elegido a una persona con un talento singular y una perspicacia única.

—Entonces, ¿qué pinta él aquí? —repuso el paciente, señalando a Tiziano.

Agostino se inclinó sobre el anciano.

—El capitán Tiziano es nuestro testigo de la verdad, padre, porque el hombre que ha de encontrar al discípulo de Satán debe tener el sentido de la orientación de una rata, la inteligencia de una rata y la moral de una rata.

—Jamás menosprecies a una rata.

—Cierto, cierto. Por eso está aquí el capitán Tiziano, que es el mejor soldado de Lucca y el más digno de confianza.

—¿De verdad? ¿Qué caracteriza a un soldado digno de confianza?

—Que obedece las órdenes sin sentir remordimiento.

El anciano miró al soldado.

—¿Es el capitán capaz de matar sin que ello le quite el sueño?

Agostino rogó a Tiziano que respondiera a la pregunta.

Él contestó que nunca había tenido problemas para dormir.

—Ya me parecía a mí —murmuró Bernado, entornando los ojos—. Salta a la vista.

La mirada de Tiziano vaciló.

—Como el león, capitán; mira al león, que todos los días mata, a veces por hambre, a veces por gusto, aunque siempre con la misma expresión desgana. ¿Puede acaso uno fiarse de un león que carga con una pena?

—El problema de las mujeres —dijo Agostino dirigiendo al enfermo una sonrisa cómplice— es un fenómeno pasajero cuando se tiene la edad de Tiziano.

Bernado se encogió de hombros, con expresión irritada.

—Lo de las mujeres es grave —suspiró—, pero peor es un dolor de muelas. Dame la mano, obispo; has dedicado mucho tiempo a este asunto, y tienes mi confianza. Tal como van las cosas en Roma, a la Santa Sede no le iría mal un poco de veneno de serpiente. A grandes males, grandes remedios. ¿No existe acaso un sinfín de Pagaminos? ¿No podemos ir por uno a la plaza del mercado? ¿Hay que ir tan lejos a buscarlo? ¿A quién le preocupa la verdad si la historia es buena? Hasta el califa tiene un sustituto. —Miró a Agostino, y la expresión de sus ojos lechosos se transformó de pronto—. Ah, ahora lo comprendo: tú crees en esa historia. Qué interesante. Me siento más animado. La Iglesia está llena de zoquetes dialécticos, y tanto más alentador es encontrar algo auténtico. Así que ¿crees que el apóstol de las tinieblas, que ese... ese Pagamino puede llevarnos a la Santa Sede? Sí, es lo que crees, lo veo en ti. Siempre te he considerado algo escolástico, pero todo el mundo se equivoca. No sería la primera vez que Belcebú echa una mano a la Iglesia. Aunque Satanás siempre exige una compensación.

—¿Una compensación? —repuso, juntando las manos.

—Mira al mundo, obispo.

Agostino desvió la mirada y tardó un rato en responder.

—Han ocurrido muchas cosas inexplicables —murmuró al fin—, muchas más de las que he relatado, las suficientes para que piense que está en juego algo más que un simple herborista. Si la Iglesia quiere mantener su control sobre la gente, si la palabra de la Iglesia ha de seguir siendo decisiva, podríamos necesitar...

—Al Príncipe Cornudo —terminó Bernado, con una sonrisa de regocijo.

Agostino se ajustó la ropa.

—Posiblemente baste con su sustituto.

—Pero si Lucifer protege al viejo Pagamino —insistió—, ¿no será invulnerable?

El obispo miró fijamente ante sí.

—¿Era acaso invulnerable el Hijo del Hombre?

El anciano agitó el índice de la mano derecha.

—Anda con cuidado, obispo de Lucca, anda con cuidado.

—Lo hago, Eminencia.

—Porque el sendero por el que caminas es estrecho. Habrá mucha gente mirándote.

—Lo sé, padre.

El enfermo se contempló las manos blanco azuladas.

—Tenemos en esta sección a la hermana Adela, que pertenece a las hospitalarias de San Juan y es de Rodas. Una mujer grande, hermosa, de miembros sólidos. Cuando me ingresaron, tuve que bañarme, naturalmente, y confesarme antes de veinticuatro horas. Aquí no se establecen distinciones entre la gente. Aunque, eso sí, me dieron una habitación para mí solo. Después, bajo la supervisión de sor Adela y tres testigos, hube de comulgar y hacer testamento. Así es la costumbre. No tengo nada en contra, y en un hospital cumples lo que te dicen. La otra noche, sor Adela me confió que había conocido a Satanás. Llegó a ella cuando de joven cuidaba las ovejas en Rodas. Se parecía a los demás muchachos de la comarca y sólo le pidió un poco de agua. Aquella misma noche, me contó Adela, él volvió, esa vez con la piel de un rojo encendido y un largo rabo negro. La lengua bífida colgaba de su boca, tenía pezuñas en lugar de uñas y rociaba las paredes con orina negra. Sólo el pequeño crucifijo de la joven lo mantuvo alejado de su lecho. Son historias que se oyen por ahí, Agostino. La literatura está llena de ellas. No digo que Satanás no se nos muestre, lo hace todo el tiempo; pero ¿hemos de creer que haya engendrado un hijo a su imagen y semejanza?

—¿En su tiempo creyeron a Cristo, padre?

El hombre de la cama sonrió diabólicamente y se humedeció los labios agrietados.

—El manto púrpura te sentará bien, Agostino. Claro que tal vez no es eso lo que codicias. No, no digas nada. Tienes mi confianza. Haz cuanto sea necesario, aviva el fuego y pon al viejo entre rejas. Por la Santa Sede, no aguanto oír más acerca de las comilonas de Aviñón. Ve, obispo, y llévate a tu joven amigo; ahora he de descansar. Tan pronto logréis la captura, comunícamelo, pero mientras tanto actúa como el hombre de Túnez. Cuanto más pienso en esa historia, mejor me parece. Aborrezco a los médicos.

Agostino asintió en silencio, sonriendo.

—Pensamos lo mismo —susurró, al tiempo que abría la puerta a Tiziano.

Está tumbado en su camastro, observando cómo se apodera la noche del espacio. Los sonidos se modifican, pero el ruido es el mismo. Las campanas de la iglesia han callado finalmente, y el eco de su estruendo cuelga del espacio, igual que el sonido de un insecto gigantesco. Hay una imagen que lo ha perseguido desde que abandonó el hospital: la del anciano tumbado en la cama blanca, rodeado de monjas vestidas de azul que inspeccionan la magra garganta de pájaro, que está abierta de oreja a oreja. El lecho está cubierto de sangre, no queda ni una gota en el cuerpo reseco del viejo. Están acondicionando el cadáver. Las monjas son diligentes enfermeras, pero de pronto el muerto abre los ojos, la boca se mueve, la lengua se desliza afuera, es larga y llena de bultos, violeta y gris, pero sobre todo interminable, y surge como una serpiente mordiéndose la cola. Las monjas se funden y transforman en un animal fabuloso: doce bocas gritando, paralizadas por el terror, petrificadas. De las gargantas surgen chorros de agua que forman líneas decorativas. Una fuente digna de un emperador. El agua brota de la tierra, y la gente se arremolina en torno a la nueva fuente de Roma.

Tiziano se arrojó sobre la cama y vomitó al suelo. Enseguida se sintió mejor, bebió un poco de agua de la jofaina y pidió a la sirvienta que fuera en busca de agua caliente. Sacó de su alforja el jabón que siempre llevaba de viaje, el peine y la camisa limpia.

Quería estar aseado cuando se reuniera con la rata.

Una hora más tarde, atraviesa las calles oscuras buscando la sombra, tuerce una esquina, se acerca al centro, donde no huele tan mal. Allí hay más luz y no hay desperdicios. La casa es grande y pertenece a la Iglesia, la larga alfombra azul que se extiende desde la puerta de entrada tiene ribetes con bordados de oro. Hay sirvientes por todas partes. Tiziano es conducido a una sala austera, donde toma asiento en la única silla de la estancia, y espera. Espera.

Espera.

Por fin se abre la puerta. Agostino ha cambiado de manto. Va vestido completamente de blanco y se coloca de espaldas a la pared, pero le pide a Tiziano que continúe sentado.

—Ha llegado, está en la sala contigua. Es justo como lo imaginaba.

—¿Quién, padre?

—El hombre que va a encontrar a Pagamino. Verás, Tiziano: todo ser vivo, por pequeño que sea, deja un rastro. Eso vale para el gusano y para el caracol, y vale también para Pagamino; y su rastro nos conduce a la escuela de Medicina de Salerno.

Tiziano hace una mueca.

—¿Es Pagamino hombre de estudios?

Agostino sonríe.

—De ninguna manera: nos las habemos con un profanador de tumbas.

—¿Un profanador de tumbas?

—Giuseppe Pagamino se gana la vida robando a los cadáveres. Siempre lo ha hecho, aunque sostiene que ha estudiado, pero sólo es otra mentira más. Claro que la mentira es a menudo un atajo hacia la verdad, y si se busca durante el tiempo suficiente a la rata, aparece de pronto un cazador de ratas.

—El hombre del otro lado de la puerta.

—Exacto. Un dominico. Pero ese hombre es en sí una rata, Tiziano. Enseguida me di cuenta. Lo advertirás por su manera de hablar. Sus palabras lisonjeras encuentran el camino hacia tu oído. Adapta sus ideas y pliega sus palabras sólo para complacerte. Pero una rata inteligente es un aliado sin par, y ésta frecuentó a la de Umbría, pues el monje conoce a Pagamino desde sus años mozos. Ya entonces Pagamino sabía del trabajo nocturno. Pero tenía una pasión. Una pasión terrible que guiaba sus pasos y corrompía su intelecto. —Agostino avanzó hacia Tiziano y lo miró directamente a los ojos—. Estaba poseído por la idea de hallar la *quinta essentia*, el agua de la vida.

—¿Es posible obtenerla?

—Hablamos de una fórmula. Una patraña. Una idea atrevida, hereje y repugnante, porque rechaza cuanto hay de santo y limpio. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Pagamino ha buscado toda su vida la *lacrima del diavolo*, que podría otorgarle la vida eterna. —Llenó de agua una jarra—. Ese brebaje es, a excepción de un ingrediente, sencillo y fácil de conseguir para un principiante. Pero tal como consta en la fórmula milenaria, hay que añadir una pizca de la pezuña hendida del Anticristo. Ni más, ni menos. Lo estoy viendo, ese mercachifle ambicioso. Su ambición lo impulsa por todo el mundo, y un buen día llega a Lucca, donde lo espera el hijo de Satanás. Por primera vez en su larga vida, Pagamino está cerca del sueño de su vida. Así que da el último paso y pide ver a Del Sarto. Pero un hombre que está tan tentado por Satán debe tentar necesariamente a Satán.

—¿Dónde está ahora Pagamino?

—Cerca, Tiziano, cerca. El dominico que se encuentra en la sala de al lado lleva varias semanas siguiendo su rastro. Viene directamente de Viareggio. Pero dejemos que lo cuente él.

—¿Qué espera de mí el señor obispo?

—Que escuches y que partas con él. No lo pierdas de vista, porque ese hombre es de un estilo parecido. Recuerda que él y Pagamino son viejos conocidos.

—Pero es un dominico, ¿no?

Agostino suspiró y le dirigió una dulce mirada indulgente.

—Sí que lo es, pero tras el hábito se esconde un pellejo pardo y una cola sin pelo. Ya te digo, pocas veces se ha hecho tan visible una rata. Pero no te engañes: ese

hombre sabe de botánica y también de las Sagradas Escrituras.

El obispo abrió la puerta.

La sala contigua estaba iluminada por cinco candelabros de siete brazos. En el centro del suelo de mármol marrón había una hermosa alfombra, y a lo largo de los motivos geométricos de la alfombra había en total doce sillas que formaban un cuadrado.

El hombre que había de pie junto a la ventana se volvió en cuanto entró Tiziano acompañado del obispo. Era un hombre alto, fornido, vestido con el hábito negro característico de los dominicos, aunque se había acicalado. En sus dedos largos y bien cuidados llevaba pesadas sortijas con piedras rojas y azules. Tenía la cara alargada y el pelo negro, con aspecto de teñido. La nariz era estrecha y arqueada; los labios, carnosos, y los ojos, vivos.

Hizo una leve reverencia.

—Me llamo Rinaldo. Eduardo Rinaldo.

El obispo le rogó que tomara asiento frente a él.

—Rinaldo —comenzó—, cuéntale al capitán de qué conoces a Pagamino.

El monje bajó la mirada y juntó las manos.

—Me duele decirlo, capitán, pero Giuseppe Pagamino y yo nos conocimos cuando éramos jóvenes. Él solía venir a casa de mis padres, pues era de familia modesta, pero tenía buena cabeza y quería estudiar. Estábamos interesados en las hierbas medicinales y nos pusimos a estudiar en la Universidad de Salerno. Poco podía sospechar que mi compañero de estudios se ganaba la vida cavando en las tumbas de la comarca.

—Todo eso ya lo sabemos —lo interrumpió Agostino—. ¿Cómo era Pagamino en relación con la fe?

Rinaldo se tomó su tiempo antes de responder, se veía que disfrutaba enormemente escuchándose a sí mismo. Hablaba como si estuviera recitando un texto de memoria.

—No me corresponde a mí juzgar, del mismo modo que tampoco creo que ninguna persona esté perdida para la verdadera fe, aunque debo decir que Giuseppe Pagamino ha vendido su alma al Anticristo. Nuestra relación, puesto que jamás ha sido amistad, se rompió cuando reparé en su insensibilidad hacia la palabra de Dios. A menudo él decía acerca del cielo: «¿Para qué ir allí? No; yo quiero ir al infierno: ahí van los maestros sabios y los gallardos caballeros, ahí van las damas galantes que han sido infieles a sus maridos, ahí van los malabaristas, los arpistas y los reyes del mundo.»

Agostino se retorció las manos.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

Rinaldo se alisó la túnica.

—¿Que cuándo lo vi por última vez, excelencia? Le diré: en una vida anterior. Nos separamos enemistados, nos fuimos cada uno por su lado. Y no creía que fuera a oír hablar más de él en la vida, pero me equivocaba. Porque Pagamino se ganó enseguida una fama enorme.

—¿Fama? —susurró Tiziano.

El monje le dirigió una mirada regocijada.

—Como el hombre que podía hacer que creciera el pelo y devolver la vista a los ciegos. Un modo de vida que lo obligaba a estar siempre de viaje, porque los ungüentos y brebajes que vendía eran como reírse de las desgracias de la gente.

Agostino se aclaró la garganta y miró de reojo a Tiziano.

—Tienes un aire inquisitivo, capitán. ¿Deseas decir algo?

Tiziano se enderezó, como si hubiera despertado de un sueño.

—He conocido a ese hombre en persona —afirmó—, y se ajusta a la descripción, aunque a mí no me pareció especialmente peligroso. Incluso compartí una jarra de vino con él.

—Pagamino —intervino Rinaldo— es una persona encantadora cuando le conviene y ve que puede lograr algo con ello. Pero ande con cuidado, capitán, porque la mentira está siempre al acecho, esperando su oportunidad.

Tiziano no respondió y se limitó a encogerse de hombros.

—¿Quieres añadir algo, capitán? —preguntó el obispo.

El monje lo miró con un destello en los ojos.

—Pagamino no viaja solo —susurró—, lleva consigo a un joven.

Agostino asintió en silencio.

—Ya lo sé, y corren muchos rumores acerca de ese chico. Nos corresponde a nosotros verificarlos. La Iglesia tiene que hacer lo que debe, y la misión a la que se os envía es posiblemente más importante de lo que creemos en este momento. Podéis hacer con Pagamino lo que se os antoje, pero al chico lo quiero vivo, porque es el que cura la peste bubónica, y ¿quién sino el Príncipe de las Tinieblas cura las heridas que ha provocado Dios? —Juntó las manos—. Capitán Tiziano, hermano Rinaldo —dijo, arrodillándose—, rezad conmigo una plegaria, pues siento con más fuerza que nunca la presencia de Satanás.

*En que Tiziano conoce al próximo Papa de Roma
y hace lo que mejor se le da*

Bajo su ventana, la ciudad está finalmente silenciosa. Pero de un lejano callejón surgen canciones. En ese momento sólo existe la melodía y la luna de color amarillo miel que cuelga sobre Roma con una mirada introvertida; pero el insomne sabe que la muerte atraviesa la Ciudad Eterna, porque la muerte tiene una voz profunda y melancólica que provoca el silencio de las personas y el desconcierto de la luna.

Tiziano alarga el brazo hacia el vaso de agua, se estremece, se repliega en la cama y mira frente a sí.

—Tiziano, amigo mío, ¿te he asustado? Lo siento. Toma, bebe algo de agua.

El capitán toma el vaso y bebe a pequeños sorbos mientras observa al obispo, que va vestido con un hábito negro de capucha puntiaguda.

—Ha pasado la medianoche —dice Agostino, mirando en torno a sí—, y la oscuridad se cierne sobre la ciudad papal. Y es que se dice que en Roma todas las almas a las que la Iglesia ha otorgado indulgencias se transforman en sombras. Mañana volveré a Lucca, y tú, capitán, continuarás viaje a Viareggio. Ambos tenemos trabajo que hacer. Pero en Roma aún hay una misión para ti, amigo mío. — Se sienta en el borde de la cama y observa a Tiziano con mirada penetrante—. Te prometí que en el centro del mundo conocerías al siguiente Papa de Roma.

—¿Sí, padre?

—Lo tienes ante ti.

Tiziano abrió la boca.

—Pero yo creía que el hombre del hospital... —Se calló.

Una sonrisa tenue frunció los labios del obispo.

—También él lo cree. —Apartó la mirada de Tiziano—. Las intrigas, el nepotismo, la corrupción, los enredos, los escolásticos hipócritas, en pocas palabras, la política está a punto de corromper a la Iglesia. No te fatigaré con detalles. Tenemos una gran responsabilidad, y un emperador obsesionado por el dinero no va a reemplazar a otro. Hemos de devolver la santidad al Vaticano. El respeto por la silla papal. Y la persona que has visto esta tarde no es digna de ese asiento. No cumple con su deber. Mucha historia de monos, mucho excremento, mucho pragmatismo y mucha incredulidad. Bernado no ve a la serpiente hasta que lo ha mordido. —Bajó la voz—. Vengo de una reunión secreta de un grupo compuesto por cardenales. Gente importante, hombres poderosos. Están todos muy preocupados. Aunque Bernado está

viejo y débil, aún tiene mucha influencia y podría muy bien convertirse en el siguiente Papa de Roma. El consistorio me ha pedido que lo impida. Por todos los medios.

—No alcanzo a comprenderlo, padre.

—Tú eres el medio, Tiziano. Recuerda lo que te dije en Lucca: en Roma te espera la mayor proeza. Acepta esta misión, no cabe mayor honor. —Puso la mano en la mejilla del capitán—. Tienes mi confianza. Mi plena confianza. Aunque en ciertos momentos he debido meditarlo, sigues teniendo la confianza de la Iglesia. Esta noche volverás a Santo Spirito. El hospital estará a oscuras, pero con este hábito te fundirás con las sombras. Ya conoces el camino a su cama. Sabes cuál es tu deber, y estarás de regreso antes de que salga el sol.

—¿Me pide que lo mate?

—Te pedimos que impidas una catástrofe.

Tiziano sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo, padre.

—¿Cómo que no puedes?

—No, padre, no puedo. Un cardenal. No me pida que lo haga.

—Tiziano, tu mano escribirá la historia del mundo.

—¡No!

—Déjame terminar, amigo mío. Porque hasta ahora jamás has dudado. La mano que empuñaba el cuchillo jamás ha temblado.

—Soy un soldado, padre, no un asesino.

—Pero, Tiziano, amigo mío —dice Agostino recostándose—, ¿has olvidado ya a Friggo?

El capitán se levanta y se acerca a la ventana.

—¿Qué sé yo de Friggo? —susurra.

El obispo se le acerca, se coloca detrás y le cuchichea al oído:

—¿Qué sabes de Lorenzo el Magnífico? Un caballero de Bolonia. Vuélvete y mírame a los ojos, capitán. No subestimes a tu protector. Porque lo he sabido siempre. Pero he preferido callar.

Tiziano regresa a su camastro, se tumba de espaldas y mira fijamente al techo. Permanece en silencio un rato largo y después dice:

—Ya lo he visto, padre. Me ha asaltado una especie de visión del futuro.

—¿Qué has visto?

—Lo que tengo que hacer.

El obispo asiente en silencio y se despoja del hábito.

—El que ya está mojado —susurra— no teme a la lluvia.

En los lóbregos pasillos del hospital se oían sollozos apagados. Había más gente de lo

esperado: familiares, médicos y monjas. El trajín del día no había disminuido con la noche.

Encontró rápidamente el pequeño jardín de rosales y caminó inadvertido junto a la pared, se escondió cuando apareció un enfermero, pero finalmente abrió la puerta de la habitación de altas paredes.

Laurencio Bernado se entretenía revisando sus papeles. Estaba de lado en la cama, para aprovechar al máximo la luz de la vela de sebo. Tenía una lupa potente en una mano, y en la otra un paño que apretaba contra la frente.

Cuando Tiziano entró, el anciano no se movió, sino que siguió examinando sus documentos, creyendo probablemente que sería la camarera que iba a hacer su trabajo.

No le dirigió toda su atención hasta que Tiziano estuvo a los pies de la cama.

—¿Sí...? —dijo el anciano, guiñando los ojos con la vela ante sí; reconoció al joven y volvió a colocar la vela sobre la mesa.

—Señor —respondió Tiziano, mientras se inclinaba y metía la mano en la abertura de la manga.

Laurencio Bernado asintió en silencio, porque sabía de quién estaba recibiendo visita. Su mano soltó el pergamino. Su boca se abrió, pero no miró al cuchillo, sino al asesino.

—Agostino —susurró.

Tiziano hundió el arma hasta la empuñadura.

—Señor —repitió respetuoso, y describió una curva con el cuchillo desde la garganta hasta la caja torácica, donde lo hundió bajo la última costilla, dando paso a la penetrante orgía de color de las vísceras.

Cuando él llega al Tíber, están preparando el cadáver. Las monjas son diligentes enfermeras, pero de pronto el muerto abre los ojos, la boca se mueve, la lengua se desliza afuera, larga y llena de bultos, violeta y gris, pero sobre todo interminable, y surge como una serpiente mordiéndose la cola. Las monjas se funden y transforman en un animal fabuloso: doce bocas gritando, paralizadas por el terror.

Petrificadas.

*Sobre sirenas retozonas y sobre cómo divertirse.
Al final, Giuseppe es vencido por el hambre*

Hábitos y sandalias yacían esparcidos entre los secos matorrales del monte, mantos negros con cruces de ocho puntas en pecho y hombros, cubrecabezas ajados y ropajes más claros usados como ropa interior.

Giuseppe llamó a Arturo.

Era temprano. Se encontraban en los Apeninos, atravesando la cadena montañosa italiana, camino de Ravena. Giuseppe conocía bien aquellos montes, y guiado por los sonidos, dictaminó que había varias mujeres tomando un baño.

—Monjas —refunfuñó—, monjas bañándose, todo un espectáculo para un artista. ¿Eres artista, Arturo?

—No, que yo sepa, maese.

—Pues sigue a tu señor, que él sí lo es —dijo, desapareciendo en la espesura.

Poco después estaban entre los matorrales que rodeaban aquel idílico lago de montaña, donde siete monjas se movían como delfines en las aguas verdeoscuras. La vegetación era tan espesa y las orillas tan empinadas, que sólo un rayo de sol penetraba entre la hojarasca, y era precisamente aquel rayo el que hacía que la escena fuera íntima, encubierta y prohibida. Los cuerpos de las mujeres se disolvían y se tornaban azulados, centelleantes y ligeros. Nadaban de lado, de espalda, y con el sexo al aire daban la vuelta, se sumergían y surgían del agua, cegadoramente blancas, indecentemente desnudas. El cabello, colgando suelto, reforzaba la imagen de anfibios, de sirenas retozonas de piel azul lunar, sexo color piña verde y boca color rojo cereza. Sus risas se elevaban como burbujas, reventaban contra la pared de roca y renacían en forma de eco travieso.

—*Frutti del mare* —susurró Giuseppe, lamiéndose la paleta—. La inocencia emancipada, magnética y antipática. Aquí se ve a la mujer tal como es en realidad, es decir, nacida del mar, que a escondidas regresa a su origen para devolver un instante su cuerpo a la madre naturaleza. Sublime, Arturo, sublime. Dios mío, qué nalgas.

—Pero, maese...

—Domínate, rapaz, la representación puede terminar de pronto, y esos seres eróticos volverán a buscar la sombra de los ropajes de monja. Pero uno no disfruta del teatro todos los días. ¿Por qué diablos tienes los ojos cerrados?

—Es que están completamente desnudas, maese.

—Justo como las ha creado Dios. ¿No es acaso reconfortante ver que no están

hechas de otra manera que las verduleras de Positano? Toma buena nota, cretino, pues con las monjas pasa como con los obispos, clérigos y otros rateros: sin ropa son todos iguales. Qué estimulante.

Desde el agua llegaban unos chillidos sofocados.

—Pero ¿no es algo malo espiarlas como estamos haciendo?

—Yo no estoy espiando a nadie, estoy estudiando anatomía. Es posible que tú, que tienes unos pensamientos ordinarios, guiados por los sentidos, veas a esas mujeres como algo más que representantes del sexo opuesto. Simplemente me pregunto cuándo, si no, tiene el científico la posibilidad de investigar a la mujer desnuda, aparte de las veces en que hay que rascarse el bolsillo. Mira a esa chica corpulenta de pelo negro y pecho abundante, por no decir exuberante. Ésa no se reprime a la hora de cenar.

—La estoy mirando, maese. Me parece que no tiene más de dieciséis años.

—Pero está desarrollada por completo. Y si logras desviar tu mirada lujuriosa de su sexo, verás que es una simple.

—¿Cómo, simple?

—Una retrasada, Arturo, de ahí su picardía con el agua. En cualquier caso, es una extraña ironía que precisamente ella esté hecha como Afrodita y, además, tenga que ocultar sus encantos bajo el hábito de monja. Pero es bastante habitual que las retrasadas, cretinas y demás idiotas terminen sus días en un convento. Si eso es para bien o para mal, no lo sé. —Alargó el cuello—. Pero no parece que se hayan traído a la vieja.

—¿A qué vieja, maese?

—A la madre superiora, pues monjas tan jóvenes raras veces abandonan el convento sin su abadesa. Pero por lo visto las chicas están solas, de ahí su regocijo. Vamos a alejarnos antes de que nos descubran; una vez oí hablar de un campesino al que estuvieron a punto de matar a palos entre cinco monjas cuando lo encontraron en la sala de baños, donde había estado espiándolas.

Una hora más tarde, Giuseppe y Arturo reemprendían la marcha.

El camino serpenteante subía y subía, y los Apeninos nunca estuvieron tan verdes.

El maestro iba al pescante mientras Arturo guiaba a la mula, y así continuaron hasta que el sol estuvo en lo alto.

Giuseppe se secó el sudor de la frente y bizqueó. Algo más arriba en la montaña cónica había un edificio con aspecto de fortificación. El camino zigzagueaba entre terrazas cultivadas de todos los tamaños. La imagen de la montaña con el torreón y la mampostería centelleaba a la potente luz del sol, se fundía en blancos, verdes y ocre, y desaparecía como un espejismo.

—San Marcelo —murmuró, colocándose junto a la rueda.

—¿Un castillo, maese?

—Un convento bastante grande, conocido por su hospital. Creo que las muchachas que hemos visto por la mañana eran de ahí. Sus hábitos, al menos, eran los de las hospitalarias de San Juan. Proceden de Amalfi. Sus principios fundamentales, de los que podrías aprender mucho, son la devoción, la humanidad y la piedad. Pero lo que más me llama la atención es el modo en que se ocupan de sus enfermos, porque en ese aspecto las hospitalarias destacan. No existen mejores hospitales. Los pacientes, dice el reglamento, deben ser tratados como el Señor y fortalecidos todos los días con carne. Cantidades abundantes de carne magra y blanda: ternera, cordero y conejo. ¿Me estás atendiendo, Arturo, o sigues soñando con esa ingele oscura y el pecho blanco? Se te nota por la sonrisa avergonzada.

—Estoy atendiendo, e intento olvidar lo que hemos visto por la mañana. Pero ¿está el maese enfermo?

Giuseppe cerró los ojos.

—Sí, estoy enfermo —suspiró—, sufro de desnutrición. Los griegos lo llaman *oreksi*. Voy a descansar en el carro, me da la sensación de que son mis últimas horas.

—Pero ¡si estaba usted perfectamente sano hace un momento!

—Pero ahora no —gruñó—, ya lo estás viendo. ¿Tengo que ponerme a discutir con mi alumno en este instante en que las fuerzas me abandonan? Dame un poco de agua y encuentra el camino del convento: los cuidados de las hermanas y las abundantes cantidades de carne fresca tal vez... tal vez logren que tu señor se restablezca. No puedo prometer nada, y noto ya que me falla la voz.

—Pero el camino para subir ahí es largo y fatigoso, maese; no llegaremos hasta ponerse el sol.

—Pues arrea a la bestia, pedazo de gandul, y no te concedas descanso. Aunque te duelan los pies y las rodillas, piensa en quien vive en lo alto. Era exuberante, ¿verdad, Arturo?

El muchacho giró el carro.

—Pero era una retrasada, maese.

—Sí que lo era, paliducho novicio; pero como dice el refrán, cada oveja con su pareja.

Así continuó la conversación entre el señor desnutrido y el alumno de andar veloz, aunque la velocidad disminuyó significativamente cuando el terreno se empinó y el calor de la tarde se tornó achicharrante. El diálogo se volvió menos pícaro, la última agua se invirtió en la mula, pero, aunque no ahorran esfuerzos, el convento parecía estar igual de lejos. El polvo saltaba en nubes desde el camino, y el sudor corría a chorros por frente y pecho. El aire era pesado y húmedo, lleno de moscas y

moscardones.

—Esto es duro, maese —dijo Arturo jadeando, tirando de la mula.

Giuseppe, que iba tumbado en el carro, puso la mano bajo la nuca.

—Aprieta los dientes —lo amonestó—. Cuando yo tenía tu edad, me ganaba la vida en el barco *PolICASTRO*, que transportaba a los campesinos de Cerdeña a tierra firme, donde eran empleados como esclavos por los hombres ricos de Nápoles. La travesía del Tirreno no era ninguna broma, había olas como catedrales, pero allí no quedaba otro remedio que remar hasta que estallaban las ampollas y te chorreaba la sangre por las narices. En aquellos tiempos, los brazos de tu señor eran como troncos de platanero; en la espalda, los músculos se entrelazaban formando manojos, y, aunque remábamos durante días sin comer ni beber, nadie gimoteaba: apretábamos los dientes y aumentábamos el ritmo. Diablos, qué sabor a hierro noto en la boca. ¿No queda hierbabuena? ¿Por qué te detienes, mozo?

—La mula está a punto de reventar, maese.

—Pues que reviente cuando hayamos llegado. Cuanto más extenuados estemos al llegar, mejor nos cuidarán. Pero no nos perdamos en bagatelas. Recuerdo de manera especial a una alfarera que conocí en Cerdeña: era de las que me gustan, no muy joven, tampoco floja de carnes, pero estaba en el apogeo de su vida. Limpia, agradable y de lo más moderada en cuanto al precio. Tu señor, Arturo, habrá conocido a una docena de mujeres, pues también en ese campo tiene plena experiencia. O sea que si un día necesitas consejo y guía, ya sabes a quién has de recurrir. Pero tú ya te has estrenado con las mujeres, ¿no es así, pequeño cretino?

—¿Estrenado, maese? —dijo entre resuellos, tirando del carro—. Supongo que sí, maese. Pero no me he acostado con muchas más de veinte.

Giuseppe miró al techo de lona y pidió a su alumno que detuviera el carro.

—Ven aquí, que te vea.

Arturo echó a un lado el toldo de lona. Sudaba a mares. Tenía el pelo pegado a la frente, y su pecho subía y bajaba. El esfuerzo había hecho que le sangrara la nariz, pero la sangre llevaba tiempo coagulada.

—¿No queda ni una gota de agua, maese?

—¿Has dicho veinte mujeres?

—Más o menos, maese. ¿Seguro que no queda nada en la cantimplora?

Giuseppe se incorporó.

—En la vida he oído tamaña desvergüenza; pues, aprovechándote de la honradez irreprochable y la merecida reputación de esta farmacia, te has comportado como un conejo y has logrado acceder al lecho de mujeres inocentes; y no muestras el menor pudor por tus actos, sino que hablas con toda franqueza del número de veces que te has divertido a costa de la ciencia. Desde luego, ardo en deseos de oír qué explicación tienes para tu desenfrenada lujuria; por no hablar de la falta de respeto que has

mostrado hacia esta institución educativa.

—Pero, maese...

—No andes con rodeos: suéltalo ya.

—El jardinero mayor decía siempre...

—¿Qué decía aquel criarranas, aquel charlatán impenitente?

—Decía que la mejor cura para la infertilidad es la natural, la que procede del amor y la pasión.

—¿Eso decía tu maestro anterior? Noto que la enfermedad me consume la carne, ya noto la epidemia royéndome los huesos. La suciedad jamás había logrado una gloria tan falsa. —Señaló a su alrededor—. ¿Crees que he pasado dos terceras partes de mi vida construyendo una farmacia para combatir la infertilidad para que ahora vayas tú por tu cuenta montando todo lo que se mueve? Y encima tienes la desfachatez de llamarlo amor. ¿Qué sabes tú del amor, Arturo? No sabes nada, porque tú el amor lo llevas entre las piernas. Verdaderamente tienes mucho que aprender, pequeño cretino, mucho que aprender. Y más aún de que avergonzarte.

—Ahora lo sé, maese.

—Y cuando lleguemos a San Marcelo y estés delante de la madre superiora, te mantendrás callado y dejarás que tu maestro hable. Pues se trata de un convento próspero y famoso que estará agradecido por ver la farmacia de Pagamino; y que me lleve el diablo si crees que vas a ponerte a curar a nadie con nada que no esté en los tarros y frascos de este carro. ¿Me he explicado con claridad, cretino?

—Sí, maese.

—Y tú ¿vas a arrepentirte hasta el fin de tus días por tus pecados del pasado?

—Sí, maese.

—¿No es una sonrisa lo que veo aparecer en tus labios?

—En absoluto, maese.

—Espero que sea así, porque si no, el cinturón va a silbar sobre tu lomo. Bueno, ya has descansado lo suficiente. Adelante, jovencito. Yo tengo que reposar para digerir tu espeluznante comportamiento. Veinte mujeres. ¡Lo que hay que oír! Me entran náuseas y pienso con pavor en la posadera de Ferrara que explotó abusivamente mis órganos sexuales.

—¿Alguna conocida de maese?

—Calla, cretino. Sólo hay una cosa más aburrida que los recuerdos de otros, y son los propios. Ahora voy a prepararme para descansar, para que me cuiden y para comer carne abundante. Si las monjas te preguntan por la salud de tu maese cuando me llevéis al lazareto, diles la verdad, o sea, que tu señor está débil y desnutrido porque compartió su último mendrugo de pan con un mendigo. Ya estoy viendo las sábanas limpias y noto las manos solícitas. Pero voy a callarme, porque las fuerzas me abandonan. La oscuridad se acerca. Acogedme, hermanas.

*Giuseppe hace una amistad.
Al final, se habla de añoranza, de lunáticos
y de melones grandes*

Se encontraba en el berzal, al bochornoso calor del mediodía. Sudaba a mares, tenía dificultad para mantenerse erguido y debía apoyarse en la azada, que constaba de un mango con una hoz toscamente sujeta con cuerda y tiras de tela. Ahora que el sol estaba en su cenit, ya no podía trabajar a la sombra del campanario y se hallaba al descubierto bajo la implacable bola de fuego, cuyos rayos golpeaban como el martillo contra el yunque. Había notado una presión en el pecho y un temblor en el brazo izquierdo. No solía tener problemas respiratorios, pero el trabajo de la huerta era duro para el corazón y los pulmones. Se hincó de rodillas y vio cómo goteaba el sudor sobre las coles verdes.

«Me huelo a mí mismo; es un tormento olerse a uno mismo, porque mi olor no es el mismo que era entonces. Huelo a orina, a sudor viejo y a tierra, sobre todo a tierra. La tierra tiene aromas diferentes, pero ninguna tierra resulta extraña a quien lleva toda la vida metido en tumbas ajenas. ¿Es mi propio olor el que percibo? Entonces apesto a fósforo y sales. Un hombre que ha jugado tanto tiempo con la muerte termina convirtiéndose, como es natural, en juguete de la muerte. Claro que no es ninguna broma estar tumbado en los berzales, notando que la vida se te escurre. No sé si es el corazón o son los pulmones, o la razón, pero es como si tuviera todo un continente sobre el pecho.»

Cerró los ojos, y la respiración se calmó. Sintió que el ataque estaba pasando. Una vez olió a jabón, sábanas limpias y camisa recién lavada. Una vez estuvo en Rafael. ¿Durante cuánto tiempo? No lo recordaba, porque en el Paraíso no se cuentan los días. Eso sí, fue hace mucho. Tanto, que la imagen del puente colgante se disolvía en puntos cada vez más pálidos.

Giuseppe suspiró. «El camino que baja al infierno —pensó— da un rodeo por la vida, y estoy viendo los últimos escalones antes de las llamas. Empieza con un dolor de espalda y molestias en el pecho. El estómago, mientras tanto, da guerra. Pero nadie quiere estirar la pata en un berzal; mejor en el camino, bajo las estrellas, porque ahí te sientes como en casa. En cualquier sitio menos en el huerto.»

—Hay quienes mueren aferrando una espada —murmuró—, otros mueren en el seno de la familia; yo muero con una azada en la mano.

Se puso en pie. A su lado había un hombre llamado Urbano, que era su nuevo

camarada. Compartían la celda a la que habían llevado a Giuseppe cuando llegó con Arturo, casi cinco días antes.

—Menuda bienvenida.

En cuanto entraron, el carro se vio rodeado de hermanas dispuestas a servir, y, aunque había pasado ya la medianoche, no escatimaron esfuerzos. El enfermo fue enviado al lazareto, donde lo examinaron y atendieron en profundidad, en tanto que Giuseppe fue alojado en un entorno completamente distinto y mucho más humilde; a saber, en el anexo, donde vivían los sirvientes al lado de los cerdos.

Se quedó en el hueco de la puerta, con una velita de sebo, mirando la penumbra de la celda. Pasmado de asombro y mudo de indignación. ¿Qué manera era ésa de tratar a sus huéspedes? Huéspedes enfermos, además. Y ¿qué le pasaba a Arturo para que tuviera que ocupar el lugar de su señor en el lazareto? Dudar de la palabra de un anciano es como reírse de la luna.

Giuseppe se tumbó en el camastro, tratando de no hacer caso de su compañero de habitación, que lo miraba con esa forma de afectuosidad que normalmente sólo se encuentra en animales domesticados, de modo que se saltó las presentaciones. Juntó las manos sobre el colchón de paja desvencijado y rezó por que la desolación no acabara con él ya aquella primera noche. Pero al poco Urbano hubo de ceder a los efectos de la berza que había comido, y cuando terminó con aquello, se puso a soltar unos ronquidos que avergonzarían a un cerdo. Tal vez por ello, el sueño no quería hacer acto de presencia. De modo que Giuseppe se puso a observar a su camarada dormido. Aquello lo entristeció, porque era difícil apreciar la menor relación entre *ecce homo* y Urbano. El hombre carecía de cuello, y la cabeza, que descansaba directamente sobre un torso corto, tenía el doble del tamaño de las cabezas normales; los brazos y las piernas eran, por su parte, gruesos y propios de un enano. Pero lo más repugnante era la cara. Giuseppe había visto muchos monstruos a lo largo de su vida, pero Urbano los superaba a todos, pues pertenecía a una rara especie de primates, un extraño cruce de mono y borrico: no tenía nariz, sólo dos orificios nasales alargados; la boca era enorme, y los labios, extraordinariamente gruesos, pero no tenía dientes, sólo encías; y los ojos no revelaban más que la curiosidad de un animal mezclada con una forma morbosa de humor, que en los días siguientes iba a perseguir a Giuseppe desde la mañana temprano hasta última hora de la noche. Además de ser su compañero de habitación, Urbano era también escardero, de modo que trabajaban hombro con hombro en el berzal, donde Giuseppe tenía oportunidades de sobra para estudiar al fenómeno, que al final le provocó un malestar físico que se convirtió en enfermedad.

—No es éste mi destino —se quejaba a Urbano—, y no es justo.

Giuseppe se arrodilló.

Porque había visto cómo le iba a Arturo, que llevaba ya cinco días en el lazareto, donde lo cuidaban unas monjas jóvenes que le servían agua fresca, sopa caliente y carne cocida al menor requerimiento. Le hubiera gustado saber qué mal padecía exactamente su alumno, y esperaba que llegara un día en que lo ingresaran allí para curarle el fuerte dolor de estómago.

Pero no ocurrió tal cosa. Aunque se quejaba de violentos dolores, una hermana de edad le diagnosticó estreñimiento y le dio un jarabe denso que lo tuvo toda la noche pegado a la letrina.

A la mañana siguiente de aquella experiencia, se detuvo en medio de su trabajo de escarda y se apoyó en la azada. La vista desde lo alto del convento era tan hermosa que el corazón se le salía del pecho: desde allí, el resto del mundo parecía un planeta lejano, un lugar en que el alma encontraba sosiego, y la mente, descanso. Si no fuera por el Urbano de marras. Aquel palurdo era un trabajador duro, y hábil escardando, en la medida en que se puede tener talento para escardar. Era asimismo aplicado y no se daba ningún descanso; trabajaba y trabajaba mientras emitía pequeños gruñidos o reía a mandíbula batiente, llamaba a Giuseppe y le enseñaba un escarabajo marrón que, con ternura indecible, aplastaba entre los dedos. Había en la mirada del hombre un amor inextinguible, una terrible necesidad de entrega que reforzaba la sensación de injusticia que tenía Giuseppe; no sólo se sentía ninguneado y maltratado, sino directamente abandonado. Aunque no había perdido oportunidad de mostrar su posición de maestro, herborista y boticario, sus palabras caían como la lluvia en el Sáhara. Porque en San Marcelo uno trabajaba, y si no trabajaba, rezaba, y si no rezaba, se estaba en la biblioteca, transcribiendo y haciendo legibles los viejos manuscritos.

El convento era, pues, grande, tenía una bonita iglesia con frescos y ornamentos, y un dormitorio de dimensiones considerables en el primer piso de la nave oriental. Había una pequeña sacristía, donde se guardaban los sagrados objetos de la misa, así como una sala capitular, un locutorio, dos cuartos de estar, la habitación de las novicias, la sala de calefacción, que sólo se utilizaba en invierno, un pozo y la lavandería, la cocina, un almacén y el gran refectorio, el lazareto y el despacho de la madre superiora.

Y era precisamente a ella a la que pensaba recurrir Giuseppe. La había visto después de misa conversando con el cura local. La abadesa era grande como un castillo, tenía cara de pocos amigos y los hombros de un galeote. Pero como se decía a sí mismo mientras se aseaba: «Ya he sabido gobernar a otras por el estilo, y al fin y al cabo soy un hombre de mundo; además, cuanto mayores son los melones, más blanda es la pulpa.»

Estaba sentada en su escritorio cuando entró Giuseppe. Sus ojillos grises expresaron

una mezcla de sorpresa y reprensión.

—¿Qué haces aquí?

—Perdone, madre abadesa, pero soy el que llegó hace casi una semana. Mi alumno está ingresado en el lazareto.

—¿Y...?

—Pues que quisiera presentarme, si no le causa molestia. Mi nombre completo es...

—¿No tendrías que estar escardando?

—Sí, junto con Urbano.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —Se levantó y avanzó hacia él, que hundió los hombros.

—Me llamo Pagamino, Giuseppe Pagamino. Soy herborista, formado en la Universidad de Salerno, y he dedicado la mayor parte de mi vida a recoger plantas y hierbas para alegrar y sanar a mucha gente. Por ejemplo, he vivido largos años con los franciscanos y he estado al servicio del obispo de Lucca. Por mencionar una pequeña parte de mi historia.

—¿Y...?

—Pues que pensaba si habría algo en que mis conocimientos pudieran ser de utilidad. En uno u otro sentido.

—A ti te han puesto a escardar, ¿verdad?

—Así es, madre venerable, y no me quejo, ni se me pasaría por la cabeza. Agradezco el tratamiento dado a mi alumno, aunque confío en que sus sufrimientos se hayan aliviado. También agradezco mi alojamiento, que comparto con ese Urbano que trabaja conmigo en el berzal, escardando mañana, tarde y noche. Lo agradezco de todo corazón. Mañana, tarde y noche.

—O sea que has venido a darme las gracias...

—A eso y a hablarle de mi época en la corte francesa, aunque no soy hombre que disfrute alabando sus propias hazañas.

La abadesa arqueó las cejas.

—Claro que esa historia podemos contarla en otro momento —dijo Giuseppe retrocediendo hacia la puerta, donde empezó a hacer reverencias, hasta que llegó al corredor del claustro, donde continuó haciendo reverencias, hasta desaparecer con paso rápido por la escalera que llevaba al huerto.

Enseguida divisó a Urbano, que estaba donde había estado todo el tiempo, aunque su sonrisa era más amplia aún y sus encías estaban más visibles. Todo estaba en silencio, había tal silencio que podía oírse el vuelo de un moscardón que dibujaba una pequeña línea negra en el enrarecido aire montañés. Urbano emitió un sonido gutural incomprensible. Tal vez estaba exhortando a Giuseppe a que agarrase la azada y siguiera trabajando. Puede que el hombre sólo quisiera ser cortés y compasivo. Eso

jamás llegaría a saberse.

Era, pues, un día especialmente silencioso, una revelación incomparable: sencillo por completo, un prototipo de todos los demás días, aunque con la particularidad de que irradiaba una locura absoluta. Giuseppe se dijo: «Me está invadiendo el pesimismo.»

Se sentó con las piernas estiradas en el suelo.

Urbano lo miró fijamente. A Giuseppe no le importaba. Ni aunque lo mirase todo el mundo.

«Tengo que irme de aquí. —Las palabras se repetían como el eco de las montañas—. Aunque eso suponga perder a Arturo. No, no voy a perder a Arturo; tenemos demasiadas cuentas pendientes, porque ¿qué es eso de estar en el lazareto, en una cama que debería haber sido para mí? Está comiendo la carne destinada al desnutrido y dejando que lo refresquen con zumo de limón dos veces a la hora, mientras mi garganta está seca como el cuero. Que permita tal barbaridad supone un escarnio para su maestro, quien, además, comparte esta celda con un engendro anatómico, una desviación sin relación alguna con batracios, personas o primates. La única distracción que tengo es cuando Urbano engancha el caballo al carro y vaciamos la letrina en el río, porque entonces no lo huelo. Voy a volverme loco de tanto escardar, chiflado por un trabajo de idiota e hipersensible al silencio. Si no me marchó de aquí cuanto antes, terminaré como mi compañero. Ya han empezado los síntomas: mi cuello se ha acortado y me está desapareciendo la nariz. Dentro de un año habrá dos burros en el berzal, y el otro se llama Urbano.»

No obstante, continuó trabajando todo el día en el huerto, comió sus gachas, bebió su agua y se durmió mecido por los ronquidos rítmicos de Urbano. Y así pasó una semana más. Para entonces Giuseppe había logrado permiso para visitar a su alumno, quien lo recibió vestido con una camisa recién lavada. Arturo estaba tan recuperado que podía incorporarse. Las mejillas, tan pálidas otrora, estaban redondeadas y rubicundas, y el apagado fulgor que tantas veces velaba su mirada se había disipado, transformándola en clara e intrépida. Incluso los dientes estaban limpios y relucientes como la fragante ropa de cama.

—Bienvenido, maese —dijo, contento—, bienvenido a nuestro hermoso lazareto.

Giuseppe hizo una mueca que quería ser una sonrisa, y miró de reojo a una hermana que estaba distribuyendo agua entre los enfermos.

En la mesilla de noche había un ramillete de flores de la estación. Por una u otra razón, Giuseppe sintió una punzada. Nadie le prohibía coger un ramo para el banco que había entre él y Urbano, pero estaba seguro de que aquel monstruo se comería las amapolas en el transcurso de la noche.

—Lo he echado de menos, maese.

Giuseppe guiñó los ojos y apretó los dientes.

—Lo he echado de menos todas y cada una de las horas que pasaban, maese.

—Me alegra oírlo —gruñó—, igual que me alegra verte tan recuperado, aunque cuesta comprender qué mal padecías. Claro que todo el mundo sabe que la hipocondría está bastante extendida. Pero tu enfermedad quizá tenga otro nombre bien distinto, que, curiosamente, no está descrito en los libros y es del todo desconocido para alguien que ha estudiado.

—Las hermanas que me cuidan —susurró Arturo— dicen que es anemia y desnutrición generalizada. Me han mirado la lengua, tomado el pulso y estudiado el color y concentración de la orina. Dicen que va mucho mejor, y a decir verdad —añadió, ahogando un bostezo con la mano—, nunca me he encontrado tan bien.

—No me digas, amiguito —repuso Giuseppe, alzando los hombros con fingido regocijo—. O sea que nunca te has encontrado así. Salta a la vista. Tienes las mejillas lozanas como manzanas en otoño, y tu pelo brilla como las fosforescencias marinas. Y tus muslos —agregó, palpándolos— están tan rollizos que pareces un monje. Menudo milagro.

—Soy muy feliz, maese...

—Sí, ya lo veo —contestó, mordiéndose un nudillo.

Arturo estaba radiante como un sol.

—Me dan toda la comida que puedo tomar: cordero, carne de cerdo y lonjas de buey, gallina recién hervida y un conejo magnífico. Ayer comí asado de liebre, y hoy vamos a tomar sopa de verdura y pan recién hecho, así como un plato de lentejas, fruta del tiempo y el zumo de naranja más sabroso que pueda imaginar.

Giuseppe tenía la mirada perdida. Siempre había sentido debilidad por las naranjas.

—Nunca gachas —murmuró, rotando la cabeza.

—No, qué va —dijo Arturo, riendo—, nunca gachas. Y la cama, maese, es el más delicioso prado veraniego que pueda soñar. Espero que maese duerma igual de bien que yo.

—Bueno, no me quejo —musitó, mientras un espasmo le atenazaba la espalda—, porque duermo como un maldito faquir. Pero después de estar doce horas dándole a la azada, me duermo tan rápido que apenas reparo en el cerdo barrigudo con quien comparto celda.

—¿Ha hecho un amigo aquí, maese?

—¿Un amigo? —Giuseppe soltó una risa ahogada—. Supongo que sí. El amor que me profesa es tan desbordante que no me atrevo a darle la espalda al acostarme.

—Y las hermanas —suspiró Arturo—; nunca había visto manos tan suaves y experimentadas. No me dejan lavarme solo.

—Ah, ¿no? Y ¿quién se encarga de ello, si se me permite la frivolidad?

—Ellas. Me lavan de la cabeza a los pies con un jabón de lo más fragante, y por la noche una hermana vela mi sueño, sentada a mi lado para que no me falte nada. ¿Usted tampoco duerme solo, maese?

—No. Como ya he dicho, tengo la suerte de contar con un compañero de nombre Urbano. Habla por la nariz. —Miró en derredor y bajó la voz hasta convertirla en un cuchicheo irascible—. Pero, Arturo, tú sabes bien que estás en la cama de tu señor, ¿verdad?

—¿En la cama de mi...?

—Exacto. ¡Mírame, mozo! ¿Qué ves?

—No comprendo.

—No, tú no comprendes nada, pero eres un entendido en el arte de la simulación. En eso eres un auténtico maestro.

—Pero, maese...

—¡Cretino desagradecido! Mi espalda ya nunca será lo que fue, me sangran las manos y me duelen los hombros, pero eso no es nada comparado con la tortura que sufre mi mente. Mañana te levantas de la cama y dices que ya estás sano, ¿comprendido?

—Sí, maese.

—No soporto un día más. Demonios, cómo apestas a jabón.

Pero algo más tarde, aquella noche, todo cambió.

La cosa empezó después de las vísperas, o mejor dicho en las nonas, cuando le dijeron a Giuseppe que tenía que ir al despacho de la abadesa tras las vísperas.

Se halló de nuevo ante la venerable superiora, que esa vez le rogó que tomara asiento. El tono era el mismo de la otra vez, sólo que algo más moderado.

—Dices que eres herborista y que has estudiado en Salerno.

—Sí, madre venerable.

—Entonces llevarás en tu carro preparados y ungüentos, medicinas y fórmulas, ¿verdad?

—Creo poder decir que en casos de caída de pelo, pérdida de memoria, tedio, melancolía, sarpullidos, espumarajos y reumatismo, la farmacia de Pagamino puede sanar la mayor parte, y alguno más.

—Aquí tenemos bastantes medicinas, y en cuanto a los estafadores ambulantes, también recibimos a menudo su visita.

—¿De verdad, madre venerable? Y ¿qué suelen hacer con ese tipo de gente?

—Ponerlos a escardar.

Giuseppe entornó los ojos y pensó en su orgullo. Siempre había imaginado el orgullo de un hombre como un pan de trigo redondo, y era posible que la vida hubiese hecho que del suyo quedara sólo un mendrugo, pero ahora ni un mendrugo:

se había acabado. No tenía intención de morir en el berzal; de hecho, no pensaba seguir allí ni un día más. Al contrario, pretendía decirle a aquella mujer un par de verdades, porque una vez más lo habían castigado por un delito que no había cometido.

—Y el delito consistía aparentemente en que dejé de lado el camino para poder saciar mi sed. Pero el castigo de tener que andar escardando desde la mañana temprano hasta el anochecer no parece corresponderse a la fechoría de pedir un sorbo de agua y un pedazo de pan. De modo que si la madre venerable no tiene nada en contra, voy a enganchar la mula al carro, despertar a mi alumno y marcharme de aquí. Y permítame añadir que he estado en conventos en que la misericordia y la piedad, la hospitalidad y la compasión humana eran más visibles. También he encontrado más caridad, amistad y generosidad en los leprosos, que no poseen nada, aparte de la matraca y el cazo de limosnas.

La abadesa no se inmutó; se contentó con espantar a una mosca que insistía en posarse en su mejilla.

Giuseppe se puso en pie.

—Adiós, madre superiora.

—Haz el favor de sentarte, Pagamino. Hay una cuestión sobre la que deseo hablar contigo, que es mucho más importante que tus tribulaciones. Resulta que aquí tenemos en ocasiones pacientes cuyos males no podemos sanar. Nos imaginamos que curamos a la mayoría, y estamos agradecidas por ello, pues ésa es la meta de nuestra vida. Pero como decía, a veces no bastan ni las medicinas ni los rezos, y en el caso que voy a presentarte se trata de una de nosotras, la hermana Emilia, que está enferma. Es muy joven. Puede que la hayas visto, se ha rapado la cabeza.

—No, no la he visto.

La abadesa le dirigió una mirada inquisitiva, aunque nada hostil.

—Suele suceder que las dolencias físicas sean más fáciles de curar que las del alma. Al principio pensábamos que era una *lunámbula*, ya sabes a qué me refiero.

—¿Que sufría de lunatismo?

—Exacto, porque era como una especie de locura que le sobrevenía periódicamente. Es una persona bondadosa, y me duele verla sufrir tanto. Salta a la vista que arrastra un gran pesar, pero está igual de claro que también guarda un terrible secreto. El sacerdote ha hablado con ella varias veces. Pero no ha servido de nada.

Giuseppe se recostó en la silla.

—¿Le molesta la mosca, madre venerable?

La abadesa adquirió una expresión ausente y dio un manotazo distraído al insecto, que se posó en el borde de la mesa.

—Basta con que me llames madre, y la mosca no me molesta.

—Si fuera el caso, sobra con una palabra suya.

—¿A qué te refieres?

Giuseppe sonrió con aire avergonzado y llamó como de costumbre la atención de una mosca, extendió los dedos y le pidió que se tumbara. Después la mató con la mano abierta y la echó de la mesa.

La abadesa lo miró fijamente.

—¿Cuál es tu nombre de pila? —preguntó.

—Giuseppe, madre. Giuseppe Emanuele Pagamino. Soy originario de Umbría.

—Has dicho que tenías algo para combatir la melancolía.

—Así es, madre. De hecho, es una de las enfermedades con que he sido más afortunado, aunque la fortuna no tiene nada que ver en ese asunto.

—Pero ¿cómo se trata una dolencia del alma con un ungüento?

—La madre venerable ha de imaginar un hueso de aceituna que le dificulta la digestión. ¿Qué hace el médico en ese caso? Lo saca. Sea dando de beber mucha agua o realizando un corte, porque lo que está enfermo hay que extirparlo. También cuando se aloja en el alma. He conocido a muchos pacientes con dolor en el alma que han bebido mi brebaje, pues afloja las tensiones.

—¿Haces como con la mosca? ¿Es lo que quieres decir?

—Es cuestión de confianza.

Giuseppe se acercó a la ventana y admiró la obra del Creador, que aquel atardecer tenía un aspecto tan bueno como el sexto día.

La abadesa lo observó de soslayo y siguió su mirada.

—Contemplas la obra del Señor.

—Y las montañas —murmuró Giuseppe.

Ella asintió con la cabeza, como respondiendo a una voz interior.

—Es el contraste —dijo—, porque ¿no hay acaso un contraste entre la obra de Dios y la medicina de los hombres?

—Ese tipo de pensamientos supera mi inteligencia, madre.

—Conozco a los de tu calaña. Has dado la espalda a Dios, pero el Todopoderoso no te ha olvidado. Te ve y te oye.

—¿También en el berzal?

—No puedes hacer nada sin que Él te vea.

—Suenan tranquilizador.

—¿Eres hereje, Pagamino?

—Soy demasiado insignificante para merecer tal título, madre venerable, aunque en Arabia se dice que las personas son como las hormigas, débiles y fuertes a la vez.

—¿Has estado en Arabia?

—He estado en el paraíso y en el infierno, y ahora he encallado en algún lugar de la vida.

—Hablas rápido y mientes con destreza. Me di cuenta enseguida, cuando te fingiste enfermo, aunque tu compañero estaba a punto de morir de agotamiento. He estado viendo tu carro y tu farmacia, y no he encontrado nada que no tengamos nosotras, aparte de las habituales fórmulas para elevar la inteligencia y estimular la potencia.

—Son ungüentos comprobados, madre.

—Tienes también tarros con *Verbascum thapsus* contra la epilepsia, y una cocción de tanaceto y guisantes como medio contra la parálisis. Estafa, pura estafa.

—Han ayudado.

—Será a tu bolsillo.

La abadesa recogió la mosca muerta del suelo y la puso ante sí.

—¿Dónde se aprende a domesticar moscas?

—Es algo que he sabido hacer siempre.

—Vaya, ¿un talento innato?

Giuseppe desvió la mirada.

—La madre venerable se burla de mí.

—No; simplemente me pregunto si voy a atreverme a encomendar a sor Emilia a un hombre que negocia con los sufrimientos de la gente y me hace perder el tiempo hipnotizando moscas; porque en cualquier plaza de mercado puedo encontrar un bufón que haga bailar a los ratones.

—Entonces recomiendo a la abadesa que vaya en busca de ese hombre.

—Desde luego, era la respuesta que merecía. ¿A las órdenes de quién estás, Giuseppe?

—A mis propias órdenes, madre.

—¿Pagamino es el corazón del mundo?

—Soy víctima fácil de los halagos. Nunca me he sentido ni el corazón ni la pulpa ni la piel del mundo, sino más bien como el resto que se tira.

—¡Santo cielo! —exclamó, sacudiendo la cabeza con resignación y sentándose en una silla con semblante cansado y absorto—. Simula que está enfermo, miente y engaña, pero sostiene que puede hacer lo que las cuarenta y nueve monjas de San Marcelo, además del sacerdote del pueblo, no han logrado.

Giuseppe se puso en pie.

—Tal vez sea mejor que continúe mi viaje —dijo con un suspiro.

—No; te ruego que te quedes.

—¿Un estafador? ¿Un mentiroso domador de moscas?

Ella entrecerró los ojos.

—Creo que perteneces a ese tipo de personas de las que puede decirse sin temor que sólo las contrariedades y la miseria las hacen soportables.

—Y es que el Todopoderoso reparte siempre a partes iguales el sol y el viento.

—Cuida la boca, mercachifle.

Giuseppe bajó la mirada.

La abadesa abrió la puerta.

—Estoy cansada. Tal vez sea injusta contigo. Consultémoslo con la almohada. Porque en cuanto a la pobre Emilia, difícilmente empeorará con los ungüentos de un buhonero.

Giuseppe hizo una reverencia y salió.

—Pagamino.

—¿Sí, madre?

Ella lo midió con la mirada de pies a cabeza.

—No desaparezcas en medio de la noche. Me da la sensación de que no has venido aquí por casualidad.

—Ah, la abadesa quiere decir que hay caminos y senderos que el ojo humano no puede ver, pero por los cuales transitamos a diario. ¿No es así?

—Es cosa sabida que los caminos del Señor son inescrutables.

—Es lo mismo que decía una carcoma con que me crucé en el camino.

—¿Una carcoma? Yo hablo del Todopoderoso.

—Si el buen Dios ha dado a Pagamino algo más que nueces para la boca desdentada, ha sido porque lo ha querido así.

—¿Para negar a Dios?

—Para dudar, madre; la duda es el pasillo que lleva a la verdad, a la sabiduría y a la liberación de mi alma.

Ella se le acercó.

—Hay que ver cuánto sabes de todo.

Giuseppe entrecerró un ojo.

—He estudiado las estrellas y la oscuridad en que habitan.

—Sí, debes de saber algo más que tus oraciones.

—¿Eso es un cumplido o un reproche?

La abadesa sacudió la cabeza.

—Prométeme que estarás aquí por la mañana. Prométeme que hablarás con sor Emilia.

Giuseppe hizo un movimiento con el brazo.

—La madre venerable tiene la palabra de Pagamino.

*Sobre el profanador de tumbas que enloqueció
pero no renunció a su habilidad en meter la pata
siempre hasta el fondo*

Estaba inclinado sobre la cama de Arturo. El lazareto se hallaba en silencio y notablemente vacío.

Arturo estaba tumbado boca arriba, durmiendo pacíficamente. Sus mejillas se veían de modo manifiesto más plenas, y su piel, más sana. Las manos estaban limpias; las uñas, bien cuidadas y redondeadas con pulcritud. El pelo negro estaba dividido en dos por una raya blanca y recta que completaba la imagen del predilecto de su madre. Una sonrisa beatífica adornaba su boca.

Giuseppe acercó los labios a su oreja.

—¡Despierta, príncipe de los estafadores!

Arturo despertó, sobresaltado.

—¿Es usted, maese?

—Pocas veces se ha visto a la holgazanería y la hipocondría bailar tan apretadas. ¿Dónde están todas las señoras?

Arturo miró a su alrededor con expresión temerosa.

—No lo sé, maese. Suele haber una hermana velando por la noche.

—Cuyo único objetivo es satisfacer tus deseos, ¿no es así? Pues eso se ha acabado. Arriba. Es increíble cómo has engordado. Si parezco un palo de escoba a tu lado.

Giuseppe lo sacó a empujones hasta el pórtico y lo puso al corriente de la situación: la mula estaba enganchada al carro, el equipaje estaba hecho, y tendrían que dar de latigazos a la bestia para salir de allí a toda prisa.

—¿Ha estado atareado con la palanqueta, maese?

—No, no he estado atareado con la palanqueta, al contrario, he... Venga, vámonos rápido.

—Pero no me he despedido de las hermanas que me han cuidado, maese.

Giuseppe dio dos vueltas sobre sí mismo.

—Mírame, gordinflón. ¿Qué ves?

—¿Que qué veo?

—Ves a un hombre que está a menos de un canto de gallo de volverse loco.

—Lo veo, maese.

—Vaya, lo ves. —Sintió que le sobrevenía la furia, pero se dominó—. Ve a donde

está la mula, como te dice tu señor. Pero rápido, ¿entiendes? —Calló y se agachó.

Se había abierto una puerta. Una débil luz vaciló en el oscuro corredor.

La abadesa llevaba una vela en la mano.

—Buenas, la paz del Señor sea con usted —dijo Giuseppe, haciendo una reverencia—. Precisamente estaba enseñando a mi alumno ese verso del Libro de los Salmos que siempre me acude a la mente.

—¿Qué verso?

—El mismo que sale de mis labios apenas despierto: «El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace reposar. Me conduce hacia...».

—A mí me parece que estabas a punto de romper una promesa.

—Nada más lejos de mi ánimo, madre venerable. Arturo es testigo de que Giuseppe Pagamino jamás ha roto una promesa.

La abadesa rodeó con el brazo el hombro del joven.

—No impliques a inocentes en tus conjuros, Pagamino. Vamos, vuelve a acostarte, muchacho, te conviene descansar todo lo que puedas.

—Justo lo que iba a decir —repuso, sonriendo—. Buenas noches, rechoncho amigo. —Y le dio un beso en la frente.

Cuando Arturo se fue, la abadesa se giró hacia Giuseppe.

—Hay una muchacha que te espera. No lo habrás olvidado, ¿verdad?

—De ningún modo, madre venerable, de ningún modo.

—En tu mirada hay engaño, Pagamino.

—Y lealtad, madre.

—Quiero que sepas por qué te confío esta misión, ya que no es por tus capacidades, y tampoco por los medicamentos que guardas en tu carro. —Calló y se acercó a Giuseppe—. Sino por tu mirada.

—¿Por mi mirada?

La abadesa se sentó en el banco.

—Es en los ojos de las personas donde se ven sus aflicciones —susurró—; podemos escondernos tras máscaras, disfrazarnos con ropajes abigarrados e incluso raparnos la cabeza, pero nuestros ojos siempre dirán la verdad sobre nosotros. Sufrimiento y contrariedades, pesar y esperanza. Todo eso hay en los tuyos, Pagamino. ¿Me equivoco?

Él no respondió; se sentó junto a la monja y escondió el rostro entre las manos.

—Pero aun así jamás doblaste la cerviz.

—¿La cerviz?

Giuseppe sacudió la cabeza, se levantó y estuvo un rato inmerso en sus propios pensamientos. Sintió que una fuente se abría en su interior. Un flujo fresco y claro que limpiaba y renovaba el viejo paisaje.

—Ya lo creo que he doblado la cerviz —susurró—. Me he arrastrado como un

perro para eludir el bastón, he hablado demasiado y mi lengua ha inventado historias más allá de toda prudencia, sólo para evitar los palos que merecía. Otras veces el bastón ha sido más celoso y no se ha ajustado a la fechoría. Porque ¿cuántos bastonazos tienen que darle a uno por robar guisantes? Estas manos no están sucias, arrugadas y retorcidas sólo de tanto juntarse para orar; hay pocas cosas que no hayan hecho para llenar la boca y enfrentarse a la noche. —Miró a la abadesa a los ojos—. He profanado tumbas —continuó—, he robado a los muertos, un herrero me fabricó tres hierros planos cuya única finalidad era abrir ataúdes. He pasado tanto tiempo en la oscuridad que ni las lombrices ni los gusanos me muerden, y he hurgado tanto entre cadáveres que se me ha contagiado el color de la piel de los difuntos. En mis pupilas debe de verse la locura, porque he estado medio año bajo la catedral de Lucca, encarcelado por un crimen que era menor que robar la aceituna más pequeña del árbol más grande del olivar. Pongo al cielo por testigo. Durante seis meses me entretuve con arañas y bichos anónimos. El caso es que me han castigado con mayor dureza por lo que no he hecho, y he escapado al látigo cuando mis espaldas lo merecían. O sea que lo que ve en mi mirada, madre venerable, es el resquicio de la duda. Lo único que me ha enseñado la experiencia de toda una larga vida ha sido que hay que terminar el plato cuando te invitan. —Se sentó de nuevo en el banco y apoyó la cabeza en la pared—. Ahora la madre venerable ya sabe la verdad sobre Pagamino el mercachifle.

—¿La sé?

—Puede que no toda. Aunque se dé bien la vuelta a los bolsillos, siempre hay que dejar algo de pelusa para un día de necesidad, ¿no es lo que se dice?

La abadesa bajó el tono de voz.

—Ignoro qué se dice acerca de la pelusa de los bolsillos, pero sé que toda vida es algo único, y eso debería saberlo también un hombre de edad.

—Es lo que afirma mi alumno.

—A un maese se lo conoce por su alumno. —Se quitó con la mano una mota invisible del hábito—. Tú y Arturo podríais quedaros aquí.

—¿En el berzal?

—No necesariamente.

—Gracias, pero las viejas piernas están ansiosas por partir. Y tengo otros planes: he de ir a Rafael.

—¿Qué hay en Rafael?

Giuseppe se enderezó y sonrió.

—En Rafael espera el Paraíso.

La abadesa arqueó las cejas.

—¿O sea que hay un paraíso?

—Al menos hay un jardín, una camisa limpia y siete mujeres encantadoras, un

arroyo gorgoteante y comida todos los días.

—¿Te has hecho realmente merecedor de todo eso?

—Hay veces en que uno recibe más de lo que merece; por eso lo llamo el Paraíso. De todos modos, ¿cómo se vuelve uno merecedor de nada?

—Realizando una buena acción. Diciendo la palabra adecuada a una muchacha que vive en la oscuridad. Era precisamente de eso de lo que estábamos hablando.

Giuseppe se puso en pie.

—No creo que pueda ayudar a esa muchacha, madre.

—Tú conoces la oscuridad, Pagamino. Tú mismo lo has dicho. Creo que eres la última oportunidad que tiene Emilia de poder abrirse al mundo. Hace su trabajo, cumple sus obligaciones, nunca pide nada, pero hay algo que no marcha en su vida. Le falta la alegría de vivir. Es muy joven... pero no hay luz en su vida, sólo esa oscuridad negra como la pez.

—Pero ¿qué espera de mí?

—Que la saques de ahí.

Sor Emilia aguardaba en su celda.

Giuseppe se hallaba detrás de la abadesa, quien sin decir palabra abrió la puerta del cuarto de la joven monja, que estaba sentada en su camastro. Giuseppe se dijo que parecía una persona para quien la sentencia más severa del mundo no era nada comparada con la que ella había impuesto a su propia vida.

La abadesa estaba notablemente calmada, no quedaba en ella ni rastro de su habitual autoridad. Debía de habersele contagiado la aflicción; tras presentar a Giuseppe, fue a sentarse en un rincón.

Fue entonces cuando la joven se echó la capucha hacia atrás y volvió la mirada hacia Giuseppe. Tenía el pelo rapado; la cuchilla había hecho su trabajo con meticulosidad: no quedaba un pelo en la cabeza afeitada, tan sólo una sombra rojiza, que reforzaba la seriedad de los rasgos.

Giuseppe se quedó mirándola y sintió que la sangre abandonaba su cerebro. Durante un breve instante temió que fuera a desmayarse; después encontró la jarra de agua, se sirvió y bebió hasta vaciar el vaso.

Luego se disculpó mientras se frotaba la cara como si quisiera arrancarse la piel. «Los astros me han mostrado el camino —pensó—, pero preferiría que fuera de otro modo, porque es un camino que no deseo tomar. Y yo que creía que no había ningún camino...»

Se giró y miró a la abadesa.

—De pronto me siento indispuerto —murmuró.

—¿Cómo?

—Pues sí, mareado e indispuerto. A decir verdad, ahora sé que no tengo cura para

la enfermedad que sufre la muchacha. Ahora lo veo.

La abadesa de la abadesa retornó con fuerza redoblada. Apretó los labios.

—Te vas con el rabo entre las piernas.

—No, no me voy con el rabo entre las piernas.

—Mírame, Pagamino; ¡mírame y dime si no hay en tu corazón sitio para la hermana Emilia!

—Mi corazón sangra —susurró—. No soy el mismo. Estoy aturdido y mareado, la verdad es que debería estar tumbado. Llámelo irse con el rabo entre las piernas, llámelo como quiera. Pero no es justo, y desde luego no es cosa que pueda hacerse a un anciano.

—¿De qué hablas, hombre de Dios?

—Hablo de mi vida. He conocido terremotos y hambrunas, pero este instante es diez veces peor que la grieta de la tierra y los aullidos del intestino. Es algo que mina mi mente. Tuve una vez un asno que me ayudó a andar por el mundo, desde el reino de Nápoles hasta el obispado de Lucca. ¿Para qué? ¡Para que me encerraran! Si fue culpa del borrico que terminara en la mazmorra, era totalmente razonable que al final me lo comiese.

—No entiendo nada de lo que dices. ¿Puede saberse qué estás contando?

—¿Qué estoy contando? No me gusta pensar en ello. O sea que prefiero hablar de borricos.

La abadesa se puso en pie de un brinco.

—Entonces márchate, Pagamino. Déjanos. Haz lo que haces siempre. Busca el Paraíso.

—Eso, golpee a quien no puede defenderse.

—¡Márchate!

—No, no me marchó, porque si fuera ésa mi intención, el dolor sería tolerable. — Después miró a la joven monja—. Déjeme a solas con sor Emilia —susurró.

La abadesa abrió la puerta y le hizo una seña con la cabeza.

Giuseppe salió tras ella.

—¿Qué te traes entre manos, Pagamino?

—No me traigo nada, pero tal vez... tal vez exista un camino para entrar en la pena de la chica. Y si hay camino de entrada, también lo habrá de salida. Al menos así suele ser en las guaridas de los zorros.

—Pero ¡si aún no habéis cruzado palabra!

Giuseppe se apoyó en la pared.

—No, no hemos cruzado palabra, pero conozco su desgracia.

—¿La conoces?

—Sí. Dios mío, creo que he contraído la fiebre. Todo el cuerpo me arde.

La abadesa lo agarró del brazo.

—Perfecto. Entra al cuarto de Emilia, pero recuerda que estaré fuera. Has de saber que no toleraré ningún exorcismo.

—No habrá necesidad de ello. La verdad es que preferiría volver al berzal, o mejor aún, beber el brebaje del olvido.

—¿Tan mal está?

Giuseppe cerró los ojos y asintió en silencio.

—Tiene el corazón roto —musitó.

La superiora le puso la mano en el hombro.

—Eres un hombre extraño.

Él hizo un gesto con el brazo.

—No soy especialmente extraño —dijo con un suspiro—: sólo soy un profanador de tumbas corriente que nunca deja de meter la pata hasta el fondo.

La monja seguía sentada donde estaba la primera vez, con las manos juntas y los hombros inclinados hacia delante.

Giuseppe cerró la puerta y tomó asiento frente a ella.

—Me llamo Giuseppe —empezó—, y no nos conocemos... aunque estamos unidos de un modo extraño.

Emilia no reaccionó.

—¿Quieres mirarme, hermana?

La monja alzó la vista y trató de enfocarla en él, pero era como si sus ojos no quisieran obedecer a su mente.

Giuseppe la tomó de la mano.

—Emilia —susurró—, esto no me divierte, no me divierte en absoluto. Preferiría estar en cualquier otra parte. Sí, comprendo tu asombro, pero el caso es que te he visto con anterioridad. Aunque no aquí. Al principio no te he reconocido, porque en aquella época tenías una cabellera cobriza, abundante y hermosa.

La chica retiró la mano.

Giuseppe se retorció las manos.

—No sé cómo decir esto —murmuró—, porque lo que he de explicar va a dolerte, pero... Por empezar en alguna parte, estaba yo hace mucho viajando río abajo, tumbado en una lancha que arrastraba la corriente. Me detuve en un remanso, pues había oído voces. Voces de mujer. ¿Me oyes, hermana?

—Sí, lo oigo —susurró la muchacha.

Giuseppe inclinó la cabeza.

—Lo que vi aquel día me ha perseguido desde entonces, aunque el final de la historia no es tan triste como el principio. Lo que vi, hermana, fueron unas mujeres maduras y una chica muy joven.

Se detuvo al reparar en el brillo de los ojos de Emilia. Ella no se inmutó, no

emitió sonido alguno, se limitó a mirarlo a través de gruesas lágrimas.

Giuseppe asintió con la cabeza.

—Eras tú a quien vi, tú y tu hijito pequeño. Me duele decirlo. ¿Estás aquí, mi niña?

—No, no estoy aquí, *signore*.

—Sí, Emilia, sí que lo estás. Di que estás aquí. Si no lo dices, será mucho más difícil.

—Se equivoca, pues estoy en un lugar completamente distinto.

—¿Dónde?

—En el país de la soledad —respondió con expresión vacía—. Aquí no hay noche, ni día, ni sol, ni luna.

Giuseppe notó que le temblaba la barbilla y maldijo a su viejo corazón, porque la pena de aquella muchacha era tan grande que ocupaba todo el espacio.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Me llamo sor Emilia.

Giuseppe hizo un esfuerzo.

—Vas a oír mi historia hasta el final; eso, si es que puedo terminarla. El caso es que vi lo que sucedió aquel día junto al río.

La chica sacudió la cabeza. Por primera vez salía de la burbuja en que había estado encerrada hasta entonces.

—Escucha —dijo Giuseppe—, escucha lo que ocurrió.

—No ocurrió nada.

—Emilia...

—Quiero que entre la madre superiora. Y quiero que usted se vaya.

—Hermana...

—Vamos —exclamó ella alzando la voz—, váyase, desaparezca de aquí, no me gusta su compañía.

—¿No quieres que te devuelvan a tu hijito?

Las manos que atacaron a Giuseppe eran como las garras de un halcón; se hundieron en su rostro y retorcieron su carne hasta hacerla sangrar. Al poco rodaban por el suelo, pero la chica no soltó su presa hasta que se abrió la puerta. Entonces comenzó un barullo peor aún, que sólo acabó cuando la joven trató de saltar por la ventana. De no ser por la resolución de la abadesa, habría logrado su propósito.

En aquel momento Giuseppe estaba echado en el suelo, tratando de determinar el alcance de los daños. Sangraba por la comisura de los labios, y le pareció que el ojo izquierdo se le había desplazado.

—¡Vete! —dijo la abadesa, abrazada a la chica.

Con dificultad, Giuseppe se levantó y fue como pudo hasta la puerta.

—Desaparece de aquí y llévate a tu alumno y tu carreta.

Él se apoyó en el marco.

—Seré un pillo, pero no cometa una injusticia conmigo.

—He dicho que te vayas.

Giuseppe salió fatigosamente al pórtico, donde dos hermanas miraban al interior de la celda con ojos espantados.

—Emilia —dijo.

La abadesa lo asió.

—¿No has oído lo que te he dicho?

Giuseppe ni la miró; miraba a los ojos a Emilia.

—Tu hijo —susurró—, tu hijo vive.

Estaba tumbado en el camastro, con la vista clavada en el techo. En el banco de al lado se hallaba Arturo.

—¿Quiere que le ponga un trapo húmedo en la frente, maese?

—Dame el trapo húmedo sin más. Aunque no sé de qué va a servir, si tengo la cabeza abierta.

Fuera tamborileaba la lluvia, y a lo lejos se oía el trueno, apagado y profundo, que sacudía el macizo montañoso y cuarteaba la corteza terrestre.

De pronto Giuseppe se volvió en el jergón y ocultó el semblante entre las manos.

—Piccolino... —musitó.

—No se entristezca por eso, maese.

—No sé si me entristece, Arturo. No sé nada. Nada.

—¿Nos vamos de aquí, maese?

Giuseppe se incorporó.

—Sí, nos vamos de aquí. No es que me haga ilusiones de que un hombre pueda escapar a su sombra, pero aquí no podemos quedarnos.

—¿Qué le ha pasado en la cara, maese?

—Es lo que se logra cuando se dice la verdad a la gente: te arrancan la piel. Tampoco se lo reprocho a la pobre chica.

—¿Qué chica, maese?

—Una de las monjas. Se llama Emilia. Es una persona desdichada. Destrozada por el dolor. No entres nunca en el dolor de otra persona.

Arturo sumergió el trapo en la jofaina y empezó a lavar la cara ensangrentada de Giuseppe.

—No comprendo. ¿Conoce a la monja?

—La conocí en otra vida. ¿Sigue el ojo donde ha de estar?

—Sí, los ojos están en su sitio, pero tiene algunos arañazos profundos. ¿Ha sido la madre venerable la que lo ha arañado, maese?

—Cuida la boca, cretino. ¿Qué manera de hablar es ésa? Ha sido cosa de la chica.

—¿La chica que conoció en otra vida, maese?

Giuseppe arrancó el trapo de las manos de Arturo.

—A veces te haces el tonto más de lo que eres, y me irrita oír a un cretino haciéndose el tonto.

—Perdone, maese.

—Me duele todo el cuerpo. Pero donde más me duele es en un lugar que no sabía que existiera.

—¿Voy en busca de la cantimplora de mandrágora?

—No; quiero que me escuches. Hace mucho tiempo, la primera vez que vi a Emilia, estaba a punto de ahogar a su hijo. Mejor dicho, un grupo de mujeres la estaba forzando a que lo hiciese. Tal como es costumbre cuando no puede ser de otra manera. Ella, como es natural, se sentía desgraciada. Tan desgraciada como solamente una madre puede sentirse. Pero la obligaron, y el río se llevó al niño.

Arturo se apoyó contra la pared y se hizo un ovillo.

Giuseppe sacudió la cabeza.

—Era algo insoportable de ver. No sé qué me dio, pero de repente el bebé estaba en mi lancha. Un niño bien formado, de cabello rubio y ojos azules. ¿Qué hacía en mi lancha? Por otra parte, ¿por qué había de llevárselo el río? ¿Por qué tener hijos para luego ahogarlos? Arturo, ¿estás llorando?

—Es que es muy triste, maese.

—Sí, es tan triste que ni siquiera un final feliz puede borrar la huella del pesar.

—Pero, maese, ¿ha olvidado las palabras del jardinero mayor?

—¿Qué pinta él en todo esto?

—Deberá salvar el pellejo tres veces, rescatar a un bebé de morir ahogado, conocer a una chica tanto entre los vivos como en el reino de los muertos, encontrarse con la peste en Londres y Marsella y, finalmente, atravesar el océano. ¿Ha oído, maese? Salvar a un bebé de morir ahogado.

—Sí, ya lo oigo. ¿Qué le pasa a este mundo? ¿Qué te pasa a ti? No lo soporto. Prefiero el azar a este destino funesto, y no vuelvas a decir una palabra sobre el jardinero mayor y su profecía, porque me estremezco al pensar que quizá no soy más que una marioneta. —Arrojó el trapo sanguinolento—. Al infierno con la lluvia —gimió—. También antes hemos viajado en medio de aguaceros. Aunque cayeran chuzos, apretábamos los dientes, y, aunque fuera un terremoto, sobrevivíamos a él. Y esta vida de convento no me agrada. Cuando las hermanas empiezan a arañarte hasta que sangras por darles una buena noticia, ¿qué no se les ocurrirá cuando tengas que darles una mala? No hay tiempo que perder: encontremos el viejo carro cuanto antes.

—Es usted una buena persona, maese.

—Cuantas más veces lo dices, más se te ven los cuernos de la frente. No sabes de qué estás hablando —repuso, sacudiendo la cabeza—. Todos mis arrepentimientos, todos mis fallos, los tolero, Arturo; pero nunca me digas que soy una buena persona,

es como reírse de la luna.

La mirada de Arturo se encendió.

—Maese es una persona de verdad. Eso sí puedo decirlo, ¿no?

—¿Qué sabrás tú de mi vida?

—Sólo es cuestión de dosificar, maese.

—¿De dosificar?

—Sí, maese, la vida se compone de día y noche.

Giuseppe se inclinó hacia delante y cerró los ojos.

—Claro —murmuró—, y Satanás no es sino Dios de un humor diferente. —Alzó la voz—: Todos somos iguales bajo el cielo, caminamos sobre nuestras piernas torcidas, algunas más que otras, porque, como dice el cretino, sólo es cuestión de dosificar.

Llamaron a la puerta.

Arturo fue a abrir. Fuera estaba la abadesa.

—No riñamos más —murmuró Giuseppe—. Mi alumno y yo ya nos marchamos. Tal como se nos ha ordenado.

—Hay alguien que quiere hablar contigo.

La puerta se abrió de par en par. Entró sor Emilia, de una blancura cadavérica y con los ojos muy abiertos, como los de una fiera. Su cuerpo emitía una fuerza singular, pero Giuseppe sabía que la chica podía derrumbarse por el polvo de las alas de una mariposa. Los lagrimones que había antes en sus ojos se liberaron y resbalaron como canicas mejillas abajo.

—Me llamo Giulietta —musitó—. Una vez tuve un hijo, pero lo entregué al río.

Giuseppe asintió en silencio.

Se miraron fijamente, expectantes, inquisitivos e inquietos.

Giulietta buscó la mano de Giuseppe.

Él afirmó en silencio y suspiró, se encogió de hombros y parpadeó.

—Pues... qué puedo decir... —murmuró—. Lo saqué del río. —Se rascó el sobaco—. Después lo llevé a una abadía, donde permanecemos mucho tiempo. También lo bautizamos. —Miró de reojo a la abadesa, que lo observaba con expresión demente—. Le pusimos de nombre Piccolino, porque era muy pequeño.

Miró al suelo. No le importaría nada estar sentado al pescante, bajando la montaña, completamente solo. Pero de pronto sintió las yemas de los dedos de la muchacha en sus mejillas laceradas. Acariciaban su piel como hierba marina.

—Se llama usted Giuseppe —susurró.

—Sí, me llamo Giuseppe. Giuseppe Emanuele Pagamino. Nacido en Umbría...

No pudo decir más, porque la muchacha le hizo cerrar la boca dándole un beso en sus viejos labios, mientras un sollozo sacudía su cuerpo. Giuseppe buscó la mirada de la abadesa, pero estaba en otra parte.

—Bendito sea, Giuseppe de Umbría —dijo Giulietta, llorando—, porque es... —Sacudió la cabeza y se volvió hacia la superiora—. Madre, ¿me permite estar a solas con el señor Pagamino?

La abadesa abandonó la celda sin decir palabra.

Giuseppe tendió la mano, carraspeó, y tomaba carrerilla para decir algo cuando Giulietta le cogió la mano y echó a reír entre lágrimas.

—Mi salvador —susurró—, mi salvador Giuseppe Pagamino. ¿A qué se dedica, *signore*?

—Bueno, soy herborista.

—¿Dónde está mi hijo, Giuseppe?

—Supongo que seguirá con los franciscanos, donde lo dejé.

La chica se puso seria.

—Pero ¿por qué lo abandonó?

Él se sentó en el camastro.

—Es una historia larga y triste. Nada me dolió más que tener que separarme de Piccolino. Pero sabía que donde se encontraba estaba bien.

Escondió el rostro entre las manos. «Había llegado a apreciar al rapaz —pensó—, aunque no era en absoluto mío.»

Giulietta le apartó las manos y lo miró directamente a los ojos.

—Cuénteme, cuénteme dónde vive mi niño. ¿Está lejos de aquí?

—No, nada lejos; basta seguir el río Serchio, se halla a un día de camino más o menos. ¿En qué estás pensando?

Giulietta tenía los ojos resplandecientes.

—Ah, en eso —murmuró Giuseppe.

—Voy a hacer el equipaje, *signore*.

Él le pidió que esperase un momento.

—Porque pensándolo bien, teniendo en cuenta lo que ha sucedido ya, tal vez sea mejor que te quedes aquí. Piccolino me conoce, pero no te conoce a ti. Además, son monjes. Pensándolo bien, quizá no resulte tan fácil como parece.

—No comprendo...

—No, tampoco yo, pero el chico... me refiero a que lo abandonaste... y yo también lo abandoné, y no hay que descartar que también él nos haya abandonado. Es una posibilidad. Claro que ¿por qué cargar con penas antes de tiempo?

—Claro —suspiró la chica—, ¿por qué? Permaneceré aquí, *signore*. Haré lo que dice. Soy muy feliz porque sé que recuperaré a mi hijo. Sé que me está esperando. Gracias a usted, Giuseppe.

Él alzó los hombros y se quedó mirando por la ventana.

—La obra del Creador —murmuró—. ¿Qué sabrá de eso un profanador de tumbas?

*Acerca de la carcoma que camino de Trieste instruía
a la madera en cuestiones de moral y buenos modales.
Al final, Giuseppe repite una vieja hazaña*

Giuseppe y Arturo se encontraban en el valle del monte Cusna, cuyas altas cimas de dos mil metros podían entrever a lo lejos. Giuseppe conocía el terreno como la palma de la mano, y sabía que pronto cruzarían el puente.

Habían pasado dos días desde que se marcharon de San Marcelo.

Giulietta estaba en las puertas del convento cuando ellos emprendieron el camino de bajada. Ella y Arturo se despidieron con la mano, como si los brazos quisieran aferrarse a la promesa de volver a verse pronto.

Giuseppe no levantó el brazo, se quedó silencioso y retraído en el pescante, pero cuando finalmente llegaron al valle, de pronto cambió de humor y empezó a hablar con gran entusiasmo sobre el estado libre de Trieste.

—¿Quiere ir a Trieste, maese?

—Eso sí que es una ciudad, Arturo; allí vas a ver cementerios tan grandes como palacios. Nos haremos ricos como sultanes y gordos como emires. Bueno, desde luego tú estás ya bien encaminado.

—¿Qué será de Piccolino, maese?

—Piccolino se quedará donde está, porque es el mejor sitio donde puede estar. Entiéndeme bien, Arturo, porque es algo importante, y he pasado mucho tiempo pensándolo todo; el resultado de la operación es ¡Trieste! *Voilà*, como dicen en la corte de París. ¿No suena prometedor? ¡Trieste! La palabra tiene cierto sabor a aceitunas frescas y sopa de mejillones.

—Entonces, ¿qué será de Giulietta, maese?

—Eso no es asunto mío, y desde luego tampoco tuyo, o sea que déjame en paz con tus preguntas absurdas. Con un poco de suerte, habremos llegado antes de que el frío empiece a ser cortante.

—Pero ¿qué vamos a hacer en Trieste, maese?

—Vamos a vivir, Arturo, vivir como personas normales y decentes. No andaremos de aquí para allá como animales acosados.

—Entonces, ¿ya no cavaremos más?

—¿Para qué piensas tanto cuando sabes que pensar no es precisamente tu fuerte? Deja eso a tu señor, que piensa por los dos.

—Pero ¿cómo se detiene el río, maese?

—¿Es que alguien te lo ha pedido?

—¿Cómo se detiene el río de ideas y sentimientos?

—Haciendo lo que diga yo. ¿No comprendes que toda sabiduría procede de la experiencia? Y tu experiencia debería decirte que lo que más te conviene es hacer lo que diga tu señor.

—Pero ¿le importa que vaya yo en busca de Piccolino y se lo devuelva a su madre? Así podríamos reunirnos en Bolonia, ¿no?

—Oye, pero ¿te has vuelto loco, o que? ¿El alumno llevando la contraria al maestro? ¿Adónde vamos a llegar?

—Es que me duele el corazón, maese. Giulietta está contando las horas, deseando...

Giuseppe tiró de las riendas y detuvo el carro.

—Calla, cretino, que parece que no piensas. ¿No te das cuenta del alcance de nuestro cisma? Para empezar, probablemente habrán vendido al rapaz al mejor postor, pero, además, puede haber muerto de fiebre, que aqueja a muchos menores. Yo pensaba en eso cuando le aconsejé a Giulietta que se quedara donde estaba. ¿Debía seguir a la pobre muchacha hasta la tumba de su hijo? ¿No bastaba con darle la buena noticia de que el chico no se había ahogado? ¿También he de señalarle dónde está enterrado? Pero bueno, ¿por qué sacudes la cabeza de ese modo tan irritante?

—Porque no dice la verdad, maese. Porque usted sabía que nunca querría llevar a Piccolino hasta Giulietta. Por eso propuso que viajásemos solos. El niño no está muerto.

—¿Estás seguro?

—Sí, maese, estoy seguro.

Giuseppe lo agarró de la oreja.

—Ahora escúchame bien, cretino: ese chico no es carne mía ni tuya, y que esté vivo o muerto no viene a cuento.

—Pero, maese...

—Calla, que tu señor no dejó la abadía de Piccolino por propia voluntad, sino que se arrastró por una madriguera de zorro, que, además de la fetidez del animal, también tenía el hedor de la tumba de Pagamino, pues estuve cerca de la muerte. Porque te diré una cosa: en aquella misma abadía me esperaba ni más ni menos que Del Sarto. ¿Entiendes ahora por qué no podemos entrar sin más y llevarnos al pequeño?

—Pero Del Sarto ha muerto, maese.

—Ya, pero los monjes no; éstos gozan de perfecta salud y creen que Giuseppe Pagamino es un simple criminal, un hereje que está excomulgado en Lucca. Cosa que es la pura verdad. De hecho, han puesto precio a mi calva cabeza. Soy un proscrito, Arturo, o sea que si alguno de los frailes cantarines me ve, irá corriendo a Lucca a tal

velocidad que de las suelas de sus sandalias saltarán chispas. Y yo te pregunto: ¿qué cabeza crees que tiene más valor: la de tu maestro o la de Piccolino? Gracias, no hace falta que respondas. —Se dio una palmada en la frente—. Por todos los santos —dijo con un gemido—, te he tratado con el amor de un padre, y ¿qué recibo a cambio? Respuestas impertinentes y una cara malhumorada. ¿Va a instruir ahora la carcoma a la madera en cuestiones de moral y buenos modales?

—Pero es el hijo de Giulietta, maese.

—Oye, ¿cuántas veces tengo que salvar la vida a ese renacuajo?

—Hasta que regrese con su madre.

—La conversación ha terminado, Arturo.

Y así fue; y no volvieron a hablar hasta que encontraron una tumba en el lindero del bosque.

—¿Qué hacemos, maese?

—¿A ti qué te parece?

—Creo que vamos a cavar.

—Tú vas a cavar, Arturo, y antes de eso deja de poner esa cara, porque no soporto esas cosas. Como si no tuviera suficientes preocupaciones.

Arturo fue en busca de los útiles para cavar y repitió que estaba profundamente apenado y que lo sentía mucho.

Giuseppe fue tras él.

—Pero ¿de qué crees que vives, mozo? Vives de la inteligencia de tu señor. Así ha sido todos los días, y así seguirá siendo. No se llena la panza yendo de un lado para otro en busca de niños de otras personas. ¿Entendido, cretino?

—Entendido, maese.

Al rato, sólo la cabeza de Arturo sobresalía del hoyo. El rostro blanco iluminaba la noche oscura. Como siempre, trabajaba deprisa y sin descanso, y pronto desapareció la cabeza también.

Giuseppe, que estaba tumbado bajo un árbol frondoso, bostezó aparatosamente y examinó la capa de nubes, mientras recordaba sin querer los días pasados en el berzal.

—No hay duda de que tengo razones para estar agradecido —murmuró—. Cuando pienso en Urbano, veo que la suerte me ha sonreído. ¿Me oyes, Arturo? La suerte me ha sonreído.

—Sí, maese —se oyó desde el agujero.

—Di a tu señor que eres feliz.

—Soy feliz, maese.

—Pero pocas veces asoma a tus labios la palabra «gracias»; a pesar de que jamás ha habido un analfabeto con tantos motivos para estar agradecido.

—Le agradezco todos y cada uno de los días —replicó Arturo—, y lo recuerdo en mis oraciones antes de acostarme. Pero no soy analfabeto.

Giuseppe se quedó mirando al vacío.

—¿Pretendes decirme que sabes leer?

—Es una habilidad que dominé porque era un atajo para aprender sobre las plantas.

Giuseppe se arrastró hasta el hoyo.

—Haz el favor de traducir: *Cuiusvis hominis esterrare, nullius nisi insipientis in errore perseverare*.

Arturo apoyó la pala en la tierra.

—Pues debe de significar que cualquier persona puede cometer un error, pero que sólo el insensato persiste en él.

—Menuda salmodia, cretino.

—Pero escuche, maese: *Hominus dum docent, discunt*.

—¿Es un acertijo?

—No, maese; es una verdad que dice que mientras uno instruye, aprende.

—Eso lo sé mejor que nadie; pero no fanfarronees con plumas prestadas. ¿Estás encima del ataúd?

—Sí, maese.

—Pues ¿a qué esperas? ¿Cuándo aprendiste a leer?

Arturo retiró la tierra de la tapa del féretro.

—Cuando tenía cinco años, que es la mejor edad.

—¿Puedo tratar de adivinar de quién proceden esos disparates? No, no te molestes en responder, que prefiero no oír más citas de aquel domador de batracios.

Giuseppe dio la espalda al hoyo. La idea de que quien estaba allá abajo sabía leer y escribir era difícil de digerir. Aparentemente, el rapaz había aprendido de todo con su anterior señor. «Por otra parte —pensó—, es de mí de quien ha aprendido a manejar un hierro plano.»

—Ya he quitado la tapa —dijo Arturo.

Giuseppe se echó boca abajo y examinó el cráneo marrón.

—Vuelve a cerrarlo —gimió—; es un leproso, y encima lo han enterrado con el cazo de mendigar y la matraca. Alguien ha debido de tenerlo en consideración. Pero reconocer a un leproso en cuanto lo ves tal vez no supiera hacerlo tu anterior señor, ¿verdad?

—Es que no cavábamos tumbas, maese.

Al rato habían reemprendido el camino.

Giuseppe iba al pescante, y Arturo, como de costumbre, caminaba junto a la mula. Pero su modo de andar, arrastrando los pies, con la cabeza ladeada y cara de acelga abatida, callada, irritaba tanto a Giuseppe que finalmente tiró de las riendas.

—¡Arturo!

—¿Sí, maese?

—No soporto verte caminar de ese modo.

—¿De qué modo, maese?

—Con esa cara, con ese aire.

—Es que estoy triste, maese, no puedo dejar de pensar en Giulietta.

Giuseppe saltó al suelo.

—Ya basta, Arturo. Estoy harto de tu actividad mental; haz lo que te dé la gana. ¿Entiendes lo que te digo? Eres libre para actuar como te plazca. Por mí, como si regresas a Florencia, te mueres por la peste o vuelves a tu ocupación de arrejuntarte con mujeres casadas y arriesgar el pellejo robando a un niño. Puedes hacer lo que quieras, acabas de ser expulsado de este carro.

Arturo se retorció las manos.

—¿Expulsado, maese?

—Ya me has oído. Nuestros caminos se separan aquí. Estoy cansado de tu negligencia a la hora de cumplir tu deber y de tu trato frívolo con la verdad, aparte de que llevas constantemente la contraria a tu señor. La tristeza es contagiosa, y no me da la gana seguir soportando tus cambios de humor. El camino que baja al río no tiene pérdida: desde ahí continúa hacia el norte por la ladera sur, calculo que medio día más o menos, y después roba una lancha y déjate llevar por la corriente. Habrás llegado al final del camino cuando veas una casucha en ruinas con un grupo de monjes gordinflones que se han unido en una modesta abadía, donde viven a cuenta de los pobres y los subnormales indefensos. Pero yo tengo otros planes, y mi vida va en dirección opuesta. Puedes coger tus cosas. ¡Andando!

Arturo fue a la parte trasera del carro y tomó la alforja donde guardaba sus escasos enseres.

—Le deseo suerte en el viaje, maese. Estoy seguro de que nuestros caminos se cruzarán de nuevo y de que un buen día volveré a despiojarlo.

—No te hagas ilusiones.

Giuseppe se sentó al pescante y calculó la distancia hasta Trieste. No es que se le hubiera pasado jamás por la cabeza poner pie en aquel lugar abandonado de Dios, pues su plan siempre había sido otro: quería volver a Rafael, a la camisa limpia y la vida de holganza. ¿Qué era aquel olor? ¿Vainilla? Claro, vainilla y sábanas limpias. Para entonces los niños habrían nacido ya. Tanto mejor, porque entonces se oirían voces infantiles en el Paraíso. Lo recibirían con sumo gusto y naranjas recién recogidas. Lo llevarían en palmitas, le limpiarían las uñas de los pies y lo peinarían,

pues en el Paraíso las delicias no tienen fin. Todas las noches, las mujeres se apelotonarían a su alrededor para oír otro capítulo de las aventuras de su vida, y no habría nadie para corregirlo, porque en el Paraíso no existe la mentira. Podía oír ya el ruido de las muchachas lavando la ropa, golpeándola contra las piedras del estanque. ¿Volvería a abandonarlas? Jamás.

—No es mal plan, ¿eh? —gritó, girando la cabeza.

Pero no había nadie escuchándolo.

—¡Arturo! ¿Dónde te has metido, rapaz? —Saltó del pescante—. ¡Arturo! ¡Calamidad!

Su voz resonó entre los troncos del bosque. Siempre había odiado el bosque. Ahora odiaba también a su obstinado alumno.

Apretó los puños.

—¡Daré recuerdos de tu parte cuando llegue a Rafael! —gritó—. Y me partiré de risa, ¿me oyes, Arturo? ¡Me mondaré de la risa! Por fin me he librado de oír hablar del jardinero mayor, que jugaba con la vida de los demás. Ahora puedo...

Se interrumpió, y en un ataque de furia echó a correr sendero abajo, porque el mozo no iba a librarse tan fácilmente. Había más cosas que debía oír, aparte de que no tenía ningún derecho a irse por su cuenta, sin más. Giuseppe aceleró, ayudado por brazos y piernas. No sabía que pudiera correr tan rápido. Lo llamaba mientras corría, no se enteró cuando se cayó, se levantó inmediatamente, pero al rato empezó a tener dificultad para respirar, las piernas le fallaban, y extendía los brazos y boqueaba en busca de aire, se tambaleaba de lado a lado bajo la pesada carga que soportaba en su caja torácica.

Todo da vueltas.

La cabeza golpea el suelo del bosque.

El dolor se ramifica y fluye por los brazos.

Las uñas se clavan en la tierra.

—Arturo —dice jadeando, mientras ve desaparecer el cielo.

Se ha hecho de día. Los pájaros han despertado, el sonido del río ha cambiado y la corriente se ha vuelto más intensa. El mundo gira atrás y adelante. Hay un aroma de madera medio podrida. Es un olor agradable.

Está tumbado de espaldas, pero rueda sobre un costado y comprueba que se encuentra en una lancha.

Lo dice en voz alta:

—Estoy en una lancha.

Sobre él se inclina un rostro conocido.

—¿Dónde estamos? —susurra.

—En el río, maese.

—¿En el río? ¿Qué hacemos en el río?

—Pues viajar, maese, dejarnos llevar por la corriente, justo lo que hemos hecho siempre.

—¿Qué ha pasado en el bosque?

—Se ha puesto malo, maese.

Giuseppe sacude la cabeza.

—No me he puesto malo, he estado a punto de estirar la pata.

Arturo le da una palmada en la mano.

—Pero ya está mejor.

Giuseppe cierra los ojos. Recuerda todo lo ocurrido por la noche. Aún nota cierto dolor. Dolor, angustia y soledad. Sobre todo soledad. Y el frío de la espalda, que se ramificaba por la sangre y lo dejaba tieso y destemplado. La neblina de la muerte había tejido una crisálida en forma de junco chino. Él lo veía todo desde fuera. Su propio entierro. No había mucha gente en el cortejo fúnebre, encabezado por un clérigo flaco con un alzacuellos miserable. Caminan por el dique, entre sembrados. A los hombres que llevan el féretro les cuesta apoyar el pie en el suelo, el viento desgarrar su ropa, y de pronto el ataúd bascula y cae; la crisálida blanca y el cuerpo magro descienden por el talud. En el dique se quedan petrificados, sólo un niño corre tras el muerto. Un mozalbete pálido de grandes orejas de soplillo, piernas demasiado delgadas, que va descalzo. Entonces Giuseppe lo reconoce, pues es él mismo, de niño. El pequeño mira fijamente al muerto, que está tumbado de espaldas bajo las nubes desgarradas.

—Seppe... —gime el anciano—. ¿Giuseppe...?

—¿Maese...? ¿Le duele?

Giuseppe abre los ojos y nota las lágrimas cálidas en el rabillo del ojo.

—Arturo —musita—, ¿me quieres?

—Sí, maese, lo quiero.

—Y ¿cómo puedo saber que no estás diciendo lo que yo deseo oír? Está claro que te gusta agradar a quienes te rodean, sin pensar en las consecuencias. No, no digas nada; pero tengo que saber que hay alguien que me quiere. Que en esta vida tan perra hay alguien que quiere a Giuseppe Pagamino.

Arturo se inclina sobre su señor. Tiene los ojos brillantes.

—Maese, ¿me quiere usted a mí? —susurra.

—¿Es ésa una pregunta para hacer a tu señor?

—No lo sé, maese.

—Pues no, no lo es; maldita sea, cómo me duele la espalda. Aborrezco este río. Lo aborrezco todo. Ojalá estuviera en Ravena. Que el demonio se lleve a Ravena. ¿Qué iba a hacer allí? Prefiero Nápoles, donde los rateros visten calzas de seda. Jamás volveré a ver la maravillosa bahía de Nápoles. El viaje hasta allá es demasiado

largo, estiraría la pata a mitad de camino. Qué triste es este tramo de la vida. La bahía de Nápoles no tiene igual. Aunque hiede a pescado podrido. Puedo pasarme sin ello. O sea que prefiero Pisa. No existe gente más mojigata que la de Pisa. Ricos y tacaños. Lo cierto es que un mendigo no debería aventurarse a entrar en Pisa, porque lo desplumarían los burgueses. He tenido una visión, Arturo; una visión terrible. ¿Por qué sería? Me he visto a mí mismo muerto, aunque no lo estaba totalmente porque podía verme de niño. Nos hemos quedado mirándonos uno a otro. De un extremo de la vida al otro. La vida es más absurda aún cuando Dios te ha abandonado. Pero Jesús estaba allí, encima del dique; he podido reconocerlo por el olor a moho que despiden siempre sus ropajes. —Se recuesta en la bancada y mira al agua. Aunque el río de hoy nunca se parece al río de ayer, reconoce el lugar—. Es igual que repetir mi propia vida —murmura—; sólo nos falta el sonido del llanto de las mujeres, porque fue justo aquí donde estaban dándole palos a la pobre Giulietta. Pobre chica. —Dirige la mirada a Arturo, quien lo observa con expresión inquisitiva—. Si —dice finalmente, abriendo los brazos—, yo también te quiero, cretino.

—Gracias, maese, ya lo sabía.

—Vaya, o sea que lo sabías. Tu engreimiento no tiene límite; pero escucha, no podemos entrar sin más y llevarnos al mozo. Me parece que no debo aparecer en absoluto.

—Ya he pensado en eso, maese: al fin y al cabo, hacemos lo mismo cuando cavamos.

—¿Cuando cavamos?

—Cuando tomamos de los muertos y lo devolvemos a la vida. ¿No fue eso lo que hizo cuando salvó a Piccolino del río, maese?

—Para ser un cretino, a veces eres inquietantemente listo.

—Yo creo que vamos a hacer como siempre, sin más.

—Logras que suene de lo más fácil.

—Déjeme a mí, maese, y beba un poco de agua fresca, que le hará bien.

La lancha pasó ante la modesta abadía. No era la primera vez que una lancha pasaba frente a la orilla verde donde solían pescar los frailes, pero a aquella hora tardía no se veía a nadie. Todo estaba en silencio. A distancia, el edificio parecía vacío, pero dos figuras se distinguían en la oscuridad. Conocedores del terreno, dieron un rodeo por el albergue para peregrinos, que aún olía a zorro.

La puerta de la cocina se abrió sin dificultad. Había colgadas salchichas frescas y jamones ahumados. Era tentador hacer acopio de provisiones, pero los intrusos continuaron, cruzando el refectorio, hasta encontrarse frente al dormitorio.

Giuseppe entró. Estaba vacío, pero junto a la puerta del despacho del abad se detuvo y aplicó el oído.

Abrió con cuidado y miró al interior.

El rollizo abad estaba echado sobre el escritorio, profundamente dormido. Junto a él había una botella.

Giuseppe sacudió la cabeza, volvió a cerrar y continuó la búsqueda. Registraron todos los rincones, también la lavandería y los cobertizos de las letrinas.

—No está —susurró Giuseppe—. Lo han vendido.

—Pero ¿a quién, maese?

—Eso no lo sabremos jamás.

—Pues no es difícil saberlo.

Giuseppe entrecerró los ojos.

—Cuéntame.

—Podríamos preguntar al abad.

—Estás loco, hombre. —Se quedó mirando el cuchillo que blandía Arturo—. ¿El cuchillo de Uslau? ¿Se lo robaste?

—Su cuñada me lo regaló.

—¿Y ahora vas a emplearlo contra un franciscano inocente?

—No, maese; es para saber qué han hecho con Piccolino.

Giuseppe le arrancó el arma de la mano.

—Deja que un hombre haga el trabajo de un hombre —le gruñó.

Al poco estaban ante el abad dormido. En la habitación flotaba un olor familiar. Giuseppe no tuvo pelos en la lengua.

—Está durmiendo la mona.

Pero Arturo no vaciló: agarró al grueso fraile, le levantó la cabeza y la sacudió, haciendo que la frente golpeará la mesa.

El hombre parpadeó y emitió un sonoro quejido.

—Amigo mío... —empezó Giuseppe.

—Estoy dormido, hermano, déjame en paz —respondió, apoyando la cabeza sobre el brazo.

Arturo repitió el tratamiento, y enseguida el abad estuvo totalmente despierto. Se quedó mirando a Giuseppe, se frotó los ojos y levantó las manos, asustado.

—Giotto —gimió.

—No tengas miedo, abad —repuso con una sonrisa amable—, porque vengo como amigo.

—Pero te están buscando, Giotto... o mejor dicho, Giuseppe. Toda Lucca te busca.

—También yo busco, abad, y cuando haya encontrado lo que busco, me habrás visto por última vez.

El fraile miró a Giuseppe, y después a Arturo, que se había colocado detrás de él.

Giuseppe se inclinó sobre la mesa.

—Mi chico. ¿Qué habéis hecho con él?

—¿Te refieres a Piccolino?

—Exactamente.

—Nos vimos obligados a esconderlo.

—¿Esconderlo? ¿De quién?

—De los de Lucca. No dejan de aparecer. Temíamos por su vida. Lucca tiene un nuevo verdugo, que es diez veces peor que el anterior.

—Todo eso ya lo sé, abad, pero dime: ¿dónde está mi chico?

—¿Qué quieres hacer con él, hermano?

—Devolvérselo a su madre.

—¿Puedo fiarme de ti?

Giuseppe sacó el cuchillo de la abertura de la manga.

—No, abad, no puedes fiarte. Pero eso pasa con muchas cosas, y no querrás oír en qué se ha empleado mi cuchillo...

El fraile se echó hacia atrás en la silla y se santiguó.

—Duerme en la herrería —susurró.

Arturo abrió la puerta. Llevaba un cirio en la mano. Tras él iba Giuseppe, que había ordenado al abad que no se moviera de donde estaba.

Inspeccionaron rápidamente la herrería. Si había habido alguna cama o camastro, ya no estaba allí.

—Me lo temía —murmuró Giuseppe—. El pájaro ha volado.

Arturo lo asió del brazo y señaló con el dedo.

El chico estaba dormido bajo el banco de los arreos. La cama estaba hecha con cañas del río y forrada de piel. Giuseppe apenas lo reconoció, porque Piccolino había crecido. Seguía siendo fuerte y bien formado, pero ya no era ningún crío.

—Parece que ya sabe hablar —cuchicheó Arturo, mirando a Giuseppe.

—No hay que descartarlo: no hay escuela mejor que una abadía. Bueno, deja el cirio y sal. Déjame a solas con él.

Esperó hasta que Arturo se fue. Después hizo una profunda inspiración, giró sobre sí mismo y terminó posando suavemente la mano en la mejilla del niño.

El pequeño murmuró algo entre sueños y se frotó la nariz.

—Piccolino, tienes que despertar.

El chico se incorporó y se quedó mirándolo.

—Buenos días, Piccolino.

El pequeño siguió observándolo. Sin despertar del todo aún.

Giuseppe lo tomó de la mano.

—¿Me recuerdas, Picco? ¿El abuelo?

El niño no respondió.

«Maldito viejo corazón», pensó Giuseppe, dejando caer una lágrima. Era una situación de lo más penosa. Se disculpó, se encorvó, tosió y se sorbió las lágrimas. Tal vez fuera todo una equivocación. Una más de una larga serie.

Agachó la cabeza, cerró los ojos y vio pasar su vida ante sí como una bandada de pájaros volando ante la luna. Algo veloz y fugaz. Parecía haber llegado a esa edad en que suceden esa clase de cosas.

—Desde luego —murmuró—, una buena acción era lo único que me faltaba en esta sucesión de pasos en falso y escapadas fatales.

Se volvió con un suspiro al niño, que tenía en la mano un muñeco de madera que acercó a la luz.

—Seppe —dijo el pequeño—. Seppe.

Giuseppe había olvidado totalmente el muñeco que él mismo recortó, vació y pulió. Los ojos estaban hechos con un hierro candente, y el pelo estaba pintado con ceniza y fuego.

—Que tengas dulces sueños con el reino de la bahía de Nápoles —susurró.

La mirada del chico se encendió. Asintió en silencio.

—¿Te acuerdas?

—El Cairo —dijo el niño.

—¿El Cairo?

—El Cairo —repitió.

—¡Ajá! El Cairo, te acuerdas, te acuerdas de la hermosura de El Cairo, fortunas jamás soñadas.

El niño puso un gesto serio.

—Nunca a la luz de la luna —dijo.

Giuseppe asintió con la cabeza, lo levantó de la cama y lo atrajo hacia sí.

—Nunca a la luz de la luna —susurró.

El niño sonrió.

—Voy a llevarte con tu madre, Piccolino, porque tienes una madre. Una buena madre, además. Eres un tipo con suerte.

Fue a donde estaba Arturo, que inmediatamente rompió a llorar.

—Pero bueno —gruñó Giuseppe—, ¿es que quieres asustar al rapaz con tu sentimentalismo?

—Perdone, maese. Es que es tan guapo...

—Sécate las lágrimas, calamidad, y tenlo un rato mientras me sueno la nariz. Menuda nochedita.

Se alejó un poco para recuperarse.

—Imagínate —murmuró—, imagínate: he vuelto a este lugar demencial, que habría sido mi prisión definitiva si hubiera dependido de Del Sarto y Agostino. Pero no habían contado con el zorro. —Levantó la mirada a la luna nueva—. Qué vida tan

endiablada —gimió—. Pero como dicen los moros, no hace falta explicarle a un niño que hay un Dios.

Volvió con Arturo, que tenía al pequeño en brazos. Piccolino había agarrado al joven de la nariz.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Giuseppe.

—Boca —dijo el niño, poniendo la mano abierta en la boca de Arturo—. Oreja —continuó, cogiéndole la oreja.

Arturo tenía los ojos como platos, brillantes.

—Lo siento, maese —susurró—, pero es que es tan sorprendente... No dejo de pensar en Giulietta.

—Dámelo, cretino —dijo Giuseppe cogiendo al niño—. ¿Crees que tenemos tiempo para estas tonterías? Prepara la barca y vámonos de aquí. Conozco un albergue junto al río donde podremos lograr una jarra de vino y un colchón para dormir. Y deja de gimotear, que asustas al niño.

Poco después, los tres estaban en la vieja lancha, navegando por el mismo río al que Giuseppe había arrebatado el mismo niño, que volvía a agarrar a Arturo de la nariz, las orejas, la boca y el pelo.

*En que Giuseppe tiene una visión y termina en el pescante
junto a un viejo conocido.
Al final, discute el precio de su madre*

El albergue estaba junto a la orilla, y era utilizado por viajeros que se valían del río para bajar desde la montaña hasta el mar.

Piccolino no había dormido mucho durante el trayecto, pero aun así despertó con el canto del gallo. Todo parecía indicar que estaba acostumbrado a saciar el hambre desde el momento en que abría los ojos.

—Era lo que cabía esperar —gruñó Giuseppe—; está ya iniciado en la vida monacal. Pero será interesante ver cómo resuelves ese problema, Arturo; porque tu señor no piensa dejar el carro para que se lo lleven los ladrones, y una mula vale mucho dinero. O sea que voy a buscar lo que me pertenece. Espero regresar antes del anochecer, si Dios quiere.

—¿Dios, maese?

—Sí, Dios, o Alá, o Mahoma, por no hablar de los dragones de diez cabezas que se alimentan de los desperdicios de mongoles y encantadores de serpientes bizcos. Espero volver. Todo depende de las piernas sobre las que camina uno. *Inshallah*, dicen los egipcios para expresar que no hay nada que hacer cuando es la voluntad de Dios. De modo que también yo digo *inshallah*, y espero que Jehová me perdone.

—Pero ¿qué voy a darle de comer? —preguntó Arturo, señalando a Piccolino.

—Está educado con los franciscanos —respondió asiendo el bastón—, o sea que come de todo. Bueno, adiós, niñera.

—Pero, maese... —dijo, agarrando del brazo a su señor.

—¿Qué pasa ahora? Ya ves que tengo prisa.

—A lo mejor no es tan importante lo del viejo carro. ¿Por qué no nos agenciamos otro? Yo puedo conseguir fácilmente una mula joven aquí mismo, en la posada. Un nuevo *Bonifacio*, ¿qué le parece? Trabajando para el posadero podría ganar para adquirir una mula.

—¿Qué mosca te ha picado, cretino? ¿Quién habla de mula? ¿Vas a sustituir la universidad por un quiosco? ¿Qué crees que nos ha traído tan lejos? No estoy en edad de empezar desde cero. ¿Es que no tienes el menor respeto?

Arturo se retorció las manos y bajó la cabeza.

—Mire el río, maese, mire las golondrinas y las libélulas. Creo que es mejor que se quede aquí. Lo creo, maese. ¿Tiene aún la piedra que le regalé?

Giuseppe cruzó una pierna delante de la otra.

—¿Te refieres a la piedrecilla redonda que encontraste camino de Lucca entre un millón de otros guijarros? ¿Te refieres a la imprescindible e inconcebiblemente costosa amatista, Arturo?

—Sí, maese.

—Pues, sí, gracias; aunque parezca raro, aún la conservo.

—Tírela.

—¿Que la tire? —Giuseppe dio involuntariamente un paso atrás y se quedó sacudiendo la cabeza—. Este mundo no hay quien lo entienda —murmuró, haciendo con la mano un gesto de desdén.

Pero a la irritación espontánea se le añadía una inquietud que lo enfurecía, porque no tenía nombre y era injustificada e inoportuna; así que agarró a Arturo y lo miró al fondo de los ojos para tratar de hallar, en la medida de lo posible, la razón del cambio de humor del muchacho, pero no vio otra cosa que oscuridad. «Algunas veces —pensó—, está claro que ahí dentro hay un idiota, aunque no es el caso esta mañana, porque no se ve absolutamente nada.»

—¿Qué es lo que te fastidia, cretino?

—La despedida, maese.

—¿La despedida? Pero ¡si voy a regresar antes de que anochezca!

—Hay veces en que una hora puede sentirse como si fuera un año, y un año como si fuera la eternidad. Ya hemos estado separados mucho tiempo, y nos prometimos uno al otro que no volveríamos a separarnos.

—Pero aquella vez nos encontramos, bien que te acuerdas, cretino. Aquí estamos hombro con hombro, hemos viajado por medio mundo, y uno de nosotros está rollizo como una matrona romana, mientras que el otro parece Lázaro después de que lo sacaran del sepulcro.

—No me riña, maese, no me riña ahora.

—No te estoy riñendo en absoluto, lo que pasa es que me irrita verte de pronto con esa cara larga, con esas paparruchas y supersticiones. No es propio de ti.

Arturo inclinó la cabeza.

—Esta mañana ha habido un arco iris en el cielo, maese.

—¿Un arco iris? Santo Dios —dijo Giuseppe, echando la cabeza atrás y suspirando—. Arturo, un arco iris que dura más de un cuarto de hora aburre a cualquiera. Cuéntame más bien por qué he de desprenderme de la piedra que me diste. Creía que era un regalo.

—No debe llevar la carga de ninguna piedra, maese... tiene que caminar ligero sobre la tierra, aunque preferiría de todo corazón que se quedara. Pero no ha de ser así. Ahora lo veo. Vamos, abráceme. Eso es. Beso su frente y sus mejillas, maese. Adiós, maese. Váyase.

—Ya me voy, ya me voy.

—Y me llamo Arturo.

Giuseppe se detuvo y entornó los ojos; se enderezó, como si quisiera decir un par de palabras firmes a su alumno, pero cambió de opinión y giró sobre sus talones para dirigirse con decisión hacia el río, donde se volvió por última vez para despedirse con la mano.

Pero Arturo había desaparecido.

Era una mañana cálida y, además, chorreaba humedad. El ánimo de Giuseppe estaba en su punto más bajo. No le gustaba que le llevaran la contraria, y menos aún de aquella manera. Por una parte había llegado a esa edad en que el cuerpo empieza a pelearse con la mente, y por otra no tenía tiempo para tonterías. Pero preferiría caminar un par de millas más que quedarse a solas con Piccolino, porque su mirada lo inquietaba extrañamente. Recordaba con total claridad que el niño nació con ojos de viejo, y suponía que era el poso dejado por su estancia bajo el agua. Y, aunque en algunos momentos se había llamado a sí mismo abuelo, estaría bien que el pequeño fuera entregado a su madre. Porque existía la posibilidad de que Giulietta hubiese ahorrado algo. Pues ¿qué no daría una madre por recuperar a su hijo?

—Bien pensado, teniendo en cuenta todo lo que he hecho por ese niño —murmuró—, debería recibir una cuantiosa recompensa. Porque podría haberlo devuelto al río, sin más. Pero le otorgué la vida. Y ¿cuánto vale la vida en la balanza de un tratante? No habría de ser menos de cien florines la libra. Por suerte, el chico está regordete.

La idea animó a Giuseppe, porque era sin duda el único en el mundo que constantemente se ponía a disposición de otros sin recibir jamás nada a cambio.

—Qué sabor de boca tan metálico tengo, es curioso.

Tras caminar una hora, se detuvo a descansar. Bebió el último trago de agua y dio cuenta de unos tallos agridulces que crecían a lo largo del río. Aunque amargos, provocaban una agradable embriaguez, una melopea de pobre para iniciados, que a veces te ponía contento y retozón, y otras veces pensativo y melancólico. Pero Giuseppe toleraba bien sus efectos, porque llevaba toda la vida comiendo aquellos tallos.

—Y ahora me permitiré un descanso —suspiró—, porque debo de estar a medio camino.

Resultó bastante optimista, porque estaba a punto de oscurecer cuando reconoció el lugar en que vio su mula por última vez. Le dolían las piernas y sudaba a mares. Tenía un dolor de cabeza que le iba y le venía, y la larga caminata lo había dejado

mareado y lleno de pesimismo.

Se tumbó de costado, cerró los ojos, el sol lo deslumbró, e inmediatamente se sintió totalmente ligero.

Algo estaba sucediendo. Ante sus ojos ciegos, una vida tomaba forma.

—¿Hay alguien ahí?

No; por fortuna estaba completamente solo. De niño, a menudo había andado solo. A decir verdad, prefería su propia compañía a la de los demás. Porque así podía estar dentro y fuera, como solía decir. No había ninguna separación, ninguna membrana entre el mundo interior y el exterior, incluso podía entrar en ambos poniendo una pierna en cada lado. Pero cuanto más raro y extravagante es uno, más raro y extravagante se vuelve, y un buen día ya no hay marcha atrás, has desaparecido, y, aunque extiendes la mano, no alcanzas; y al final prefieres estar solo, o mejor aún, invisible para el mundo.

—Pero te encontré a ti, Arturo —murmuró—, y aún no he tirado la piedra que me regalaste, porque nunca ha sido una carga pesada. Y nunca he puesto la mano sobre nadie.

—¡Eres un embustero, mercachifle!

Giuseppe se irguió precipitadamente.

La vieja estaba sentada en cuclillas frente a él; la reconoció enseguida, más que nada por la fetidez. Sus ojos irradiaban odio. Se reía mientras blandía un garrote.

—¡Largo! —exclamó, poniéndose en pie.

—¡Conciencia! —gritó la bruja.

«El único tirano al que obedeceré», pensó Giuseppe.

—Porque me mataste, viejo.

—En defensa propia.

—Me mataste y te comiste mi jamón, pero he venido a hacerte compañía.

—Largo, vieja, no quiero saber nada de ti.

Pero la mujer seguía dando saltos en círculo, enviando al aire sus tufos de moho, mierda y podredumbre como si fueran anillos de humo.

—Nunca te dejaré en paz, Giuseppe Pagamino, asesino, asesino de mujeres, ladrón asesino. Tengo el cráneo tan destrozado que si sacudo la cabeza, el cerebro sale fluyendo como una vomitona.

—¡Te mataré, arpía!

—¡No puedes! —chilló la bruja, que dio un salto de dos metros y aterrizó sobre el pecho de Giuseppe.

—Vete de aquí, que eres el diablo en persona.

—Vaya, el cerdo chilla al ver el cuchillo del matarife.

El cuchillo de la vieja era exactamente el mismo que el que había echado

Giuseppe al río, precioso, de buena hoja y mango pulido.

—No creías que volverías a verlo, ¿eh? Pues aquí está, mercachifle, ¡y voy a clavarlo aquí!

El arma se hundió hasta la empuñadura. Entre los ojos. Giuseppe notó que el hueso frontal se hendía y percibió un sabor fresco en el paladar.

—¿Qué se siente, viejo?

—Frío, un frío enorme. Estoy helado, pero sólo en la cabeza; el frío proviene de dentro.

—Tu alma se refleja en la hoja del cuchillo. En su espejo ves tu infancia, tu juventud y tu destino. Si miras mucho tiempo, puedes incluso vislumbrar a Dios. ¿Conoces a Dios?

—¿Qué quieres que responda con un cuchillo clavado en el cráneo?

—¿Lo conoces?

—Me pregunto: ¿qué actos infames y crueles no puede realizar una persona movida por su amor a Dios?

—Mira más allá.

—¿Más allá de Dios?

—Mira a la vida. Mira la cama de ella. Está ahí mismo.

Giuseppe abrió los ojos.

—¿Monna Tesser?

—La misma —dijo cloqueando—. Se recoge lo que se siembra, y el camisón está sin lavar desde la última vez. ¿Qué tienes en la frente?

—Una marca de Caín, *signora*, un cuchillo. O sea que todavía vives.

—Ninguno de nosotros vive. Justo después de tu visita apareció el verdugo, que puso fin a una existencia que no lograba encontrar la salida.

—Y ¿dónde estás ahora, Monna Tesser?

—Junto a ti, Pagamino. Pero no tengo ni idea de si es el cielo o el infierno, aunque a juzgar por el olor me inclino a pensar que es lo último.

—Pero yo no estoy muerto, *signora*.

—Ya lo creo que estás muerto, viejo.

—No, no, *signora*; sólo estoy simulando.

Giuseppe cerró los ojos. Se encendió una luz. De pronto se oyeron carcajadas. Miró hacia arriba, vio un olivo frondoso y divisó una figura familiar riendo en lo alto.

—¿María?

—Giuseppe, querido. Deja que te abraze y te bese.

Cerró los ojos y notó el cuerpo opulento, generoso, sobre él. El beso era suave y cálido al principio; después, prieto y duro.

—¿Lambrini? —dijo Giuseppe abriendo los ojos.

—Sí, maese, y mira mis piernas: soy el hombre más alto del mundo.

—Y ¿profundamente infeliz?

—Cómo no, viejo, cómo no, pues no era lo convenido; nunca has sabido dosificar, y el cuchillo que ves en mi cinto está destinado a tu corazón. ¡Toma, charlatán!

Giuseppe jadeó y sintió que el filo detenía su corazón.

Sobre él, los colores cambiaron del negro al azul y vuelta al negro.

Extendió los brazos y prestó atención, pero no oyó más que el susurro de un pájaro que pasaba cerca. La tierra empezó a estremecerse bajo él, se oyó un estruendo profundo y siniestro. Levantó la cabeza con dificultad y vio que la corteza terrestre se rajaba como una nuez: una grieta profunda se abría desde el río, atravesaba el bosque y entraba en su espalda. Un vértigo violento lo arrastró hacia abajo. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones, dio la vuelta y se quedó mirando a un pozo tan profundo que sólo la infinitud podía comparársele. «Bueno —pensó girando—, el cielo debe de estar en el otro extremo. Pero también la infinitud ha de tener fin, porque mi inteligencia no está hecha para albergarla, luego un día habré de llegar, llegar a mi destino, que era precisamente la palabra que trataba de recordar.»

El dolor de espalda hizo que se pusiese de lado.

¡Hierba!

—Hierba y vegetación desconocida. El olor del río.

Se incorporó. Estaba sudando y aturdido, pero por lo demás parecía él mismo.

—Alguien se está burlando de mí —dijo en voz alta—. ¿Esto qué es? ¿Es la vejez o la locura? O ¿pueden conciliarse ambas?

Se levantó.

—Estoy entero.

Se puso las manos en las caderas, como para soltar una gran carcajada, pero se aguantó y se contentó con sacudir la cabeza. De pronto metió la mano en el bolsillo en busca de la piedra de Arturo; buscó por todas partes, pero había desaparecido.

—Con qué facilidad sale del bolsillo una piedra redonda —murmuró—. Y mira que la he llevado encima a través de cielos e infiernos. ¿Dónde estará ahora? En cualquier parte, rodeada de miles de otras piedras, imposibles de diferenciar unas de otras. Pero ¿no fue eso lo que me pidió Arturo? Que me separase de ella. El caso es que fue algo superior a mis fuerzas, y dejé que ella hiciera sola el trabajo.

Se estiró y sintió que recuperaba el bienestar. Junto con el alivio de estar aún vivo.

—Y pronto estaré de nuevo en camino, porque mi alumno y yo tenemos que ir al norte, al puente colgante de Rafael.

Alzó la mirada. Había oído algo. Unos resoplidos familiares.

Giuseppe sonrió.

—A una mula se la conoce por sus sonidos.

Y efectivamente, allí estaba, en medio de un claro del bosque, junto con el carro, los tarros y el resto de los enseres.

—Desde luego —murmuró—, hay que agradecer que el bosque esté tan poco poblado, que nadie pase casualmente por aquí. Si no, habría perdido el animal de tiro y mis bienes.

Inspeccionó rápidamente la carga de ungüentos y frascos, y comprobó que todo estaba igual que cuando lo dejó. Encontró también los restos de la comida que llevaron él y Arturo de San Marcelo. No estaría mal despachar aquello cuando volviera a estar al pescante.

Fue en busca de agua del río para dar de beber al animal, mientras él tomaba un trago bien merecido del bebedizo contra la melancolía y las depresiones.

«Es triste ver lo cargada de espaldas que está la mula —pensó—. Ahora sólo falta que el bicho ponga los ojos en blanco y tenga que tirar yo de la farmacia.»

Miró al animal a los ojos y le dio una palmada en la cabeza para animarlo.

—Echo de menos a *Bonifacio* —murmuró—, y también a mi pálido alumno; sobre todo a él, porque he meditado sobre una cuestión que puede poner los pelos de punta al más curtido. Cuando repartieron la inteligencia, Giuseppe Pagamino no estaba al final de la cola, pero un anciano siente vértigo cuando muerde una manzana y divisa medio gusano. Y eso es precisamente lo que hice en Florencia. ¿No es así, Arturo?

Subió al pescante.

—Y cuando hayamos devuelto el enano a su madre en San Marcelo, entonces voy a sacarte la piel a tiras, mi singular, por no decir despreocupado, discípulo. Porque acabo de recordar el momento en que te vi por primera vez en la casa de los muertos.

La casa de Florencia es la residencia de un rico y está bien cuidada en todos los sentidos. Incluso los muertos están tumbados, formales y envueltos en sus mortajas con las manos juntas y los ojos cerrados. Un trueno se abate sobre la ciudad. El estruendo es tan potente que los cimientos tiemblan. De pronto lo ve ante sí. Igual que si hubiera llegado con la lluvia; pero no está mojado y tiene la piel blanca, intacta por la intemperie.

Giuseppe miró arriba.

—El recuerdo —murmuró— pocas veces juega con total limpieza. Sobre todo en el caso de nosotros, los viejos, que tenemos que manejar tantos asuntos. Pero lo que se olvida está en alguna parte, y cuando te haces un rasguño, siempre queda la cicatriz.

Oyó su propia voz:

—*Pues claro que soy él, salta a la vista. Vamos, ¿quién iba a ser, si no?*

Las palabras hicieron círculos concéntricos y se convirtieron en un laberinto.

—Del que tengo que salir.

Encontró una raíz, que se puso a masticar mientras la carreta rodaba por el camino que discurría junto al río.

—¿Por qué prendiste fuego a la casa, Arturo? ¿Quién prende fuego a la casa de sus señores después de que éstos estiren la pata? Es un enigma. Aunque tengo la impresión de que en cuanto resuelves un enigma, aparece otro enseguida.

Guiñó los ojos hacia el cielo, que parecía recién barrido. La luna estaba en cuarto creciente, lo que solía tener un efecto estimulante.

La imagen de Florencia volvió a ser nítida.

¿Qué había dicho la luna acerca de aquella ciudad? «No hay ciudad más bella sobre la verde tierra del Señor; te lo dice alguien que lo ha visto todo.»

¿Pisaría alguna otra vez la ciudad de Florencia? Jamás. Hay sendas que no se deben retomar.

—En relación con eso —pensó en voz alta mientras masticaba la raíz—, en relación con eso hay otra cuestión que se impone; porque ahora el recuerdo se anuncia con velos grises de lluvia torrencial y desgarradores truenos. Llueve a mares. Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Me doy cuenta de que eres idiota. Qué alivio. Salimos. Tú y yo. Miras a la casa de la que procedes. «No pienses más en ellos —te digo—, están con Dios.» Pero de pronto echas a correr a la casa. «Momento! —gritas—. Momento!» Yo muevo la cabeza y miro al sol blanquecino. Exacto, miro al sol blanquecino.

Giuseppe sacudió las riendas.

—Pero caían chuzos de punta —exclamó—, no recuerdo un aguacero peor. Por eso busqué refugio en la casa. Para estar a cobijo. Hasta que salimos y miramos al sol, que brillaba en un cielo sin nubes. Si hubiera diluviado, Arturo, no habrías podido prender fuego a la casa, que ardió más fácil que un papiro egipcio. Me duele la cabeza, tendrás que solucionarlo tú, pequeño cretino. Yo ya te he hecho la pregunta, ahora te corresponde a ti dar una respuesta. Me parece que no he formulado una pregunta tan importante en toda mi vida.

Calló y entornó los ojos. «Mi vista ya no es lo que era —pensó—. Una de dos: o el mundo está desintegrándose o estoy volviéndome ciego.» Pero distinguió una figura algo más allá, y cuando se acercó, pudo ver que era un monje, pero no franciscano. El hombre tenía la capucha puesta y parecía esperar a alguien.

—No podrá ser gratis —murmuró Giuseppe—. Soy demasiado pobre para dar limosna.

—*Buonasera, amico* —saludó el desconocido.

—'Sera —replicó tirando de las riendas.

—¿Tienes sitio para un hermano que lleva muchos días caminando?

Giuseppe suspiró.

—Sí que lo tengo, aunque un par de florines harían el viaje más agradable al dueño de la mula.

El hombre se sentó en el pescante.

—Esto es cuanto tengo —dijo, dejando un par de monedas en la mano extendida de Giuseppe.

—Lo poco tampoco está mal, como dijo el ratón cuando meó en el río.

El carro echó a rodar.

Giuseppe miró de reojo al desconocido, que olía demasiado bien para ser monje; y los anillos que llevaba en los dedos regordetes no indicaban que se ganara la vida mendigando. El hombre alabó la noche de verano y la agradable brisa. Tenía la voz suave y sabía expresarse.

—¿Cuál es tu profesión? —preguntó.

—Soy herborista y médico —respondió Giuseppe—. He estudiado en la Universidad de Salerno.

—¿De verdad? ¿O sea que te dedicas a curar?

—He curado a muchísima gente y he servido en la corte francesa, y también al príncipe de Mirandola.

—¡No me digas!

—Incluso he sido médico de cabecera de la reina en París, donde aún recuerdan mi nombre.

—Sí, ahora reconozco a la lengua zalamera.

Giuseppe volvió la cabeza y tiró de las riendas.

El desconocido se retiró la capucha.

Transcurrió un momento hasta que Giuseppe pudo poner nombre a su pasajero, porque llevaba muchísimos años sin verlo.

—¿Recuerdas a tu viejo amigo, Seppe?

—Sí —susurró—, ahora te reconozco, Rinaldo. Cómo has engordado.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Sería un error.

Rinaldo sonrió.

—No has cambiado nada, Seppe, aunque los años te han hecho huesudo y gris.

—Maldito seas, Rinaldo.

—¡No me digas!

—Me dejaste en la estacada. Destrozaste mi vida. Todo desapareció bajo mis pies.

—¿No estás exagerando un poco?

—Mi reputación, mi respeto hacia mí mismo. Todas las personas que conocía.

Hasta mi familia me dio la espalda. Si hubiera tenido un cuchillo...

—¿Qué, viejo?

Giuseppe sacudió la cabeza y tosió.

—Bebe algo de agua, Seppe.

—No quiero tu agua, Rinaldo. No soporto oír tu voz, que me ha martirizado y torturado durante todos estos años. Lárgate, porque por muy humilde que sea este carro, es demasiado elegante para ti.

—Ah, ¿crees que la edad ennoblece?

—Hay más nobleza en mi dedo meñique que en todo tu cuerpo. Y ahora, por segunda vez, te digo que tomes tus monedas y te esfumes.

—Pero, Seppe, no llevo días en ese sitio para que ahora me echés del pescante.

Giuseppe se quedó mirando frente a sí.

—No, claro que no. Raras veces haces algo sin que sea en tu propio beneficio.

El otro sonrió. Tenía la dentadura sana, los ojos claros y las manos bien cuidadas.

«Veo mi propia decadencia mirándolo a él», pensó Giuseppe.

—¿Qué hace uno como tú con hábito de monje? —murmuró.

—Trabajo al servicio de la Iglesia.

Giuseppe asintió en silencio.

—De todas las plagas que azotan al género humano, la tiranía eclesiástica es la peor.

—Cuida lo que dices, tratante. La Iglesia de Roma nunca se ha equivocado, y según las Escrituras jamás lo hará. Pero ¿por qué teorizar?

—Cierto, es una pérdida de tiempo, Rinaldo. Veo por tus dimensiones que ya no cavas.

—Sólo en busca de la verdad.

—Si la encontraras, no la reconocerías.

—Pero tú sigues cavando, Seppe. Se te nota en los dedos. Y tendrás la espalda destrozada de tanto andar entre cadáveres, ¿no?

—No me quejo, porque tuve un buen maestro.

—Tu memoria te gasta una mala pasada.

—¿Cuántas veces habremos estado en el mismo pescante, ocupados en nuestro trabajo nocturno? ¿Quién llevaba la voz cantante? ¿Quién dio la primera paletada?

—Y ¿quién sigue hundido en la tierra hasta la cintura?

—Sí, Rinaldo, ahora eres rico y gordo, pero no podía esperarse otra cosa.

—La vida me ha tratado bien. Si lo he merecido, es algo que sólo Dios sabe.

—Debe de estar verdaderamente avergonzado de ti.

—Me ha hecho un hombre acaudalado, Seppe. ¿Qué eres tú?

—Soy más pobre que un campesino; pero en Damasco dicen que ser rico es como ser la cola de una rata.

Rinaldo echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

Giuseppe cerró los ojos, convencido de que cuando los abriera, el otro se habría desvanecido igual que un mal sueño. Porque no había ninguna explicación lógica para su presencia allí.

—Debo de haberme dado un golpe en la cabeza —murmuró.

—Pues sí, eso parece. ¿Te has caído, viejo?

—Sí, me he caído en el bosque. Pero he vuelto a levantarme. Exacto, he vuelto a levantarme, porque he vivido milagros y terremotos, y una enorme dicha humana. Las noches bajo las estrellas de Túnez con la tripa llena. He visto la hermosura de El Cairo y he sido invitado en el principado de Mirandola, donde me he divertido con sortijas y joyas, collares y florines. He cantado serenatas a la luna y me he bañado en el Arno. ¿Puede compararse tu vida con todo eso, Rinaldo? No, no puede, o sea que haz el favor de largarte: tú y yo no tenemos cuentas pendientes.

—Ah, en eso te equivocas.

—Lo sospechaba.

De pronto Rinaldo se puso serio.

—Al contrario que yo —susurró—, eres muy famoso.

—Ah, ¿sí?

—Sí, tu nombre suena por ahí. No hay más que preguntar.

—Y ¿tú has preguntado?

—Si no, no estaría aquí.

—El viaje acaba en este punto, Rinaldo: baja.

—Tienes razón, viejo, el viaje ha acabado. —Tomó las riendas de las manos de Giuseppe y detuvo el carro—. Te buscan, Pagamino.

Giuseppe miró vacilante el rostro de Rinaldo. La nariz afilada, los ojos negros, los labios carnosos. Entonces oyó el ruido de cascos de caballos.

—¿Qué misión tienes, Seppe?

—¿Qué misión tienes tú, Rinaldo?

El otro hundió la cabeza.

—Tenemos amistades comunes —dijo.

Giuseppe volvió la vista para determinar de dónde provenían los jinetes.

Rinaldo arqueó las cejas.

—¿No huele ya a quemado? ¿Ves cuál es tu destino?

—¿Estás al servicio del obispo, Rinaldo? Sí, claro que estás al servicio del obispo; sois de la misma camada, estáis hechos del mismo patrón. Os encargáis del mandato supremo de la Iglesia, es decir, de atemorizar a la gente corriente. No hay medio mejor que el miedo, y ya se sabe que la Iglesia tiene el monopolio de la muerte. Os encontráis a gusto en ese trono. Que os aproveche.

Una tenue sonrisa frunció los labios de Rinaldo.

—Mi señor es ciertamente un hombre poderoso; pero el tuyo, Seppe, lo es más aún.

—Yo no tengo señor —murmuró, mirando a los cinco jinetes que salían al lindero del bosque.

Rinaldo saludó a los soldados de Lucca y después se giró hacia Giuseppe.

—Dinos: ¿adónde vas, mercachifle?

—Viajo camino de Rafael —murmuró—, pero creo que no va a ser posible.

—¿Qué hay en Rafael?

—En Rafael está el Paraíso.

—Ah, Pagamino quiere ir al Paraíso. ¿Te dejarán entrar?

—La última vez que estuve me dejaron.

Rinaldo sacudió la cabeza.

—No has cambiado en nada. O sea que el embustero quiere ir al Paraíso.

—Si es que me aceptan. Pero no parece que vaya a suceder. Claro que tampoco eres tú quien vende las entradas.

—Créeme —susurró Rinaldo—, he venido a ayudarte, viejo amigo.

—No esperaba menos —murmuró—: Dios da nueces al desdentado.

Dos de los soldados se acercaron al carro.

Rinaldo les hizo una seña con la cabeza y echó el brazo sobre los hombros de Giuseppe.

Está tumbado entre frascos y botellas, recetas y libros. Hay ungüentos para las heridas y polvos para el estreñimiento, fórmulas contra la melancolía y para los fallos de memoria. Un surtido abundante. Así como dos palas, reparadas de cualquier manera. Toda una vida. Está de lado, porque tiene las manos atadas a la espalda. Fuera se oye una conversación breve. Es Rinaldo quien lleva la voz cantante, pues está al mando.

Vuelve a aparecer.

—Seppe —susurra—, es posible que pueda hacerte un favor. Lo que te espera puede dulcificarse si muestras voluntad de colaborar. Los señores soldados están impacientes, pero ya les he dicho que no necesitan recurrir a la violencia; al fin y al cabo nos conocemos. —Baja la cabeza hasta ponerla a la altura de Giuseppe—. Dinos dónde está.

—¿Quién?

—El chico con quien viajas.

—Está en Viareggio.

—Mientes.

—¿O sea que miento? Bueno, pues así será. Entonces debe de estar en Gadolfo.

Rinaldo le coloca una mano bajo la nuca.

—Los soldados han encendido una hoguera —musita—. Tienen mucha experiencia en poner el hierro tan candente que casi se funde.

—No se me dan bien esas cosas.

—Ya lo sé, Seppe: nunca has sido un valiente.

—Tampoco un héroe; por eso hacíamos tan buena pareja. ¿No puedes encargarte de que esto termine rápido, en nombre de nuestra vieja amistad?

—Tal vez sí. Pero tenemos que saber dónde está el muchacho.

—¿Para qué? Es un cretino que no ha hecho mal a nadie. ¿Qué queréis de él?

—Es fuente incesante de rumores, Seppe. Él y sus milagros.

—Pero si no realiza milagros... Haz caso a uno que lo conoce.

—Hay otros métodos, aparte del hierro candente.

Giuseppe cierra los ojos, aparece la imagen de Arturo y Piccolino. Mira de reojo a los tarros que no se han roto cuando lo han echado en el carro. Uno de ellos contiene una disolución que es buena para provocar el vómito, pero mortal si se administra en dosis demasiado grandes. Incluso ha examinado a su alumno en esa hierba, cuyo nombre en latín es *Cicuta virosa*. La cuestión es cuánto recuerda Rinaldo de lo que aprendió de joven.

En ese momento está hablando con los soldados.

Giuseppe lo llama.

—Rinaldo, ¿me perdonarás la vida si te digo dónde está mi alumno?

—Empezamos a entendernos.

Giuseppe tiene un acceso de tos.

—Pero antes —continúa con voz tenue— dame un sorbo de la bebida tranquilizante del frasco marrón.

Rinaldo alcanza el tarro y lo destapa.

—¿Qué hay dentro?

—Mandrágora y algo de anís, para la garganta.

El monje olfatea el frasco.

—No huele a anís.

—Ya sabes que el anís pierde sabor con los años.

Rinaldo suspira y sacude la cabeza.

—Seppe, Seppe... Me sorprendes.

—¿Cómo...?

—De verdad. No me sorprende que pretendas que crea que esto es mandrágora, a pesar de que huelo el beleño a distancia, pero sí que me sorprende que prefieras quitarte la vida a traicionar a un cretino. Tú, que has traicionado todo y a todos desde Túnez hasta Roma. ¿Cuánto te dieron por tu anciana madre?

—La primera vez demasiado poco, la segunda demasiado; pero tampoco tú has estado muy avisado, porque no es beleño, sino cicuta.

Rinaldo rompe el tarro contra los cascajos del camino. Su humor ha cambiado.

—El tiempo pasa —dice.

En ese momento se oye a un jinete que se acerca a galope tendido.

—Vas a terminar en la hoguera, viejo.

—Prefiero eso a la cárcel.

—¿Es tu vida tan miserable que no merece la pena salvarla?

—Aquí tenemos finalmente la conclusión; y pensar que procede de una rata...

Rinaldo se marcha y conversa con el recién llegado.

Vuelve enseguida. Su humor ha mejorado.

—Vaya. —Sonríe—. No sé qué decir. ¿Traigo buenas o malas noticias? Eso sólo tú puedes decirlo, Seppe: han encontrado a tu discípulo. No lejos de aquí, en un humilde albergue junto al río. Entretenía a los parroquianos con tu viejo número de la mosca.

*Giuseppe hace balance,
cuenta hasta tres
y pone nombre al patrón de Tiziano*

En cuanto abre los ojos, sabe que está condenado a muerte. Lo sabe sólo por el sonido, el sonido lejano pero inconfundible de un gallinero. La habitación donde se encuentra está a oscuras, pero el sol es tan penetrante que logra filtrarse en unas estrechas rayas amarillas que se quiebran en la pared e iluminan un bicho desconocido de seis patas, que fatigosamente intenta atravesar la llameante línea de luz. Durante un breve segundo está totalmente iluminado, el grueso caparazón se torna transparente, no se deja nada a la fantasía, hasta el órgano más minúsculo adquiere forma durante un breve segundo; después pasa el momento, y el desconocido vuelve a la oscuridad.

—Donde acaban todos los caminos —murmura, siguiendo los empeños del insecto—. Lo último que vemos es un escarabajo que indica el camino, porque lleva encima el manojo de llaves de la muerte.

De niño lo encerraban a menudo en un hoyo bajo tierra cuando había sido travieso. La dureza del castigo se medía por el número de horas que tenía que permanecer en el hoyo. Y, aunque no era peor que los de su edad, pasó tantas horas en la oscuridad que la alegría por volver a salir fue decreciendo. Desarrolló un buen oído para las voces de la penumbra y un gusto por la soledad.

—Uno no elige su oficio por casualidad —musita.

Se mira el cuerpo y comprueba que está entero. Le duelen las muñecas, donde la cuerda ha dejado unas marcas de sangre ennegrecida. Le duele la zona lumbar, y las piernas le hormiguean. Sabe que se encuentra en un cobertizo, cerca del albergue, porque hay muchas gallinas, y si se concentra, puede percibir el río, que en ese lugar huele al mar que anhela.

En el cobertizo hay un camastro y un olor acre a madera y resina. La puerta está cerrada a cal y canto. Ahora ni el zorro puede ayudarlo. No ha visto a Arturo, tampoco a Piccolino, y el odio que amenazaba consumirlo ha sido sustituido por una insulsa apatía, por una dificultad para pensar con claridad, por una necesidad de seguir el camino del escarabajo.

—Esto es el principio de la putrefacción —dice en voz alta—: cuando el tedio vital se impone, la razón corre peligro.

Conocía a gente que perdió la vida olvidando todo lo que había sucedido, todos

los males que habían cometido, los amigos que habían querido y los niños que habían dado a luz. Aquellos desgraciados poblaban las esquinas con una expresión singular en la mirada, como la de los niños cuando guardan un secreto.

Tal vez habían logrado respuesta a las grandes preguntas de la vida.

—Pero para poder responder —susurró—, hay que conocer la pregunta.

Volvió las viejas manos hacia la luz. En la palma derecha, las arrugas tenían forma de estrella. Giuseppe conoció una vez a una mujer que podía explicar la vida de un hombre examinando las líneas de su mano. La mujer tenía más prestaciones en su repertorio, pero ahora eran las líneas de la mano las que lo absorbían, y las había abundantes: barrancos sinuosos, caminos polvorientos, deltas, cicatrices y diagonales entrecruzadas. El mapa de su vida. Las líneas de la sabiduría empezaban en Salerno, torcían hacia Damasco y allí se separaban. Ahí estaba el rodeo de Florencia y el sueño de Lucca.

Elevó aún más la mano y observó la red de arrugas, grandes y pequeñas, pasajes humildes, lugares con nombres, personas que había conocido. Un enano remilgado, un chico sin lengua, una mujer acostada, un niño en un río y un muchacho que asa un conejo en el lindero de un bosque. Mujeres con una pierna y mujeres con dos, una arpía llamada Tesser, demasiado grande para su ataúd, una doncella en su tumba, demasiado joven para morir. Se trataba de ensayar para no olvidar. La estrella de la mano era, no obstante, Rafael. Pero las siete hermanas estaban muy lejos, el puente colgante y el estanque para lavar la ropa se han elevado sobre la corteza terrestre y están suspendidos, flotando en el aire, con raíces cada vez más delgadas y bichos de la humedad, camino del Indostán.

—Veo el océano. Yo, a quien nunca ha gustado el mar, veo el océano, que es de color verde sombra con rayas de color turquesa. Hispaniola —susurra a la pared, y no tiene ni idea de lo que significa—. Dios, ¿me oyes? Sí, me has oído todo el rato. Espero que se me permita hacer una observación cuando estoy con un pie en el estribo, pues hay que andar con cuidado cuando se elige a la gente. Y en cuanto al obispo de Lucca y Rinaldo, por no hablar del tuerto de Del Sarto, son tres manchas negras en tu hábito blanco. Es comprensible que estés avergonzado. No creo que sea la primera vez. Pero ahora me tienes, soy tuyo, cosecho lo que he sembrado, aguardo tu castigo. O sea que llévame. Pero antes, una explicación. Claro que tal vez eso es el castigo, ¿verdad? No recibir explicación alguna.

Pasan aún varias horas. La boca está seca, y el estómago, vacío. Hasta que finalmente se oye un tintineo de llaves.

Rinaldo está en la puerta, ancho y poderoso. Se ha cambiado de ropa, lleva un hábito gris y un manto de seda negra. Tiene un aire de trascendencia y le cuesta disimular su contento. Va directamente al camastro, se inclina sobre Giuseppe y

sonríe.

—Buenas noticias —susurra—: vas a bañarte.

Después del baño, el monje abrió un ventanuco de la pared para que el aire fresco pudiera entrar en la habitación.

—Un día espléndido —suspiró.

Giuseppe le vio la espalda.

—Te deseo toda clase de males —masculló.

El otro respiró y tomó asiento en el camastro.

—El niño que está con tu alumno, ¿quién es?

—Es mi nieto.

—No, no es tu nieto, porque su madre pertenece a las hospitalarias de San Juan, del convento de San Marcelo. ¿Qué hace aquí?

—Es una larga historia, Rinaldo. ¿Puedo comer algo?

—Responde a mi pregunta.

—Fui a buscarlo porque sabía dónde estaba. No lo conozco, no es nada mío, y te pido que te encargues de que lo devuelvan a los suyos. Aunque tal vez no sea lo habitual, podrías hacer una excepción y llevar la felicidad a otra persona.

—¿Eres tú quien lo dice?

—¿Qué habéis hecho con Arturo?

—Arturo va a ir a Lucca, pero tú terminarás aquí. ¿No es fascinante? Pero ¡mira a tu alrededor, viejo! Es un alojamiento elegante; apostarí a que has dormido en lugares más humildes que éste. —Juntó las manos—. Que va a ser tu última residencia.

—¿Por qué lleváis a Arturo a Lucca?

—Hemos hablado con él. Bueno, hablar, hablar... quizá sea decir demasiado. El mozo es idiota. ¿Estás seguro de que es el mismo con quien has viajado durante tanto tiempo?

—¿Quieres oír la verdad, Rinaldo? Perfecto, pues te la diré, aunque no la mereces. El chico con quien he viajado los dos últimos años se encuentra en Gadolfo. Éste a quien llamáis Arturo es un pobre harapiento que recogí en el camino.

—No hay cosa tan interesante como la mentira en el mentiroso, pues en ella habita la verdad —dijo Rinaldo con una amplia sonrisa—. Tú siempre has subestimado a tus congéneres y te has sobrestimado.

—A ti es imposible subestimarte, Rinaldo. ¿Qué estáis haciendo con Arturo?

—El obispo quiere verlo. ¿Te recuerda a algo?

—Sí, me recuerda a un mozo llamado Enrico —respondió, entrecerrando los ojos—. Agostino lo enjauló, le cortó la lengua y lo quemó en la hoguera. Ahora ya sé lo que le espera a Arturo. Pero ¿de qué servirá? ¿De qué servirá, Rinaldo?

—Piensa un poco, Seppe. Es extraño que nunca se te haya ocurrido, pues tampoco eres tonto de remate. Y es que podría pensarse que su excelencia sufre la misma pasión que el profanador de tumbas de Umbría.

—¿Que tengo yo la misma pasión que el venerable padre? —dijo Giuseppe, y se quedó con la boca abierta—. *Quinta essentia* —susurró—. Y yo que creía que era el asiento papal lo que deseaba Agostino. Pero ¿qué es el asiento papal comparado con la vida eterna? No obstante, ha habido momentos en que me asombraba ante el celo de Agostino, ante su perseverancia por perseguir a un viejo mercachifle desde el infierno de Lucca hasta el norte del paraíso. ¿Cómo es que sabes tanto, Rinaldo?

—He ido atando cabos, Seppe, porque tienes razón: tú careces de importancia, a la historia del mundo tu persona no le ha interesado jamás, a menos que Satanás crea que te debe una recompensa.

Giuseppe miró fijamente al techo.

—Recuerdo a la perfección la conversación con Agostino tras pasar varios meses en la oscuridad de la mazmorra:

»—También yo soy experto en medicina —me dijo—, las hierbas no me son desconocidas, aunque no existe receta para lo que Dios no quiere curar.

»—Perdone mi franqueza —respondí yo—, pero es como si eso hubiera salido de mi propia boca, venerable padre.

»—Aun así —continuó el obispo—, has buscado a Del Sarto para participar plenamente de Satanás, porque estabas poseído por la idea de la vida eterna, la fórmula de la *lacrima del diavolo*.

Giuseppe sacudió la cabeza.

—Desde la colina de la horca es desde donde más se ve.

Rinaldo se examinaba las uñas.

—Pero ¿de qué te ha servido?

—No vas a comprenderlo. Pero de hecho me has dado cierta paz mental. Ya sé la respuesta a la pregunta que he hecho. Cómo he podido necesitar tanto tiempo para ver lo que tramaba su excelencia. Soy duro de mollera y estoy algo senil. Y ahora las ratas abandonan el barco y no queda ni una carcoma. ¿A qué esperamos, Rinaldo?

—No esperamos más —respondió el monje—, porque ya está aquí.

—¿Quién?

—El nuevo verdugo de Lucca. Pero tendrá que aguardar. Ahora sí que ha llegado tu hora, Seppe. Me da la impresión de que te he subestimado.

Rinaldo sonrió y se dirigió a la puerta, se quedó un rato absorto y se fue.

Al irse la luz, Giuseppe tiene visita. Entretanto, ha conseguido un pedazo de pan, un racimo de uva negra y una jarra de agua.

Come las uvas una a una, y al final se queda con la última.

—Es increíble —susurra— cómo se puede conmover uno por un grano de uva, hasta el extremo de darle pena comérselo. No hay nada tan genial como un grano de uva: su forma, su color, su generosa dulzura. Hay muchísimos, y aun así no se encuentran dos que sean iguales. Con las uvas ocurre como con los días de la vida y las reglas del juego de canicas de un cretino.

Fuera hay alboroto. Voces apagadas, luz de antorchas. Hombres con coraza que hacen ruido al moverse.

Un soldado abre la puerta, pasa y enciende cinco pequeños cirios. Llega otro, y entre los dos ayudan a Giuseppe a sentarse. Le amarran los tobillos al camastro, pero dejan suelta la mano izquierda, y cuando él pide una jarra de agua, le dan también un vaso.

El cobertizo cuadrangular está iluminado por cinco velas. Los soldados han salido, pero Giuseppe puede ver sus sombras fuera.

Declina la tarde, se nota por el barullo de las gallinas.

Giuseppe cierra los ojos y se dice que todo casa con ese momento del atardecer, los sonidos y las luces, la sensación de ruptura: «El equipaje está hecho, las bolsas están listas, ahora sólo espero al tiro de cuatro caballos y la elegante carroza. Mientras tanto no estoy en ninguna parte, porque me encuentro entre el antes y el después. No hay nada que hacer, y, aunque se te pasa por la cabeza que todo es un malentendido y que preferirías quedarte donde estás, ya sabes que la suerte está echada, que no hay vuelta atrás.» Y pronto se oye ruido de caballos. Eso siempre despierta cierta inquietud.

La puerta se abre silenciosamente, una figura entra. El hábito es negro, y las manos que sobresalen de las amplias bocamangas son las de un anciano.

Se sienta en la silla cercana a la puerta y se aparta la capucha.

Hasta las gallinas se han callado.

—No estoy sorprendido —dice Giuseppe—. Me habría decepcionado si no hubiera venido. ¿Cómo se dice? ¿Tiempo sin vernos?

Agostino deja vagar la mirada por la habitación. Parece contento con la situación y con el estado del cuarto.

—Hace un atardecer hermoso como pocos —dice, ladeando la cabeza—, un atardecer en que la gente mayor se sienta en un banco del porche a saciarse con el silencio de la naturaleza. Un atardecer en que quien dudaba encuentra finalmente el reposo. La conclusión de un día largo, que termina cuando el hijo pródigo regresa a casa. Suelen darse días como éste, pero no muchos. Así es. —Junta las manos y cambia de tono—. He estado en Roma. ¿Has estado tú en Roma, Giuseppe Pagamino?

—Muchas veces.

—Y ¿no te has dejado embriagar por su bullicio?

—Roma me recuerda a un hombre que vive de mostrar el cadáver de su abuela a los visitantes.

El obispo examina sus manos arrugadas, que en algunas partes son completamente transparentes.

—En eso tienes razón: cuanto más arriba trepa el mono, mejor se le ve el trasero.

—¿Ha venido sólo por visitarme, *signore*?

—Por ti y sólo por ti. El viaje ha sido fatigoso, el terreno no está hecho para gente de mi edad; pero ha merecido la pena.

—Qué honor. ¿De qué vamos a hablar?

Agostino se inclina hacia delante y baja la voz:

—*Lacrima del diavolo*. Cuántos rodeos por una fábula árabe. Cuántos crímenes.

—Si el señor obispo lo dice, será verdad.

—No te quites importancia. Ya hemos hablado antes de esa vieja receta.

—Ah, la conozco bien. La logré en Damasco cuando era joven. Si era buena o mala, lo ignoro.

—Te la sabes con puntos y comas.

—Hasta en sueños, *signore*. Pero con eso ocurre como con la sopa de setas: si no hay setas, no hay sopa.

—¿Quieres decir que te falta algo?

Giuseppe no respondió, y desvió la mirada.

—Me asombra que el señor al cual sirves no te diera nunca la última pizca legendaria. *Pugillus*, o tanto como se puede coger con tres dedos.

Giuseppe se recostó.

—Me dio más que eso, padre.

—¿De verdad?

—Mucho más. Infinitamente más.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Tan cerca de la muerte?

—¿Estoy más cerca de la muerte de lo que estuvo Jesús en la cruz?

La expresión de Agostino se transformó; una sombra se desplazó por sus rasgos flacos y dejó el rostro desnudo y vulnerable.

—Tal vez haya tenido demasiadas esperanzas —murmuró—. Al fin y al cabo, no eres más que un mercachifle, un lacayo y un hereje. Tus palabras no seducen a nadie, tus juegos de manos son tan triviales como los que se ven en la plaza del mercado. Si el obispo de Lucca deseara ver a un hipnotizador de moscas, se formaría una cola desde Lucca hasta Bolonia, y no quedaría un solo insecto vivo. ¿Es verdaderamente lo único que te enseñó Satanás? Giuseppe Pagamino, entonces deberían devolverte el dinero dado a cambio.

—Tome la jarra, padre.

—¿Para qué?

—Tómela y sírvase un vaso. Creo que se alegrará de encontrar lo que perdió una vez.

Agostino cogió la jarra. La boca sonreía, pero la mano temblaba cuando vertió el agua en el vaso; aunque aquello no fue nada comparado con la punzada de espanto que lo siguió. Apretó la espalda contra la pared, inspirando pequeñas bocanadas iracundas, mientras miraba la joya que había en el fondo del vaso.

—Cójala —dijo Giuseppe—, porque es suya.

—¿Cómo es posible? —La cadena resbaló entre los dedos del obispo, mientras del dorso de las manos caían pequeñas gotas de agua—. Vas a morir, Pagamino —siseó—, porque esto es obra de Satán.

—No puedo morir, *signore*, porque ya existía cuando el mundo era negro como los niños nonatos de los moros, y también estaba cuando Ricardo Corazón de León luchó contra el gran Saladino, pues fui el correo de la joya, quien la transportó a El Cairo, donde volvió a cambiar de manos para, finalmente, terminar en el tobillo de una meretriz. Después me dediqué a hipnotizar moscas. Es un arte del que no hay que hablar mal, Excelencia.

—Eres Belcebú, que en hebreo significa precisamente «señor de las moscas». Aparta de mí, Satanás. Llévate tu repugnante joya. Morirás con ella. —Los ojos de Agostino se agrandaron, su boca se abrió. Sacó de su hábito una daga larga y estrecha—. Sólo yo, obispo de Lucca y próximo obispo de Roma, puedo poner fin a tu vida miserable. Sólo yo tengo la fuerza necesaria. Ya se ha empezado a escribir sobre esa hazaña. La tinta no se habrá secado aún cuando te hayas desangrado. Viajaremos juntos por mil bóvedas de iglesia, yo con la cruz, tú con tus pezuñas, porque así ha sido siempre.

Giuseppe se pegó a la pared.

—Sé que te falta valor, Agostino, porque tu Dios hace tiempo que te abandonó.

—Mi Dios dirige mi brazo. Mi Dios blande el cuchillo que anhela tu sangre.

—¡Iremos juntos al infierno! —gritó Giuseppe, y se quedó mirando a un cirio volcado en el suelo.

A la llamita que se convirtió en llamas.

Y al fuego que había empezado a lamer la madera seca.

La mano de Agostino estaba blanca de aferrar el mango.

—Satán —dijo entre dientes—, recibe a tu discípulo, que va a llegar ahora.

Pero Giuseppe sólo veía el fuego que había prendido en el hábito del obispo.

El olor inconfundible a humo puso sobre aviso a Agostino.

Giró sobre sí y se quedó un instante como petrificado. Las rojas lenguas de fuego habían llegado al alero, trepaban como sanguijuelas entre planchas y listones, llevándose por delante paja y maromas, transformando el manto del obispo en una antorcha viviente.

Giuseppe extendió la mano hacia la jarra, que vació sobre la cama, mientras miraba al hombre que tenía delante. El obispo estaba totalmente iluminado, el pelo se le había consumido, sus cejas ardían, su piel se arrugaba, los labios desaparecían y de la boca salía una lengua de reptil.

Por fin el cuerpo se desplomó bajo un cráneo negro como el carbón con una sonrisa de plata.

Giuseppe se vuelve en el camastro. Le duele todo el cuerpo, pero sobre todo la espalda; tiene heridas en brazos y piernas, y el olor a carne quemada le escuece en la nariz y le da náuseas. No sabe cuánto tiempo lleva en la habitación que hay sobre la taberna del albergue. Una de dos: o el tiempo se ha detenido o ha dormido mucho tiempo. Sea como sea, sigue siendo el atardecer. No recuerda cómo ha llegado ahí arriba, tampoco qué sucedió después de que se desplomara el cobertizo y cayera rodando sobre la hierba. Pero parecía haber ocurrido mucho antes. Lo único que le queda es el dolor.

Abren una puerta. Giuseppe mira al hombre de negro que entra en la habitación con el mismo sigilo con que una sombra alcanza la pared.

No lo reconoce enseguida, porque siempre lo ha visto de uniforme. Ahora va vestido de civil, aunque de todos modos se le nota la profesión.

Tiziano abre los postigos.

—Volvemos a encontrarnos, Alberto el Venerable.

Giuseppe se encoge de hombros y examina al nuevo verdugo de Lucca. En otro tiempo tuvo un aire melancólico. Ya no. Los rasgos de la cara son naturalmente los mismos, pero cuando desapareció el velo del dolor, desapareció también la belleza de Tiziano. Ahora está esculpido en piedra y mármol.

Giuseppe mira de reojo a la ventana, donde el día se convierte en sombra.

—O sea que es el nuevo Del Sarto.

—Y he venido a terminar el trabajo de mi antecesor.

Giuseppe se da la vuelta.

—¿Va a matar a un hombre que está medio achicharrado?

—¿Existe crimen mayor que el que acabas de cometer?

Giuseppe entorna los ojos.

—Las alabanzas exageradas me alteran la mente, capitán. Pero usted puede hacer algo, algo que pocos pueden, porque conoce el arte de odiar. Ahora lo veo. El odio sigue la pista del dolor.

Tiziano toma el último grano de uva.

—Estará envenenado —dice—, pues no se lo ha comido.

—Estoy lleno —replica Giuseppe—. Démelo, se lo demostraré.

El verdugo lo lanza por la ventana.

—Va a morir un pájaro cantor —suspira Giuseppe.

Tiziano no responde y llama a dos centinelas, que atan a Giuseppe de pies y manos. Mientras tanto, cierra los postigos y enciende una vela. Después dobla su manto, lo deja encima de la silla y pide que le acerquen una jofaina.

Cuando la ponen encima de la mesa, se vuelve hacia Giuseppe. Ahora están solos. Sobre la mesa hay dos piedras: una plana y una redonda. Han sido elegidas cuidadosamente, son las herramientas del verdugo. Junto a ellas, unas tiras de tela que tienen el mismo objetivo programado.

—Damasco —susurra Giuseppe—. No habrá ido hasta Damasco por esas tiras de tela, ¿verdad? Hay que pensarlo dos veces antes de salir a la calle con unas tiras de tela, porque aquí hay un boticario que sabe algo más que el rosario. Las tiras de tela deberían haberme puesto sobre aviso. Cada vendaje oculta una herida. Sólo voy a decir una cosa: yo no he matado a Agostino.

—Tú sólo has matado al próximo Papa de Roma. Tu nombre estará asociado para siempre a ese crimen.

—Mi nombre quedará escrito con agua tibia. Si el obispo ha muerto en la hoguera, ha sido porque lo merecía.

Tiziano no responde; toma una tira y amordaza a Giuseppe, hace un nudo prieto, le sube la camisa, deja su sexo al descubierto y coloca la piedra plana bajo sus testículos.

Lo dispone todo según las normas, porque ha ido a la escuela de Del Sarto y en esa institución se siguen las normas.

—Pagamino —dice con voz formal—, ¿confiesas que estás confabulado con el Príncipe de las Tinieblas?

Giuseppe suspira, pero vacila un momento, se queda mirando al techo y gira la cabeza, seguro de tener finalmente la atención de Dios. Piensa que no es una pregunta que pueda hacerse a un hombre que sólo puede responder con un movimiento de cabeza, y que el Todopoderoso le dará la razón.

«Si lo confieso, Tiziano, si confieso lo que usted quiera, ¿otorgará un último deseo a un hombre a punto de morir?»

—¿Lo confiesas?

«Lo confesaré todo si se encarga de que el niño que está con mi alumno vuelva con su madre a San Marcelo. Entonces podré morir tranquilo.»

—¿Confiesas que estás y siempre has estado confabulado con Satanás? ¿Lo confiesas, Giuseppe Pagamino?

«Lo confieso todo.»

El primer golpe dispara el dolor ingle arriba, donde forma un delta de cristales destrozados que lo deslumbra. Cree que ha perdido la vista, pero el dolor es tan absoluto que tiene que mirar al techo. Está tensado como un arco, consciente de que

la orina fluye y le sangra alguna parte, porque el olor a sangre es inconfundible. Procede de la nariz y cae en dos cálidos regueros que cruzan los labios y se acomodan en la concavidad del cuello.

El siguiente golpe es diez veces peor. Los ojos se le salen de las órbitas y las entrañas se encogen. El dolor de la entrepierna es como un rayo que llega al cerebro y se divide en dos, que se abren camino entre las sienes, columna vertebral abajo, y salen por el lomo. Sólo existe ese dolor, todo lo demás no existe, ni recuerdos, ni remordimiento, ni pasado ni presente. Siente que se le rompen las articulaciones, que huesos soldados en la fase fetal se cuarteán, que el esqueleto se disuelve. Se siente ingrátido, nota que extiende el brazo, agarra una mano invisible, pero vuelve al dolor, que es lo único que lo mantiene vivo.

Cuando lo golpea el agua, la percibe como una ola decidida a ahogarlo. Parpadea y muerde la mordaza, hace una inspiración profunda y le entra agua en la nariz. Huele sus propios excrementos, su sangre y su sudor, y piensa que si hay una mano en el universo, entonces lo dejará morir ahora, pues, por mucho que haya pecado, ya ha recibido suficiente castigo.

Abre los ojos. Sobre él cuelga la piedra redonda. En todos los cuentos hay tres hermanos, tres pruebas, tres desgracias que esperan al elegido, de modo que sería imperdonable romper esa regla tácita si el tercer golpe no rematara la faena.

Intenta hablar, pero la mordaza le ha partido la cara en dos.

Tiziano aparta la piedra y le desata el nudo.

—¿Quieres decir algo, Pagamino?

La garganta de Giuseppe se abre. Boquea en busca de aire, siente que un continente aterriza en su pecho, pues es en el corazón donde va a concentrarse todo el dolor.

El verdugo se inclina sobre él y acerca el oído a su boca.

Giuseppe se humedece los labios.

—Voy a confiarle una cosa —dice, jadeante—. Porque el Príncipe de las Tinieblas vivió en Lucca. Usted trabajaba para Satanás, Tiziano. Yo lo he liberado de él.

Abre más la boca, su cuerpo tiembla, y, aunque no suena como tal, echa a reír, porque la última carcajada, como se sabe, es hermana del llanto.

Tiziano está sudando. Su mano tiembla. La sangre le ciega la vista.

Levanta la piedra redonda y cierra los ojos antes del último golpe.

Por la tablilla superior del postigo camina una mosca, y en el patio cacarean las gallinas.

—Prepáralo. Lávalo, limpia su cama y cámbialo de ropa.

Las órdenes procedían del hombre del manto negro.

A continuación, la puerta se cerró.

Arturo se inclinó sobre Giuseppe e inspeccionó su cuerpo. Desde los dedos de los pies hasta la ingle, después el vientre, la caja torácica y el cuello.

—Le cerraré los ojos, maese —susurró.

Empezó limpiando la sangre coagulada de las comisuras de los labios, la nariz y la entrepierna. Después se ocupó de los pies, le limpió y cortó las uñas, le lavó el escaso pelo, le recortó las cejas y vendó las zonas ensangrentadas, aplicando ungüento en las partes magulladas.

Sería equivocado decir que, después, aquella piltrafa se parecía a Giuseppe, porque no se parecía a nadie.

—He traído un pequeño frasco —susurró Arturo, sacando una cuchara del cinto—. Sabe a helenio, ruda y angélica, pero si lo mezclamos con algo de agua, entrará bien. Me he esforzado en seguir la receta al pie de la letra, y he hecho pocos añadidos.

Introdujo la cuchara entre los labios cuarteados, inclinó hacia atrás la cabeza de Giuseppe y vertió su contenido.

—Consuela como la lluvia —susurró—, aplaca como el sueño, más dulce que una sonrisa y más suave que el rocío.

Después recogió la sábana de modo que envolviera todo el cuerpo, encontró aguja e hilo, y cosió una bolsa que lo cubría desde la coronilla hasta los pies.

—Adiós, maese —dijo—. Nunca volveremos a vernos.

Una hora más tarde, los soldados llevaron la bolsa hasta la orilla del río, donde habían encontrado una hendidura en la roca que utilizaban los leprosos. Ahora sólo había murciélagos.

Estaban presentes tres soldados, Tiziano de Lucca y Arturo, que sujetaba el farol con la vela de sebo. Se adentraron hasta donde lo permitía la hendidura, se detuvieron y dejaron en el suelo la bolsa con el cadáver.

Tiziano miró al chico.

—¿Cómo has dicho que te llamabas, mozo? —preguntó.

—Arturo —respondió—. Me llamo Arturo.

*Arturo piensa en el niño gordo de Polesella,
la esposa desobediente de Copparo
y la muchacha que enterró la cabeza de su amante
en un tiesto de albahaca.
Después, la farmacia de Pagamino vuelve a cambiar de dueño*

La garganta es oscura y húmeda, pero es un atajo para llegar al paso que conduce a San Marcelo. Arturo va al pescante, como tantas otras veces. Detrás de él va Piccolino, que está entretenido con los caballos; sólo le interesa el presente, y acoge con agrado cualquier novedad.

Delante del carro cabalga el gran Tiziano, que ha estado de lo más taciturno, aunque Arturo ya sabe que después de San Marcelo el viaje continúa hasta Lucca.

El hombre que cabalga cerrando el pequeño cortejo ha sido más comunicativo. El monje es simpático y elocuente de una manera que Arturo sabe bien que hay que guardarse, porque el viejo maese decía siempre: «Cuanto más se desata la lengua, mayor es la mentira.»

—Giuseppe y yo éramos amigos en otros tiempos —dice Rinaldo cuando hacen un descanso—. Éramos inseparables. Claro que a lo mejor no te ha hablado de esas cosas, ¿verdad?

—No, *signore*.

—Lo que era mío era suyo, y viceversa. Y ahora, Arturo, dime, ¿dónde conociste al viejo?

—En Florencia, *signore*. Llovía.

—Vaya, llovía. ¿No temías a la peste?

—Habíamos comido *Armoracia rusticana*. Es buena contra los bubones.

—¡No me digas! *Armoracia rusticana*. Vaya, lo que hay que oír. Pero dime, ¿eres nacido en Florencia?

—No, *signore*, nací en un pueblecito tan pequeño que no tenía nombre.

—¿Te acuerdas de Del Sarto y del terremoto de Gadolfo?

—Sí, *signore*; fue una tempestad terrible.

—¿Sabes para qué has de ir a Lucca?

—No, *signore*.

—Para conocer el esplendor del mundo, y vas a estar frente al nuevo obispo de

Lucca, que ha expresado su deseo por conocerte. Vaya, no parece que te impresione mucho.

—Creo que preferiría no ir, *signore*.

—Ah, pero no puedes hacer eso. No se puede rechazar al obispo de Lucca.

—¿Para qué quiere estar conmigo?

—Quiere tenerte, pequeño cretino; no hay nada en el mundo que desee el venerable padre más que a ti.

—¿Por qué, *signore*?

Rinaldo sonríe y acerca su rostro al de Arturo.

—*De te fabula narratur*. La historia habla de ti.

—No lo entiendo.

—Tanto mejor. Aunque me parece que el nuevo obispo se quedará tan decepcionado como el anterior, el que se abrasó. Ésa sí que es una historia, Arturo. No se cansarán de repetirla, tu maese va a ser famoso. Pero dime, ¿no hay nada que quieras contarle a un amigo de Giuseppe?

—Sí, *signore*. Toda esta farmacia, todas las hierbas y recetas, creo que maese quería que yo las heredara. Creo que la mula también. Deseo dárselo todo a usted.

—¿A mí?

—Sí, *signore*, toda la farmacia de Giuseppe.

—Santo cielo, eres muy generoso. He aquí un buen tema para una anécdota — dice, y ríe en voz alta.

Arturo lo mira, redondea los labios y envía al aire un silbido profundo.

La sonrisa del monje se congela, y desde la cabecera del cortejo Tiziano detiene su montura. Están en medio de la garganta. Sobre ellos se ve una franja de cielo azul pizarra, y más adelante vislumbran la pequeña grieta negra que marca la salida del paso.

Tiziano se seca el sudor del rostro. La humedad se ha aliado con el vaho de la tierra y los anfibios del bajo mundo. Viven en las paredes de roca cubiertas de musgo, observan con sus ojos en forma de ventosa, ríen con sus brillantes bocas de lagarto. Sus lenguas son bífidas y anormalmente largas, tienen la mirada adormilada, pero son rápidos como una cobra en cuanto una mariposa color amarillo limón revolotea a su lado. Entonces surge la muerte de sus fauces. La corta vida de las mariposas armoniza con el carillón de las gotas de humedad, porque la garganta es un reloj de arena, cada gota marca el transcurso del tiempo, y ahí, a mitad de camino, toda luz parece desaparecer. La humedad del día es sustituida por un trueno hueco pero aún lejano, que atraviesa la barranca como un cañonazo apocalíptico.

Tiziano se gira y observa a Arturo, que se queda mirándolo con una sonrisa expectante. La boca vuelve a emitir un silbido, que suena como una llamada. Los habitantes del desfiladero parecen reaccionar al sonido. Eso no sienta bien al capitán,

que dirige su caballo hacia el carro.

—¡Aquí no hay música que valga! —grita—. ¿Está claro?

Arturo asiente en silencio.

—Vamos a acelerar la marcha —dice Tiziano—. Hay que salir de este infierno.

Van a galope tendido y, aunque la garganta es irregular y está llena de cascajos, las pezuñas martillean el suelo de piedra. Tiziano hace restallar el látigo sobre su cabeza. Durante un breve instante, la quebrada se ve iluminada por un rayo blanco como la nieve que despierta a toda clase de bichos, murciélagos, mariposas, vencejos y golondrinas; reptiles desconocidos brincan como obedeciendo una orden, chillando con toda la fuerza de sus pulmones.

Tiziano mira hacia atrás. Rinaldo ha adelantado el carro, la mula pone los ojos en blanco y salta con la energía que da el miedo. Arturo se aferra al pescante, el pelo negro se pega a la piel blanca, tiembla de frío, fiebre y calor. Lleva colgado a la espalda al niño de pelo trigueño. El carro traquetea, se bambolea y da saltos, amenaza con volcar, pero continúa infatigable, porque el animal ha decidido proseguir hasta reventar.

Cuando finalmente salen, la lluvia cae en tapices sinuosos. Resuena entre las cimas un trueno que parece demasiado grande para el terreno. Rinaldo señala el monte de San Marcelo y la sinuosa cuesta que lleva hasta el convento. Dice que con ese tiempo no van a llegar jamás.

Tiziano mira de reojo al viejo carro. La cubierta rojo pálido ya no está, y el agua de lluvia fluye entre frascos y tarros de ungüentos, varios de ellos rotos; los elixires contra la pérdida de cabello y los remedios para los sarpullidos se mezclan y descubren nuevos preparados desconocidos.

—Llegaremos antes de anoecer —dice el capitán—, y si la mula se derrumba, engancharemos el castrado de Rinaldo al carro, porque hay que terminar la tarea. Este rodeo no me gusta. Se acabaron los descansos y las pausas, seguiremos sin parar. ¿Está entendido?

—Sí, *signore* —responde Arturo, y Piccolino repite las palabras como un pequeño eco obediente.

Tiziano mira a la empapada cabeza rubia y se vuelve hacia Rinaldo.

—Pero no hace falta que tú sigas, hermano: tu misión ha finalizado.

—*Capitano* —dice Rinaldo sonriendo—, también yo quiero ver al chico en Lucca, también yo deseo la recompensa de la Iglesia. Hemos viajado mucho. Un monte más o menos no me importa. Con rodeo o sin rodeo.

Arturo, al contrario, está callado, con una tenue sonrisa ensimismada: se halla muy lejos de allí.

—Los idiotas tienen su propio mundo —añade Rinaldo, riendo—. ¿En qué

piensas, rapaz?

—En un perro —replica—, un perro que enterraron con esmeraldas y rubíes en un ataúd con herrajes de plata. Había en la comitiva veinte monaguillos y dieciséis sacerdotes. Pero apenas anocheció, los dieciséis curas estaban con el culo en pompa, cada uno con su pala. Pienso también en el sultán de Babilonia, que ordenó estrechar la puerta para que los monjes gordos no pudieran participar en sus comilonas. Y pienso en mi maese en la corte francesa, y en el niño de Polesella, en la esposa desobediente de Copparo, y en la muchacha que enterró la cabeza de su amante en un tiesto de albahaca. Pero en lo que más pienso es en el día en que nos fuimos de Rafael. Aquel día el sol brillaba como sólo lo hace después de llover, exactamente igual que el día en que conocí a maese en Florencia. Le pregunté si era de verdad el comienzo de una aventura, pero no recuerdo qué me respondió.

Rinaldo mira de reojo a Tiziano.

—Va a tener éxito en Lucca —murmura.

Suben trabajosamente. Paso a paso, girando y volviendo a girar. Querrían descansar, beber agua, dar algo de reposo a los animales, pero los animales han de probar el látigo, porque sin látigo no se llega a ninguna parte.

Arturo corre junto a la mula, que, aunque pequeña y flaca, tiene la fuerza de diez hombres y la obstinación de un borrico.

La oscuridad sale de la niebla, que cambia del verde hoja marchita al gris pizarra. Más adelante espera la noche, la noche sin estrellas que convierte el monte en una pared. Ahora sólo se oye el sonido de los caballos y la pelea de las ruedas contra piedras y cascajos.

En la parte trasera, el niño se ha dormido. Rinaldo cuelga de la silla. Los colores tan sanos de antes se han ajado, los ojos no miran a nada. Llevan cabalgando desde el canto del gallo, trepando el monte desde mediodía, pero aún les queda el trecho más largo.

Cuando más densa es la oscuridad, la mula se derrumba. Desaparecen sus patas, las delanteras primero. La lengua sobresale del hocico, y los ojos tienen una expresión demente. Durante un breve segundo, se diría que el animal está buscando algo. Después cae de lado: está muerto.

Arturo le quita los arreos y el tiro. Entre todos empujan el jamelgo y lo echan por la pendiente, donde se lleva un par de arbolitos en la caída antes de perderse de vista.

—Podemos echar el carro por el mismo sitio —propone Rinaldo.

—Pero, *signore* —dice Arturo—, si es la farmacia de Pagamino.

—Farmacia —repite con un gemido—: quedan diez tarros. Cuatro contra la pérdida de memoria y cinco contra la melancolía. No me atrevo a pensar para qué es el décimo.

—Es una universidad —susurra Arturo.

Tiziano echa la cabeza atrás y mira a la cima del monte, donde el convento vela como un enorme coloso.

—Engancha tu caballo al carro —le indica a Rinaldo.

El monje se queda mirándolo.

—No lo dirá en serio, ¿verdad?

—Después continuaremos.

—Pero, capitán Tiziano... —empieza con una sonrisa incrédula.

—No vuelvas a pronunciar mi nombre —dice Tiziano sin alzar la voz, y sin mirar al monje, cabalga hacia Arturo—. Siéntate en el caballo junto con el niño. Rinaldo tiene que marcharse.

El monje agita los brazos.

—Llevamos todo un día de viaje. El agua se nos ha terminado. No puede pedirme que me vaya.

—Entonces quédate.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que puedes hacer lo que se te antoje.

—Pero no tengo agua, y estoy todo el día sin probar bocado.

—Por ese lado no parece faltarte nada; además, el camino es más fácil cuesta abajo que cuesta arriba.

—¿Es ésa la manera de tratar al enviado del obispo?

—Conozco otras formas de tratamiento, hermano Rinaldo. Elige tú mismo.

El monje se apea del caballo y se dirige a Tiziano.

—Además, ¿qué hacemos en esta montaña? ¿A las órdenes de quién estamos, *signore*? ¿Es Giuseppe de Umbría quien encabeza el cortejo? ¿Su palabra la que guía nuestros pasos? O ¿es al cretino a quien obedece el capitán? Porque no comprendo este rodeo, cuando deberíamos estar a mitad de camino del obispado de Lucca.

—Un último deseo es un último deseo.

—Tus palabras regocijarán al Anticristo.

—Cada cosa a su tiempo —susurra Tiziano—. Que sean las últimas palabras que digo en esta cuestión. No me tientes, hermano Rinaldo, no me tientes llevándome la contraria, que ya he cazado ratas antes.

—Entonces nos veremos en el valle —replica, agitando un brazo y haciendo una reverencia—, si ésa es la decisión del capitán.

—Un momento, *signore* —dice Arturo, girando el caballo—. Cuide bien la universidad de Pagamino, cuídelo todo bien.

Rinaldo se suena la nariz con desdén.

—¡Jarabes y sopa de ortigas! —grita—. Como si no los conociéramos. Como si el viejo profanador de tumbas pudiera enseñarme algo. Al fin y al cabo, hemos ido a la

misma escuela. Pero da recuerdos en Lucca, Arturo. Esa ciudad va a encantarte.

Tiziano está sentado con la espalda contra la pared rocosa, observando a Arturo, que le da algo líquido al pequeño. El primer sorbo no parece gustar al niño, que hace una mueca y pone cara de desdichado, pero con el siguiente todo va mejor. Arturo es un ama de cría paciente, y se lo toma con calma.

—¿Qué le estás dando?

—El elixir de maese contra la melancolía, *signore*.

—¿Das al niño esas cosas?

—Sabe a anís.

Tiziano olisquea el tarro.

—Vino fermentado —murmura—. ¿Qué superchería es ésta?

—Pero funciona, *signore*. Mi maese lo bebía a menudo, y siempre le mejoraba el humor. Consuela como la lluvia, aplaca como el sueño, más dulce que una sonrisa y más suave que el rocío.

—¿Eres idiota, Arturo?

—No, *signore*, sólo cretino.

—Tú sabrás. ¿Tu maese era hereje?

—No, *signore*, aunque sí severo: me hizo tirar del carro durante seis días, después de que yo matara a *Bonifacio*.

—¿Bonifacio?

—Nuestro asno.

—¿Pagamino le puso un nombre de Papa a su asno? —Tiziano sacude la cabeza y aparta el tarro—. ¿Fuiste tú quien curó la peste a Del Sarto?

—Sí, *signore*. Utilicé *Armoracia rusticana*.

—¿Qué brujería es ésta?

—No es ninguna brujería, *signore*, sino rábano picante. Es bueno contra los bubones.

Tiziano cierra los ojos y suspira.

—¿Cuántos años tienes, Arturo?

—No lo sé, *signore*, pero aún no he terminado de crecer.

—¿Por qué viajabas con Pagamino?

—Era mi maese, *signore*; además, soy huérfano.

Tiziano cierra los ojos y apoya la cabeza en la pared de piedra.

—Hace unos años corría la historia de una mujer de las montañas al norte de Lucca. Una bruja que había tenido un hijo con Satán. ¿Has oído esa historia? La quemaron en la hoguera.

—Sí, *signore*, mi maese me habló de ello. Mi maese quería encontrar a aquel chico; era su mayor deseo.

—¿Por qué?

—Para lograr el último ingrediente que completaba una vieja fórmula.

—¿Con qué objetivo?

—Conseguir la vida eterna, *signore*.

Tiziano mira frente a sí.

—Pero ¿para qué diablos la quería?

—No lo sé, *signore*, pero era su mayor deseo.

Tiziano observa a Arturo.

—¿Sabes que murió por su herejía?

—No, no lo sabía, *signore*. Creía que usted lo había matado con una piedra.

El verdugo mira a Arturo. El viento susurra entre los montes. Por lo demás, todo está en silencio.

—Tienes que ir a Lucca —murmura Tiziano— porque te espera la Inquisición.

Donde Arturo y Tiziano llegan al final del camino

Llegaron poco antes del amanecer. Después del aguacero, los tejados y las vigas del techo goteaban, el aire estaba enrarecido y húmedo, lleno de aromas misteriosos.

Estaban en el patio del convento, Tiziano, Arturo y Piccolino, recién despertado. Una hermana había ido en busca de la abadesa, que llegó corriendo del lazareto, donde había estado velando la mayor parte de la noche. Les dio la bienvenida y los condujo al comedor, donde una monja mayor se encargó de servirles gachas calientes y leche fresca. No se dijo gran cosa. Nadie preguntó por Giuseppe, y Tiziano sólo tuvo la posibilidad de decir que provenía de Lucca y debía volver allí tan pronto madre e hijo se reunieran.

—¿Tiene nombre el niño? —preguntó la abadesa.

Tiziano miró a Arturo, que respondió que se llamaba Piccolino.

—Piccolino —repitió el pequeño.

La superiora lo tomó de la mano.

—Tu madre lleva varios días sin dormir. Iré a buscarla.

Arturo, Piccolino y Tiziano están sentados en la larga mesa del comedor. De pronto el capitán se levanta y se dirige a la puerta.

—Esperaré en el patio.

Arturo mira al niño, que está jugando con su muñeco de madera.

—Piccolino —dice.

—Piccolino —repite el crío.

—Qué bien hablas.

—Hablas.

Arturo sonríe.

—¿Sabes decir Giuseppe?

—Seppe —responde Piccolino.

Arturo asiente con la cabeza.

—Recuérdalo —musita—. Recuérdalo. Y ¿también sabes decir *arrivederci*?

El niño lo interroga con la mirada.

—Lucca. Tengo que ir a Lucca a ver su esplendor. Lucca es donde vive el obispo. El obispo de Lucca. El nuevo, porque el viejo ha ardido en la hoguera.

—Seppe —dice el pequeño.

Arturo le da un beso en la mejilla.

—Me llamo Arturo —susurra—. Vengo de Florencia, aunque no soy de allí, pero fue en Florencia donde conocí a mi maese. Ése al que llamas Seppe. Lo echo de menos. Pero puede que algún día consiga otro maese. Entonces viajaremos por el mundo, puede que hasta el reino de Nápoles. Pero primero hay que ir a Lucca. Como decía mi maese: «A la catedral de Lucca, donde el cielo y el infierno han encontrado el mismo señor.»

Detrás de Arturo la puerta se abre. Él se vuelve, sonriendo misteriosamente.

Giulietta está en el umbral, vestida con su hábito de monja. Tras ella se ve a la abadesa y a un grupo de hermanas. Las del fondo están de puntillas.

Arturo gira la cabeza de Piccolino y señala a Giulietta.

—Es tu madre —musita.

Ella se acerca lentamente. Pone la palma de la mano en la cabeza de Arturo y le sonríe. Los ojos se niegan a mirar al niño, que está ocupado jugando con su muñeco de madera. Pero Arturo pasa la mano de Giulietta de su cabeza a la de Piccolino.

Al sentir el contacto, el pequeño levanta la vista y mira a Giulietta. Ya no hay duda alguna.

Arturo lo dice sin más.

—Porque sois madre e hijo.

Giulietta atrae hacia sí a Arturo.

—Me da mucho miedo —murmura.

—Tómalo de la mano, verás qué manitas más finas. Suaves y calientes.

Giulietta mira a su niño.

—Seppe —dice él, mostrando el muñeco de madera.

Giulietta lo levanta en brazos y lo coloca en su regazo.

—Creía que nunca... —susurra, apretando la mejilla contra la cabeza de su hijo —. Pero ¿dónde está el *signore* Pagamino?

—El maese ha muerto —responde Arturo.

—¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo?

—El maese ha muerto —repite.

Giulietta sacude la cabeza, incrédula.

—¿Muerto? ¿Cómo puede haber muerto tan de repente?

Entonces se oye un murmullo audible entre las hermanas.

—Tenemos que marcharnos —dice una voz.

Tiziano está en el hueco de la puerta. Su mirada ha ido de Arturo a Giulietta. Retrocede un paso y se queda con la vista fija.

Giulietta se ha puesto en pie. Tiene en sus brazos a Piccolino.

Arturo mira a uno y a otro. El aire, el tiempo, los cuerpos y los sonidos, todo se congela.

Interviene la abadesa. Pregunta si el soldado y Giulietta se conocen.

—¿Conocernos? —susurra la joven—. Sí, nos conocemos. Pero ¿qué haces aquí, Tiziano?

Hay tal silencio que puede oírse hasta la respiración del capitán. Él dirige la mirada, confusa, desdichada, de Arturo a Giulietta, sacude la cabeza, y luego se niega a mirar a nadie.

La abadesa ordena salir a las hermanas, haciendo oídos sordos a sus protestas.

Sólo quedan Giulietta, Piccolino, Arturo y Tiziano.

Este último está sentado a un extremo de la mesa alargada, cubriéndose el rostro con las manos.

Por fin mira a Giulietta.

—¿Nos conocemos? —susurra—. ¿Nos conocemos, Giulietta? ¿Es ésa la palabra adecuada? Tal vez sí. Desde luego, has cambiado. Te has cortado el pelo.

—Sí, me he cortado el pelo, pero volverá a crecer. También tú has cambiado.

Él asiente en silencio.

—Supongo que a todos nos llega —dice Giulietta—. El cambio.

Tiziano desvía la mirada.

—Estuve con tu madre —murmura.

—Ya lo sé.

—Me contó lo tuyo. Iba yo de Lucca a Bolonia. Tu madre dijo que nuestro hijo, que... como es costumbre en esos casos... O sea que no puede ser, no es posible...

Giulietta asiente en silencio.

—Es él —musita. Calla, baja la cabeza y continúa con voz tenue—. Eran muchísimos, y muy fuertes. Todo el pueblo. Después estuve ocho semanas sin poder levantarme de la cama. A oscuras. Me dijeron que ya me recuperaría. Pero yo sólo quería irme. Irme del río.

—No hables de ello —susurra Tiziano—, haz el favor de no hablar de ello.

Giulietta lo toma de la mano.

—Pero ¿estás enfermo? Te noto muy cambiado.

Tiziano mira fijamente ante sí.

—Temo perder el juicio.

—Pero si tienes fiebre, Tiziano.

—Si sólo fuera la fiebre —replica, levantando la cabeza y mirando a Piccolino—. Bien sabe Dios que deseaba un hijo, Giulietta. Nunca pienses lo contrario. Lo único que deseaba de todo corazón era un hijo.

—Ahora lo tienes.

Tiziano respira entrecortadamente.

—Sí, ahora lo tengo.

—Y lo has traído tú mismo, aunque no alcanzo a comprender cómo.

Él se inclina sobre la mesa.

—¿Vas a quedarte, Tiziano?

—No; debo volver a Lucca. Si tú supieras, Giulietta, si tú supieras...

La muchacha lleva la mano de Tiziano a su mejilla.

Él cierra los ojos.

—Tengo tanta confusión en la cabeza, tantos pensamientos... Preguntas, miles de preguntas que no me atrevo a hacer porque temo las respuestas. Pero ¿se sabe cómo...? O sea, ¿sabes cómo es que salió vivo del río? Tu madre me dijo que lo habían entregado a las aguas.

—Lo recogieron, Tiziano.

—¿Lo recogieron? ¿Quién?

Giulietta se seca una lágrima del rabillo del ojo.

—Un anciano, el maese de Arturo, el *signore* Giuseppe Pagamino.

Tiziano se queda mirándola, con los músculos contraídos, balanceándose atrás y adelante, cierra los ojos y, de pronto, esconde el rostro entre las manos.

—Como si no lo supiera —susurra—, como si no estuviese escrito en todas las piedras. Tu venganza es cruel, Pagamino.

Giulietta aprieta su frente contra la suya.

—Tiziano, escúchame.

—No me toques, Giulietta.

—Ve a Lucca, cumple con tu deber. Me dejan quedarme en San Marcelo con mi niño. O sea que ahora ya sabes dónde puedes encontrarnos.

Tiziano se pone en pie, apoyando la mano en el borde de la mesa.

—Giuseppe —gime—, ¿me estarás oyendo? No, no me oyes, porque yaces con los murciélagos. Pero escúchame Tú, Padre, que siempre me has escuchado. —Cae sobre el banco, gira la cabeza y mira a Arturo—. Aún estás aquí —susurra.

—Sí, *signore*, aún estoy aquí.

—¿Adónde viajamos, Arturo?

—A Lucca, *signore*.

—A Lucca. Así es. Pero antes tenemos que ir a los Alpes Apuanos.

Llegaron antes de anochecer. El capitán viajaba por territorio familiar, conocía todo árbol y sendero.

—¡Sígueme! —le gritó a Arturo, poniendo el caballo a galope.

—¿Falta mucho, *signore*?

Tiziano se detuvo a esperar. Su mirada tenía un brillo nuevo y parecía la del hijo de un emperador, el preferido de los dioses, el protector de la humanidad.

Arturo lo contempló con veneración.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Tiziano.

—No, *signore*. ¿Dónde estamos?

—Cerca de mi lugar favorito. Una garganta que divide un monte, un abismo entre la vida y la muerte. Se llama Midranno y guarda los restos mortales de muchos soldados. Muchos han ligado su suerte a este sitio, también el capitán de Lucca —dijo, dirigiendo a Arturo una mirada enérgica y demente—. Midranno es un lugar al que acuden hombres jóvenes a pedir consejo a la garganta. Porque el amor esconde gran variedad de pecados. En eso estoy completamente de acuerdo.

—¿No vamos a Lucca, *signore*?

—Dejémoslo en manos de Midranno.

El camino que seguían subía constantemente. Había allí una exuberancia singular y una paz beatífica.

Tiziano miró en torno a sí.

—Esto es el salón de Dios. ¿Te das cuenta, Arturo?

—Sí, *signore*, me doy cuenta.

—Claro que sí. Estamos cerca de nuestro Creador. Casi puede oírse su respiración. ¡Calla! No digas nada. ¿Lo oyes?

Arturo lo miró.

—Sólo oigo los latidos de mi corazón, *signore*.

Tiziano le puso las manos en los hombros.

—También yo oigo sólo mi propio corazón. Ojalá lo hubiera escuchado. Tras los ojos de un cretino se oculta una enorme sabiduría. Pero pronto empezaremos a bajar abruptamente, o sea que sígueme de cerca y ten cuidado dónde pones el pie.

Continúan un rato, hasta que Tiziano se detiene.

—A partir de aquí no hay sendero, porque esto es el final del camino. Inclínate hacia delante y contempla la garganta que divide el mundo en dos.

Arturo agarra con fuerza la mano de Tiziano y se asoma. Bajo él se abre la interminable hendidura de la roca.

—Es un salto largo, ¿Verdad, Arturo?

—¿Salto?

—Si se quiere pasar al otro lado.

El muchacho asiente en silencio.

—Sí —murmura—, es un salto muy largo.

—¡Pero no demasiado! —grita Tiziano—. Porque vamos a hacer lo que nadie ha hecho. Vamos a desafiar al monte y conquistar Midranno. A eso hemos venido. Por eso estamos aquí. ¿Me oyes, Midranno? —Rodea a Arturo con el brazo—. ¿Tenemos el valor? —le susurra.

—¿Lo tenemos, *signore*?

—Sí, Arturo. La cuestión es quién va a saltar primero. —Contempla con expresión ardiente el fondo de la garganta—. Tú o yo, tú eliges.

Arturo lo observa con semblante indulgente y apenado.

—Entonces saltaré yo primero, *signore*.

Tiziano lo escruta con la mirada.

—¿No te da miedo la distancia?

—No, *signore*, no me da miedo.

Tiziano eleva el tono de voz:

—¿Oyes, Midranno? ¡Aquí llega otro aventurero! —Pone la mano en la cabeza de Arturo—. Coge carrerilla, amigo, coge una buena carrerilla.

—Apenas se ve el otro lado, *signore*.

—Ah, pero está ahí, confía en ello; y si saltas a suficiente altura y distancia, alcanzarás el lado opuesto. He visto probar a muchos jóvenes. Jóvenes fuertes, llenos de esperanza, que saltaban, se quedaban suspendidos en el aire, llevados por la confianza y la suave brisa, de pronto desaparecían, y me quedaba esperando oír su voz contenta desde el otro lado; pero ¡ay!, no llegaba sonido alguno. Aunque se dice que un día alguien lo conseguirá, que un buen día un joven conquistará Midranno. ¿Serás tú, Arturo? ¿Serás tú?

—Eso el tiempo lo dirá, *signore*.

—Entonces bésame en la boca, abrázame y salta.

Arturo abraza al capitán y lo besa en la boca. Después retrocede, se inclina hacia delante y permanece un buen rato como si se hubiera quedado congelado, pegado a la montaña, pero después echa a correr. Cada vez más rápido, cada vez más ferozmente, los brazos se mueven, los pies martillean la tierra.

Toma ímpetu y salta sobre el abismo.

Tiziano suelta un bramido y ve a Arturo flotando en el aire.

Es un segundo, la fracción de un instante.

Después ya no está.

Una piedra rueda por el abismo y se pierde de vista.

Después, silencio. Un silencio agobiante, paralizante.

Tiziano entorna los ojos.

—¡Arturo! —llama—. Arturo, ¿me oyes?

Retrocede tres pasos, vacilando.

—¿Me oís? —susurra—. ¿Me oís todos los que habéis desaparecido?

Se hinca de rodillas, coge un puñado de guijarros y deja que rueden de la mano al suelo.

—¿Me oyes, Padre?

—Lo oigo.

Tiziano mira fijamente al otro lado del abismo. Sus ojos vacilan.

—¿Eres tú, Arturo?

—Sí, soy yo, Tiziano.

El capitán entorna los ojos.

—Por todos los santos, ¿cómo es posible? Lo has conseguido. El cretino lo ha conseguido. Arturo ha conquistado la garganta. —Arroja la capa—. ¡Espérame! —grita—, ¡voy a coger carrerilla! Ahora voy, Midranno, ahora voy.

Tiziano corre, salta, se queda colgado sobre el abismo, sacude brazos y pies, nota el vacío en los pulmones.

—¡Recíbeme! —grita—. ¡Recíbeme!

Las palabras retumban en el aire húmedo.

Se repiten más y más abajo, pero después mueren en la hendidura negra de la roca.

CUARTO LIBRO

La creencia en una vida que no termina jamás lleva en sí algo que recuerda a la desesperación.

H.W. LONGFELLOW (1807-1882)

Perdiendo el tiempo en La Habana

Salió del dormitorio a la terraza para encender el primer cigarrillo del día. Como siempre, se tomó su tiempo y dejó que la llama consumiera casi toda la cerilla antes de encenderlo e inhalar con un estremecimiento. La mano izquierda se deslizó dentro del bolsillo, movió la cadera, encontró el sosiego, el ritmo y el punto de referencia en el horizonte. La niebla tóxica flotaba como una migraña latente, pero en la bahía el calor no era tan penetrante, y cuando el proveedor llevase por fin el aparato de aire acondicionado, todo volvería a ir bien. El agua color turquesa, la arena tostada, los cocos de color anaranjado. El péndulo del silencio. Pensó en una partida de ajedrez que había perdido y oyó que su mujer subía el volumen de la radio; advertían de la llegada del huracán *Gilbert*, que se hallaba entre Venezuela y México.

Joaquín Muñoz entró en la casa y repitió lo que llevaba diciendo durante los tres últimos meses:

—¿Por qué es imposible hacer un trato en esta ciudad?

—Cambia de chófer.

Su mujer estaba en la cama con los perros. A Muñoz nunca le habían gustado los dos caniches, que correspondían a su aversión gruñendo cada vez que asomaba.

Se abotonó la camisa y salió a la calle. Pasó un autobús abarrotado de gente colgada de puertas y ventanas. Si llegaba hasta el centro, sería un milagro, pero como el milagro se producía todas las mañanas, habría que encontrar otra palabra para describirlo.

Como no aparecía el taxi, abrió la puerta del garaje, donde estaba el Buick de color azul cielo en la semipenumbra, junto con cachivaches apilados durante medio siglo. Al fondo había una caja de cartón que no tenía que estar allí, pero así era la vida en La Habana: todo estaba en el lugar equivocado, hasta los perros.

Ella estaba detrás, con las manos en las caderas, cuando él cerró con un chasquido el garaje.

—Podrías arreglarlo, ¿no? Te lo he dicho mil veces; ¿por qué no lo envías a arreglar?

—Porque la caja de cambios está rota, y porque el mecánico está en el retrete o jugando al billar con su cuñado. Además, ya no se encuentran esas cajas de cambios.

Arrojó la colilla y volvió a la sala, donde alargó la mano para coger el teléfono, que sonó en aquel momento.

—¿Sí...?

—¿Doctor Muñoz?

—Alberto, llegaré en cuanto el chófer decida aparecer. Qué quieres que haga, es el mismo circo todas las mañanas.

—Han vuelto a estar aquí, las autoridades. Esta vez era alguien del Ministerio.

Muñoz encendió el segundo cigarrillo del día, se quemó un dedo y miró de reojo a su mujer, que había empezado a preparar unos huevos revueltos. En la radio, la música dio paso a una información acerca de un hombre llamado Yuri Turganov, a quien se imputaba un soborno de un millón de dólares.

—El yerno de Breznev —murmuró Muñoz.

—¿Está ahí, doctor? El doctor Gómez y yo hemos recogido sus cosas. Las que hemos podido encontrar.

La voz del asistente sonaba lejana. La conexión solía ser mala, pero la debilidad de la voz no tenía nada que ver con la electrónica.

Muñoz miró el cable del teléfono, después desvió la mirada a su mujer, que estaba distribuyendo los huevos en dos cuencos.

—Han estado también en el Departamento.

—¿En el A dos?

—Y en Administración.

—¿Qué querían en Administración?

—Doctor Muñoz, quizá facilitaría las cosas que hallase usted esos papeles, los de Dresde y Leipzig.

Muñoz asintió en silencio y observó a los perros mientras comían los huevos revueltos.

—Voracidad —dijo con un suspiro—. Padecen voracidad.

Al otro extremo del cable, su asistente dijo algo que sonaba como «Erich Honecker Krankenhaus». Lo pronunció con un acento divertido.

Muñoz cambió el peso de un pie al otro.

En la calle se oía un ruido de bocinas impacientes, y en la radio repitieron la noticia acerca del huracán *Gilbert*. En la cocina, los perros habían terminado de desayunar. Muñoz comprobó que guardaban un parecido chocante con las ratas. Su mujer gritó que el taxi ya estaba allí. Mientras tanto, la temperatura rondaba los treinta grados.

Se secó la frente. ¿Por qué no había llegado el nuevo aparato de aire acondicionado? Pero en el fondo daba lo mismo, porque cada dos por tres había cortes de electricidad. Dijo por el auricular que estaría en el hospital al cabo de media hora. Había una voz distinta al otro extremo de la línea.

—¿Joaquín? Soy yo, Juan.

Muñoz miró fijamente al taxista, que estaba apoyado en su coche, leyendo una revista de boxeo.

«Todos los días guardan un notable parecido entre ellos», pensó.

—Quizá sea mejor que te quedes en casa —dijo la voz del teléfono.

—¿Qué dices? Mi jornada de trabajo empieza dentro de media hora. Tengo visitas médicas y una conferencia a las cuatro.

—Joaquín, son esos papeles.

—¿Qué pasa con ellos? Melissa, ¿te importa cerrar la puerta de la cocina?

—De la RDA.

Muñoz se esforzó por dar un tono tranquilizador a su voz.

—No son esos papeles, es por el informe que entregué en mayo. Pero no voy a retirarlo. Lo envié también a la OMS. Será que se han enterado de eso.

—No creo que sea por tu informe, Joaquín.

—No les gustó, Juan, pero no voy a retirarlo. Los pacientes se infectaron por nuestros propios preparados. Llego en un momento.

—Joaquín, atiéndeme. No estoy hablando de la sangre de los donantes, sino de tus certificados de examen de la RDA. En Administración no los encuentran.

Muñoz colgó y pasó a la cocina.

—Melissa, cariño, voy al Departamento, pero es posible que vuelva dentro de una hora. Ya sé que tienes mucho trabajo haciendo compras, sacando a pasear a los perros y pintándote las uñas, pero quiero pedirte unas cosas: llama a tu hija y dile que venga.

—Vera está trabajando.

—Debes decirle que venga tan pronto pueda. Mientras tanto recoge mis cosas, mis cosas personales de la carpeta roja, y después, Melissa, después ve al banco a sacar nuestro dinero.

—¿Qué dinero?

—Tengo una caja en el banco.

—¿Que tienes qué?

—Habla con el señor López, dile que vas de mi parte. Melissa, mírame: en el garaje hay una caja de cartón con cosas de Dresde: mapas, papeles, fotos, objetos de recuerdo, todo tipo de viejos cachivaches. Cógela y vacía su contenido en la maleta nueva de Panamá. ¿Entiendes lo que te digo? No has de tirar nada, simplemente mételo todo en la maleta nueva de Panamá y dásela a Vera.

—¿Qué ocurre, Joaquín?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada, aparte de lo que pasa siempre cuando dices algo diferente de lo que dicen las autoridades.

—¿Es otra vez por ese informe? ¿Para qué tuviste que escribirlo? ¿Por qué has de mezclarte siempre en todo? —Lo acompañó a la puerta, donde él tomó la cartera, las llaves y las gafas—. Esos drogadictos —continuó— se contagian entre sí de todos

modos, sea por las jeringuillas, sea porque son maricones.

—Melissa, querida, no eran drogadictos y tampoco homosexuales: eran hemofílicos. Además, no tiene que ver con mi informe.

El taxi torció a la izquierda en la Calzada del Cerro y adelantó a un camión de ganado. El taxista hablaba con un cigarrillo diminuto en la boca. Explicaba cuántos palos habrían recibido los americanos si los boxeadores cubanos se hubieran presentado en Seúl.

Giró a la derecha, a su paso se levantó una nube de polvo, y de la nube salió un grupo de niños semidesnudos acarreando un bidón de agua.

—¿Ha oído, doctor, que han pillado a ese americano negro por un asunto de dopaje? —preguntó el conductor, mientras lanzaba la colilla por la ventana—. Ése de los ojos inyectados en sangre, Johnson. Esos gringos no valen para nada.

El coche se detuvo. Muñoz sacó la cartera y pagó.

—¿No huele a gasolina?

—El depósito tiene una fuga —respondió el taxista.

La mujer del mostrador de información del gigantesco vestíbulo del hospital Salvador Allende lo saludó con la mano cuando pasó deprisa delante del mural idealizado del Che Guevara con Fidel y Raúl Castro. La primera vez que vio el friso, Muñoz pensó que era un trío local de música country.

Entró en el ascensor de color cinc y apretó el botón, pero recordó que estaba averiado y se apresuró escaleras arriba; se detuvo en el descansillo para recuperar el aliento, trepó agarrado a la barandilla y empujó la puerta del Departamento.

Mientras buscaba la llave de su despacho, apareció su asistente.

—Lo han revuelto todo —dijo.

Muñoz abrió la puerta y echó un vistazo rápido al escritorio y al fichero, del que habían sacado todos los cajones. Había carpetas vacías por todas partes.

Giró en redondo y vio a su colega, Juan Gómez, saliendo del cuarto de guardia. Sacudía la cabeza.

Muñoz lo arrastró al despacho y cerró la puerta.

—¿Hace cuánto tiempo que nos conocemos, Juan?

—Quince años. Creo que tenemos que ir a otro sitio. Vamos a sentarnos en mi coche.

El coche del doctor Gómez era relativamente nuevo, lo que significa reparado hacía poco. Era un Chevrolet de 1945 con tapicería de cuero rojo, que encajaba bien con un libertino de bata blanca.

—¿Qué voy a hacer con un coche así a mi edad? Treinta años antes me habría venido bien.

Muñoz asintió en silencio.

—Dios da nueces al desdentado —murmuró.

Gómez bajó el cristal y escupió.

—Tienes un problema, viejo. Tenemos un problema. Cuba tiene un problema. El caso es que hay que respetar las reglas. Es bastante fácil, pero tú no lo comprendes.

—Yo he respetado las reglas.

—No las de Cuba.

—Me da dolor de cabeza.

—Exacto: empieza así. A Castro le dio tanto dolor de cabeza que dejó que la Cruz Roja visitara a los presos políticos.

—Ya lo sé.

—Lo que pasa es que el pobre Fidel no sabía un carajo del mundo mediático moderno, y vinieron centenares de periodistas, gente de la televisión, la prensa, y querían hablar de cárceles, tortura, muerte por inanición, analfabetismo y sida. Sobre todo de sida.

—¿De qué iban a hablar, si no?

—Pero en Cuba, Joaquín, en Cuba no tenemos esa plaga occidental autoimpuesta. Sí que hay algunos drogadictos y algunos homos importados con el VIH, pero nada más. Todo va bien. Sin dolores de cabeza. Pero entonces aparece en escena el médico jefe, el doctor Joaquín Muñoz. Trabaja con hemofílicos y viaja por todo el país, desde Niquero hasta Guane. Y da dolores de cabeza a la administración central.

—Juan, les dimos el alta, y no eran seiscientos, sino seis mil, que están muriendo en los pueblos como moscas. No podemos fiarnos de nuestros propios preparados. La gente se contagia en nuestro propio departamento, carajo.

—Tú eres nuevo en la isla, chico, no sabes lo que significa el régimen, no tienes ni puta idea de caña de azúcar, tabaco, burocracia, mafiosos rusos, televisión que no funciona, relojes de pulsera de Tirana... Ni siquiera sabes bailar.

—Y ahora han detenido al yerno de Breznev por soborno. La Unión Soviética va a derrumbarse en pocos años. Acaban de echarlos de Afganistán; y yo bailo muy bien.

—¿De dónde venías? ¿De Dresde o de Leipzig? Doctor Jan Schroeder.

—Por Dios, nadie sabe pronunciar ese nombre en La Habana.

—¿Qué hacías en Dresde?

—¿Que qué hacía? Trabajaba en el Instituto Médico Forense. Creía que lo sabías. Gómez apoyó la frente en el volante.

—Están buscando tus papeles, Joaquín, de Dresde, de Leipzig, de la universidad. Papeles, documentación, sellos, certificados de examen. Yo creía que en la RDA eran bastante concienzudos con esas cosas.

—Hace décadas de eso, Juan.

—Pero ¿los tienes?

Muñoz miró por la ventana. Dos niños acarreaban un bidón de agua. Mirases donde mirases en el barrio de Trinidad, aparecían dos niños descalzos acarreando un bidón de agua.

Miró el reloj.

—¿Quién está haciendo mis visitas de planta?

—No pienses en tus visitas, Joaquín, has de pensar en ti, carajo. Creen que eres un impostor.

Muñoz sonrió.

—Ah, ¿o sea que es eso? Un embustero que ha escrito un informe desafortunado, qué conveniente. Así solía ser también en la RDA y en Moscú. Por eso nunca hay ningún escándalo allí.

Gómez puso el coche en marcha y se dirigieron hacia el centro.

Al rato atravesaron un túnel estrecho, donde Muñoz elogió la luz del salpicadero.

—Reconforta ver que hay algo que funciona.

Gómez se detuvo en el borde de la carretera. Bajo un tejadillo construido con placas de polispán, tres hombres estaban cortándose el pelo a manos del dueño y sus dos hijos.

Gómez llevó a Muñoz al interior de la semipenumbra verde botella del salón, donde había un frigorífico, una pajarera y un teléfono de pared.

—Llama a casa.

Muñoz marcó su número, logró la conexión y oyó la voz de su mujer, un perro ladrando y, procedente de la radio, una canción de Celia Cruz.

Tapó el auricular con una mano.

—¿Qué le digo?

—Pregúntale si han estado en la casa.

—¿Quiénes? ¿Los nazis?

Gómez cogió el teléfono e imprimió a su voz un tono más suave.

—Melissa, soy yo, Juan. ¿Qué tal, querida? Estoy con tu marido, que tiene un pequeño problema. ¿Estás sola, Melissa? Ah, ha llegado tu hija.

Muñoz tomó el auricular y pidió hablar con su hijastra. Un momento después ella estaba al aparato.

—¿Dónde estás, Joaquín?

—En una peluquería de Marazul.

—¿Qué ocurre?

—Algo que jamás pensé que ocurriría.

—¿Has dicho algo a alguien?

—No.

—¿Tampoco a Juan?

—No.

—¿Qué necesitas?

—El pasaporte, que está en la caja de cartón del garaje. ¿Tienes la maleta?

—Sí.

—Y ¿sabes lo que has de hacer con ella?

—Tu pasaporte caducó hace diez años.

Muñoz pasó el auricular de una mano a la otra, oyó ladrar a los perros y que apagaban la radio. Oyó también la voz exaltada de su mujer, y la de un hombre que trataba de tranquilizarla.

—Ha llegado la policía —dijo Vera.

La conexión se interrumpió.

Muñoz miró a Gómez y preguntó cuánto costaba un corte de pelo.

Están sentados frente a un espejo manchado e iluminado por un tubo de neón. Han tomado una taza de café y un pastel que sabe a petróleo. Los hijos del peluquero están recortando la nuca de los médicos. Gómez dice que a los cuarenta años tenía un pelo rizado y abundante que le llegaba hasta los hombros.

—Era en el sesenta y ocho —ríe—, y me parecía a Jimi Hendrix. ¿Dónde estabas tú entonces, Joaquín?

Muñoz duda un poco antes de responder.

—¿Te refieres a mil novecientos sesenta y ocho?

—Pues claro, ¡a qué me voy a referir!

Muñoz sonríe y piensa en su amistad con Juan Gómez: las largas y tenaces partidas de ajedrez, el análisis de las aperturas de Short y Speelman, el entusiasmo compartido por los discos de Cornelius Vreeswijk.

—¿Sabías que tengo un autógrafo de Ruud Gullit?

El otro lo mira en el espejo.

—Pues no, no tenía ni idea. ¿Hay algo más que no sepa, Joaquín?

—Seguramente no sabrás que a Ben Johnson lo han pillado con stanazol en la sangre.

Gómez bajó de la silla con dificultad y pagó los cortes de pelo.

Se sentaron en el coche.

—No sabía que Johnson se dopara —dijo.

—A mí también me ha sorprendido.

Gómez puso el coche en marcha y se detuvo junto a uno de los hoteles donde se albergaban turistas canadienses y políticos rusos.

—El padre de mi amante era juez de una audiencia territorial. Se jubiló el año pasado. Ahora colecciona soldaditos de plomo y sostiene que es capaz de recordar una vida anterior como oso hormiguero. Me recuerda un poco a aquella historia que me contaste en mi cumpleaños.

—Ya la he olvidado.

—La de la peste de Londres y Marsella —dijo Gómez, saliendo del auto—. Vuelvo enseguida.

Muñoz encendió un cigarrillo.

—Desde luego, yo no he sido nunca un oso hormiguero, pero Leipzig estaba muy bien.

Aunque lo mejor eran los días con Vera. Vera, la bonita y lista cubana que el día que cumplía treinta años bebió tanto ron que se puso a discutir con su madre acerca del hijo y la boda que aparentemente se hacían esperar. Al final se llevó a su padrastro a la orilla, donde se bebieron a medias otra botella.

—Lo que ignora mi madre —dice Vera, recuperada de la melopea— es que me gustan las mujeres. Pero eso no es posible en Cuba, o sea que en su lugar estudio Derecho. Ahora ya lo sabes; pero que quede entre nosotros.

Muñoz esboza su melancólica sonrisa ensimismada y saca del bolsillo el regalo de cumpleaños de Vera.

—No tienes por qué darme nada —protesta ella, abriendo el paquete del regalo: una delgada cadena de plata—. ¿De dónde diablos la has sacado?

Muñoz mira al mar.

—La encontré en una jarra de agua —murmura.

—No sé si me gusta —dice Vera, que siempre dice exactamente lo que piensa—. ¿Me va bien? Parece más bien propia de una puta.

El doctor Gómez estaba apoyado en el coche.

—La policía está aún en tu casa —suspiró—, o sea que tendremos que esperar un poco.

Muñoz asintió con la cabeza.

—Podríamos tomar una copa en el bar, tú invitas.

No había nadie aparte de ellos, el camarero y una chica con un biquini amarillo que bebía una Coca-Cola con pajita.

—Por desgracia —murmuró Muñoz tomando un sorbo de su vaso—, me he dejado las gafas de leer en la peluquería. ¿Me prestas el coche?

Gómez cogió un puñado de cacahuetes y los contó cuidadosamente.

—La partida que jugamos el martes terminó en tablas, ¿no?

—No; perdí yo. A tiempo.

—¿Volveremos a jugar alguna vez, Joaquín?

—No hay que descartar la posibilidad.

Se dieron la mano.

Gómez besó a Muñoz en ambas mejillas.

—Con la edad te haces sentimental —dijo, suspirando.

—Lo sé. ¿Sigues guardando una botella en la guantera?

Gómez asintió en silencio.

—Ya sabes que le tengo cariño al coche, Joaquín.

—Eres un buen amigo, Juan.

—¿Escribirás?

—Te lo prometo.

—¿Con alguna explicación?

—¿Desde cuándo da nadie explicaciones?

—De hecho hay miles de cosas que quisiera preguntarte, pero en este momento tengo la mente en blanco. Lo único que se me ocurre es aquella historia del tipo de nombre raro. A veces, cuando has bebido demasiado, hablas de un hombre llamado Bonifacio.

—Ah, sí, es verdad. Es una historia de hace mucho. No era un hombre. Era un asno.

—¿Un asno?

Muñoz movió la cabeza afirmativamente.

—Si cierro los ojos, aún puedo verlo ante mí aquella noche que me llevó a Florencia.

—¿Te llevó? ¿Un asno?

—Era una noche con muchas, cómo diría yo, con muchas expectativas. Ah, Florencia. No hay ciudad más bella sobre la verde tierra del Señor; te lo dice alguien que lo ha visto todo.

—¿Qué fue del asno?

—Me lo comí.

—Vale. Cuídate, Joaquín.

Muñoz se encogió de hombros, cogió las llaves y fue al coche.

Hacía una temperatura agradable allí, junto al agua, y, aunque la carretera era irregular, iba a disfrutar del viaje y se abstendría de mirar atrás.

Abrió la guantera, encontró la botella y la destapó, puso en marcha el coche y se apartó del bordillo.

El asfalto desaparece bajo el radiador. Las casas se hacen más distantes, la ciudad se encoge en el retrovisor.

Toma otro lingotazo de la bebida dulce, se desliza asiento abajo y recita en voz alta:

—Consuela como la lluvia, aplaca como el sueño, más dulce que una sonrisa y más suave que el rocío.



BJARNE REUTER, (nacido en Brønshøj , 29 de abril de 1950) es un danés escritor y guionista , conocido por sus libros para niños y adolescentes. Muchas de sus obras se exponen en la década de los cincuenta y sesenta , el período de tiempo de su infancia y adolescencia. Muchos de ellos también hacen referencia a la zona sur de Copenhague, donde había nacido. Reuter es el autor de la popular serie de televisión danesa y de la película Cazadores de Verden ("El mundo de Buster"). Él ganó el *Deutscher Jugendliteraturpreis*.